CANDICE FOX

Las chicas buenas huyen. Las chicas malas pelean.

LA POLI, LA CONVICTA, LA GÁNSTER Y LA LADRONA

SERIE NEGRA RBA

CANDICE FOX

LA POLI, LA CONVICTA, LA GÁNSTER Y LA LADRONA

Traducción de
V. M. García de Isusi

RBA

Título original inglés: *Gathering Dark*.
Autora: Candice Fox.

© Candice Fox, 2020.
© de la traducción: Víctor Manuel García de Isusi, 2021.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2021.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: septiembre de 2021.

REF.: ODBO901
ISBN: 978-84-9187-837-7
DEPÓSITO LEGAL: B-12.113-2021

EL TALLER DEL LLIBRE, S. L. · REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida
a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

PARA VIOLET

BLAIR

Levanté la mirada y me encontré con una pistola que me apuntaba. Así de silenciosa había sido aquella joven. Así de rápida. Por el rabillo del ojo me había parecido ver pasar una figura por las ventanas frontales de la gasolinera, una sombra que caminaba, difusa, recortada contra el rojo atardecer y las siluetas de las palmeras. Nada más. Me había puesto la pistola en la cara antes de que el timbre de la puerta hubiera acabado de dar esa nota única que la había anunciado, que la había hecho real. La pistola temblaba, lo que convertía aquella mala situación en algo peor, si cabe. Dejé el bolígrafo con el que estaba rellenando el crucigrama.

Profundo arrepentimiento: «remordimiento». Puede que esa fuera a ser la última palabra que escribía. Una palabra que me resultaba familiar.

Extendí las manos sobre el mostrador, entre un bol con plátanos moteados a un dólar cada uno y las Clark, barritas que vendíamos dos por una.

—No grites —me ordenó la joven.

Me permití pasar la mirada de la pistola a la muchacha y lo único que vi ante mí eran problemas. La mano que sujetaba la pistola estaba sudada y ensangrentada, igual que el dedo que tenía metido en el guardamonte y que se le resbalaba del gatillo. La pistola tenía quitado el seguro. El brazo de la mano que sujetaba la pistola era delgado, flacucho, y no me cabía duda de que pronto se cansaría de aguantarla pues, según parecía, no era suya y le resultaba muy pesada. La cara que había más allá del brazo era del enfermizo color gris púrpura de un cadáver reciente, y tenía un tajo feo en la frente, un tajo tan profundo que se le veía el hueso. La muchacha mostraba marcas sangrientas de dedos en el cuello, marcas demasiado grandes para ser de sus propias manos.

Ponerse a gritar habría sido una mala idea. Como la sobresaltara, aquel dedo que no paraba de resbalar en el guardamonte accionaría el gatillo y mis sesos quedarían estampados contra el dispensador de tabaco que había justo detrás de mí. No quería morir con aquel estúpido uniforme, con aquel sombrero en el que lucía el parche de un

canguro rosa y con aquella placa que llevaba en el pecho y que decía la verdad respecto a que me llamaba Blair, pero que mentía en eso de «¡Adoro atenderte!». No sé por qué, pero me puse a pensar en qué ropa llevaría Jamie, mi querido hijo, a mi funeral. Sabía que tenía un traje; lo había llevado en la vista de mi condicional.

—¡Vaya! —exclamé sorprendida y solícita.

—Vacía la caja registradora —la joven alargó la otra mano y miró por la ventana. El aparcamiento estaba vacío—, y dame las llaves del coche.

—¿Las del mío?

Me toqué el pecho, lo que la llevó a ella a retroceder un poco y a sujetar la pistola con más fuerza.

«Será mejor que no te muevas tan rápido y que no hagas preguntas estúpidas».

Mi viejo Honda era el único coche que había a la vista, al fondo del aparcamiento, justo debajo de una valla publicitaria: Idris Elba con un reloj que costaba lo mismo que dos fondos universitarios.

—El coche y la pasta —dijo entre dientes—. Vamos, puta.

—Mira... —empecé a decir despacio. Por un momento, sentí que tenía el control. La nevera de los burritos zumbaba ligeramente. Las luces que había detrás de la cara de plástico de la máquina de los granizados hacían ruidos tintineantes—. Podría ayudarte.

Mientras pronunciaba aquello me sentí como una idiota. En su día había sido capaz de ayudar a la gente. A niños enfermos y a sus aterrorizados padres. Yo manejaba herramientas quirúrgicas y llevaba trajes quirúrgicos, nada de canguros ni placas de mierda. No obstante, entre aquello y el ahora, había llevado un uniforme de presidiaria, y mi capacidad de ayudar a los demás había desaparecido por completo.

La joven cambió el peso de un pie al otro y movió el arma para animarme a que me diera prisa.

—A la mierda tú y tu ayuda. No necesito ayuda. Lo que necesito es salir de aquí.

—Si me dejaras... —Mis palabras las cortó en seco un fogonazo de luz. El sonido llegó más tarde, un ¡bang! en mis oídos, el zumbido retumbante de la presión en mi cabeza, provocada por la bala al pasar por mi lado, demasiado cerca. La joven acababa de hacerle un agujero al dispensador de Marlboro de la pared, justo por encima de mi hombro derecho. Olor a tabaco quemado y a plástico fundido en el aire. Me pitaban los oídos. La pistola volvía a apuntarme—. ¡Vale! ¡Vale!

Me acerqué a la caja registradora y miré a la joven de soslayo. Rizos de oro. Una nariz pequeña, casi de botón. Había algo que me resultaba familiar en ella. Pero, claro, era probable que, durante el tiempo que había pasado en la cárcel, hubiera visto más de un millar de jóvenes como aquella: afligidas, nerviosas y enfadadas con el mundo; todas ellas capaces de utilizar una pistola. Cogí las llaves de la taza que había junto a la caja.

—Esta gasolinera es propiedad de un cártel. —Me di cuenta de que a mí también me temblaban las manos. Enseguida me pondría a sudar, a jadear y me castañetearían los dientes. Mi miedo llegaba poco a poco. Me había entrenado para que así fuera—. Deberías saberlo. Atracas un sitio como este y no solo van a por ti, también van a por tu familia. Llévate el coche, pero...

—Calla.

—Irán a por ti...

Abrí la caja registradora. La joven se echó a reír. La miré de reojo mientras sacaba los billetes. No se reía de lo que le había dicho; era una risa irónica. Sentí como si algo me hiciera un corte, algo frío y afilado. Miré nuestro reflejo en la ventana. Ella también miraba por las ventanas, pero parecía pendiente de la creciente oscuridad. No se veía a nadie más. De pronto, era como si estuviéramos terriblemente solas, las dos, si bien había algo aterrador que me hacía pensar que no era así. Le entregué el dinero.

—Enseguida enviarán a alguien a por ti —le solté.

La joven asintió. Una sola vez. Un gesto cortante.

Poco a poco, saqué las llaves del coche del bolsillo y las dejé caer en su mano. Cuando la joven apartó el cañón del arma de mi cara sentí como si el tornillo de banco que me tenía cogida la garganta se aflojase.

Me quedé mirando cómo daba media vuelta y salía corriendo de la tienda, cómo se metía en mi coche, cómo se largaba.

Por las ventanas, era como si la nocturna Koreatown respirara aliviada, como si recuperara el movimiento. Dos muchachos con el pelo largo se empujaban en la esquina. Un hombre que volvía de trabajar cogió un periódico del buzón, se lo puso debajo del brazo y dejó que la tapa se cerrara de golpe. La presencia maligna que había sentido cuando la joven había estado en la tienda había desaparecido.

Podría haber llamado a la policía, aunque no fuera para informar del robo, sino de que una joven huía de algo o de alguien con la furiosa desesperación de un animal al que dan caza, una joven que se

había internado en la oscuridad, perseguida, y de la que era imposible saber cuánto le quedaba de vida. La cuestión es que Los Ángeles estaba lleno de gente así y siempre lo había estado. Una jungla repleta de presas escapando de sus depredadores. No, iba a darle un poco más de ventaja a la joven antes de informar de que mi coche había desaparecido. Me levanté la camisa y me sequé el sudor de la cara con el dobladillo al tiempo que intentaba regular la respiración.

Mi adicción empezó a latir en forma de un corto y agudo deseo que me llevó a coger el móvil, que tenía junto a la caja registradora. Mi dedo sobrevolaba los números. Estaba a punto de marcar, pero me obligué a dejar el teléfono. El reloj de la pared decía que aún faltaba una hora para que acabara mi turno en el Pump'n'Jump. Había pensado en llamar a Jamie, pero sabía que estaría durmiendo.

Lo que hice, por el contrario, fue ir al cajero que había en la esquina de la tienda. Metí la tarjeta en la máquina y saqué cuatrocientos dólares, más o menos la cantidad que se había llevado la joven. Volví al mostrador y guardé los billetes en la caja registradora. Aunque no conocía a los verdaderos dueños de la gasolinera, había conocido a integrantes de cárteles en la cárcel y había aprendido suficiente español a lo largo de aquellos años para entender las historias que contaban. Aquella joven, fuera quien fuese, no necesitaba a los 13s de San Marino tras ella. Y yo tampoco.

Miré por encima el recibo del cajero, lo arrugué y lo tiré a la papelera. ¡Menuda caminata me esperaba para llegar a casa!

JESSICA

—Lo que no entiendo es lo siguiente —insistió Wallert. Llevaba todo el día con la misma cantinela, enumerando todo aquello que no pillaba, a la espera de que la gente se lo explicara. Jessica pensó que, para aquel entonces, debía de haber ya más de cien cosas que Wallert no entendía—. ¿Qué hiciste tú en el caso de Silver Lake que yo no hiciera?

Jessica no respondió, se limitó a mirar al detective a los ojos por el espejo retrovisor. Los tenía inyectados en sangre. Jessica odiaba los asientos de atrás de los coches patrulla, no le parecían normales. Además, estaba acostumbrada al feo perfil de Wallert, no a su nuca. Una empresa de limpieza especializada en peligros biológicos limpiaba la parte de atrás de los coches patrulla más o menos cada mes, pero todos sabían que aquello nunca quedaba limpio del todo. El tacto del asiento de cuero no era como debería. Había zonas en las que estaba como grumosa. Wallert se dedicaba más a mirarla que a conducir. Eso, junto con los frecuentes sorbos que le daba al café con bourbon que llevaba en una tacita de papel, hacía que no mirase la carretera sino uno de cada quince segundos. En cualquier caso, en aquel momento, era ella la que estaba en el lugar más seguro del coche patrulla. El más sucio, sí, pero también el más seguro. El detective Vizchen, de quien habían estado cuidando durante todo el turno de noche como si fuera un bebé, resopló en el asiento del copiloto al ver que Jessica no tenía intención de responder a su compañero, como si el silencio de esta fuera una insolencia.

—Yo también contribuí. —Wallert volvía a la carga. Pasaron junto a un montón de chavales que se encontraban en la puerta de una casa escuchando música a todo volumen en medio de la noche—. Yo también estaba en el caso. Me mostré todo el tiempo disponible para él por si me necesitaba. Día y noche. Y él lo sabía. Fui yo quien llegó con la pista de lo del camionero.

—Una pista que no iba a ningún lado —soltó Jessica por fin—. Una pista que te dije que no iría a ningún lado antes de que te pusieras a seguirla sin entusiasmo. Y no le serviste de mucha ayuda a Stan Beauvoir las pocas veces que te llamó.

—Cho-rra-das —se quejó Wallert.

El detective le pegó una palmada al volante para apoyar su comentario. Jessica no entró al trapo. Decir que Wallert no había sido de mucha ayuda en el caso de Silver Lake era quedarse corto. El caso, que en aquel momento había estado a punto de cumplir una década, se lo habían pasado a Wallert y a ella, como quien dice, como pasatiempo, algo que hacer cuando no tuvieran otra cosa en la que trabajar, y era una labor que su compañero no se había tomado en serio en ningún momento. El secuestro y asesinato de jóvenes en los aparcamientos de la zona de Silver Lake había terminado tan repentina y misteriosamente como había comenzado. Cuatro mujeres asesinadas en tres meses en 2007. Wallert estaba convencido de que el asesino era un camionero de largas distancias, alguien que habría seguido con su fiesta de los asesinatos en otro estado, lo que convertía la situación en problema de otros. Cuando Jessica le había pasado las fotografías de las cuatro jóvenes asesinadas, Wallert las había observado, había bostezado y había comentado lo carnosos y sensuales que tenía los labios Bernice Beauvoir. «No se te ponen así los labios de comer caramelos», había dicho. La fotografía mostraba la cabeza de la joven en la zona boscosa en la que la habían encontrado. El asesino la había dejado sobre un tocón como si fuera un trofeo.

—Una casa como esa tiene que valer... —Vizchen rompió el silencio—. ¿Cuánto? ¿Cinco millones?

—Nadie regala una casa que le ha costado cinco millones a alguien por haber trabajado en un caso, por mucho interés que tuviera en él. —Wallert lanzó una mirada fulminante a Jessica por el espejo retrovisor—. Dime que le chupaste la polla, Jessica. Me sentiría mejor.

La detective se dio cuenta de que estaba apretando los dientes.

—Yo me comería una polla a cambio de cinco millones de dólares —musitó Vizchen.

—Vizchen, o cierras la boca o te meto la pistola en ella para que me digas a qué sabe —le soltó Jessica.

Aparcaron en Linscott Place. Casas oscuras y una calma perfecta. Aunque mantuvo el foco de emergencia apagado, Wallert lo dirigió hacia el número 4652, que es donde les habían informado de que habían visto al sujeto, y apagó el motor. Era evidente que quería acabar con aquello cuanto antes para volver sin demora a su «pobre de mí».

Jessica salió del coche, comprobó su arma, comunicó un 459 —un posible robo— y le dijo a la operadora que respondían a la llamada

porque eran la unidad que más cerca estaba del escenario. Se fijó en el reflejo de la luz de la luna en las paredes estucadas de las casas que la rodeaban, una luz que bailaba en los rombos de las vallas metálicas que daban paso a jardines vacíos. Nada de perros ladrando. La mano de Wallert en su hombro fue como si le dieran un martillazo.

—Te vas a quedar la casa, ¿no? —Le dio la vuelta con bastante brusquedad—. ¿Así, sin más? ¿Te dan las llaves y ya está?

—Quítame de encima la puta mano, Wally. —Jessica le dio un empujón en el pecho—. Me han llamado una vez por este asunto. Una. Sé lo mismo que tú: que tengo que reunirme con el abogado encargado del testamento del tipo. Eso es lo único que sé. Todo esto podría no ser más que un error de mierda, ¿sabes? Me tratas como si hubiera aceptado la herencia y me hubiera mudado a Brentwood y, de momento, lo único que sé es que...

—Todas las casas de Brentwood tienen piscina —comentó Vizchen, que estaba apoyado en el coche con los brazos cruzados—. El sitio tiene piscina, ¿no?

—Si la vida fuera justa, compartirías la casa conmigo. —Wallert le dio un golpecito en el pecho—. Eso sería lo justo. Yo también resolví ese caso.

—¡Tú no lo resolviste! ¡Tú...!

—Yo no veo a nadie por aquí. —Wallert se dirigió a toda prisa hacia el coche e hizo un gesto como señalando el vecindario—. Es una falsa alarma. Larguémonos, que quiero tomarme un trago. —Se apoyó en el coche en vez de entrar, con sus enormes manos en el techo y su abultada tripa apretada contra la ventanilla. Miró a Vizchen—. Con que me diera un cuarto de lo que vale esa chabola, quedaría cubierto de por vida.

—De por vida —convino Vizchen, asintiendo y sonriendo a Jessica a oscuras como un gilipollas.

Jessica oyó el gemido.

Al principio pensó que se trataba de Wallert, que se había echado a llorar, y estaba a punto de cargar contra él por darle aquel día de bebida encubierta, quejas y condescendencia. Sin embargo, su instinto le dijo que aquel era un sonido que arrastraba el viento, algo lejano, que solo había oído a medias. El sonido rebota mucho en los barrios pobres. Son todos de cemento. Miró a la derecha, hacia la silueta de las montañas.

—¿No vive Harrison Ford por ahí? —se preguntó Vizchen en alto —. Arnie seguro que sí.

—Chicos, ¿habéis oído eso?

—Esta se llevaba divinamente con él, con el padre. Con el tal Beauvoir —masculló Wallert, dirigiéndose a Vizchen—. Es que, si los hubieras visto juntos... Ella pasaba horas en casa de él... «hablando del caso», de la hija muerta. Sí, claro. Ahora ya sabemos la verdad.

—Callaos de una puta vez. —Jessica encendió la linterna—. He oído algo. Por ahí. Tenemos que ir a inspeccionar. Debemos investigarlo.

—Investígalo tú —le dijo Vizchen mientras señalaba con el mentón hacia donde decía Jessica—, que eres la heroína.

La detective volvió a oír el ruido, más leve esa vez, apenas un susurro en la brisa. Vizchen le sonrió mientras Wallert cogía su taza del coche.

Jessica se dirigió hacia el este, siguiendo la curva que describía la calle, a la espera de que el sonido volviera. Entre las casas captó una rendija de luz dorada. Movimiento. En vez de continuar por la calle, se acercó por el lateral de una casa que estaba tranquila, pasó pegada a unas palmeras bajas y dio con la verja del jardín. La saltó, cruzó el verde césped a toda prisa por si acaso había perros y saltó también la valla. Ya se había olvidado de la casa de Brentwood y del enfado de Wallert. Ahora sentía el calor. El peligro. Como si hubiera electricidad en el ambiente. Sacó la radio camino del garaje de una enorme casa de ladrillo.

Un cadáver. Lo supo en cuanto su bota tocó el bulto en el camino de entrada, por la manera en que se movió el peso cuando lo golpeó. Aún estaba caliente. Recién muerto. Se agachó y lo tocó a la sombra de un enorme aloe vera que crecía junto a la valla frontal. La tripa. El pecho. La garganta cortada, húmeda. No tenía pulso. Mientras se acercaba la radio a la boca, a Jessica le martilleaba el corazón en el pecho.

—Wally, tengo un código dos. Repito: código dos en el número 4699 de Linscott Place.

Un sonido en el garaje, que se ubicaba delante de ella, por el camino de entrada. La puerta del garaje elevada por las guías alrededor de unos treinta centímetros. Del cegador interior salió un nuevo gemido. Un golpe sordo. Un gruñido.

—Wallert, ¿estás ahí? ¿Vizchen? —susurró por la radio.

Nada.

—¡Wallert! ¡Vizchen! ¡Responded! —Apretó el receptor con tal fuerza que el plástico se quejó en su mano. Estática—. Mierda. Mierda.

Mierda.

Jessica sacó el arma y se dirigió hacia el garaje. Se detuvo en la esquina del edificio para dar un aviso por radio:

—Aquí la detective Jessica Sanchez, número de placa 260719. Tengo un 10-54 y un código tres en el 4699 de Linscott Place, en Baldwin Village. Repito, código tres.

Por un instante, imaginó a Wallert y a Vizchen riendo. Otro agente podría haberse preguntado dónde estaban, por qué no respondían, si se debería a que estaban en peligro, pero Jessica no lo hizo. Ese día no. Había oído alto y claro lo que acababa de decirle Vizchen y sabía que aquello tendría que soportarlo durante muchas semanas en la comisaría: «Eres la heroína». Nadie la iba a ayudar. Los había traicionado con lo de la herencia de Brentwood. Se había convertido en una traidora.

Se tumbó en el suelo y avanzó hasta pasar por debajo de la puerta del garaje, tras lo que se levantó y apuntó al hombre que se encontró allí. Era un joven corpulento a pesar de que estuviera encorvado, un gigantesco pedazo de carne echado hacia delante con esfuerzo. Al principio, la detective pensó que la anciana y el joven se estaban besando en el suelo. Todo muy íntimo. Con la boca en la garganta. Fue entonces cuando vio la sangre en las manos de él, en su rostro, en el cuello de ella. A Jessica le vinieron a la mente vampiros y zombis, seres fantásticos e irreales, y tuvo que apoyarse en una mesa de billar para no caerse al suelo. Su cerebro se rompió en pedazos por la fuerza con la que lo impactó el terror, y una mitad de su yo le gritaba, le chillaba, que huyera, mientras que la otra intentaba entender qué era lo que estaba viendo: una terrible agresión. Lo más probable era que el asaltante estuviera bajo la influencia de las drogas. Sales de baño, probablemente, que habían llegado a las calles con fuerza en las últimas semanas y estaban llevando a los jóvenes a cometer verdaderas locuras, como sacarse los ojos, matar animales o tirarse en bici por acantilados. Ante ella tenía a un joven que se estaba comiendo viva a una mujer.

—¡Déjala! —le gritó. Una parte de su cerebro le hizo ver que era como si estuviera hablándole a un perro. A un lobo. A un hombre lobo —. ¡Déjala y apártate de ella!

El joven levantó la cabeza. Tenía la cara ensangrentada. La anciana intentó zafarse de él, apartarse. Estaba demasiado débil. Casi muerta. Todas y cada una de las venas del joven destacaban como maromas azules por su cuerpo empapado de sudor. No veía a Jessica. Estaba

inmerso en su fantasía.

—¡Apártate de ella ahora mismo o disparo!

El joven se llevó la anciana a los labios. Jessica disparó por encima de la cabeza de él y acertó a una diana para dardos que había en la pared, que cayó al suelo con estrépito. El joven se levantó y trastabilló, alejándose del ruido. Jessica disparó de nuevo y le alcanzó en el hombro izquierdo. La bala hizo que la camisa se le manchara de sangre y se le hundió profundamente en el músculo. El joven ni se inmutó. Fue a por ella. Cogió gran velocidad en solo tres pasos. Jessica le disparó de nuevo, dos veces seguidas en el pecho. Eso mataría a cualquiera. El joven siguió adelante. Con una de sus enormes manos cogió a la detective por la cara y la empujó contra la pared. Después, la atrajo hacia él con una fuerza inhumana. A Jessica se le cayó la pistola de las manos.

Pensó en Wallert mientras el joven le hincaba los dientes en el bíceps. Su compañero estaba por ahí, envuelto por la oscuridad, burlándose de ella.

Jessica agarró los hombros del joven, que parecían rocas, y le pegó un rodillazo en la entrepierna. Cayeron al suelo y rodaron juntos. Él la sujetaba con fuerza, ella estaba debajo y la hebilla del cinturón de él se le clavaba en la cadera. Otro mordisco, esta vez en el omoplato izquierdo, el sonido de la camisa al rasgarse. Jessica se levantó del suelo apenas unos centímetros y le metió un codazo en la cara. Se oyó el crujido de la nariz. El joven le mordió el hombro izquierdo mientras la sujetaba con fuerza contra el suelo. Intentaba arrancarle la carne, arrancarle un buen mordisco. Jessica miró a los ojos a la anciana, que yacía muerta a menos de un metro de donde estaban ellos, y volvió a pensar en por qué no llegaba nadie en su ayuda.

El muchacho intentó sentarse encima de ella y, por accidente, golpeó la pistola de la detective y la dejó a su alcance. Jessica cogió el arma y se retorció por debajo de él. Le puso el cañón en la frente mientras los dientes de él volvían a la carga a por ella.

Disparó.

BLAIR

Empecé a echar de menos a los niños a la mañana siguiente de que me arrestaran. Nueve años de cirujana, cuatro de ellos como especialista pediátrica, habían hecho que pasaran por mis manos miles de niños: adolescentes deprimidos y enfermos, recién nacidos llorones o chicos de ocho años que no dejaban de vitorear a medida que los llevaban en camilla por los pasillos del hospital con sus padres, aterrados, detrás de ellos. En un instante, mi mundo se había llenado de adultos enfadados. Durante nueve años, los únicos niños que vi fue los que había al otro lado de los cristales rayados y empañados de la sala de visitas de la prisión o los de las fotografías que mis compañeras tenían colgadas en la pared junto a su catre.

Cuando di con mi apartamento de Crenshaw, había mucho que no me gustaba de él. Hombres con cara de pocos amigos y camisetas blancas y largas subían y bajaban por la calle en bicicleta vigilándolo todo y a todos. El techo del cuarto de baño del apartamento estaba negro de moho. Las paredes interiores eran de ladrillo visto, incluido el cubículo de la ducha. Eran unas paredes impenetrables. El día en que fui a ver el sitio, una cucaracha nadaba despacio en el fregadero, cuyo grifo goteaba, y, cuando intenté que el agua se llevase a la patética criatura por el desagüe, el agente inmobiliario me aseguró que volvería, que era uno de los compañeros de piso que iba a tener. A punto estaba de darle la mano al agente inmobiliario y marcharme cuando un montón de niños salieron del apartamento de al lado, cada uno de ellos con una funda de guitarra tan grande como su estatura. Dejaron que la mosquitera verde del apartamento se cerrara de golpe y el anciano que vivía al otro lado de esta empezó a quejarse. Desde el jardín, después de que el agente inmobiliario se fuera, observé cómo los niños esperaban a que vinieran a buscarlos y vi llegar a un adolescente con una guitarra eléctrica de color rojo brillante al hombro para recibir su clase. Llamé al agente inmobiliario y me quedé con el apartamento.

Al día siguiente del robo en el Pump'n'Jump, me encontraba de pie junto a la encimera de la cocina, bebiendo café y viendo las noticias de la mañana en la tele cuando oí un golpeteo suave y familiar en mi

puerta. Crucé el apartamento en cinco pasos y me encontré con mi habitual visitante mañanero de los sábados: un pequeño niño asiático que se llamaba Quincy y que traía un ukelele en la mano.

—¿Estás lista? —me preguntó tal y como hacía siempre.

Me apoyé en el vano de la puerta con un oído aún puesto en las noticias. Decían algo de una pareja de ancianos y de una policía a los que había atacado y mordido un drogadicto enloquecido. Típico de Los Ángeles.

—Para ti siempre lo estoy, Quince.

Quincy se llevó el ukelele al pecho y tocó *Somewhere Over the Rainbow* titubeando y saltándose la parte de los azulejos. Cuando acabó, esbozó una sonrisa que era todo dientes e hizo una reverencia. Dejé el café en un estante que había al lado de la puerta y le aplaudí.

—Chaval, cuando seas un cantautor de esos tan flipantes que dan conciertos en el centro, te invitaré a un martini —le dije mientras cogía la caja que tenía en el estante—, pero, por ahora, solo tengo chocolate.

—¿Qué es un martini?

—Es una bebida para mayores.

—Mi padre bebe cerveza y mi madre bebe vino. Mucho. —El crío puso los ojos en blanco.

—Tu madre me caería bien.

—Yo prefiero el chocolate. ¿Me lo das, por favor?

—Aquí tienes. —Le tendí la caja.

El chico revolvió el contenido unos instantes, intentando decidir qué quería de recompensa, haciendo que los envoltorios crujiesen.

—¿Qué te han puesto de deberes para esta semana? —le pregunté.

—*What a Wonderful World* —respondió mientras cogía una chocolatina Twix.

—¡Qué buena canción! No veo el momento de que me la interpretes.

Quincy se despidió de mí y se dirigió a la esquina a esperar a que vinieran a buscarlo. Me quedé al sol un rato, escuchando aún las noticias. Sabía que sobornar a los niños para que me dieran aquellos breves conciertos a la puerta de mi casa después de una clase de guitarra era raro y, en cierta manera, peligroso. Solo hacía falta un padre que se enterara de que era una expresidiaria violenta que pagaba sus interacciones con niños con caramelos para que un volcán de problemas hiciera erupción sobre mí. Paul, el anciano que vivía en el apartamento de al lado, el que les daba las clases, sufriría un bajón

en el negocio. Mi agente de la condicional recibiría una llamada. La cuestión es que tener niños a mi alrededor me recordaba que en su momento había sido buena persona y que algún día quizá fuera una buena madre para mi propio hijo, a quien veía dos horas una vez a la semana. Aquello me recordó que, en mi yo más profundo, la cirujana jefa que había sudado y se había esforzado sobre los tiernos cuerpos de aquellos pequeños en el quirófano, que había pasado la noche en vela leyéndoles cuentos a niños de corta edad con cáncer, que había llorado con los padres durante horas en las salas de espera... seguía allí. Que seguía viva. Solo estaba enterrada. Aunque hubiera quitado una vida «de manera espantosa y terrible», tal y como habían publicado los periódicos, no estaba perdida para siempre, porque a los niños seguía gustándoles.

Las noticias captaron mi atención por completo.

«Increíble escándalo público el de esta mañana, después de que se haya anunciado que unos obreros encontraron tres millones de dólares en una propiedad de Pasadena en la que estaban trabajando el pasado septiembre», decía el presentador.

Cogí el café y miré la televisión, en la que había dos maletas sucias a los pies de unos policías que se encontraban en una abarrotada sala de conferencias. Las imágenes eran de unos meses antes.

«El portavoz del ayuntamiento ha comunicado a los periodistas que los investigadores no han encontrado pruebas físicas de que el tesoro escondido perteneciera al famoso ladrón de bancos y asesino John James Fishwick. En la actualidad, Fishwick se encuentra recluido en la prisión estatal de San Quintín y no ha hecho ninguna declaración acerca del dinero».

En la pantalla apareció la fotografía de un hombre de unos sesenta años con el mentón prominente. La misma mirada muerta de todas las fotos de fichas policiales. La camisa azul de la prisión.

«Los abogados que representan a las familias de algunas de las víctimas de Fishwick han mostrado su incredulidad ante la decisión del gobierno de retener el dinero de acuerdo con el artículo 485 del Código Penal en vez de utilizarlo para compensar a aquellos que perdieron a seres queridos durante el reinado criminal de Fishwick».

Cerré la puerta y apuré el café. Justo entonces, volvieron a llamar, más fuerte en esa ocasión. Estaba claro que Quincy no iba a ser. Cuando abrí y vi de quién se trataba, se me cayó la taza y cerré la puerta a toda prisa.

—¡Mierda!

—Siento mucho haber venido, pero que cierres la puerta no va a servir de nada —comentó Sneak—. Abre, Vecina.

Me sentí avergonzada al oír aquello. Nadie me había llamado «Vecina» en un año, desde que salí por la puerta de Happy Valley, la institución penitenciaria para mujeres de California. La cárcel está llena de apodos estúpidos como ese. Yo era Blair Harbour, la «asesina del vecindario», así que me llamaban «Vecina». Durante el tiempo que había estado en la cárcel, había conocido a ladronas de coches a las que llamaban «Ruedas», a ladronas de joyas a las que llamaban «Joyas» y a pistoleras a las que llamaban «Balas». Me fijé en mis nudillos, blancos por la fuerza con la que agarraba el pomo.

—No puedes estar aquí —dije sin abrir la puerta.

—Ya ves que sí, así que vas a tener que echarle ovarios.

Sneak le dio un golpe a la puerta y la plancha de madera me golpeó en la frente y se abrió. Las grandes zancadas de Sneak hacían que sus enormes tetas se bambolearan mientras se abría paso por mi apartamento.

—¡Por Dios! —Me asomé hacia fuera y miré a un lado y al otro—. ¿Qué coño quieres?

Sneak olía igual que en prisión: a caramelos y a fritanga. Vestía una minifalda de cuero que rechinaba sin parar al intentar contener el culo de aquella mujerona que se dirigía a mi cocina.

—Necesito tu ayuda, pero, antes, tengo que beber algo. Llevo toda la noche dando vueltas. ¿Qué hora es? ¿Tienes hielo?

Empezó a rebuscar en el frigorífico. Sneak hablaba a toda prisa, aunque no estuviera colocada. Era como una tormenta que llegaba soplando con fuerza a mi mundo, derribándolo todo, llenándolo todo de ruido y caos.

—¡Eh, eh, eh! —Cerré la puerta del frigorífico de golpe. Casi le pillo los dedos—. De eso nada. Te vas a largar ahora mismo, que estoy en libertad condicional. Como tú. Me alegro muchísimo de verte, pero tienes que irte. Como nos pillen con otras personas en libertad condicional o con criminales convictos, nos meterán de nuevo en la cárcel. Es una de las condiciones principales.

—¡Venga va! —Me apartó de un empujoncito. Arrastraba las palabras y hablaba sin respirar—. A no ser que tengas un agente de la condicional escondido en la nevera, me arriesgaré. Necesito ayuda, ¿sabes? —Se sirvió un vodka de la gran botella que guardaba en el frigorífico y se metió en el bolsillo dos botellitas de Jack Daniel's que tenía en un armario. El movimiento fue rápido, pero no lo suficiente

para que me pasase desapercibido, entre otras cosas, porque esperaba que me robara—. Anoche te atracaron en el Pump'n'Jump, ¿no es cierto? ¿Perdiste algo de pasta y el coche?

Me quedé de piedra.

—Sí... ¿Cómo sabes...?

—Fue mi hija. Dayly. —Se tomó de un trago el vasito de vodka que se había servido—. Me llamó y me dijo que había dado el golpe en el Pump'n'Jump. Sé que llevas un tiempo trabajando allí. La cuestión es que Dayly ha desaparecido y que tú eres la última que la ha visto, así que necesito tu ayuda para dar con ella.

Me presioné las sienes, miré por las ventanas de enfrente e imaginé que escapaba de aquello. Fuera, el día estaba comenzando, lleno de potencial. Ansiaba formar parte de él. Volví a pensar en Jamie. Una estupidez como esa podía separarnos de nuevo.

Cerré las cortinas. Alguien estaba tocando *Hotel California* casi a la perfección en la puerta de al lado. Sneak se sirvió otro vodka, muy probablemente mientras se guardaba en los bolsillos objetos de los armarios de la cocina con la mano que no alcanzaba a ver. Cogí una fotografía de Jamie que tenía en un precioso marco de plata en el estante que había junto a la puerta y la escondí detrás de uno de los cojines del sofá. Me sentía incómoda, allí, de pie en medio de mi apartamento casi vacío.

—Tenía problemas. —Sneak se volvió hacia mí—. Muchos.

—Sí, daba la sensación de que alguien la persiguiera. Estaba herida. Parecía muy asustada. Eso es todo lo que sé, ¿vale? No sé en qué andará metida, pero no puedo involucrarme. Lo perdería todo. Como me metan de nuevo en la cárcel tendré que pasar allí otros cinco años.

Sneak no me estaba prestando atención. Cogí la cartera de la encimera. Por muchos años que hubieran pasado desde que todos me consideraran una celebridad médica en Brentwood, deshacerme de los problemas con dinero era un reflejo que aún conservaba. Antes de que me encerraran tenía muchísimo dinero. Trataba a los hijos de las estrellas, conducía un Mercedes-Benz y disfrutaba de mis vacaciones en La Jolla. En una ocasión fui a casa de Oprah Winfrey en medio de la noche para tratar al hijo de una amiga que estaba pasando unos días con su familia. El niño tenía fiebre. Todo eso fue antes de que disparara a mi vecino a sangre fría y me quedara mirando cómo se desangraba en su salón sin hacer nada y mientras su novia me gritaba.

—Ni siquiera puedo dejarte dinero...

Miré la cartera. Estaba vacía. Después de poner de mi bolsillo lo que había robado la hija de Sneak me había quedado un billete de veinte dólares, pero ya no estaba. Sneak debía de habérmelo robado mientras iba a cerrar las cortinas. Dejé de golpe la cartera en la encimera.

—Bueno, ya estoy mejor. —Sneak apuró el tercer trago de vodka, resolló y respiró con fuerza—. Vamos a ello.

—Yo no voy a ningún...

—Ya hablaremos por el camino.

En el taxi me apoyé contra la ventanilla y empecé a preguntarme cómo era posible que me hubiera dejado llevar por los problemas personales de la que había sido mi compañera de celda y a pensar en cuál era la mejor manera de zafarme de ella. Sneak parloteaba a mi lado y se retorcía las manos. La confianza y la determinación que había demostrado en mi apartamento estaban empezando a desaparecer. A mí ya me tenía, así que se estaba preparando para el siguiente reto. Eso es algo que te inculca la cárcel: hace que seas capaz de organizar un frente muy potente para conseguir aquello que quieres, pero, al rato, te apagas y pasas a otra cosa, como el incendio de una enorme extensión de terreno. En ese momento me encontraba mirando la cara aterrada de una madre, algo que había visto en muchas ocasiones en los pasillos de los hospitales. En el espejo también. Sneak estaba borracha y colocada, ante el abismo del pánico más absoluto.

—No me habías dicho que tuvieras hijos.

—No te estoy mintiendo. Esta vez no.

—Tanto tiempo juntas en Happy Valley..., tantas horas que pasaste escuchándome hablar de Jamie y nunca dijiste nada.

—Acabamos de recuperar el contacto. —Sneak se revolvió inquieta en el asiento—. La tuve cuando no era más que una adolescente y la entregué. Me daba vergüenza, ¿vale?

Sneak había sido una buena amiga allí dentro. Lo bastante buena para pasar por alto que me robara cada dos por tres, que me viniera con esas historias grandilocuentes con las que se entretenía tanto y que me despertara en invierno con aquellas manos tan frías que tenía. Aún era capaz de sentir aquellas manos, frías como el hielo, palmeándome las mejillas y la frente. Aquellos ojos azules y grandes mirándome desde el borde de su catre. «¡Eh! ¡Eh, Vecina, despierta,

que me aburro! Acaba de pasar ese celador tan mono de las siete. Venga, vamos, sé mi compinche».

—Me ha llamado desde una cabina telefónica esta misma mañana. No sé..., a eso de la una de la madrugada. Me ha dicho que había disparado a la tía que estaba al otro lado del mostrador. Enseguida he pensado que debía de estar refiriéndose a ti. No puede haber muchas personas tan imbéciles para hacer el turno de noche en un sitio como ese.

—Tan desesperadas, querrás decir. Ese era el único sitio en el que...

—Casi no me ha dejado hablar.

—Sé lo que se siente. —Suspiré.

—Me ha dicho que me anduviera con cuidado, que alguien venía a por mí, que iba a pasar algo realmente jodido. —Se mordió las uñas—. Luego, fue como si nos hubieran desconectado. A toda hostia. Se ha quedado callada de repente y, al instante, la llamada se ha cortado.

—¿Por qué has tardado tanto en venir a verme?

—Primero quería enterarme de lo que se decía en la calle. Ver qué podía haber de cierto en eso de que alguien andaba detrás de Dayly, pero nadie ha oído nada. Normalmente, si está pasando algo, siempre hay alguien que se entera.

—¿Adónde vamos?

—Al apartamento de Dayly. —Sneak se tapó uno de los agujeros de la nariz, respiró con fuerza e hizo un sonido parecido al de un ronquido. Tenía los senos irritados por culpa de la cocaína de mala calidad—. He estado allí en un par de ocasiones. Como te he dicho, llevamos un tiempo intentando entendernos. Fue ella la que me buscó. Me parece que está enfadada, pero no fue culpa mía..., ya sabes, lo de la infancia que tuvo. Mis padres me obligaron a que la entregara.

Algo sabía de quién había sido Sneak antes de que cayera en una espiral de drogas y prostitución. Un día que pasaba junto a su catre en Happy Valley, me fijé en que había un recorte de periódico en el suelo. Era un artículo, ya amarillento, con una fotografía de una chica esbelta vestida de gimnasta. El parecido con Sneak era mínimo, porque la muchacha mostraba un gesto agradable, sonreía de oreja a oreja, lucía un ensortijado pelo rubio recogido con una elaborada banda elástica y vestía una licra brillante que hacía que se apreciase su cuerpo musculoso, esculpido. El titular rezaba «Sueños rotos». Al parecer, mientras calentaba, justo antes de su actuación en los Juegos Olímpicos de Sídney, en el año 2000, Emily Lawlor, de dieciséis años,

había caído mal en la barra después de dar un mortal hacia atrás y había sufrido una fractura en una vértebra cervical. Dejé el artículo debajo de la almohada de Sneak, que es de donde supuse que se había caído. Una reclusa me contó que Sneak se había enganchado a los medicamentos con hidrocodona después del accidente y que se había pasado a la heroína cuando se le había acabado el seguro.

—No sé quién es el padre —comentó Sneak—. Por aquel entonces me liaba con un montón de tíos malos. Algunos de ellos están en la cárcel..., ya sabes, para siempre.

Me quedé mirando a mi antigua compañera de celda. Aparentaba muchos más años de los que tenía y la preocupación le deformaba la boca. Me vino a la cabeza la idea de que tanto ella como yo habíamos renunciado a nuestros hijos sin querer; ella cuando aún era una adolescente, obligada por unos padres decepcionados, y yo en la enfermería de Happy Valley, apenas una hora después de haberlo dado a luz. Aunque Sneak y yo no habíamos estado ahí para nuestros hijos, la idea de que sufrieran, por la razón que fuera, era agobiante, al menos para mí, y me provocaba la sensación de que tenía una quemadura que nunca se curaría en la parte de atrás de la cabeza. Desde el momento en que habíamos dejado de tener a nuestros hijos en los brazos, habían caído en las manos del mundo, un mundo grande y malo, y parecía que parte de esa maldad estaba empezando a tirar de Dayly.

—¿En qué crees que anda metida tu hija?

Sneak frunció los labios y apartó la mirada.

—No lo sé. En temas de drogas no puede ser. Está tan molesta por quién es su madre que nunca tomaría ese camino.

—No te fustigues. De nada va a servir en momentos como este.

—Es una buena persona. —Pensó en lo que acababa de decir y se encogió de hombros desconcertada—. No sé cómo ha podido acabar así. No dejaba de machacarme con que me metiera en un programa de rehabilitación. Es muy inteligente. Le gustan los animales. Quiere llegar a algo con eso. Es tenaz. Lo que ha pasado no tiene el más mínimo sentido. Dayly no se parece a mí en nada. No he estado a su lado lo suficiente para que esto se le haya pegado.

El edificio de apartamentos en el que vivía Dayly tenía la fachada estucada y con baldosas de terracota, y se ubicaba cerca del aparcamiento de la Warner Bros. Me fijé en cómo cambiaban los carteles en las vallas publicitarias anunciando programas de televisión en horario de máxima audiencia, momentos en los que yo nunca

estaba en casa. Los cómicos ojos de Ellen DeGeneres me miraban por encima de una «E» de poliestireno. Sneak subió las escaleras por delante de mí, pero no tardó en detenerse en seco. Había gente en el descansillo. Parecían vecinos del edificio, cuatro o cinco con cara de perplejidad. Uno de ellos vestía un albornoz azul. Sneak se dirigió directa a una joven, una pelirroja delgada con una camiseta en la que podía leerse «Sé amable con las abejas», que estaba de pie junto a la puerta abierta de uno de los apartamentos.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —le preguntó. Su voz era más aguda de lo habitual, casi como si estuviera chillando.

No esperó a que le respondiera. Entró de golpe en el apartamento. La joven me miró a mí y al resto de los presentes.

—Deberíamos llamar a la policía —dijo.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté.

—Estaba comentándoselo a ellos ahora mismo —respondió la joven mientras hacía un gesto con las manos para señalar a las personas que nos rodeaban—. No he pasado la noche aquí. Ayer tuve una audición y me quedé a dormir en casa de mi novio. Hace un rato, cuando he vuelto..., la puerta estaba abierta y la casa... Hay sangre. ¡Eh! No debería entrar. Esa es la madre de Dayly, ¿verdad? Será mejor que salga. Y yo... Yo diría que ese sitio es el escenario de un crimen. Y si es el escenario de un crimen, ¿no deberíamos llamar a la policía?

La muchacha se echó a llorar. Nadie hizo el más mínimo gesto de abrazarla.

Entré en el apartamento. En la moqueta había gotas de sangre, justo al lado de la puerta. Una silla tirada de camino a la diminuta cocina, una mesita por el suelo. También había cristales rotos, papeles arrancados de la puerta de la nevera, donde los habían sujetado coloridos imanes. El hecho de ver todas las luces encendidas fue lo que hizo que me diera un vuelco el corazón. No sabía qué había pasado allí, pero lo que fuese había sucedido durante la noche.

Sneak había estado en lo cierto: su hija se lo había montado bien. El apartamento era muy pequeño, pero estaba claro que en él vivían dos jovencitas que trabajaban duro para alcanzar sus sueños, dos jovencitas con vidas muy ajetreadas. El solitario y moribundo espatifilo que había en el alféizar de la ventana de la cocina me indicó que rara vez estaban ninguna de las dos en casa. Polvo en una revista que había junto al sofá. En el pasillo vi otra mancha de sangre y una fotografía que se había caído de la pared. Encontré a Sneak en la habitación de Dayly, junto a la mesa.

—Su bolso sigue aquí.

Sneak señaló un bolso de mano tirado en el suelo, junto a una cama hecha de mala manera. El bolso estaba abierto y en él se veían los objetos típicos que una mujer lleva en su día a día: pañuelos de papel, una libreta, maquillaje. Me arrodillé y rebusqué en él. Lo moví todo con los nudillos para evitar dejar huellas.

—El móvil no está. ¿Tenía coche?

—No.

—Bueno, pues ahora sí.

En la habitación no había sangre y tampoco estaba revuelta. Me fijé en el cargador de un portátil asomando por el borde del escritorio, indicando, sin lugar a dudas, el espacio vacío en el que debía de estar habitualmente el ordenador, entre los papeles, los vasos de plástico de café y el material diverso de papelería que cubría la mesa.

—El portátil tampoco está —comenté—. A algún sitio ha ido y se ha llevado el móvil y el portátil. El bolso no. O puede que cogiera otro.

—¿Te fijaste en si llevaba bolso en el Pump'n'Jump?

—La verdad es que no.

—Dime, ¿qué es lo que hizo entonces, dejó el portátil en el suelo antes de robarte?

—Y yo qué sé.

—El que la haya atacado tiene su portátil y, muy probablemente, también su móvil.

—No sabemos si la han atacado.

Sneak no dijo nada. Permanecimos allí, en silencio, envueltas por una burbuja de miedo. Intenté cogerla de la mano, pero se alejó de mí, hacia el escritorio, y se hizo con un folleto que había en él.

—¿Paracaidismo?

Me enseñó el folleto. Era un anuncio de una escuela de vuelo que había en un sitio llamado San Chinto. Ofrecía saltos en paracaídas para dos personas —verdaderas aventuras— a doscientos dólares el salto. En el folleto, una pareja sonriente agitada por el viento acababa de tirarse de una avioneta. Sneak se guardó el folleto en el bolsillo y se acercó a una mesa que había junto a la puerta y sobre la que descansaba un acuario. Yo cogí un pedazo de plástico con una forma muy extraña que había en el escritorio. Era como un pequeño tubo compuesto por varias capas de cinta adhesiva pegajosa, cortada en pedacitos, de forma que parecía la piel de una serpiente. En la parte de atrás del escritorio había notas pegadas, recordatorios, al parecer,

que se hacía la propia Dayly: «¡No pierdas la concentración!», «¡Alegra esa cara!». Dejé el tubito de plástico y cogí una notita amarilla pegada en el borde del estante que había sobre el escritorio.

«Solo las de pájaros».

Me acerqué a Sneak y me di cuenta de que el acuario no tenía agua, solo una capa de serrín y una rueda de plástico azul.

Situada en la esquina del acuario había una criatura parecida a una rata, pequeña, marrón, que se lamía sus patas rosadas y se rascaba sus diminutas orejas con ellas.

—¡Oh, vaya! ¿Qué es eso? —pregunté entre susurros para no asustar al animal—. ¿Un hámster?

—Una taltuza. —Sneak cogió aquella criatura de donde seguía acurrucada y se la puso en la mano—. Dayly la encontró en el arcén de la autopista. La habían envenenado.

—¿Y se la quedó?

Cuando vivía en Brentwood, había contratado exterminadores de plagas más de una vez para que acabaran con los bichos que me hacían agujeros en el césped, pero nunca había visto ninguno, solo la boca redonda de sus túneles y la manera en que devastaban el carísimo paisajismo que tenía contratado. La taltuza corría por las palmas de Sneak a medida que la mujer las comunicaba una y otra vez para dar forma a un camino sin final.

—Ella es así, muy sentimental. Siempre está recogiendo cosas rotas o animales callejeros. Yo era igual cuando tenía su edad. En su día, yo también recogí unos cuantos pájaros. Se me murieron todos.

Miré la notita con aquel «Solo las de pájaros» y me pregunté si habría alguna relación. Oí voces en la sala.

—Sneak, deberíamos irnos. Esto podría ser... Podría ser importante para la policía que no toquemos ni movamos nada.

—En una ocasión conocí a un tipo. —Sneak estaba concentrada en la taltuza—. A su hija la secuestraron en México. Era una niña, debía de tener unos siete años. La raptaron cuando estaba en los baños de un parque y le pidieron dinero a la familia. Los cárteles tienen unas reglas, ¿sabes? A veces dejan que se canjee a un familiar por aquel que han secuestrado, pero solo en caso de que sea, no sé, muy vulnerable o algo así. Este tipo al que conocí intentó entregarles a su esposa y a su hermana a los del cártel a cambio de la niña mientras él reunía el dinero.

En la cárcel, Sneak era conocida por la gran cantidad de historias que empezaba con un «En una ocasión conocí a un tipo». O eran todas

elaboradas mentiras, o aquella mujer había coincidido a lo largo de su vida con lo peor de lo peor, con la gente más salvaje, la más excéntrica, la más desafortunada... La mayoría de las ladronas compulsivas que había conocido en prisión eran, a su vez, unas grandes mentirosas. La cuestión es que esas historias de «En una ocasión conocí a un tipo» que contaba Sneak siempre acababan en tragedia.

—¿Y qué sucedió? —pregunté, imaginándome ya el final—. ¿Le devolvieron a la niña?

—No. El cártel también se quedó con su esposa y su hermana, y pidió un rescate triple.

—No pienses en eso. Venga, que no podemos quedarnos aquí mucho rato más. Al final, van a pillarnos juntas.

—Vámonos —convino Sneak mientras asentía. Dejó la taltuza en el terrario y cogió el bolso de su hija. Se tambaleó. El vodka y lo que fuera que hubiera tomado antes la golpearon de repente—. No sé dónde estará mi pequeña, pero aquí no está.

JESSICA

La casa de Bluestone Lane, iluminada por el amarillo resplandor de la mañana, estaba en calma. En una extraña calma, de hecho, porque en todos los demás jardines de la calle había jardineros con sombrero de ala ancha recogiendo ramitas que llevaban después a sus viejas camionetas o moviendo a uno y otro lado mangueras sobre coloridos arriates. La casa que estaba observando Jessica estaba vacía, casi como si estuviera posando, como si se tratase de la fotografía de una inmobiliaria.

«Imagina cómo sería entretener aquí a tus amigos ricos y famosos».

Cócteles junto a la piscina, cenas de gala íntimas en la parte de atrás, Bentleys aparcados en el largo y ancho camino de piedra diseñado por Exotiq Impressions. Jessica se fijó en un grupo de mujeres extremadamente bronceadas que caminaban a paso ligero. Manicura francesa y pómulos carísimos. Un perrito que costaba más que el Suzuki en el que Jessica estaba sentada se volvió loco detrás de una valla cubierta de hiedra.

Brentwood los sábados.

La llegada de Rachel Beauvoir interrumpió el deambular del coche de los de la empresa de seguridad privada que por tercera vez pasaban por allí, nerviosos porque una latina estuviera sentada en aquel lugar, en su Suzuki de mierda, sin hacer nada. Jessica salió del coche y enseguida le llegó el olor de las plantas del desierto. Había algo que hacía que le latieran las sienes, un animalito atrapado bajo la piel, asfixiado de calor. Rachel se detuvo frente a la gran puerta doble de la casa con la llave en la mano.

—¡Dios mío! —Rachel se llevó la mano derecha aleteando a la altura del pecho—. ¿Qué te ha pasado?

Ya se conocían, aunque su encuentro había sido breve, un rápido interrogatorio al principio de la investigación del caso de Bernice Beauvoir, la sobrina de Rachel. Esta se había mostrado distante y escéptica, pero a Jessica le parecía que todos los blancos ricos eran así. Hacía un mes, Jessica y la anciana se habían saludado con un leve asentimiento de cabeza en el funeral de Stan Beauvoir; pero, ahora, la mujer detuvo sus grandes ojos en los vendajes que la detective llevaba

en el cuello y en los brazos, en el moretón que tenía en la cara.

—Tuve un encuentro con un zombi —soltó Jessica.

—¿Eras tú? —Rachel, boquiabierta, la señaló como quien acusa a alguien en un juzgado—. Vi la noticia en el telediario. Te mordió un hombre, ¿no?

—Bueno, ya es agua pasada. Estoy bien —mintió la detective. Al menos tendrían que pasar cuarenta y ocho horas para que recibiera los resultados de las pruebas del VIH y de la hepatitis—. Venga, pongámonos con esto.

La anciana, esbelta, con la elegancia de un pájaro, abrió la puerta de la enorme mansión.

—Bueno, pues esta es —dijo Rachel, como si Jessica no hubiera visto jamás la casa.

En realidad, ambas sabían que Jessica había pasado mucho tiempo allí, sentada con Stan Beauvoir, mirando fotografías de su hija asesinada, escuchando las historias que el hombre le contaba de ella, inspeccionando la habitación de la joven una y otra vez. No era el primer asesinato ocurrido por aquella zona en el que Jessica había trabajado. Recordaba uno a tres manzanas de allí, una disputa por ruidos en el vecindario que se torció terriblemente y acabó en un disparo. Vecino contra vecino. Gente rica muy nerviosa y con armas.

Las dos mujeres se quedaron frente a las escaleras del descomunal vestíbulo. La casa estaba desamueblada y la habían adecentado hacía poco; era evidente por lo limpia y esponjosa que estaba la alfombra y por el aroma a limón.

Jessica metió las manos en los bolsillos.

—No he venido a ver la casa. He venido a decirle que esto es una pérdida de tiempo. Eso no va a pasar.

—Eso ya me lo has dicho por teléfono. —Rachel recorrió el enorme vestíbulo hasta el vasto salón—. «Eso no va a pasar». La cuestión, detective, es que ya ha pasado. Tú eres la beneficiaria. Está en los papeles. Eso es innegable. Stan está muerto, así que no hay marcha atrás, porque él no puede cambiar su última voluntad y yo no voy a llevar el testamento a juicio. ¡Bien sabe Dios que no quiero otra mansión en mi carpeta de propiedades!

A Jessica no le quedó más alternativa que seguir a la anciana por el salón, en dirección al porche trasero, mientras hablaba.

—Ahora, eres tú la que tiene que decidir qué hacer con la propiedad. Siempre puedes venderla. Divídela con... —Rachel hizo un gesto despectivo con la mano— con tu compañero. Tira las llaves y

lárgate. A mí me da igual. Ahora bien, hasta que no tomes una decisión, esto es problema tuyo, Jessica, y no va a desaparecer sin más.

Las dos mujeres permanecieron un rato en el gigantesco porche, ahora vacío, que daba a la resplandeciente piscina. Los otros dos pisos de la casa se alzaban tras ellas; grandes láminas de cristal y mampostería artística. Jessica suspiró en alto, aunque no había sido su intención hacerlo. Se dirigió al borde del porche, se sentó en él con las piernas colgando sobre el césped recién cortado y se frotó las sienes, que aún le palpitaban.

—El jueves le pedí a un tasador que viniera. —Con dificultad, Rachel Beauvoir se sentó junto a la detective. Se bajó la falda por debajo de las rodillas y se la alisó. Una mujer de su estatus no hacía aquellas cosas—. Dijo que se vendería por algo menos de siete millones.

—No quiero conocer esos detalles.

—Pero tengo que contártelos, detective Sanchez. La verdad es que me sorprende un poco tu reacción. Trabajas en el Departamento de Policía de Los Ángeles. ¿Cuánto ganas al año después de dos décadas de carrera? ¿Ochenta mil? Ese coche ridículo que conduces me hace pensar que nunca habías imaginado siquiera que pudiera caerte del cielo un dinero como este.

«Que aceptara un dinero caído del cielo como este haría que todo el departamento de policía se volviera contra mí. Destrozaría mi relación con mi uniformada familia de azul».

—¿Cuánto tiempo llevas conduciendo ese coche viejo y abollado? ¡Da hasta cosa mirarlo!

—Deje en paz mi coche. Tiene casi doscientos setenta y cinco mil kilómetros y aún va como la seda.

—Lo único que te digo es que esta casa podría cambiarte la vida.

—Ya me la ha cambiado. —Jessica se señaló los vendajes—. ¿Ve esto?, pues ha sucedido por culpa de esta casa.

—No te entiendo.

—Anoche, mi compañero decidió no responder a mi petición de ayuda porque estaba muy cabreado conmigo por lo de la herencia. Él también estaba asignado al caso de su sobrina y considera que se merece la mitad.

—Veo que dices «asignado al caso», no que trabajara en él. —Rachel esbozó una sonrisa irónica—. Si no te apoyó cuando lo necesitabas, me parece que no debe de ser una persona a la que le

guste mucho su trabajo.

—Usted no estaba ahí. No puede hablar.

—Yo solo sé lo que Stan me contaba. —Se encogió de hombros—. «Jessica va a venir para enseñarme unas fotografías». «Jessica me ha llamado otra vez». «Creo que Jessica tiene una hipótesis nueva».

Jessica no dijo nada.

—Esto es lo que Stanley quería. —Rachel se volvió hacia la detective—. Al final, de hecho, era lo único que quería.

Jessica se fijó en cómo parpadeaba la luz de la mañana en la superficie de la piscina.

—Cuando el asesino de Silver Lake... —La anciana se quedó callada. Se aclaró la garganta. Tragó con fuerza—. Me niego a pronunciar su nombre. Para mí siempre será «el asesino». Cuando ese hombre acabó con la vida de mi sobrina, Stan me dijo que jamás iba a poder volver a pensar en sí mismo. Se consideraba un padre que había sido incapaz de proteger a su hija. Bernice había muerto y él... él se sentía impotente. No podía vengarse, así que no podía pasar página. Se sentía desamparado. Entonces tú llegaste a su vida y te dejaste la piel en el caso, tanto que en ciertos momentos Stanley sintió que estabas obsesionada con él.

Jessica esbozó una sonrisa de medio lado.

—Aparecías aquí en busca de una prenda de vestir, aunque hubiera caído la noche. Levantabas las tablas del suelo. Ponías patas arriba el ático. Buscabas en su habitación por enésima vez. Stan me lo contaba todo. En efecto, parecía que estuvieras obsesionada con el caso.

—Es lo normal.

—Yo diría que no todo el mundo piensa así. Como, por ejemplo, los detectives en cuyas manos estuvo el caso antes de que te llegara a ti. ¡Habían pasado diez años, por el amor de Dios!

—Solo cumplí con mi deber.

—Stanley no creía que fuera así. Estaba convencido de que habías ido más allá de lo que requería tu deber. La cosa es que, si bien sabía que ya no podía hacer nada por Bernie, pensó que sí podía compensarte a ti por lo que habías hecho.

Jessica no dijo nada.

—Si te niegas a aceptar la casa, estarás impidiendo que mi hermano cumpla su última...

—Pare. —La detective levantó una mano—. No me venga con esa mierda.

La anciana frunció los labios, dolida. Sacó un juego de llaves del

bolsillo, lo sostuvo en el aire y le explicó para qué era cada una.

—La de la puerta principal, la de la trasera, la del porche, la de la piscina y la de la casita de la piscina. —Le señaló el garaje—. La del garaje.

Jessica sintió un pinchazo en el pecho. No quería entrar en otro garaje en su puñetera vida. De solo pensarlo, se le revolvía el estómago.

—Ya tienes mi número de teléfono —le dijo Rachel.

La anciana dejó las llaves en el suelo del porche, entre ambas, se puso de pie y se marchó sin decir nada más. Jessica se quedó largo rato observando las llaves, pero no las tocó.

Había un niño mirándola.

El niño estaba en el patio trasero de una casa que quedaba en la parte de atrás de Bluestone Lane. Lo vio mientras encendía un cigarrillo y se preguntó si estaría prohibido fumar en Brentwood, si aparecería un guardia de seguridad y la empaparía con una manguera en caso de que el viento se llevase muy lejos el humo. Le había llamado la atención que algo se movía detrás de una puerta de celosía que había en la parte de atrás, una puerta que estaba en una valla cubierta de parras. Ignoró al niño. Cuando acabó el cigarrillo y resultó que seguía allí, mirándola, Jessica se acercó a la puerta. Tuvo que rodear la enorme piscina, que emitía un ligero zumbido al otro lado de su valla de cristal.

—¿Eres la nueva vecina? —le preguntó el niño a bocajarro, antes de que a la detective le diera tiempo a saludarlo.

Jessica se quedó parada.

—No.

—Oh, qué pena.

—Soy la que... la que va a encargarse de este sitio. Por ahora.

Jessica sintió la extraña necesidad de confortar a aquel niño al que apenas veía por entre las hojas. Su pelo era rubio y sus ojos, grandes y azules.

—El señor Beauvoir era muy majo —comentó el chiquillo al tiempo que metía los dedos entre la celosía. A Jessica, aquellos dedos le parecieron gusanos curiosos—. No sé, me da pena que se haya muerto. Porque se ha muerto, ¿sabes?

—Sí, lo sé.

—A veces me dejaba que lo ayudara con el jardín. ¿Ves esas flores

púrpuras de allí, las más grandes? Tienen espinas. No las toques, ¿eh? Tienes que ponerte guantes y manga larga para hacerlo o te pincharás.

—Entendido. —Jessica encendió otro cigarrillo mientras asentía—. Buen consejo.

—Si necesitas a alguien que te ayude con el jardín, yo puedo hacerlo.

—No creo que vaya a ser necesario.

—El señor Beauvoir me daba cinco dólares cada vez que lo ayudaba.

—Ya veo por qué lo echas en falta.

—Has estado sentada ahí mucho tiempo. ¿Pensabas en algo?

La detective Sanchez miró hacia la casa; las enormes ventanas, el porche trasero.

—Habitualmente, la gente siempre está pensando en algo. ¿Haces a menudo esto de espiar a las personas?

—Solo a veces.

—¿Y lo de plantearles un millón de preguntas nada más conocerlas? ¿Eso lo haces mucho?

—Eso sí.

La detective y el niño se quedaron mirándose por entre las hojas. Una ardilla escaló un árbol cercano a toda prisa.

—¿A la hija del señor Beauvoir la mataron? —El niño asió la celosía con más fuerza.

Jessica no pudo evitar soltar una carcajada, sorprendida por lo seria que se había vuelto de pronto la conversación. Era imposible que aquel niño supiera todo lo que entrañaba aquella pregunta, la de años que había pasado trabajando en el caso.

—Sí. —Jessica estiró el cuello para ver cómo era la casa del niño, en busca de unos padres que interrumpieran aquel interrogatorio vecinal—. La mataron.

—¿La asesinaron?

—Sí.

—Stan me dijo que había muerto, pero no me dijo cómo.

—Estas no son cosas de las que debas preocuparte.

—No estoy preocupado.

—Muy bien. Mejor. —Jessica, perpleja, volvió a reírse.

—A veces, la gente que mata a otra gente... Es como..., como un accidente, ¿verdad? A veces pasa. No es a propósito y, después, se sienten fatal.

«No es el caso».

—Sí, claro.

—Mi madre mató a una persona.

Jessica se quedó petrificada. Se llevó una mano a la frente para cubrirse los ojos del sol y vio que el chico la observaba con atención para comprobar cuál era su reacción.

—Dios. Qué... qué triste. ¿Esto se lo cuentas a todo el mundo?

—No, a todo el mundo no.

—Ya.

—Fue un accidente, pero la metieron en la cárcel de todos modos.

—¿Qué quieres decir?

—Que no tendría que haber ido a la cárcel. Fue un error. La policía cometió un error.

Jessica sintió que se le hacía un nudo en el estómago. De repente, el cigarrillo sabía como a bilis. Lo tiró al césped húmedo y lo pisó con cuidado de apagarlo bien. Pensó en el asesinato que había habido tres calles más arriba. En la mujer embarazada con mala cara, triste, con los ojos desorbitados, unos ojos en los que se reflejaban las luces de los coches patrulla. Había sido Jessica la que la había esposado. Nunca te olvidas de gente así, de esa gente a la que acompañas en su día a día normal y corriente al infierno en que acaba de convertirse su vida. Le daba miedo hacer la pregunta que tenía en la cabeza, pero, aun así, la hizo.

—Chaval, ¿cómo te llamas?

—Jamie Harbour. —Y sonrió.

—Ay..., no me jodas, por favor.

BLAIR

Cuando llegamos al Denny's de Crenshaw Boulevard me senté en una de las mesas del fondo, lejos de la puerta principal y de las ventanas, cerca de los cuartos de baño, de manera que pudiera esconderme en ellos si veía entrar a alguien que pareciera siquiera que trabajaba en la policía. Llevaba gafas de sol, puse la carta del restaurante como escudo y no les quitaba ojo a los demás clientes. Sneak no dejaba de llamar la atención con aquella camiseta de tirantes y aquella falda minúscula mientras miraba el menú.

—Es demasiado extensa —dijo en un momento dado mientras dejaba la carta de golpe en la mesa—. No estoy acostumbrada a tener tanto donde elegir. Hay quince tipos diferentes de tortitas. No puedo con eso.

—Tú pide el Grand Slam y un café.

—Tienes más pinta de sospechosa actuando de esa manera que si estuvieras sentada como una persona normal. —Se limpió los dientes con una pajita doblada—. Si un agente de la condicional o un poli nos pilla juntas, tú le ofreces algo y ya está.

—¿Que les ofrezca el qué?

—Dinero, idiota.

—No tengo dinero.

—Pues una mamada.

—¡Por Dios, Sneak! —Sacudí la cabeza—. A ver si nos concentramos, ¿eh? Anoche recibiste la llamada de Dayly. Se cortó. Hoy has preguntado por ella a gente que conoces y, luego, has denunciado su desaparición, ¿no?

Sneak jugueteaba con una servilleta. No respondió.

—Un momento, ¿me estás diciendo que no has llamado a la policía? —Me moví en mi sitio—. Vale, pues tenemos que denunciar su desaparición ahora mismo. Ese es el primer paso que hay que dar.

—No, no hay por qué hacerlo. Ya lo hará su compañera de piso. Ya la has oído, iban a llamar a la policía.

—Pero tienes que contarles lo que sabes. —No podía parar de moverme—. Tienes que contarles lo de la llamada.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Mira, en una ocasión conocí a un tipo que robó en un Denny's —comentó mientras consultaba de nuevo el menú—. Fue como en esa escena de *Pulp Fiction*. Sacó un arma, pegó un par de voces y amenazó a todo bicho viviente. Obligó a los clientes a meter la cartera en una bolsa de basura.

—Sneak...

—Luego, fue a la parte de atrás y empezó a pegar a los cocineros para que le entregaran la cartera, las joyas y todo eso. —Aspiró con fuerza—. La cuestión es que la encargada de la freidora se puso tan nerviosa que desparramó por el suelo una enorme cacerola con salsa de queso y el tipo se resbaló y se cayó de culo. Perdió la pistola, la bolsa de basura y todo lo demás. Aquel era el momento para echársele encima e inmovilizarlo, pero no era fácil, porque el tipo no dejaba de intentar ponerse de pie y de resbalarse una y otra vez. La escena resultó tan divertida que todo el mundo empezó a partirse de risa. Permitieron que se fuera. El tipo salió deprisa y corriendo por la puerta de atrás cubierto de salsa de queso. Se olvidó de la pistola, de la bolsa..., de todo.

—Sneak, ¿no quieres ir a denunciar la desaparición de tu hija porque te busca la policía?

Sneak se echó a reír y se peinó hacia atrás sus rizos grasientos y deshechos.

—Que me busca... Lo dices de una manera que parece que sea el puto Jesse James.

—La policía puede ayudarnos. Es de tu hija de quien estamos hablando.

—Puede que me busquen... —Suspiró con fuerza—. No lo sé. He oído que me andaban buscando por unos objetos que podrían haber encontrado..., o no..., en un almacén que está a mi nombre.

Me sujeté la cabeza.

—Eres un cúmulo de problemas, ¿lo sabías?

La camarera llegó y pedimos. Sneak se frotó las manos.

—No puedo ir. Como me encierren, no podré seguir buscando a mi hija. La poli me conoce. Me acusarán de cualquier cosa, y entonces serás tú la que tenga que encargarse de todo.

—¿Yo? —me burlé—. ¿Por qué yo?

—Porque eres la única persona en la que confío. —Se quedó mirándome con atención—. Porque estás conmigo, ¿no?

—Mira... —escogí muy bien las palabras antes de seguir hablando

—, t-todavía no tengo claro a qué nos enfrentamos... Estoy deseando que nos pongamos a pensar en qué ha podido pasarle a Dayly, pero recuerda que yo también tengo un hijo, eso ya lo sabes. No puedo arriesgarme a que me lo quiten una segunda vez.

Sneak me observó con atención, en silencio, sopesando lo que le decía.

—Te debo una. —Admití.

—Ya te digo. Imaginaba que, antes o después, me vendrías con eso.

—Me sacaste de un agujero muy jodido en Happy Valley.

—No he venido a buscarte porque crea que me debes una, sino porque eres dura. Porque se te dan bien las distancias cortas. Eras una cirujana importante, y eso te convierte en la persona más inteligente que conozco. Así que es hora de que me digas si vas a ayudarme o no, porque si no me vas a ayudar..., ya daré con alguien que lo haga.

Pensé en Jamie. Me imaginé despidiéndome de él por otros cinco años, intentando explicarle que era por ayudar a una amiga..., pero que, con eso, había sacrificado mi relación con él durante media década más. Bastante duro me había resultado ya hablarle de lo que había hecho para que me metieran de nuevo en la cárcel cuando me habían soltado. Le había confesado que había cometido algo que estaba terriblemente mal, que no había sido mi intención hacerlo y que, a pesar de que había actuado de corazón, la policía no lo había entendido así. Parecía imposible que un niño pudiera comprenderlo... Y era una verdadera locura que lo arriesgara todo una vez más, en este caso por Sneak y por su hija, una muchacha a la que ni siquiera conocía, pero...

La cuestión es que Sneak había sido la clave de mi supervivencia en prisión. Era la que había conseguido que saliera de mi asombro y, después, había sido la que siempre había estado ahí, una mujer tristemente acostumbrada a la vida carcelaria, alguien que sabía bien qué era la rutina de aquel lugar, cuál era su idioma y cuáles eran sus reglas. Fue mi guía, mi maestra de la vida penitenciaria. Sneak era una mala influencia, no cabe duda. Siempre estaba colocada y se peleaba muy a menudo con las demás reclusas o intentaba ennoviarse con alguno de los guardias. Además, tenía los dedos tan largos que me veía obligada a llevar en el sujetador todo aquello que no me podía permitir que me desapareciera, como los salvaslips, las fotos de Jamie o mi medicación posparto. No obstante, cada vez que se acababa su condena y se marchaba de Happy Valley, cada vez que desaparecía de mi vida... era como si el suelo se resquebrajase a mi alrededor.

Cuando regresaba, meses después, a veces solo unas semanas, era como si hubiera vuelto a reunirme con una hermana a la que hacía tiempo que no veía. Sneak nunca se rendía, daba igual la condena que le hubiera caído, daba igual lo inútiles que parecieran sus intentos por volver a formar parte del mundo real. Tenía claro que como dejara que la vida de la cárcel le quebrara el espíritu, les destrozaría la vida a otros, así que siempre iba por ahí con la cabeza bien alta. Y yo aquello... lo admiraba.

Por otro lado, me daba cuenta de que parte de mí ansiaba unirse a Sneak en la búsqueda de su hija, un ansia, un anhelo, muy similar al que había sentido cada vez que entraba en el quirófano. Estaba deseando darle unos puntos a la relación que tenían Sneak y su hija para unirlas; ponerle un vendaje blanco, esterilizado. Tenía la oportunidad de salvar a una joven. De ayudar a una madre. De ser una heroína. Eso era justo lo que hacía antes de que me metieran en la cárcel. Aquello era una señal. Una prueba. Si la pasaba, significaría que seguía siendo la mujer que era antes de que me encerraran. Significaría que seguía siendo una buena persona.

—Sí, voy a ayudarte.

Sneak sonrió.

—Dime lo que has descubierto sobre Dayly. Cuéntame lo que se dice en la calle.

—Ha estado rodando porno. —Sneak sacó el móvil, puso algo en la pantalla y me pasó el dispositivo deslizándolo por la mesa—. Una amiga mía que trabaja frente a una cámara web me enseñó esto. Ve echándole una ojeada, que necesito un cigarrillo.

Sneak salió a la calle y yo me quedé con su móvil. Estaba conectado a una página web llamada Rareshare-Hx.com. En la parte de arriba de la pantalla se veía el dibujo animado de una mujer brillante, como embadurnada en aceite, haciéndole una mamada a un hombre en una habitación oscura. La mujer movía la cabeza adelante y atrás, y lo miraba a él a los ojos con sus enormes pupilas mientras un cartel retaba al espectador con un ¡INTENTA NO CORRERTE! Había una lista de categorías por encima de una colección de vídeos de chicas reales haciendo cosas similares. En la miniatura del primer vídeo aparecía la chica que me había robado en el Pump'n'Jump, estaba hecha un ovillo en una de las esquinas de un sofá azul, con una copa de vino en la mano. Cliqué en la miniatura y Dayly cobró vida. Saludó a la cámara con una mano.

«¡Para! —dijo guasona—. ¡Esto es una chorrada!».

Vi el vídeo un rato. La cámara estaba fija y, por detrás, apareció un hombre pequeño y delgado, moreno y con el pelo cortado al rape, con un tatuaje azul e ilegible en el cuello. Dayly y él empezaron a meterse mano en el sofá. Subí un poco la página para leer el título del vídeo: *A jovencita tetona, rubia y novata le dan bien fuerte en el sofá de su novio*.

Justo cuando el hombre del vídeo le estaba quitando la camiseta a Dayly oí una voz por encima de mí.

—¿Le relleno la taza?

Era un camarero alto y musculoso, tanto que parecía que fuera a reventar el polo verde de Denny's a la altura del pecho. Cliqué de inmediato el botón que silenciaba el móvil y muy deprisa lo dejé bocabajo en la mesa.

—Sí, por favor... —acerté a decir.

Mientras se apartaba de mí, jugueteé con el salero y con el pimentero; dos bonitos recipientes de acero inoxidable. Hacía una década que un hombre no me tocaba de forma íntima. Eso lo incluía todo, desde un buen polvo hasta una palmadita en el hombro o un abrazo cálido. Lo más cerca que había estado de un abrazo en ese tiempo había sido el que podría haberme dado Henry, el marido de Sasha, cuando salí de prisión, y que no había sucedido más que en mi imaginación; la lenta y deliberada repetición mental de sus brazos cerrándose alrededor de mis hombros, de su aliento en mi cuello, de su cadera contra la mía. Me lo imaginé durante semanas a medida que se acercaba la fecha de mi puesta en libertad. La cuestión es que Henry no llegó a abrazarme. Sasha y su marido me habían recogido en la puerta de la cárcel y él se había quedado en el coche. Se había limitado a girarse y a sonreírme mientras yo entraba en el vehículo y me deslizaba por el asiento de atrás. El camarero se inclinó para rellenar la taza de Sneak y me llegó el olor de su desodorante. Vi cómo se movían los gruesos tendones del cuello. Unas manos grandes. Unos antebrazos grandes.

—Gracias —le dije cuando acabó—. ¿Podrías traernos un poco de agua con hielo? Si no es molestia.

El camarero asintió, sonrió y se marchó. Sneak llegó justo en ese momento y se sentó a la mesa junto a mí.

—¿Estabas ligando con el camarero?

—Eh... ¿Qué? ¡No! No. Claro que no.

—Pues le has puesto una cara que parecía que estuvieras ansiosa por arrastrarlo a la mazmorra del placer que tienes en casa y atarlo a un potro.

—Por favor. —Me reí—. Solo le he pedido agua con hielo.

—¿Para qué, para echártela por tu humeante entrepierna?

—¡Sneak!

—Aún no has roto la maldición, ¿eh? —Negó con la cabeza. Era evidente que se alegraba de tener algo de lo que hablar para no pensar en lo de su hija—. Llevas un año fuera y aún no te han follado, ¿verdad?

—¿Podrías... podrías no decir eso de «follado»?

El camarero llegó con nuestros platos y con el agua con hielo. Lo ignoré por completo.

—Y devuelve el salero y el pimentero.

Sneak puso los ojos en blanco, sacó del bolso los recipientes y los dejó de golpe en la mesa.

—El vídeo este de Dayly... —empecé a decir— es porno de aficionados.

—Ya, pero de una página web en la que hay que pagar. —Sneak asintió mientras hablaba—. El espectador paga una mensualidad para ver porno. El que cuelga los vídeos se lleva una parte de los beneficios. Puede que estuviera sin un duro y que hiciera una estupidez. Puede que su novio los grabara y, después, colgara el vídeo con la esperanza de que ella nunca se enterase.

—¿El tipo ese es su novio o no es más que un mierda?

—Al parecer, es su novio. Tengo su nombre y su dirección. Dimitri Lincoln. Es mala gente. Tenemos que hablar con él para ver qué sabe, pero la cosa es que vive en Temple City. Si Dayly hacía esto del porno por voluntad propia es posible que ya hubiera entrado en el circuito. Así es como empecé yo en la industria. Dejé que un tipo me sacara unas fotos a cambio de dinero para comprar hidrocodona. Poco después estaba haciendo mamadas. Lo siguiente fue que acabé en las calles, en una esquina. Como se haya relacionado con la gente equivocada... Quiero enterarme de quién está metido en esto.

—Vale. —Asentí—. Parece un buen punto de partida.

—Pero Temple City está muy lejos para ir en taxi. Vamos a necesitar pasta y un coche.

—Sí, ya.

—Anoche estuve intentando hacerme con un coche, pero no tuve suerte..., y de pasta voy justa. ¿Y tú? O la mujer que se encarga de tu hijo. ¿Te prestaría un coche durante un par de semanas?

—Podría ser..., pero no quiero pedírselo. Bastante parezco ya un desecho de la sociedad. No quiero que su marido y ella piensen que no

sé cómo arreglármelas o puede que nunca lleguen a considerar que estoy preparada para tener la custodia de Jamie. —Di unos golpecitos en la mesa con el tenedor. Un pensamiento que llevaba un tiempo rondándome empezó a abrirse camino a pesar de que intentara acallarlo. Me dio la impresión de que Sneak se había dado cuenta, de que me lo veía en la cara.

—He de ir a ver a mi hijo. Nos reuniremos después.

—¿Tienes alguna idea?

—Sí. —Suspiré—. Aunque, realmente, es algo que preferiría no hacer.

Estimado John:

Me llamo Dayly Lawlor. No me conoces, pero si tienes buena memoria es posible que te suene mi apellido. Hace una semana estaba en mi apartamento, viendo las noticias con mi madre, y hablaron de que habían descubierto tres millones de dólares en unas maletas enterradas en el desierto de Pasadena. Creo que fueron unos obreros los que las encontraron. La verdad es que no sé por qué avisaron a la policía y no se quedaron con el dinero. En la noticia decían que es probable que el dinero perteneciera a un recluso que hay en el corredor de la muerte de San Quintín, a John Fishwick, que lo enterró allí para mantenerlo a salvo antes de que lo arrestaran. Algunos de los criminólogos a los que llevaron al programa se mostraron de acuerdo. Yo no había oído hablar de ti, pero mi madre se rio y me contó que os habíais acostado durante una temporada hace ya algún tiempo. Si te soy sincera, recordaba exactamente cuándo había sido: hacía veinte años. Cumplo los diecinueve en febrero.

Es muy probable que estés acostumbrado a recibir cartas de personas que no conoces, de tarados y raritos que quieren saber los detalles de tus crímenes. También he escrito a un par de personas más con las que mi madre me ha dicho que estuvo saliendo en la época en la que me concibió, dos de las cuales se encuentran en la cárcel, igual que tú. Mi madre siempre ha sido complicada. Empezó a enamorarse de la gente equivocada ya desde muy joven, esa es la impresión que tengo. Es una adicta que me entregó en adopción cuando aún no había cumplido los veinte años. No tengo muy claro qué siento por ella, pero tampoco quiero aburrirte con esas chorradas. Me pregunto si la recuerdas. Seguro que tú también te has movido con mucha gente chunga. En aquella época, tú estabas en lo más álgido de tu carrera. Fue poco antes de lo de Inglewood. Mi madre dice que llegabas a las fiestas y tirabas billetes, y que, después, no tardabas en irte, antes de que la policía llegara. Supongo que entiendo que se sintiera atraída por ti. Es muy probable que la gente te viera como una especie de Robin Hood. Antes de seguir, no obstante, quiero decirte que no entiendo en absoluto por qué hiciste todo aquello el 11 de mayo del 2001 en el Chase Bank de Inglewood. He leído todo lo que hay publicado acerca de ti y lo de esa masacre; además de que, hoy en día, en Internet, se pueden encontrar todas las fotografías, las imágenes más horripilantes, si uno navega donde no debe.

Pero no te escribo para preguntarte sobre tus crímenes. Estoy segura de que estás hasta el gorro de eso. Te escribo para ver si te acuerdas de Emily Lawlor, a la que algunos llamaban «Sneak». ¿Es verdad que estuvisteis juntos por esa época? ¿Alguna vez se ha puesto en contacto contigo para decirte que podrías ser mi padre? ¿Habéis estado en contacto a lo largo de estos años?

Acabo de darme cuenta de que aún no te he contado nada sobre mí, aunque no sé si

estarás interesado en conocerme. Se me hace raro pensar que yo sienta interés por ti y que tú nunca hayas mostrado curiosidad por conocerme. Vivo en Toluca Lake, cerca de los estudios. Por aquí, los alquileres son baratos, que es por lo que viene mucha gente que quiere dedicarse a la interpretación, como mi compañera de piso. Asisto a un centro de estudios superiores donde estudio los animales y, cuando pueda, me gustaría dedicarme a rescatarlos y rehabilitarlos. Ahora mismo estoy criando una taltuza de Botta muy joven, aunque no sé si habrás oído hablar de estos animales. Son habituales en el noroeste del país. En Texas también hay muchas. Cuando la encontré, la habían envenenado. Es un animal muy dulce. Creo que se trata de un macho, pero es muy complicado determinarlo. Hace un par de meses tuve una paloma que encontré en la autopista de Ventura. Había chocado contra un coche. Por suerte, se recuperó rápido... porque a mi compañera de piso le daba mucho asco tener una paloma en casa. Estaba convencida de que le iba a pasar piojos. Mi vida tiene algunas partes más tristes. No soy una santa, pero de eso ya te hablaré en caso de que me respondas.

Te envío una foto en la que salimos la taltuza y yo. La llamo Pockets. Apenas he encontrado información en Internet sobre si se pueden enviar fotografías a los reclusos del corredor de la muerte de San Quintín, pero deseo que te llegue.

Un saludo. Espero tener noticias tuyas.

DAYLY

JESSICA

La calle estaba llena de coches patrulla porque, en aquel momento del día en el que la temperatura no paraba de subir, los agentes no dejaban de buscar excusas para volver a la comisaría oeste del Departamento de Policía de Los Ángeles, un edificio con un magnífico aire acondicionado. Jessica había pasado la noche en su abarrotado apartamento de Alameda, pensando en lo de la casa que había heredado y en el niño que tenía de vecino: el hijo de Harbour. Se había duchado de una manera muy extraña para no mojarse los vendajes y había soñado que la perseguían unos zombis. A medianoche se había despertado, había cogido las llaves de la casa de Bluestone Lane de la mesita de centro y las había tirado al cubo de la basura. Por la mañana las había recuperado.

En la comisaría, dos agentes con cara de aburrimiento a los que no conocía de nada se encargaban de la recepción con las enormes fotografías enmarcadas de los anteriores jefes que colgaban por encima de sus cabezas. Jessica no llamó su atención, cruzó tan deprisa como pudo la puerta trasera de los despachos con la tarjeta de banda magnética. Que la ignoraran en esa misión que tenía entre manos sería de lo mejor que le podía pasar.

En la zona abierta de despachos del primer piso, no obstante, no tuvo tanta suerte. Enseguida le llegó aquel olor familiar, olor a humanidad, a café y a tabaco. Sintió que todos los de la estancia se volvían para mirarla. Algunos de ellos estaban hablando por teléfono y otros se encontraban inclinados sobre sus desordenados escritorios, examinando fotografías, repasando imágenes de cámaras de vigilancia, releyendo notas. Sin embargo, la llegada de Jessica fue como si empezara a sonar una sirena que cada vez aullaba con más fuerza, molestando a todos y cada uno de los detectives. Jessica se aclaró la garganta y se dirigió a los ascensores.

No llevaba más que unos segundos delante de las puertas de los ascensores, pulsando el botón una y otra vez, cuando empezó a oír aquellas palabras susurradas por detrás de ella: «Brentwood», «mansión», «millones».

Nada sobre sus heridas. Nada sobre Wallert y Vizchen. En el tercer

piso no se detuvo a valorar qué impacto causaba en la estancia. Encontró a Wallert en la sala del café, vaciando azucarillos en una taza de papel. Esperó hasta que su compañero se hubo alejado de la encimera, y entonces golpeó con fuerza el culo de la taza con la palma de la mano y le tiró el café por la cara, aunque el líquido también acabó en la máquina, en la encimera y en la pared. Antes de que a su compañero le diera tiempo de limpiarse los ojos, Jessica tomó impulso y le pegó un fortísimo puñetazo en la boca.

—¡Pedazo de mierda! —le gruñó.

—¡Por Dios! Pero ¿qué coño...?

—¡Puto gordo traidor de mierda!

No es que Jessica hubiera pensado en qué decir, no es que hubiera estado planeando qué palabras harían más daño a su compañero o qué comentarios recordaría la gente durante un período más largo. Aquellos improperios escaparon por su boca sin más, como ladridos. Los compañeros se le echaron encima antes de que soltara un segundo puñetazo. Romley, de Narcóticos, y una mujer a la que no conocía la cogieron de los brazos y la apartaron de Wallert. Enseguida se reunió allí una multitud, en un principio con intención de detener la pelea, pero, en realidad, era para coger asiento de primera fila y disfrutar del espectáculo del mes en Homicidios.

—¡Debería matarte, hijo de puta! —aulló—. Ese cabrón me levantó por los aires y me tiró al suelo como si fuera una cría. Si hubieras acudido a mi petición de ayuda, no habría tenido que matarlo. He matado a una persona por tu culpa.

—Lo superarás. —Wallert tenía la pechera de la camisa manchada de café, lo que hacía que se le transparentaran los pelos de sus gordas tetas. Se limpió la sangre del mentón—. Tienes todo el dinero del mundo para gastártelo en terapia, ¿no?

—¿Lo estáis oyendo? —gritó Jessica mientras se zafaba de los policías que la sujetaban y miraba a su alrededor—. ¿Lo estáis oyendo? Este cabrón dejó tirada a su compañera. —Lo señaló—. No es así como nos comportamos aquí. Eso no es propio de nosotros.

La detective examinó los rostros de los que conformaban el círculo a la espera de ver reflejada en ellos la misma furia que ella sentía, pero eran muchos los que miraban al suelo o los que se miraban los unos a los otros, manteniendo conversaciones silenciosas, juzgándola, sopesando la situación. Jessica estaba rodeada por los suyos y, aun así, la palabra «nosotros» había sonado débil, aguda como un chirrido. De pronto, Wallert pasó a formar parte de ellos, del «verdadero nosotros»,

y Jessica empezó a preguntarse qué habría sucedido en las veinticuatro horas que había estado fuera de la oficina, qué conversaciones habrían mantenido, para que estuvieran marcando esa línea en la arena entre ellos y ella.

—Es increíble. —De repente, se había quedado sin aire—. Esto es...

—Oye, Sanchez, cálmate —le soltó uno de Personal mientras le ponía una mano en el hombro. Jessica sintió una punzada de dolor en la herida—. Montar una escenita no va a servir de ayuda en tu caso.

—¿Mi caso? —Se sacudió la mano del de Personal.

—Lo que hizo Wallert no estuvo bien —dijo Romley, el de Narcóticos, al tiempo que se encogía de hombros—, pero algunos compañeros hemos hablado del asunto. Bueno, todos hemos estado hablando de ello y... parece que, según los informes iniciales, fuiste tú la que decidió ir sola. Vale, sí, Wally y Vizchen tendrían que haberte apoyado, pero la decisión la tomaste tú, Sanchez. Además, lo de la casa esa de Brentwood... Es que, si te soy franco, eso es una mierda descomunal.

—Sí, a mí también me tendría puteado —comentó uno.

—No vas a aceptar la casa, ¿verdad? —La que hablaba era Veronica, de Homicidios—. Alguien va comentando por ahí que vas a aceptarla, pero no deberías.

—He oído que vale nueve millones.

—Eso sí que es traicionar a tu compañero.

Romley le pasó unos cuantos pañuelos de papel a Wallert, que sonrió por detrás de ellos mientras se limpiaba las encías ensangrentadas. Jessica se volvió y vio a Vizchen en la parte de atrás de los allí congregados, inexpresivo, observando. De pronto, a la detective le dio la sensación de que los que la rodeaban irradiaban tal calor que empezó a sentir que le quemaban las heridas. Jessica pensó que quizá tuviera fiebre, una infección, el sida. Se llevó las manos a la cabeza e intentó pensar en que aquello era una representación, una broma que le habían querido gastar y que había salido mal..., que, en cualquier momento, alguien se abriría paso por entre la muchedumbre y la abrazaría y le diría que todo iba a ir bien, que aún formaba parte del equipo, que no la consideraban el enemigo en la trinchera. No obstante, el que se abrió camino entre los policías fue el capitán Whitton, y, desde luego, no había nada amistoso en su expresión.

—Sanchez, a mi despacho. Ahora.

Jessica se sentó en el despacho del capitán pensando en que Andrew Whitton era quien mejor personificaba el liderazgo en el Departamento de Policía de Los Ángeles. El hombre era alto, serio, circunspecto. Sus ojos eran de color gris oscuro, como la pizarra, y siempre parecían inexpresivos. Tenía los hombros anchos —estupendos para cargar con el peso de la responsabilidad—, unos hombros que parecían solemnemente encorvados en los funerales de policías, y viejos pero potentes cuando se machacaba en el gimnasio de la comisaría junto con los jóvenes. En el escritorio tenía una fotografía de Karen, su esposa, una mujer con el pelo rizado y una mirada entusiasta enmarcada por unas gafas de colores, acompañada de sus tres hijos, todos ellos policías. En las demás fotografías aparecía él en su velero.

—Es hora de tomar una decisión —le dijo el capitán mientras se sentaba. Era muy probable que en la vida del capitán Whitton siempre fuera hora de tomar una decisión. De tomar una decisión, de escribir una recomendación, de hacer una petición, de encontrar una solución. Asuntos que requerían papeleo y firmas—. ¿Vas a quedarte con la casa, sí o no?

—Hace cuarenta y ocho horas que sé lo de la casa —empezó a decir Jessica con un tono plano— y en ese tiempo me han herido en el ejercicio de mi deber y he matado a una persona.

—Sí, y no quiero que pienses que todo eso me da lo mismo. —El capitán levantó una mano para aplacar los ánimos—. Tengo entendido que hasta el hospital se acercaron un representante del sindicato y uno de nuestros encargados de salud. Tienes preparado el permiso por lesiones, ¿no?

—Sí, se acercaron y, sí, dispongo de él.

—Bien. En ese caso, los de Asuntos Internos determinarán en qué fecha tendrás que reunirte con ellos por lo del disparo, así que el proceso de cuidar de tus heridas y de que se resuelva todo lo relacionado con el tiroteo ha comenzado. Utilizaste tu arma reglamentaria, pero ellos tienen que comprobarlo. Aparte de decirte que siento mucho lo que sucedió y de trasladarte todo mi apoyo como capitán, mentor y amigo, nada de eso tiene que ver conmigo. De lo que nadie se está encargando es de la posible lluvia de mierda que va a caer con lo de la herencia de Beauvoir.

Jessica se presionó el puente de la nariz. Empezaba a dolerle la cara, era un dolor que le ascendía hacia la frente y tiraba hacia la parte de atrás de la cabeza. Volvió a pensar en si habría contraído

algún virus. Si hubiera sido más cuidadosa..., más discreta..., pero la llamada de teléfono de Rachel Beauvoir que había recibido en el gimnasio hacía dos días la había dejado tan sorprendida que le había repetido la conversación que había mantenido con la anciana a una mujer que tenía al lado, envuelta en una toalla, y a la que apenas conocía, Fiona Hardy, de la sección de Entrenamiento con Armas de Fuego. A partir de ahí, la noticia había corrido como la pólvora.

—Un par de patrulleros han ido contando que estuviste ayer en la casa.

—Sí, fui a verla. —Jessica se revolvió en la silla—. Fui directa desde el hospital. ¿Es eso lo que va a suceder a partir de ahora, van a estar circulando las patrullas para comprobar si voy o si no voy?

—Sienten curiosidad. ¿No la sentirías tú?

—No. Lo que los demás policías hagan en su tiempo libre no es asunto mío, joder.

—Que vayas a la casa les hace pensar que seguramente te vas a quedar con ella.

—Y es que la última voluntad del señor Beauvoir fue que me la quedara. Fue lo que deseó en su lecho de muerte. Lo menos que podía hacer era ir a ver la casa, como gesto personal.

—Sí, pero ya estuviste en ella un millón de veces mientras...

—¿Me has hecho venir para tocarme las pelotas?

El capitán se recostó en la silla y miró a Jessica. La detective se dio cuenta de que su superior se recordaba a sí mismo que todo aquello no era culpa de ella, que ella no era sino la víctima, cuando menos, de los efectos colaterales de la herencia.

—Seguro que te sientes tentada de aceptarla. ¡Son doce millones de dólares!

—Cada vez que oigo hablar de la casa, su valor ha subido. Debe de haber un pozo de petróleo del que nadie me había hablado justo debajo.

—Mira, Sanchez, así son las cosas. Esa es la realidad. —El capitán miró la puerta como si quisiera asegurarse de que estaba cerrada—. Soy consciente de que eres tú quien merece todo el reconocimiento por haber resuelto el caso de Silver Lake. Ya sé que Wallert apenas participó en la investigación.

Jessica permaneció en silencio.

—Cuando ascendimos a Wallert a detective sobrevaloramos su carácter. Fue una decisión que se tomó antes de que yo fuese capitán —explicó Whitton con cautela—, y espero que no repitas fuera lo que

acabo de decir ahora mismo en este despacho.

La detective siguió en silencio.

—Tengo la sensación de que debería dejar bien claro qué es lo que está en juego en este asunto. —El capitán abrió uno de los cajones del escritorio.

—Sé lo que está en juego, capitán —dijo Jessica entre suspiros.

—Y es mi responsabilidad confirmar que así es, oficialmente.

Jessica se desplomó en la silla. Tal y como habían hecho en numerosas ocasiones durante el tiempo que llevaban siendo detective y capitán, Jessica se quedó allí sentada, en el despacho de Whitton, observando cómo él pasaba el dedo por alguna de las páginas de su vieja copia de *Políticas del Departamento de Personal* perteneciente al Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Si aceptaras la casa de Brentwood como recompensa por parte del señor Beauvoir a cambio del trabajo que realizaste en el caso de su hija —empezó a decir Whitton, que enseguida encontró la parte del texto a la que se estaba refiriendo—, podrían sancionarte de acuerdo con el artículo 33.2. —Leyó—: «Falta de ética profesional dentro o fuera del trabajo por parte de empleados públicos», que reza: «Los empleados públicos deben realizar sus tareas de manera que nunca pierdan la confianza y el respeto de sus supervisores, de sus compañeros y de la ciudad a la que sirven». Tu ofensa consistiría en: «Aceptar favores o gratificaciones por realizar servicios propios de su trabajo».

—Ajá.

—También podrían sancionarte por: «Fraude, deshonestidad, robo o falsificación de informes», dado que: «Los empleados públicos tienen que demostrar su integridad personal y su honestidad a la hora de desempeñar su trabajo». —Sin levantar el dedo de la página, el capitán hizo una pausa para añadir dramatismo al momento—. Mira, Jessica, la cuestión es que se consideraría que has solicitado, aceptado u ofrecido un soborno, lo que supone el despido inmediato.

—En ningún momento el señor Beauvoir dijo que fuera a dejarme su casa en herencia por trabajar en el caso de su hija. No es un soborno. La primera vez que oí hablar del tema fue cuando me llamó su hermana, que es la legataria de su última voluntad.

—Estabas obsesionada con el caso. Aquí, la gente empezó a preocuparse.

—Esa es la cuestión. —Jessica levantó las manos—. Aquí, te vuelcas con un caso y resulta que los compañeros empiezan a

preocuparse.

—Perdiste peso. No dormías. No pasabas por casa. A punto estuviste de presentarte a una reunión del departamento recién salida del vestuario... ¡sin camisa!

—Estaba cansada.

—¿Solo cansada?

—Lo sentía, es verdad. —La detective hizo una pausa, como si estuviera buscando las palabras—. Sentía el... el calor.

—¿El calor?

—¿Sabes cuando estás a oscuras... —Jessica se esforzaba por elegir con cuidado las palabras— pero tienes certeza de que hay alguien más? Ni lo ves, ni lo oyes, pero lo sientes... como... como una especie de calor. Como el calor corporal.

El capitán la miraba con atención.

—Yo lo sentía a él. Sentía lo cerca que estaba de atraparlo.

—Hazme un favor. Cuando salgas de aquí, no le digas a nadie más que atrapaste al asesino de Silver Lake porque sentiste su calor corporal en la oscuridad. Parece que estés loca.

—Sí, ya, pero el tipo está en la cárcel, ¿no? ¿Quieres que hablemos de locuras? ¿Por qué no hablamos, entonces, de cómo es posible que esté aquí sentada porque hago mi trabajo demasiado bien?

—Mira, chorradas aparte, dudo mucho que los de Asuntos Internos fueran a tragarse eso de que lo único que te pasaba en ese caso era que estabas ansiosa por atrapar al asesino. Los investigadores dirán que no te movía únicamente la pasión. Hay gente que va contando por ahí que el señor Beauvoir y tú teníais una relación, y ya sabes que eso también iría en contra del reglamento del Departamento de Policía de Los Ángeles.

—No, capitán, no me follé al padre de setenta y cinco años de una de las víctimas de un caso.

—Yo tan solo repito lo que dice la gente y a qué podrían agarrarse los de Asuntos Internos.

Jessica se encogió de hombros.

—Hace mucho tiempo que dejó de importarme lo que piensen de mí los de Asuntos Internos.

—Sea como fuere, Sanchez, si aceptas la casa, te despedirán de la policía. De una u otra forma, harán que salgas por la puerta principal y que nunca vuelvas a ser bienvenida aquí. Creo que eso sería una pena. Este es tu hogar, detective. Esta es tu familia.

Jessica abandonó el despacho del capitán en silencio, con la

pulsante ira que sentía cuando había entrado un poco más calmada. Los miembros de su familia del Departamento de Policía de Los Ángeles la observaron mientras se dirigía a los ascensores. La observaron mientras esperaba a que alguno de ellos llegara. En aquel punzante silencio, Jessica miró hacia la sala de documentación que había a la derecha de los ascensores.

Sintió que una oleada de desafío la golpeaba. Una oleada de ira, una oleada grande y silenciosa. Al mismo tiempo, por detrás de ella empezó a sentir la presión de esas personas en las que había confiado hasta hacía poco, compañeros que ahora querían verla de patitas en la calle. Intentó aferrarse a lo que fuera para permanecer en el que era su lugar, allí donde se sentía a salvo.

«La policía cometió un error», había dicho el niño.

«Yo no cometo errores. Estaba en lo cierto entonces y lo estoy ahora».

La detective decidió ir a la sala de documentación. Allí encontró el informe en el que se hablaba del asesinato cometido por Harbour, un archivador de color azul lleno de papeles. Se lo puso debajo del brazo y bajó por la escalera de incendios.

BLAIR

Cuando di a luz a Jamie en la enfermería de Happy Valley tenía una de las muñecas esposada a la cama. Luché contra aquella cadena mientras las contracciones me recorrían el cuerpo como truenos... Me sentía como un cerdo en una pocilga a la espera de que lo sacrifiquen, intentando escapar. Me permitieron tener a mi hijo una hora. Entonces llegó la trabajadora social. Cuando se lo entregué, en ese instante... no sentí nada.

Cuando miraba a Jamie, sobre mi pecho, en la sala en la que lo había alumbrado, pensaba en lo bonito que era, en lo apropiado que era que aquel ser perfecto fuera a dejar aquella institución fea en unos momentos. No me sentía triste por mí, sino aliviada por él.

Aquel desapego deliberado por el presente que empecé a sentir a partir de que mi destino quedara decidido sirvió para que los meses siguientes los pasara nadando en una fantasía que yo misma había creado. Las demás reclusas poco tenían que ver conmigo. A menudo me consideraban demasiado «desconectada» para que se molestaran en hablarme siquiera. La mayoría de los días me quedaba en la cama, callada, soñando que a mis compañeras y a mí nos habían abducido unos alienígenas, y que aquella prisión era una especie de complejo para seres humanos donde los gobernantes supremos de los extraterrestres nos estudiaban. Yo había entregado a mi hijo para que volviera a la Tierra, donde viviría a salvo de todo aquello.

No vi a Jamie en persona en nueve años. Aquella había sido una decisión necesaria para mí. Una decisión que significaba que no tendría que verlo crecer al otro lado de un cristal, sino que podía imaginarlo corriendo por los campos verdes de la Tierra, despreocupado y feliz bajo un interminable cielo azul. Cuando me liberaran, a él no le habría afectado mi encarcelamiento y sería un niño perfecto, listo para darme la bienvenida como madre, como única familia. Seguiríamos con el plan que había trazado para nosotros antes del asesinato.

Había sido un buen plan. Lo había sopesado, lo había calculado todo casi con precisión quirúrgica. Mi incansable necesidad de avanzar en mi carrera nada más acabar la universidad me había

llevado a seguir un patrón de flirteos constantes con diferentes hombres, casi siempre doctores, que, a su vez, sentían la misma neurosis por su carrera que yo por la mía. Nunca me había parado a pensar en que quería algo serio con un hombre cuando, de pronto, me di cuenta de que anhelaba ser madre. No me pareció raro buscar un donante de esperma. Tuve una visión para Jamie y para mí: él era el hijo al que no le iba a faltar nada, y yo, la madre de la que tan orgulloso se iba a sentir. Hasta que me pusieran en libertad, lo único que tenía que hacer yo era sobrevivir. Cuando volviera a casa con mi hijo, lo retomaríamos todo, tal y como sucede en las obras de teatro después del descanso.

Sin embargo, había pasado un año desde que había salido de la cárcel y nuestra vida no se parecía en nada al ridículo ideal que había construido. Jamie quería a sus padres de adopción, amigos míos de antes de que me encarcelaran, y el niño, como poco, se sentía raro conmigo y, como mucho..., me tenía miedo. Había permanecido fuera de su vida para protegerlo, pero, al hacerlo, ahora lo había obligado a acomodarse a la fuerza a una nueva madre a la que no conocía, pero a la que tenía que hacer espacio en su joven vida, ya de por sí confusa y tumultuosa.

Mientras levantaba la mano para llamar a la puerta de la casa de Jamie, oí al crío en algún lugar de sus espaciosos metros. Su voz era un gimoteo agudo:

—¡Quiero ir a casa de Benny! ¡No es justo! ¡Van a ir todos menos yo!

—Ya habrá otras fiestas, Jamie. Esto es más importante.

—¡No tiene nada de importante! ¡Es una estupidez!

Llamé y tragué saliva con fuerza. Sasha abrió la puerta. Llevaba un delantal estampado y el flequillo perfecto. Era ese tipo de ama de casa, de las que tienen un blog en el que le enseñan a la gente a preparar galletas con la forma de superhéroes o de personajes de dibujos animados. Estaba cocinando algo; el olor a canela y a vainilla llegaba hasta la puerta. Jamie estaba en el vestíbulo. Su cara era una máscara de miedo.

—¡Hola, colega! —lo saludé con una sonrisa.

—Hola. —Y se marchó.

—Alguien está teniendo una pataleta esta mañana. —Sasha me abrazó con un solo brazo e hizo el sonido de un beso en mi oreja. «¡Mua!»—. Ya se le pasará. Hay una fiesta al final de la calle y quiere ir, pero un niño tiene que pasar tiempo con su madre.

Yo era la «madre» y Sasha era la «mamá». No me gustaba, pero no tenía derecho a cambiarlo... ni capacidad para hacerlo. Además, Sasha había sido muy comprensiva al dejar que Jamie llevara el apellido Harbour, que era lo que yo le había pedido. Sasha había criado a Jamie desde que era un bebé. Su esposo y ella habían aceptado a mi hijo sin poner pegas para que no cayera en las manos de unos extraños, unos extraños que lo adoptarían y que harían lo imposible porque yo no volviera a verlo jamás. Aceptar que, aun siendo la madre de Jamie, el niño me llamara Blair era uno de los cien mil dolores de cabeza a los que había tenido que aprender a enfrentarme desde que había accionado el gatillo y le había arrebatado la vida a un hombre. A tu madre no le dices que la quieres, ni le confías tus secretos o le pides ayuda. Eso son cosas que le corresponden a la mamá. Seguí a Sasha por su casa de techos altos en busca de mi hijo, con el pecho a punto de explotarme por la emoción que me causaba pensar que iba a abrazarlo.

—Jamie, si quieres podemos ir a la fiesta —le dije cuando lo encontramos tirado en un sofá de cuero—. Tomamos un helado y, de vuelta, nos pasamos por allí.

—Lo que tú quieras, aunque seguro que la mejor comida se habrá acabado cuando lleguemos.

—Este es el último «Lo que tú quieras» del día, jovencito. —Sasha estaba apuntando a mi hijo con el dedo de la muerte—. Ya sabes que solo puedes decirlo una vez al día, y acabas de hacerlo. Y, ahora, levántate y dale un abrazo a Blair. Luego, ve a por tus cosas. Y como te encuentre la Nintendo Switch en el bolsillo, te prometo que la pongo a buen recaudo.

Con eso de «a buen recaudo», Sasha se refería a su cajón de la ropa interior, que es donde acababan las maquinitas y las revistas prohibidas que le confiscaba. Recibí un abrazo de lo más incómodo por parte de Jamie, que, a continuación, se puso de pie rojo como un tomate. Sasha fue a su enorme cocina para encargarse de las galletas de Iron Man que estaba horneando.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó mientras ajustaba la temperatura de su horno de última generación—. ¡No te lo vas a creer! He estado limpiando el sótano y he encontrado unas fotos nuestras. —Con la mano, protegida con una manopla, señaló un montoncito de fotos que había en la encimera—. ¡Menudo atracón de pasado!

Me acerqué a aquella pila y las miré. Eran fotos de una fiesta en la piscina de Sasha, una extravagante reunión de gente con ganas de

emborracharse. A las damas de la alta sociedad que vivíamos en Brentwood nos encantaba beber vino blanco del caro y mantener devastadoras conversaciones profundas junto a la piscina mientras los niños jugaban, y siempre encontrábamos alguna excusa para reunirnos: un ascenso, la graduación de alguno de los niños, una boda, un divorcio... En una ocasión, celebramos una fiesta por el nacimiento de un perro. Enseguida me encontré, junto a Sasha, en la cabaña que mi amiga tenía en el jardín, riéndonos, bebiendo agua con gas y limón. Por aquel entonces apenas se me notaba el embarazo. Intenté calcular cuántos días habían pasado entre la noche en la que nos sacaron aquella foto y la noche en la que asesiné a aquel hombre. Puede que unos dos meses. Dejé las fotografías.

—Mira qué pelo llevaba —comentó Sasha mientras se inclinaba hacia mí—. Qué locura, ¿eh?

—Tengo que hablar contigo.

—¿De qué?

—Hace dos noches me robaron. —Miré hacia el vestíbulo para comprobar que Jamie no estaba poniendo la oreja—. Me robaron el coche y todo el dinero. Todo. He tenido que venir en autobús.

—¡Dios mío! —Sasha se apartó de golpe, como si acabara de captar un mal olor—. ¿Cómo es posible?

—Es una larga historia

—Blair, de verdad —suspiró—, ese no es el tipo de comportamiento con el que espero que te ganes mi confianza para que pases más tiempo a solas con Jamie.

—Puede que no me hayas oído bien —dije con tiento—. Me robaron. No fui yo quien tuvo un mal comportamiento.

—Eres tú la que insiste en vivir en esa zona horrible —soltó Sasha mientras movía la mano en dirección a la zona sureste—. Ya te he dicho que seguro que alguien de por aquí te dejaría vivir en su casa de invitados, donde estarías a salvo. Si quieres, hago un par de llamadas.

—Tener casa está bien, pero también he de comer, y no hay nadie en varios kilómetros a la redonda que vaya a darme trabajo.

—Podrías trabajar en la casa. —Sasha puso los ojos en blanco—. Tendría que ser alguien que conozca bien, pero podría arreglarlo.

—Eso sería un infierno. Además..., ¿qué ibas a decirles? «Mirad, esta es mi amiga la asesina, la exconvicta, la madre de mi hijo. ¿Os la quedáis en casa para que os ayude con los niños? Podría ser un poco peligroso, pero pensad en cuánto vamos a divertirnos mirándola de refilón y hablando de ella mientras nos trae algo de beber».

—¿Y qué es lo que quieres entonces? —Se me quedó mirando—. Dinero y el coche para llevar a Jamie al muelle, ¿no? ¿Es eso?

—Te lo devolveré en un par de semanas.

—Vale, pero algo voy a tener que decirle a Henry. Creo que no voy a contarle lo del robo. Aún tenemos que sacar tiempo para hablar del acuerdo de custodia contigo y no sé qué pensaría de algo como eso... —comentó mientras iba a por el bolso, que tenía en una de las sillas de la cocina que había junto a las ventanas. Cogió la cartera y empezó a sacar billetes—. Últimamente, casi nunca está en casa. El trabajo no le deja tiempo para nada.

Un chispazo de pánico me recorrió el cerebro. Sasha ya me había venido otras veces con eso de la conversación que tenía que mantener con Henry sobre el acuerdo de custodia compartida de Jamie —un acuerdo para determinar cuánto tiempo iba a corresponderme—, conversación que habían intentado mantener en tres ocasiones, pero que se había pospuesto las tres veces. Me pregunté si lo del coche y el dinero iría a ponerlo todo en peligro. No les estaba pidiendo una custodia a medias, tan solo quería algunos días, que no horas, con mi hijo. Estaba cumpliendo todas las condiciones para seguir en libertad condicional. Las representantes de los Servicios de Protección al Menor venían a visitarme y a entrevistarme una vez al mes; dos mujeres remilgadas, y a las que parecía que les hubieran metido una escoba por el culo, que se sentaban la una junto a la otra en mi sofá y miraban de reojo los rayones de mi mesita de centro de segunda mano y la ajada moqueta industrial de mi apartamento. Estaba haciendo todo lo que podía.

Intenté olvidarme del dolor que sentía en el pecho porque el niño acababa de salir de su habitación, aunque con una sonrisa de lo más forzada y con cara de circunstancias. Sasha lo cacheó para comprobar que no llevaba la Nintendo y le dio un beso de despedida.

—¡Venga, vamos! —exclamé animada, como si fuera una aventurera de dibujos animados a punto de emprender el complicado ascenso a una montaña.

De camino a la puerta le apreté el hombro. Puede que demasiado fuerte.

Las góndolas de la noria Ferris, en el muelle de Santa Mónica, se balanceaban con suavidad mientras la maquinaria hacía ruidos sordos entre parada y parada. Jamie chocó conmigo en un momento dado,

impelido por el movimiento de la góndola, tras lo cual, incómodo, se deslizó por el asiento para apartarse de mí. Siempre le costaba mucho entrar.

—Bueno, dime, ¿qué tienen de bueno el tal Benny y su fiesta?

—Me han dicho que iba a actuar un mago... o un acróbata, no sé. Mis colegas y yo estamos intentando aprender a dar volteretas hacia atrás y quería que nos enseñara.

—Me gusta cómo has dicho eso de «mis colegas y yo», como si fuerais un grupo de veinteañeros.

—Bueno, somos casi veinteañeros —musitó.

—En la cárcel conocí a una chica que sabía dar volteretas hacia atrás. También sabía hacer el pino con una sola mano.

—¿Por qué estaba en la cárcel si molaba tanto?

—Por drogas. Por robo. De hecho, ayer mismo la vi después de mucho tiempo. —Luché contra la súbita oleada de ansiedad que me golpeó al pensar en Sneak y en su hija—. Oye, ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Que te quiero con todo mi corazón y con toda mi alma.

—Oh... —Se tapó los ojos con una mano—. Eso lo has dicho ya un millón de veces, ¿sabes?

El sol refulgía en el pelo de Jamie. Ansiaba abrazarlo con todas mis fuerzas, pero me volví para reprimirme.

—¿Por qué fue a verte tu amiga de la cárcel? ¿Se pasó solo para saludar? ¿Quedas a veces con la gente que conociste allí?

—No. De hecho, no nos permiten quedar.

—Pues qué chorrada, ¿no?

—Es la ley. Es difícil comprenderlo.

—¿Había más asesinas en la cárcel o solo estabas tú?

La pregunta hizo que me sobrecogiera.

—Había más. Había muchas más.

—No sabía que las mujeres también pudieran matar hasta que mamá me contó lo tuyo.

—Pues pueden.

—¿Daban miedo? Tus compañeras de la cárcel.

—Algunas sí, pero la mayoría de ellas eran como yo. Yo no doy miedo. —Esperé a ver qué decía. No dijo nada—. ¿Te doy miedo?

Se lo pensó un momento.

—No.

Me arriesgué y le di una palmadita en la nuca.

—¿Sabes una cosa? —me preguntó de repente—. Tenemos una

vecina nueva.

—Ah, ¿sí?

—En la casa de atrás. La conocí anoche.

—¿Te cayó bien?

—Parece que mola mucho —respondió pensativo—, aunque fuma un montón. Fumar es malo para la salud. Provoca cáncer. Eso es lo que le pasó al señor Beauvoir. Tuvo cáncer. Puede que todos los que vivan en esa casa fumen mucho y mueran de cáncer...

Me quedé observando a mi hijo y me pregunté cómo era posible que convirtiera algo tan emocionante como la llegada de un nuevo vecino en algo tan oscuro. Jamie debía de pensar que a su alrededor no había más que asesinatos y muertes inesperadas, parte de las cuales tuvieron lugar en una época de la que él ni siquiera formaba parte, pero que, aun así, eran acontecimientos que daban forma a su realidad. Daba igual cuánto me esforzara, nunca conseguiría proteger a Jamie de lo que había hecho mientras él se acurrucaba, esperando a nacer, en mi interior. Jugueteé con el móvil y noté que me invadía un sentimiento muy fuerte de autocompasión, un sentimiento que me abandonaba tan pronto como había llegado. Pensé en la sangre de Dayly en la pared de su apartamento, en la silla tirada. Vi a la joven desesperada que había al otro lado de la pistola con la que me apuntaba en el Pump'n'Jump, la manera en que le temblaba el brazo, presa de un terror que irradiaba desde lo más profundo de su ser. La hija de Sneak estaba por ahí, viva o muerta.

Nuestra góndola ya casi estaba abajo del todo de la noria.

—¿Podemos tomar un helado ahora? —me preguntó Jamie.

—Lo que quieras.

Habían pasado unas tres semanas desde que Jamie había nacido, en la enfermería de la prisión. La neblinosa y densa fuga disociativa en la que había caído, llena de alienígenas y batallas para salvar la Tierra, se había hecho con el control absoluto de todo el tiempo que pasaba despierta. Cuando ella llegó, yo yacía en mi cama, mirando al vacío.

—Zorra, voy a hacerte una pregunta —soltó mientras apoyaba un codo en la cama que había al lado de la mía y se inclinaba hacia mí—. ¿Cuánto tiempo pretendes quedarte aquí tumbada, haciendo como si estuvieras muerta?

Parpadeé para volver a la realidad y la miré.

—Déjame en paz.

—Ni loca. ¿Sabes por qué? —Se volvió y señaló una cama—. Porque ese de ahí es mi catre, el de la esquina. Duermo sobre el lado izquierdo y eso significa que durante toooodas las mañanas y toooodas las noches del último mes he tenido que dormirme o me he despertado viendo esta cara tuya, con los ojos enrojecidos, babeando. Estoy cansada. Empieza a molestarme. Me ofende. Si darte una somanta de hostias va a servir para que vuelvas a este mundo, te la daré.

—Pues venga, empieza.

Se inclinó aún más hacia mí.

—Mira, tienes que entender lo siguiente: aquí todas estamos tristes. Todas estamos puteadas. ¿Crees que eres la primera que entrega a su bebé en este sitio? El verano pasado tuvimos a una loca que tenía que dormir con una muñeca. Bueno, no solo dormir, tenía que llevarla de aquí para allá, a todos lados, y hacía como que le daba de comer, hablaba con ella, le cambiaba los pañales... ¿Crees que eres la única que ha tenido que enfrentarse a diez años en este agujero de mierda? Pues estás flipando. Aquí tenemos que mantenernos unidas, y que tú estés rota va a hacer que otras empiecen a pensar que deberían abandonarse como tú. Aquí, o todas salimos de esta mierda o no sale ninguna, ¿lo entiendes? ¿No eras médico? ¿Nunca has oído eso?

—Sí —musité.

—Pues, entonces, sabrás que se supone que deberías estar ayudando a las demás. Así que despierta, zorra.

Pensé en las palabras de Sneak mientras llevaba a mi hijo a la comisaría de policía.

—¿Por qué venimos aquí? —me preguntó Jamie mientras entrábamos en el gris edificio de ladrillo—. ¿Es esta la cárcel en la que estuviste?

—Chist.

A decir verdad, aquella era la comisaría a la que me habían llevado la noche del asesinato, pero es que era la única que conocía, y tenía que hacer algo mientras contase con el coche de Sasha.

—Solo vamos a informar de un asunto. Será rápido.

El niño miraba las fotografías enmarcadas de policías, la colección de placas, los relucientes trofeos dorados de los eventos deportivos de la policía que se exponían en una vitrina. El sitio olía igual que la noche en la que me habían trasladado allí: cuero, aceite para armas, problemas, orgullo.

El delgado agente que había en la recepción tecleaba sin ganas algo en el ordenador.

—¿Sí? —nos dijo a modo de saludo.

—Hola. —Puse las manos en el mostrador. Me sudaban—. Vengo para informar del robo de un coche.

El agente suspiró y empezó a rebuscar entre las hojas de papel que guardaban en un estante que había por debajo del mostrador. Me entregó un formulario.

—Rellénelo.

Lo rellené. El agente se lo quedó, lo firmó y lo dejó detrás del mostrador, en un sitio que yo no alcanzaba a ver, probablemente en un gigantesco montón de papeles.

—Y, además..., eh... —Me miré las manos, aún sobre el mostrador, pensando, decidiendo—. Quería saber si alguien ha informado de alguna desaparición.

—¿Ha venido a denunciar la desaparición de una persona?

—No. —Tragué saliva—. Quiero saber si alguien ha denunciado alguna desaparición. Pretendo... pretendo descubrir... si han denunciado una desaparición..., porque, en el caso contrario, puede que yo quiera denunciar una, o puede que tenga que pedirle a alguien que venga a denunciarla. Si no es problema, claro. La joven... Espero que su compañera de piso haya..., eh...

El agente me miraba fijamente. En su placa ponía MCAULEY.

—¿Podría usted comprobar si alguien ha denunciado la desaparición de Dayly Lawlor? —Me corría el sudor por las costillas. Me ahuequé la camisa para apartarla de la piel—. L-A-W-L-O-R. No sé si la primera «i» es latina o griega.

McAuley se quedó mirando a Jamie y, después, volvió a mirarme a mí. La mirada del policía parecía muerta y no dejó de parecerlo mientras la pasaba al ordenador y empezaba a teclear. Luego, cogió una lista de nombres plastificada, bajó el dedo por ella, levantó el teléfono y marcó un número.

—Recepción central —dijo el agente, y colgó sin más.

Me puse tensa. No sabía a quién había llamado McAuley, pero esperaba que la cosa no tuviera nada que ver conmigo, que el agente volviera al ordenador, que buscara a Dayly, que confirmara que no era mi problema y que dejara que me fuera.

Un hombre vestido de calle apareció por una puerta que había por detrás de la recepción y me miró directamente a los ojos. Luego, miró a Jamie y me hizo una señal con la mano, rápida, seca.

—El niño puede quedarse aquí.

Pasillos, esquinas, estancias vastas y llenas de cubículos que aparecían de la nada, ojos, pósteres, percheros llenos de gorras. Estaba siguiendo el mismo camino que había seguido hacía diez años y a cada paso que daba me alejaba más y más de mi hijo. Estaba dentro. El policía me invitó a entrar en una sala de interrogatorios y la puerta se cerró poco a poco. Sonó como a vacío.

Me di cuenta de que no me había parado a mirar al policía mientras me guiaba hasta allí. Como la buena reclusa que había sido en su día, me había concentrado únicamente en sus zapatos. Botas de cuero marrón, gastadas, arañadas, por debajo de unos vaqueros. Ahora, me pareció ver que llevaba el pelo rapado y que era rubio. Mirada inquisitiva. El mentón ancho y con barba de tres días. Aparté la mirada.

—Siéntese.

Hizo un gesto para señalar una silla. En la sala no había mesa tras la que esconderse. Me senté, entrelacé las manos y él se dejó caer en la otra silla.

—Bueno, ¿qué le pasa?

—¿Cómo dice? Nada.

Se me quedó mirando.

—Nada. —Me senté más recta—. Solo he venido para comprobar si han denunciado una desaparición.

—Está usted nerviosa.

—Las comisarías de policía ponen nervioso a cualquiera.

—Se llama. —No era una pregunta, sino una afirmación.

—Blair Harbour.

El policía sacó el móvil y empezó a teclear. Acababa de caerme con todo el equipo. Intentaba regular mi respiración, evitar ahogarme. Me esforcé en silencio.

—¿Y usted? —le pregunté para romper el silencio.

—Soy el detective Al Tasik.

Un detective. Me agarré con fuerza a la silla.

—¿A qué división pertenece?

Silencio. Era él quien controlaba la situación, con un codo apoyado en el respaldo de la silla, mordisqueándose las uñas mientras navegaba por Internet, leyendo sus mensajes o lo que fuera que estuviera haciendo. La calma típica de una persona en la sala de espera de un médico. Como si nada.

—Está usted mintiendo —dijo por fin.

—¿Cómo dice? —Solté una risa tonta—. No, no estoy...

—Es usted Blair Harbour. Asesina. Expresidiaria. En libertad condicional. —Me enseñó la pantalla del móvil y vi mi propia cara durante apenas un fogonazo—. No obstante, se sienta delante de mí y lo primero que me dice es que está nerviosa porque cualquiera se pone nervioso en las comisarías. Eso es mentir por omisión. ¿Cuándo iba a decirme que era una criminal convicta?

—Mire —respiré hondo y me retiré un mechón de pelo de la cara antes de que se me quedara pegado por culpa de las gotitas de sudor que empezaban a aflorarme en las sienes—, solo he venido para ver si alguien ha denunciado la desaparición de una ami..., de una persona. Eso es todo.

—¿Su amiga es Dayly Lawlor?

El corazón me iba a mil. Me pregunté si el policía sería capaz de ver cómo me latía la yugular.

—No, no conozco a Dayly.

—Acaba de decir que es su amiga. ¿Está negando que la conoce porque ella también es una criminal? Tiene usted unas normas muy estrictas para mantener su libertad condicional, señora Harbour. Estoy convencido de que se lo han explicado. De hecho, se especifica en ellas que relacionarse con exconvictos...

—Lo sé —lo corté.

Tenía que recuperar el control de la conversación, pero no le hizo ninguna gracia que lo interrumpiera. Torció el gesto.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a la señora Lawlor?

«En el Pump'n'Jump. Con una pistola en la mano. Con sangre en los dedos».

—Yo no la he visto nunca. Ya le he dicho que Dayly Lawlor no es amiga mía. No la conozco de nada. Sencillamente, tiene relación con una persona que conozco.

—¿Con una persona que conoce? ¿Quién?

—Una persona.

—Dígame su nombre.

—No estoy obligada a hacerlo.

—Así que ha venido usted a ver si habían denunciado la desaparición de una persona que no conoce, y, supuestamente, a la que no ha visto jamás. —El detective asintió despacio y sonrió en dirección a una esquina de la sala como si estuviera tan acostumbrado a intercambiar aquella sonrisa de medio lado con su compañero que lo hacía incluso cuando este no se encontraba allí—. Señora Harbour, le voy a hacer una pregunta: ¿está usted bajo los efectos de las drogas?

Mi cerebro pegó un brinco, chisporroteó y traqueteó por entre una serie de visiones escalofriantes. Una prueba de drogas. Un interrogatorio formal mientras esperaban los resultados. Una llamada a mi agente de la condicional. Una llamada a Sasha y a Henry por parte de McAuley, el policía de la recepción, para decirles que fueran a recoger a Jamie porque me iban a detener por un tiempo indeterminado debido a una serie de circunstancias de las que no podía hablar. Pensar en que la única que me iba a sacar de allí era yo misma hizo que me sintiera presionada. Lo conseguiría con mi labia y trazando un plan. Igual que había hecho para librarme del cañón de la pistola dos días antes. Igual que había hecho para librarme de un millar de violaciones, agresiones y pinchazos a lo largo de la década que había estado encerrada.

«Recupera el control».

—Me voy a marchar. —Me puse de pie.

—No, no se va a ir.

El detective me sujetó antes de que me diera tiempo a ver siquiera cómo se movía. Se levantó de la silla como una exhalación y me cogió del antebrazo derecho, me lo retorció y me lo puso a la espalda. Me estrelló contra la fría pared de cemento. La cabeza, las costillas, la cadera. Nos quedamos quietos. Tenía puestas las manos en mi muñeca y en mi hombro. Ambos respirábamos con dificultad. Eso era algo en lo que tenía que concentrarme. Eso era una pista. El aliento caliente. Agitado. ¿Por qué estaba él agitado? Esperé a que me leyera mis derechos, pero no dijo nada.

Porque estaba pensando.

Me di cuenta de que tenía una oportunidad.

—Quiero llamar a mi abogado.

—No, no va a llamar a...

—Abogado. Abogado. Abogado. Ahora. Ahora mismo.

—No necesita un puto abogado. —Me soltó la muñeca, pero me empujó la mano contra la pared. Luego, me levantó el otro brazo y lo apoyó también en la pared—. Voy a realizar un cacheo de rutina en busca de armas o de objetos prohibidos.

Cerré los ojos, me apoyé con fuerza en la pared y me preparé para que abusara sexualmente de mí. La cámara nos enfocaba, pero estaba segura de que haría como los guardias de Happy Valley en más ocasiones de las que era capaz de recordar: llegar demasiado arriba, demasiado adentro, quedarse demasiado tiempo. Pero no lo hizo. El hombre me pasó las manos por la ropa, me separó de la pared y me

dio un golpe en el hombro para que fuera hacia la puerta.

—Lárguese.

Regresé sin detenerme por donde había venido. Al cabo de un rato, me volví y me di cuenta de que el detective no me seguía. Empecé a caminar más y más rápido, hasta el punto de que llegué a la puerta que daba a la recepción corriendo. Jamie estaba despatarrado en la silla en la que lo había dejado, con la Nintendo en el pecho y los pulgares bailando en los botones. Lo puse de pie de un tirón y caminé con él a paso ligero hasta la puerta y, después, hasta el coche.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha pasado algo malo?

—Nada —le respondí mientras me reía a voz en cuello—. ¿De dónde coño has sacado la Nintendo? Ay, pillín, pillín. Mira que eres trasto.

—¿Estás bien? Estás roja.

—Hace calor. Llegamos tarde, eso es todo. Tengo que llevarte a casa cuanto antes o nos meteremos en un problema.

«Problema». Como quien dice, había respirado la palabra, apenas capaz de pronunciarla en alto. Mientras abría la puerta del coche me latían las sienes y me temblaban las manos. Huellas húmedas en el volante. Me llevó mucho más rato del habitual darme cuenta de qué era lo que debía hacer con las llaves que tenía en la mano, pensar de dónde las había sacado. Jamie me estaba observando. De la Nintendo salían melodías y efectos de sonido en bucle. Nos quedamos sentados en silencio mientras intentaba recordar cómo dar marcha atrás.

—¡Hala! —exclamó Jamie en un momento dado.

Miré al niño. Estaba sonriendo y señalaba a alguien por el parabrisas. Seguí su dedo y vi a la detective Jessica Sanchez pasando por delante de nosotros en dirección a su coche, con la mirada baja, concentrada en su teléfono móvil y con un archivador lleno de papeles debajo del brazo. Volver a ver a la mujer que me había arrestado por asesinato hizo que un relámpago de dolor me recorriera el pecho.

—Es ella. Es la nueva vecina —me explicó Jamie.

Miré a mi hijo, y a continuación miré de nuevo a Sanchez, que estaba abriendo la puerta de su Suzuki. El cálido viento de la tarde le movía el pelo. Apoyé las manos sobre el regazo.

—Me cago en la puta —solté.

Jamie se echó a reír.

Después de dejar a Jamie en casa, llegué caminando hasta una calle

tranquila que había a cinco minutos de allí y me senté en un muro bajo de ladrillo que rodeaba una casona. Intenté marcar un número, pero me temblaban las manos. Ni siquiera miraba las teclas, solo oía el ruidito que hacían cuando las pulsaba. El teléfono sonó en tres ocasiones. Me esforcé por regular la respiración.

—¿Hola?

—Hola. —Tragué saliva. Tenía la boca más seca que el esparto—. Me llamo Blair y necesito hablar con alguien.

Se produjo la pausa habitual. Un ruido, como si estuvieran arrastrando algo.

—¿Eh? ¿Quién es?

—Tan solo quiero hablar un momento contigo —dije—. ¿Cómo te llamas? ¿Dónde estás? ¿Qué estás haciendo?

Ya tenía algunos de los detalles que necesitaba. Una voz profunda, pero no de persona mayor, aunque era complicado determinarlo porque aún no había dicho gran cosa. Di forma a la imagen de su rostro rápidamente. Cerré los ojos para verlo mejor. La voz sonaba como si el hombre estuviera en un sitio tranquilo y cerrado. No había ruido de fondo. ¿Un coche? ¿Su casa? ¿Un ascensor? Las posibilidades eran infinitas. Me lo imaginaba apartándose el teléfono del oído para mirar la pantalla. Número desconocido.

—Perdón, ¿quién eres?

—¿Y tú?

—Soy Steve.

—Steve, yo soy Blair. ¿Estás en casa?

—Perdona, no sé qué es lo que vendes, pero ya te digo que no me interesa.

—No vendo nada. —Empezaba a respirar más despacio. Veía la cara de Steve. Una cara amable. Manos grandes. Le puse una gorra de béisbol. Azul. De los Dodgers—. Tan solo quiero saber qué estás haciendo.

—¿Que qué estoy haciendo? Estoy esperando a una persona.

—¿A quién?

—A una persona. Soy conductor de Uber. ¿Eres Rebecca? —Se mostraba escéptico. Vi que entornaba los ojos.

—No, me llamo Blair. —Me sequé el sudor de la mano en los vaqueros—. ¿En qué tipo de vecindario estás? ¿Hace cuánto que conduces un Uber?

—Un año. ¿Qué...? Ay, tía... ¿Qué quieres?

—Tan solo quiero hablar.

—Esto es muy raro. —Había una sonrisa en su voz.

—Lo sé, disculpa.

—¿Eres una tía que llama a gente al azar para averiguar si da con alguien con quien hablar... de nada en concreto?

—Eso es. Lo hago a menudo.

—Joder, ¿y por qué?

—Porque hace que me sienta mejor.

—¿Así que saber que me llamo Steve y que estoy sentado en un coche, a la puerta de una casa, en medio de la nada, esperando a alguna gilipollas para que la lleve a un sitio desconocido hace que te sientas mejor? —Su tono de voz fue subiendo hasta que, cuando acabó la pregunta, se echó a reír—. Tía, menuda chorrada.

—Lo sé, pero para mí es importante. Es algo a lo que estoy acostumbrada, y te agradezco mucho que hayas respondido.

Steve, el conductor de Uber, volvió a reírse y colgó. Cerré los ojos y sentí el sol en la cara. Me concentré en Steve, sentado en su coche, mirando cómo su pasajera salía de casa. Como siempre, inserté los detalles que necesitaba para aferrarme al sueño... Las ruedas de la maleta de la pasajera del Uber retumbaban por el camino de cemento mientras la mujer dejaba atrás su hogar. El olor del coche de Steve: tabaco difuminado por un ambientador de hibisco. Un girasol de plástico danzarín en el salpicadero. Steve tenía una cicatriz en la muñeca, una cicatriz vieja que se había hecho con el alambre de espino de una valla. Poco después, mi fantasía era tan real, tan gráfica, como si hubiera ido sentada al lado del hombre en su coche. Me olvidé de Jamie, de Dayly, de Sneak, del detective de la comisaría de policía, del tacto de sus duras manos por mis muslos, por mis hombros. Me senté y me quedé mirando cómo Steve saludaba a su pasajera y arrancaba el motor, regulaba el aire acondicionado, y ponía el móvil en el soporte en el que lo sujetaba y marcaba en la pantalla que había recibido a su pasajero.

Llevaba seis años llamando a números al azar y hablando con extraños. La adicción había empezado en la cárcel, un fin de semana en que Sasha se olvidó de decirme que Henry y ella iban a ir de acampada con Jamie y en el que acabé llamando a su casa mil veces con la intención de saber qué tal estaba mi hijo. No paré de telefonearles en todo el fin de semana, desde la sala común de la cárcel, rodeada de ruido y actividad, pero lo único que conseguía era hablar con aquel calmado y autoritario contestador automático. Imaginé incendios. Que les habían entrado en casa. Accidentes

repentinos. Enfermedades. Imaginé que Sasha y Henry habían huido a Australia con mi hijo. La cuestión es que, en un momento dado, marqué mal el número sin querer, mi dedo pulsó un ocho en vez de un cinco, y la voz de un anciano croó por el auricular. El terror que había sentido pensando en lo que podía haberle sucedido a mi hijo me había quemado por dentro, me había provocado dolores reales, me había conmovido..., pero la voz confundida del anciano detuvo la violencia con la que mi cerebro estaba tratando a mi cuerpo. Me dijo que nunca lo habían llamado de una cárcel. Sentía curiosidad, quería saber quién lo llamaba. Estuvimos hablando un cuarto de hora. Así empezó mi adicción.

JESSICA

Nunca había llegado sin avisar. Nunca a plena luz del día. Jessica pulsó el discreto timbre dorado que había junto a la ornamentada vidriera de la puerta de aquella casa de la arbolada calle de Beverly Hills y esperó a la sombra. Le dolían los brazos y las piernas por la tensión y la sensación de desprecio. Estaba acelerada. Oyó el zumbido del timbre, abrió la puerta y entró, cruzó el pequeño recibidor de la casa y subió las escaleras.

La casa dormía a su alrededor, callada y en silencio frente a sus estruendosos pensamientos. Siempre iba allí cuando tenía demasiadas cosas en la cabeza y siempre la recibía el silencio. En aquel momento, por dentro, no dejaba de gritar a sus compañeros. Realmente, aquella no era la primera vez que se sentía abandonada por otros agentes de policía.

Los Sanchez siempre habían sido una familia dedicada a los coches. Era así desde hacía décadas y, ya desde pequeños, su abuela les había advertido tanto a Jessica como a sus hermanos que no había necesidad de cambiar las cosas. Había que trabajar en lo que estaba claro que se te daba bien, y a los Sanchez se les daban bien los coches. Los hombres reparaban, mantenían y tapizaban coches, ya fuera en sus talleres llenos de aceite o en los de sus primos o amigos; y las mujeres se encargaban de las ventas, con tacones por el cemento agrietado, con portapapeles de aquí para allá, regateando el precio con los clientes. Jessica había aprendido técnicas de negociación desde que era una cría, a la sombra de las caravanas viejas que tenían en la tienda al aire libre de Vernon, escuchando a su madre hablar de pruebas de emisión de gases con hombres que calzaban botas grandes y sucias.

Fue allí, en aquella tienda al aire libre, con cinco años, donde había visto de cerca por primera vez a unos agentes de policía: dos patrulleros de raza blanca que habían llegado para que les cambiaran la rueda de un coche patrulla. Jessica se había quedado boquiabierta cuando los vio salir del vehículo y mientras se acercaban a su madre, y por detrás de las piernas de esta había observado el interior del coche, la escopeta que se apoyaba en el salpicadero. Jessica había

oído al más alto decirle a su compañero: «Hermano, tenemos que hacer esto cuanto antes».

—¡Son hermanos! —le había dicho Jessica a su primo Hernan, que también observaba a los policías desde la puerta de la sala del personal del taller, pero fingiendo el desinterés típico de un chico de doce años.

—No, no lo son —le había respondido este.

—¡Sí que lo son! ¡Se lo he oído decir a uno de ellos!

—Lo que tú digas. —Su primo había puesto los ojos en blanco—. Son hermanos. Todos los polis son hermanos. Son una gran familia feliz.

Jessica había creído al chico a pies juntillas, y a partir de ese día había pensado que los agentes de policía tenían relación de parentesco, que las fuerzas del orden uniformadas de la ciudad eran una gran familia compuesta por miles de personas de diferentes razas. A los doce años había descubierto la realidad, cuando había leído en un artículo del periódico que los agentes de policía iban a celebrar un pícnic con sus madres para conmemorar el día de la Madre. Aunque se había sentido estúpida por haber creído durante tanto tiempo que los policías eran hermanos, también la había embargado la emoción, porque acababa de abrírsele de par en par una puerta que, hasta entonces, había considerado que siempre estaría cerrada para ella. Ya no tenía por qué pasar la vida rodeada de bujías y alineaciones de ruedas, sino que podía pasarla entre los uniformes, las armas y las luces brillantes que había admirado desde que aquella patrulla había llegado al taller, desde que había visto policías por televisión. No era necesario que Jessica hubiera nacido siendo policía, podía estudiar para serlo.

Se había alistado en el cuerpo a los diecinueve años, en el centro de reclutamiento, mientras admiraba pósteres de cadetes en formación con el uniforme de gala. Los hombres y las mujeres que aparecían en las imágenes tenían todos el mismo aspecto: hebillas resplandecientes, gorras altas y picudas, cara seria. Jessica había dado por hecho que llevar el uniforme serviría para que encajara de inmediato entre sus compañeros. Ansiaba formar parte de algo tan grande, tan cordial. El sitio perfecto. El sitio acogedor y cálido al que siempre había pertenecido.

Había sido ya en la academia donde se había dado cuenta de que su nueva familia iba a obligarla a que se ganara un sitio en ella. Cuando había ido en busca de su habitación el primer día —el

alojamiento que le ofrecían en aquel serio edificio de ladrillo—, enseguida se había dado cuenta de que toda la planta estaba llena de reclutas hispanos. Los segregaban del resto de la promoción. Pero, claro, es que ellos no eran policías de pura sangre. La sangre pura era blanca. Había policías y policías hispanos. En su día, alguien había clavado un sombrero mexicano en la puerta del baño de la zona de dormitorios y, al parecer, nunca nadie había tenido el valor suficiente para quitarlo.

Tuvo que ser detective para que dejaran de contarle chistes sobre espaldas mojadas, *food trucks* de tacos y siestas. Para que dejaran de hacer comentarios sarcásticos sobre la cuota étnica y preguntas acerca de su fiesta de los quince años. ¿Había llevado un vestido con mucho vuelo y mangas globo? ¿Tenía fotos? Cuando la habían ascendido a detective, por fin le habían permitido entrar en la familia, y toda la mierda racista había acabado.

Pero ahora volvía a estar fuera, así, sin más, y todo por una estúpida casa. Había que tener en cuenta que Wallert y Vizchen eran blancos. Eran hombres. Eran mayores que ella. Eran miembros con derechos del club que todos ellos integraban. Eran hermanos. Cómo no iban a ponerse de su parte sus colegas con lo de la herencia de Beauvoir. Tendría que haber sabido que siempre sería la hermana adoptada, que, en realidad, nunca formaría parte de la familia.

Goren se encontró con ella en la puerta del dormitorio del primer piso. El hombre ocupaba casi todo el umbral con su musculoso cuerpo. Vestía una camiseta negra y unos vaqueros. Jessica nunca lo había visto así. Lo normal era que llevara traje —Hugo Boss hechos a medida—; a veces, con el pecho desnudo, si es que tenía dos clientes seguidos. De pronto, a Jessica se le ocurrió que quizá lo hubiera pillado en su día libre.

—Hola, Jessica. —El hombre esbozó una sonrisa cálida. La comisura de sus labios se crispó un poco cuando se fijó en los vendajes y en los moratones. Goren, no obstante, nunca hacía preguntas. Era parte de su política. Eras tú la que le traía lo que quisieras que viera de ti y él no necesitaba más—. Ya sabes que tienes que concertar una cita.

—Esperaba que hicieras una excepción, por esta vez. —Suspiró—. Las cosas están... están tan...

—Entra.

El hombre la dejó pasar. Jessica se sentó en la mullida otomana que había a los pies de la cama y él se quedó detrás de ella, de pie. El

follaje de los árboles no dejaba ver nada a través de la ventana, pero la cálida luz del atardecer iluminaba parte de los utensilios de trabajo de él. En una esquina había una mesa de masajes rodeada de velas, aceites y envases con ingredientes de aromaterapia. En la pared en la que estaba la puerta colgaban artilugios para todo tipo de experiencias: una serie de cadenas, cintas, cinturones y hebillas. En otra colgaban látigos, palas, cuchillos. Había un pequeño armario de cristal lleno de máscaras, tanto de tela como de cuero, mordazas de bolas, vendas. Apoyado en una de las paredes había un baúl alargado que estaba lleno de objetos que Jessica había explorado con Goren en más de una ocasión, herramientas de placer de todos los tipos y colores imaginados. Goren le puso una de sus grandes manos en la nuca y Jessica dejó que el peso de su cabeza descansara en ella mientras él, con cuidado, le quitaba la goma de pelo. El hombre le pasó los dedos por la melena con ambas manos y le masajeó los tensos músculos y los doloridos huesos del cuello.

Jessica conocía a Goren Donnovich desde hacía más de quince años. Ella todavía era policía de uniforme y acababa de tomar parte en una infructuosa redada por drogas en esa misma casa. Jessica había bajado las escaleras que daban al vestíbulo y Goren y ella se habían mirado a los ojos mientras un detective lo interrogaba. Apenas habían mantenido la mirada durante unos segundos, pero, un mes después, cuando ella había vuelto para pedir hora, a él no le había sorprendido verla.

—Estás herida.

Ella le explicó lo sucedido de la manera más vaga que pudo.

—¿Te has hecho la prueba? —le preguntó él.

—He recibido el mensaje esta misma tarde. Estoy bien.

—El mensaje —repitió él entre risas—. ¿Ahora envían mensajes? Bueno, por lo menos, eso me ahorrará algo de tiempo.

—Humm.

—¿Qué tipo de experiencia quieres hoy, Jessica?

—Algo suave, que estoy herida.

Goren le quitó la camiseta, se la pasó por encima de la cabeza, la dobló con esmero y la dejó en la otomana, junto a la detective.

—Mi mundo se está desmoronando —dijo ella.

—Pues vamos a hacer que te olvides de todo. —Goren empezó a pasarle las manos por la espalda, pero evitó el mordisco que tenía en el hombro—. Comenzaremos en la mesa, y después te bañaré. Nos desharemos de ello juntos, del dolor, de la tensión. Luego, te llevaré a

la cama y te abrazaré un rato, y si decides que quieres tener una experiencia íntima, me parecerá bien.

—¿De cuánto tiempo dispones?

—De tres horas.

Jessica suspiró de nuevo. Su cuerpo empezó a relajarse, aunque el agotamiento hizo que se estremeciera.

—Genial.

Goren la levantó con cuidado, la atrajo hacia sí y la besó en los labios con fuerza, durante un buen rato, como sabía que le gustaba. Jessica sentía el pene de él, erecto, a través de los vaqueros.

—Pero cambiemos el orden —propuso la detective.

Él sonrió y la cogió en brazos.

BLAIR

El club de estriptis de Ada Maverick, The Viper Pit, abría a las cinco de la tarde, justo a tiempo para captar a la gente que salía del trabajo. Sneak y yo esperamos en Olympic Boulevard, mirando las grandes puertas de hierro con los ojos entornados por el sol bajo de la tarde, intentando refugiarnos del calor en la marquesina de una parada de autobuses que apestaba a orines. Había cuatro hombres esperando a que el club abriera, consultando el reloj o el móvil, moviendo los hombros y quitándose el sudor de la frente. Cuando llevábamos un rato montando guardia, un predicador con camisa y pantalones negros llegó y empezó a dar consejos a los que esperaban, uno a uno, apelándolos con las manos y los brazos abiertos. Enseguida, un fornido hombre blanco vestido con un traje salió por las puertas de hierro y cogió al predicador por el cuello de la camisa, lo levantó del suelo y lo dejó unos metros calle abajo, tras lo cual le pegó un empujón tan fuerte que la cabeza del predicador salió disparada hacia delante y hacia atrás como si fuera un muelle.

—¿Y esta es tu gran idea? —me preguntó Sneak—. Ahora entiendo por qué no querías hacerlo.

—Y sigo sin tener claro que sea lo mejor. —Estaba inquieta y no podía parar de moverme ni de mirar al club—. Puede que sea una mala idea.

—Supongo que el que no arriesga no gana, ¿no?

—Hum.

—Háblame de eso de la alerta antes de que entremos —me pidió Sneak mientras intentaba encender un cigarrillo con aquella brisa cálida.

—En cuanto le he preguntado al poli de la recepción por Dayly, ha aparecido un detective y me ha llevado a una sala que tienen en la parte de atrás. Al Tasik se llama. —Le conté a Sneak los malos modos con los que me había tratado aquel detective, cómo me había zarandeado y me había interrogado para averiguar cuál era mi conexión con el caso—. Deben de tener una marca en el archivo. Lo han llamado en cuanto he dicho el nombre de tu hija. Y no me ha parecido que el tal Tasik necesitara ayuda. Era, más bien, como...

como si estuviera enfadado.

—¿Te ha dado la sensación de que él también está buscando a Dayly?

—Podría ser.

—Puede que lo que vimos en su apartamento fuera un arresto que salió mal. —Sneak suspiró preocupada. Era el fino y dubitativo suspiro de una madre a la que están poniendo al límite—. Fueron a por ella. Ella se enfrentó a ellos y escapó. Se vio obligada a largarse de la ciudad. Puede que le atizará una patada en los huevos al Tasik ese y que, ahora, el tío quiera hacérselo pagar.

—Me dijiste que tu hija no es de esas. Ya sabes, de las que hacen cosas que les llevan a huir de la policía.

—Pronto lo descubriremos. Aunque esta... esta es una idea malísima. —Sneak hizo un gesto hacia el club con el cigarrillo humeante en la mano—. Mav es una puta psicópata. Te lo juro, se lo han diagnosticado y todo.

—¿Es que puedes llamarte Ada Maverick y no ser una puta psicópata?

—He oído que no es su verdadero nombre. —Le dio una calada al cigarrillo y soltó el aire a favor del viento. A pesar de que el sol brillaba en su rostro, parecía una mujer fría y malencarada—. Que se lo cambió porque su madre la parió en un juzgado y la llamó Custodia.

—¿En un juzgado? ¿Delante del juez?

—Sí.

—Eso suena a las chorradas típicas que se cuentan en la cárcel.

—He oído que cuando una conocida mía le preguntó si la historia era verdad o mentira, Ada la tiró desde lo alto del pasillo del bloque B. Casi le rompe el cuello.

Yo había conocido a Ada en Happy Valley. Se trataba de una preciosa negra que llevaba el pelo rapado y que, como la mayoría de los líderes criminales que hay en la cárcel, exceptuando la sala de visitas, nunca iba a ningún lado sin su cohorte de seguidoras: mujeres peligrosas con tatuajes enormes y con trenzas africanas muy prietas que despejaban los pasillos de mironas, de pedigüeñas y de posibles amenazas antes de que Ada llegara. Cuando la conocí, Ada estaba cumpliendo una condena por tráfico de armas. Lo único que contaban de ella eran historias de violencia extrema, de líneas cruzadas y de huesos rotos, de advertencias como la que acababa de hacerme Sneak para que no le preguntara por su nombre. Yo también había

escuchado unos cuantos rumores carcelarios sobre Ada, como que había incendiado una celda con dos mujeres dentro, que había iniciado una revuelta y que había matado a un guardia que pretendía chantajearla. Sabía que no todo iba a ser verdad, pero había tantísimos rumores que... En cualquier caso, todos ellos me dejaban claro que aquella mujer era mucho más peligrosa y amenazante de lo que lo sería yo en toda mi vida. Pensar en Ada hacía que sintiera una presión en el pecho.

Un día, en la sala de visitas, mientras esperaba a que llegase mi abogado, sentada junto con otras reclusas en una fila de cubículos de cristal, llegó Ada para hablar con alguien que más tarde descubrí que era su prima. Mi abogado siempre llegaba tarde, por costumbre, así que, mientras lo esperaba, intentando no prestar atención a las conversaciones que oía a mi alrededor, me moví en la silla para ver mejor a las personas que iban y venían en la fila de visitantes. Había oído llorar a un bebé y me fijé en que la que resultó ser la prima de Ada se agachaba para coger a una niña que iba en un carrito situado en una zona que yo apenas lo veía. La mujer levantó en brazos a una bebé rolliza y le hizo carantoñas para ver si se callaba, pero no lo consiguió. La bebé no paraba de retorcerse en los brazos de su madre, intentando liberarse, con los mofletes y la frente sudorosos y brillantes mientras procuraba apartar la mirada para que las fuertes luces no le hicieran daño en los ojos. Me quedé mirando cómo, probablemente, la prima explicaba los síntomas de la criatura, tras lo cual subió una de las perneras del pantalón de la niña y le enseñó un sarpullido a Ada a través del cristal.

—¡Oh, no! —exclamé. Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, de las aguas tan peligrosas a las que me estaba lanzando, toqué a Ada Maverick en el hombro y me dirigí a ella—: Dile que...

Sin mediar palabra, Ada me cogió la mano como una serpiente de cascabel atrapa un ratón, con un movimiento tan rápido que ni siquiera le vi hacerlo. A continuación, me retorció la mano hacia atrás, hacia la muñeca, y se fue girando hacia mí, se levantó de la silla y, de pronto, la tenía mucho más cerca que nunca y me resultó mucho más alta y aterradora de lo que jamás me había parecido. Me crujió la muñeca y me empezaron a doler los dedos. Me obligó a que clavara una rodilla en el suelo.

—Puta, no me pongas las manos encima —me soltó furiosa.

—Soy pediatra. Por favor, suéltame. Soy pediatra. Esa bebé está enferma.

—Ya sé que la bebé está enferma —me obligó a que clavara la otra rodilla—, pero eso no es asunto tuyo.

—Esa mujer no debería haber venido —acerté a decir. El dolor me subía como un fuego por el brazo. Imaginé que me explotaban las venas, que se me astillaban los huesos. Una guardia nos miraba desde el fondo del pasillo, con los brazos cruzados, sin hacer nada—. Ese sarpullido. ¡El sarpullido púrpura! Es...

—¿Qué es?

—No estoy segura, pero que haya un sarpullido...

—Habla más rápido, puta, o te rompo el brazo.

—La niña podría tener meningitis. Puede ser mortal. Esa mujer tiene que llevarla al hospital cuanto antes.

—¿Qué está diciendo? —preguntó la prima de Ada con la voz amortiguada por el cristal de seguridad y mientras lo aporreaba con el puño.

Ada y yo la miramos. La distracción hizo que Ada fuera demasiado lejos. Sentí que dos de mis dedos se salían, un calor seco, que se me quebraban por la falange proximal. Intenté pensar en otra cosa para olvidarme del dolor. Pensé en mis manos. Pensé en que, en su día, habían sido magníficos instrumentos en mi oficio de cirujana y en que, en ese momento, una líder criminal las estaba utilizando para hacerme daño en la sucia sala de visitas de una cárcel.

Ada me soltó de mala gana cuando se lo ordenó su prima y yo me retorcí hasta el asiento y me puse de pie como pude para ver a la niña en los brazos de su madre. Cogí el auricular, que Ada había soltado de golpe, y me lo llevé a la oreja con mano temblorosa. Le pregunté a la madre acerca de la rigidez del cuerpo de la bebé y cuál era su reacción a la comida mientras Ada me bisbiseaba en el otro oído amenazas con su cálido aliento. Parecían los susurros de un demonio.

—Espero que no estés diciendo que mi prima es mala madre, zorra. Espero que no estés diciendo que no es capaz de cuidar de su hija.

—Lleva a la bebé al hospital —insté a la prima de Ada—. Ahora mismo. Enséñales el sarpullido y los moratones, y diles que tiene fiebre y que su sensibilidad es escasa. No dispones de mucho tiempo.

La prima de Ada se marchó muy deprisa con su hija. Intenté darme la vuelta, pero Ada me cogió de la cabeza y me la aplastó contra el cristal, donde me tuvo unos instantes como si me sujetara con una garra de acero. Me empujaba con sus muslos y me tenía atrapada medio agachada en el cubículo, en una posición dolorosa y humillante.

—O tienes razón con lo del bebé, o estás muerta. Nadie me interrumpe durante una visita.

Ada Maverick nunca llegó a decirme si había estado en lo cierto con lo de aquella criatura, pero a medida que se corría el rumor del incidente por la cárcel, me pasé las horas muertas esperando recibir un castigo brutal por parte de aquella gánster bella y salvaje o de alguna de sus secuaces. No fue el caso. No obstante, intenté dejarme ver lo menos posible, dormía con mi pincho y les pedía a todas las reclusas a las que oía hablar del asunto que se callaran y que no extendieran el rumor o convirtieran la historia en algo que no era. Después de unas cuantas semanas, di por hecho, fuera o no fuera verdad, que Ada se había olvidado de mí. Desde luego, su gente y ella pasaban por mi lado sin mirarme siquiera.

Y ahora estaba frente al club de Ada, con Sneak, esperando a que dejaran de circular los coches para cruzar la calle y seguir hacia la oscuridad a los hombres que hacían cola.

—Tú sígueme a mí —le dije a Sneak mientras nos acercábamos a las puertas.

Pero lo de seguirme se convirtió en un imposible. Cuando entramos en el pequeño vestíbulo apenas me dio tiempo a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad —que fue cuando atisbé las baldosas de color negro brillante y las cortinas de terciopelo que ocultaban la entrada al club— antes de que un brazo me cogiera por el cuello. Sentí los botones de un traje en la espalda. El tipo me tenía sujeta contra su pecho y con el rabillo del ojo vi que otro gigante con un traje tenía agarrada a Sneak de un modo similar.

—Por aquí, señoras —nos dijo el que me sujetaba a mí mientras me hacía entrar a empujones por una pequeña puerta lateral tapizada con cuero y ornamentada con tachuelas doradas.

Me sentía como si me hubiera quedado ciega. El estrecho pasillo al que daba aquella puerta estaba oscuro como boca de lobo. Si llegué al final de aquel pasadizo fue, únicamente, gracias a la mano del gigantón, que fue guiándome hasta llegar al despacho de Ada.

El lugar era una habitación formidable y sin ventanas, iluminada únicamente por unos enormes candelabros dorados y una araña de cristal cuyo diámetro era el de una mesa de comedor para cuatro. Ada estaba sentada al otro lado de un enorme escritorio de roble, bien cómoda, con una botella de lo que parecía whisky a un lado y una libreta muy grande de cuero rojo al otro. Iba vestida con encaje rojo y cerró un pequeño ordenador portátil dorado en el que di por hecho

que había estado viendo cómo nos acercábamos al club desde el otro lado de la calle. Los gigantes con traje nos empujaron a Sneak y a mí hacia unas sillas de madera como si estuviéramos en presencia de nuestra reina.

—Conque «Tú sígueme a mí», ¿eh? —se burló Ada.

La miré con mala cara.

—Solo hay una explicación para esto —dijo la mujer, cuya voz me devolvió a Happy Valley y sentí una quemazón en los dedos, como si hubiera vuelto a rompérmelos—: que estéis supercolocadas.

—Yo un poco, la verdad —confesó Sneak mientras asentía.

El hombre que tenía detrás le dio una palmada en la nuca.

—Esto no es una hamburguesería, zorras. Aquí no se viene sin avisar y uno entra por la puerta sin más. Esta es mi casa. La última persona que vino a hacer tratos sin decírmelo con anticipación, sin pedir una reunión, se dejó la mitad de los dientes en el suelo antes de que Fred, que es ese de ahí, le enseñara dónde está la puerta.

Miré a Fred, que era el matón que tenía detrás. El tipo lucía el tatuaje de un demonio violando a una mujer en el lateral del cuello. Me miró y me senté más recta.

—Lo siento muchísimo, Ada —empecé a decir—. No sabía cuál era el protocolo.

—No me sorprende viniendo de una tiparraca de Brentwood como tú —me soltó con desdén—, pero este saco de carne de aquí debería conocer las reglas. Me extraña verte en mis dominios después de que me jodieras en Happy Valley. —Se dirigía a Sneak.

—¿Qué? —Me giré hacia Sneak. El cuello se le había puesto rojo y se aferraba con tal fuerza a los brazos de la silla que sus dedos ya eran blancos.

—En mi último día en la cárcel... le robé un par de pendientes.

—¡Sneak! ¿No crees que eso me lo tendrías que haber dicho fuera?

—¡Se me ha olvidado!

—¿Que se te ha olvidado?

—Es que eran unos pendientes muy bonitos... —Resopló—. El chico ese tan mono que había conocido en el programa de correspondencia entre reclusos iba a venir a recogerme... y quería estar guapa.

El matón que se encontraba detrás de Sneak dio un paso hacia delante. Pensé que iba a darle otro golpe con la mano abierta... hasta que vi un brillo plateado entre las tenues luces. No conseguí reprimir un grito de terror cuando el matón cogió a Sneak por la oreja y le

cortó el lóbulo con maestría, de un solo tajo. Visto y no visto.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! —exclamé.

Intenté levantarme, pero Fred me lo impidió poniéndome las manos en los hombros. Parecían de acero.

—Ahora sí que estás guapa. —Ada sonreía y Sneak sangraba—. El rojo es un color que te sienta muy bien. Deberías agradecérmelo. Acabo de hacerte un favor. A partir de ahora, comprar pendientes solo te costará la mitad.

Ada apoyó la barbilla en el puño.

—Mike estuvo en las Fuerzas Especiales, en Irak —me explicó Ada mientras observaba cómo el gigantón tiraba lo que le había cortado a Sneak en una papelera cromada que había junto a la mesa—. Cuando oyes a alguien desenrollar su juego de herramientas mientras estás atada a una silla con una capucha en la cabeza, es él.

—Escucha. —Me revolví en la silla—. Sé que no deberíamos haber venido así. Ha sido un error, pero te prometo, Ada, que no pretendíamos faltarte al respeto.

—Entonces, dime qué coño estáis haciendo aquí. Y te lo advierto, me aburro muy deprisa, así que esfuérzate porque tu historia sea interesante.

Le conté lo de Dayly, lo del robo en el Pump'n'Jump, lo de la sangre en el apartamento de la joven y lo de la llamada a Sneak en medio de la noche. Le hablé del novio de Dayly y de la violenta reacción de Al Tasik en la sala de interrogatorios. Sneak no decía ni mu. Seguía sentada en la silla, rígida, mirando al suelo, mientras le corría sangre por el cuello.

—Necesitamos ayuda —dije para acabar.

—¿Por qué estás tú metida en esto? —me preguntó mientras me señalaba con la barbilla—. Seguro que esta imbécil te ha robado a ti también. Los ladrones son de lo peor. El mercado del sexo está lleno de ellos. Cuando monté este garito, un tercio de las chicas que contrataba eran ladronas. Me llevó un tiempo que se corriera la voz por la ciudad de que a mí nadie me roba. Por aquel entonces, el suelo estaba manchado de sangre cada dos por tres. Un vendedor de alfombras era uno de los contactos favoritos de mi móvil.

—Sí, tienes razón, Sneak me ha robado. Roba a todo el mundo. La cuestión es que, mientras me atracaba, miré a su hija a los ojos y vi que no era más que una niña aterrada. Yo también tengo un hijo. Quiero ayudarla.

—Te estás jugando mucho. Estás poniendo más años de cárcel

sobre la mesa para ayudar a esta bolsa de basura andante y a la comemierda de su hija. ¿Por qué?

—Sneak es mi amiga. Siempre ha sido buena conmigo y yo..., pues..., la cuestión es que estoy intentando hacer algo con mi vida. En su día fui una buena persona. Era feliz. Me respetaban. Ahora trabajo en una gasolinera y mi hijo me tiene miedo. Vivo en un apartamento asqueroso y hay semanas en las que no tengo ni para comprar lo básico. Quiero hacer algo bueno.

Era la primera vez que explicaba mis razones. Era consciente de que carecían de fuerza, pero, a pesar de que parecieran una tontería, escondían un pensamiento profundo, unas palabras con fundamento, las verdaderas razones. Estar con Sneak y con Ada, con las dos al mismo tiempo, me recordaba las conversaciones que había tenido en mi habitación con otras reclusas. Planes para el futuro. Planes de redención. Éramos un trío que había conocido el tremendo terror que inspira la cárcel y la devastadora desmoralización en la que te sume. Aunque estaba horrorizada con lo que Ada le había hecho a mi amiga, me resultaba familiar encontrarme en presencia de mujeres así y me sentía reconfortada.

Peligrosamente reconfortada.

Lo había sentido por primera vez cuando Sneak había aparecido por mi apartamento y había entrado como un elefante en una cacharrería. Allí, frente a Ada, en cambio, ya no era un sentimiento, sino una locomotora de sensaciones desatada. Por primera vez desde que había salido de la cárcel, tenía los pies en el suelo, firmes, bien plantados. Sabía cuáles eran las reglas para moverme entre ellas. Algunas, al menos. Y no era ni mejor ni peor que aquellas mujeres. Me agarré a la silla y pensé en todo aquello. Pensé en que me estaba dejando llevar, paso a paso, hacia algo criminal y peligroso, que estaba poniendo en peligro la vida que había tardado un año en construir... por el mero hecho de que me sentía mejor, más cómoda y a salvo, en prisión que en la calle.

—Háblame del novio ese —me pidió Ada—. Del vídeo.

Me acerqué al escritorio y deposité el móvil en él, justo delante de ella. Tenía en la pantalla el vídeo que Sneak me había enseñado. Ada cogió el teléfono, se recostó en la silla y puso los pies sobre el escritorio. Sus botas eran negras de piel de pitón. Miró la imagen fija y me di cuenta de que reconocía algo en ella. Sonrió y soltó una risita siniestra.

—Pero mira quién es... —dijo Ada, dirigiéndose a Fred.

Fred se acercó a ella y miró el móvil. Esbozó una sonrisa de medio lado.

—¿Conoces a Dayly? —le pregunté mientras Fred volvía a su puesto, detrás de mí.

—Sí, conozco a la putita esta.

—¿De qué?

—Eso da igual.

Ada me hizo un gesto con la mano para que me callara. Tocó la pantalla del vídeo y lo vio entero. Entero. Sneak, Mike, Fred y yo estuvimos en silencio doce minutos y catorce segundos mientras Dayly y su novio mantenían relaciones sexuales delante de una cámara con Ada Maverick como espectadora.

Cuando el vídeo acabó, Ada dejó el móvil en el escritorio y me atreví a acercarme muy despacio y cogerlo.

—Esto no me gusta —soltó Ada.

Sneak levantó la mirada.

—¿Creéis que ese tipo colgó el vídeo sin que ella lo supiera? —nos preguntó Ada.

—No podemos contestarte a esa pregunta.

—Y lo que queréis es meterle la cabeza en un váter y preguntárselo, ¿no?

—Ese era, más o menos, el plan —dije mirando a Sneak en busca de ayuda—. Puede que no en un váter, pero... Es decir, esa no habría sido nuestra primera estrategia, pero...

Ada bostezó y miró a sus matones como si hubiera perdido el interés y estuviera a punto de ordenarles que nos echaran de allí. Respiré hondo y conté hasta tres.

—Me lo debes, Ada —conseguí decir.

La mujer se puso seria y me miró a los ojos.

—No hagas como si no supieras de lo que te estoy hablando —continué, sorprendida ante mi atrevimiento—. Le salvé la vida a un miembro de tu familia. Todos lo saben. Puede que también sepan que nunca me lo has agradecido.

—Qué huevos tienes, Vecina.

—Sé que sientes curiosidad. Me lo debes y, además, sientes curiosidad. Conoces a Dayly y no te gusta lo que le ha pasado. Lo he visto en tu cara. Te da miedo estar haciendo algo bueno y lo que pensará la gente al respecto. Tienes que mantener tu reputación. Lo entiendo, pero te prometo que Sneak y yo nunca le diremos nada a...

—¿Te crees que me paso el día aquí sentada preocupada por lo que

la gente piense de mí? —La voz de Ada sonaba amenazante—. ¿Tan patética crees que soy?

—No. —Luché con la palabra. Cada músculo de mi cuerpo estaba tenso por el miedo—. No, Ada.

Permaneció callada. Le mantuve la mirada, pero solo unos instantes. Transcurrió un minuto. Puede que el más largo de mi vida. Conté los segundos y me pregunté qué les ordenaría a sus secuaces que me cortaran cuando volviera a hablar.

—Puedo daros cinco mil dólares y un coche en condiciones.

Sneak hizo un ruidito que sonó a exhalación de sorpresa. Sentí que el pavor descendía sobre mi cuerpo como una manta.

—Es demasiado. —Levanté la mano—. Es muy probable que no podamos devolverte...

—Nos vendrían bien unas pistolas —soltó Sneak.

—No lo creo —dije yo—. Nada de armas. Ni siquiera deberíamos...

—Echad a estas dos gilipollas de aquí. —Ada les hizo un gesto a los matones.

De inmediato, Fred me clavó los dedos en mis blandos bíceps y me levantó de la silla. Intenté que Ada me hiciera caso mientras nos echaban de allí, pero me ignoró. Se limitó a coger un vaso de whisky del cajón del escritorio y a servirse un dedo.

Fred y Mike nos llevaron a empujones por otro pasillo oscuro y nos echaron por la puerta de atrás del club. Le levanté la camisa a Sneak y se la presioné contra la oreja. Luego, llevé su mano hacia la tela para que fuera ella quien la sujetara. Aquello pararía la hemorragia.

—¿Por qué lo habrá hecho?

—Porque está loca —lo dije por lo bajini por si había cámaras con audio en el aparcamiento—. No debería haberte convencido para que viniéramos. Lo siento. Vamos a mi apartamento, que voy a curarte la oreja.

—No, me refiero a por qué habrá aceptado ayudarnos.

—Es algo que le gusta lo justo y yo he puesto a prueba su orgullo. ¿A qué ha venido eso de las pistolas?

—Nos vendrían bien. No sabemos a qué nos enfrentamos.

—Como vayas armada, no pienso acompañarte a ninguna parte. Las únicas veces que te he visto sobria era cuando tenías que ir al juzgado.

—Entonces, esto, ¿te lo doy a ti?

Sacó una enorme pistola negra que llevaba en la cinturilla de la falda, a la espalda.

—¡Por Dios! ¿De dónde has sacado eso?

—Se la he quitado a Mike. Y también tengo su cartera. —Se la sacó del canalillo.

—Dame todo eso.

Fred y Mike volvieron a aparecer por la puerta del club. Le entregué al segundo su cartera y su pistola, y el grandullón soltó un bufido de sorpresa y enfado mientras se palpaba los bolsillos como si estuviera convencido de que todo lo que le entregaba lo llevaba encima. Fred me puso en la mano un rollo de billetes cogido con una goma, un fajo gordo como un sándwich, y le entregó a Sneak la llave de un coche, una única llave en un llavero con una bola ocho en miniatura. Luego, señaló hacia la parte de atrás del aparcamiento sin quitarme de encima sus mezquinos ojos, con los que me miraba con malicia.

—En la esquina. El negro.

—Y, ahora, marchaos a tomar por el culo —rubricó Mike.

Sneak y yo recorrimos el aparcamiento como atontadas. En la esquina más alejada, aparcado con su ancho culo contra la valla metálica, había un Chrysler Fifth Avenue del 88. En su preciosa capa de pintura negra y brillante se reflejaban las luces rojizas del cartel de neón de The Viper Pit. El coche tenía unas enormes llantas cromadas, y una cobra enroscada y con la cabeza levantada le decoraba el capó. Abrí la puerta y me fijé el interior, que parecía de piel de cocodrilo o de caimán. Había enormes escamas negras en todas y cada una de las superficies, incluidos el salpicadero y el volante. Parecía el coche de un traficante de drogas, de un traficante de armas, de un sicario, de un matón a sueldo. Estaba claro que le pertenecía a Ada Maverick. Era su ganstermóvil.

Sneak abrió la boca y yo negué con la cabeza antes de que dijera nada.

—Tú sube y calla.

JESSICA

El jueves 1 de enero de 2009, aproximadamente a las dos y veinticinco de la madrugada, Blair Gabrielle Harbour salió de su casa, en el número 1109 de Tualitan Road, Brentwood, por la puerta principal y giró a la derecha para bajar el empinado camino de entrada de su casa. Al otro lado de la calle, en el 1108 de Tualitan Road, Derek McCoy, de cincuenta y un años, y su esposa, Teresa, de cuarenta y nueve, llegaban a casa en taxi después de asistir a una fiesta de fin de año organizada por la empresa de Derek. El hombre había visto a Harbour porque la luz de su camino de entrada, que se encendía con un sensor de movimiento, la iluminaba mientras iba en dirección a la casa que tenía al lado, la 1107. En su declaración, McCoy describió el modo de caminar de Harbour como «decidido». «No iba tan rápido como para que pareciera que estaba enfadada, pero sus zancadas eran largas y no parecía que estuviera contenta. Sabía que la mujer había estado teniendo problemas con los ruidos de la otra casa».

De hecho, Harbour llevaba trece meses teniendo problemas con la pareja del número 1107 y con el ruido que hacía. En ese tiempo, se había quejado a la policía en tres ocasiones por lo alta que estaba la música en el 1107, música de baile, con sintetizadores y bajos potentes, que sonaba después de las diez de la noche y antes de las siete de la mañana muy por encima del límite de cuarenta decibelios establecido por el código municipal de Los Ángeles. La pareja que vivía en la casa —Adrian Orlov, dueño de la propiedad, y su novia, Kristi Zea— había recibido la visita de la policía en todas las ocasiones en las que Harbour los había llamado por el ruido. Además, a lo largo de esos meses, Harbour se había quejado ante un par de testigos por el volumen de la música del 1107. Estaba embarazada, vivía sola y les había explicado que tenía problemas para conciliar el sueño debido al embarazo y a los ruidos de la propiedad colindante.

Según su propia declaración, Zea había tomado tres o cuatro bebidas alcohólicas a lo largo de la noche, mientras que Orlov había tomado entre cinco y siete. Ambos habían consumido, en palabras de Zea, «un poco» de cocaína. Al parecer, estaban bailando en el

distribuidor de la segunda planta cuando Harbour entró por la puerta principal, que estaba abierta y desde la que se veía el distribuidor. Zea aseguró que Harbour les gritó que bajaran la música, que la apagaran. Para Zea era evidente que Harbour se estaba mostrando hostil, debido a su postura amenazante y a que les gritó que iba a llamar a la policía como no le hicieran caso. Zea se dio tanta prisa en acceder a las demandas de Harbour que se tropezó cuando bajaba las escaleras y se lastimó una pierna y un brazo. Orlov se puso nervioso porque Zea se había hecho daño y empezó a gritarle a la vecina. Ante aquello, Harbour le dio dos puñetazos a Zea en la cara. Orlov bajó las escaleras y los tres empezaron a pelear.

En la mesa del comedor, que era la habitación de al lado, a unos cinco metros de donde se enfrentaba el trío, estaba la pistola registrada de Orlov, un revólver Smith & Wesson 665 que el hombre había estado limpiando esa tarde y que no había devuelto a su caja, en el dormitorio del piso de arriba. Según la declaración de Zea, Harbour se zafó de ellos y corrió al comedor, donde cogió la pistola y apuntó a la pareja. La declaración de Zea decía exactamente:

«Estaba loca. Tenía ojos de loca, como un animal salvaje. Nos dijo que llevaba días sin dormir y empezó a quejarse de todo lo que creía que le hacíamos, como que le habíamos robado, que le habíamos rayado el coche... Me pareció que estaba colocada, pero no estoy segura. Nos dijo que sabía que habíamos estado envenenándola y, no sé..., como que habíamos estado intentando volverla loca. No sé, creo que pensaba que habíamos estado colándonos en su casa y echándole veneno en la comida. Nos ordenó que nos pusiéramos de rodillas. Adrian intentó quitarle el arma, pero ella se echó para atrás y la amartilló. Nos arrodillamos y le pedimos perdón. Le aseguramos que no volveríamos a hacerlo, ya sabe, lo de la música, pero no nos hacía ni caso».

Según Zea, Harbour disparó a Orlov en el pecho a algo menos de dos metros de distancia. Zea se escondió debajo de la mesa del salón y Harbour se quedó junto al cadáver de su novio durante un tiempo indeterminado. Luego, la mujer fue a la cocina con la pistola y empezó a lavarse las manos y el arma en el fregadero. Mientras estuvo en el 1107, Harbour no hizo ademán siquiera de llamar a emergencias o de pedirle a Zea que lo hiciera. Según la joven, Orlov había muerto al instante y, aunque quería intentar ayudar a su novio, tenía demasiado miedo de Harbour para salir de su escondite. Afligida, Zea vio que Harbour se hacía un sándwich de queso con lo que encontró en la

nevera de la pareja, un sándwich que solo comió en parte antes de volver a su casa. Al parecer, la mujer se marchó por la puerta principal, sin más, y la dejó cerrada.

Jessica rascó los aceitosos granos de arroz rojo que había pegados en el fondo de la caja de Poquito Mas de comida para llevar mientras repasaba los informes del caso Harbour-Orlov, que tenía en el regazo. La puesta de sol era carmesí y pintaba con luces púrpura la superficie de la piscina. El filtro de la piscina de la casa de Stan Beauvoir zumbaba con suavidad a su lado, mientras ella se refrescaba los pies y los tobillos en el agua.

Lo de volver a la casa de Brentwood al salir de la de Goren había sido por mero desafío. Si hubiera tenido mala baba, se habría quedado en el enorme porche delantero para leer los archivos que había sacado a escondidas de la comisaría ese mismo día, de manera que las patrullas que hacían su ronda por allí la vieran. Había pensado en sacarles el dedo mientras circularan cerca. Lo que más le jodía de la herencia de Beauvoir era que su «familia» del Departamento de Policía de Los Ángeles diera por hecho que iba a aceptarla. Siete millones de dólares. Nunca conseguiría tanta pasta en la policía, ni aunque llegara a jefa y se convirtiera en la persona más corrupta que había accedido a ese cargo. Desde el momento en que Wally había oído lo de la herencia, había dado por hecho que lo dejaría de lado y que se reiría de él por haber sido tan vago en el caso de Silver Lake, que saldría por la puerta principal de la comisaría oeste del departamento y que lo abandonaría allí tirado, soñando. Ahora, los patrulleros más vagos, gente a la que no conocía, la vigilaban, intentaban ver un camión de mudanzas en el camino de entrada o a Jessica por los enormes ventanales, dándoles órdenes a los decoradores. Solo el capitán Whitton se había molestado en preguntarle directamente si iba a aceptar aquella recompensa o si iba a rechazarla. El drogadicto demente que la había atacado y que casi se la come con vida —un joven al que había tenido que matar por culpa, únicamente, de la herencia— no parecía sino una idea del pasado. Todo el mundo daba por hecho que el trauma se le pasaría viviendo en su nueva mansión.

Jessica no se iba a quedar la casa, eso lo tenía claro. Sí, era mucho más dinero del que había imaginado que llegaría a tener en la vida. Sí, comprendía la sensación de impotencia de Stan Beauvoir por la pérdida de su hija, su deseo de que saliera algo bueno de lo que el

asesinato de una joven había dejado tras de sí. Pero Jessica era policía. Ella solo había hecho su trabajo, y no de manera «obsesiva» o «insana», sino tal y como lo hacía normalmente. Y no esperaba sino el mismo nivel de compromiso por parte de sus compañeros. Vale que había perdido peso y que le costaba dormir, que en ocasiones se había sentido confundida. Vale que había incomodado a los testigos y a los familiares de las víctimas, que había invertido horas que era muy probable que no pudieran considerarse extras, pero ¿cómo se conseguía algo si no era de ese modo?

Aceptar un regalo extraordinario sería como admitir que había hecho algo extraordinario; pero hacer lo que fuera para resolver un puto asesinato no tenía nada de extraordinario. Era su deber.

Revolvió los papeles del caso Harbour-Orlov e intentó concentrarse. Se acordaba con todo detalle de Derek McCoy, el vecino de enfrente. Por aquel entonces, a Jessica acababan de ascenderla a detective y había tomado muchísimas notas de la descripción que le había hecho McCoy de cómo Harbour caminaba hacia la casa de sus vecinos. Recordaba que ambos habían estado en el porche de McCoy, iluminados por las luces rojas y azules de los coches patrulla. Cerca, Blair Harbour estaba sentada en uno de esos coches patrulla, esposada, con las manos a la espalda, mirando hacia delante por el parabrisas, sin hacer ni un gesto, con los labios cerrados con fuerza. Desde el principio, Jessica se había dado cuenta de que Harbour no era sino una persona que se había roto. No era la primera vez que lo veía. Los psicólogos de la academia les habían hablado de casos en los que las personas se alejan de la realidad por culpa de una grieta que se ha ido llenando poco a poco de ideas extrañas, como agua que entra en madera tratada y que, día a día, va pudriendo las capas de debajo hasta que el objeto pierde sus cualidades. A Jessica le había gustado la «semana de los loqueros» de la academia. Había prestado especial atención a las ilusiones asociadas con la esquizofrenia. Entre ellas, era común que los esquizofrénicos sufrieran manía persecutoria y que se obsesionaran con que los estaban envenenando. Era muy probable que Harbour hubiera construido su propio mundo, un mundo en el que Orlov y Zea, los vecinos, se pasaban el día y la noche planeando cómo acabar con ella, en el que le rayaban el BMW sin razón aparente o en el que le echaban alguna sustancia en el zumo de naranja para que adquiriera aquel color tan extraño. Todas ellas eran situaciones que anunciaban que algo terrible iba a acabar pasando.

Jessica cogió una fotografía del cadáver de Orlov y la sostuvo a la

rojiza luz del atardecer. Zea había estado en lo cierto en lo que se refería a la muerte de su novio: había sido dolorosa, pero casi instantánea. El hombre estaba caído de lado sobre el suelo de mármol, con un brazo doblado sobre la herida, con la boca abierta por el susto. De sus labios caía un hilillo de sangre. Jessica buscó la fotografía de la pistola mojada en el fregadero y la foto que uno de los forenses había hecho de las manos de Blair y que se había filtrado a los periódicos de la mañana siguiente. La mujer mostraba las manos bien abiertas para que se las examinaran, y por debajo de la cadena de las esposas asomaba una incipiente tripa de embarazada. Una fotografía se empezó a resbalar por entre las demás y Jessica la cogió antes de que llegara al suelo. El infame sándwich de queso con un mordisco en una esquina sobre la desordenada encimera de la casa de Orlov.

Hasta que el dolor no le recorrió el dedo, Jessica no se dio cuenta de que se había mordido un padrastro con demasiada fuerza. Se sacudió. Notaba gran tensión por todo el cuerpo. Se sentía como un cable tan tenso que no deja de vibrar y sabía, exactamente, a qué se debía. Había empezado a cuestionarse el caso de Blair Harbour. El caso que ella había llevado contra Blair Harbour. No podía negarlo, le caía bien el niño que vivía en la casa de al lado. Era inteligente, divertido y extraño. La cuestión es que, si se había equivocado y Blair no era una asesina, era culpa suya que aquel niño llevara toda la vida sin su madre. Si se le había pasado siquiera el mínimo detalle, habría metido a una inocente en la cárcel.

Todo aquello, se dijo a sí misma, no era sino fruto de su cerebro cansado, fracturado, que estaba intentando salírsele por entre las costuras, intentando descoserse más rápido que con lo del ataque del zombi colocado y lo de la herencia sorpresa. Jessica acostumbraba a hacer aquello cuando estaba deprimida: se fustigaba. No obstante, se recordó a sí misma que con lo de la herencia tenía razón, que no había hecho nada para que sus colegas la trataran de aquella forma, para que Wallert y Vizchen la hubieran abandonado en el escenario de Linscott Place. Era una buena policía y se merecía su ascenso a detective. Si estaba segura ahora, sabía que lo habría estado entonces, cuando había arrestado a Blair Harbour por asesinato. Seguro que había comprobado que había marcado correctamente todas las casillas. Seguro que había cubierto todas las bases. Ella era así. Exhaustiva. Seguro.

—¿Qué es eso?

Jessica se giró. El niño volvía a estar en la puerta de celosía, una

silueta azul por detrás y a la derecha de ella, más allá de la valla de cristal que rodeaba la piscina. La detective enseguida se dio cuenta de que estaba sonriendo y se preguntó si se debía a que sentía pena por lo que había tenido que vivir aquel mocoso o por que la divertía su sigilo y que fuera tan entrometido, pero sin malicia. Jessica había conocido a unos cuantos policías que habían entrado en el cuerpo motivados por los asesinatos que su propia familia había sufrido. Aquel niño podría tener un futuro brillante vestido de azul.

—Trabajo.

—¿De qué tipo?

—Eso no es asunto tuyo, chaval.

—¿Has decidido ya si necesitas que te ayude con el jardín o quieres más tiempo para pensarlo?

Jessica guardó todos los papeles en el archivador y lo dejó bocabajo por detrás de ella al tiempo que suspiraba.

—Entra.

Jessica se quedó mirando el agua y oyó que el niño ignoraba por completo el pestillo de la puerta de madera de casi dos metros de altura porque prefería saltarla. Las parras que ocultaban casi por completo ambas propiedades crujieron mientras trepaba. El chaval aterrizó con un dramático gruñido de esfuerzo y enseguida llegó junto a la piscina. Dejó colgando las muñecas sobre la valla de cristal, fingiendo indiferencia.

—¿Eres policía?

—¿Qué hace que lo pienses? —le preguntó Jessica mientras fruncía el ceño y escondía aún más el archivador—. Ven aquí, por el amor de Dios, que no vamos a estar hablando de punta a punta del jardín.

—No me dejan pasar.

—¿Por qué no?

—Porque no sé nadar.

Jessica se quedó mirando al niño a los ojos y este ni pestañeó.

—Sabes que vives en California, ¿no?

Jessica se arrepintió de haber dicho aquello en cuanto las palabras salieron de su boca. El niño miró hacia otro lado, como si hubiera perdido interés en la conversación, y se encogió ligeramente de hombros.

—A mi madre no le gusta la playa. Odia la arena. Y nosotros no tenemos piscina.

Jessica se puso de pie y se acercó a la valla de cristal.

—Venga, entra, que, si te caes al agua no te dejaré más que un

ratito dentro, agitando los brazos y las piernas —dijo mientras levantaba el pestillo de seguridad.

El niño bordeó la valla de cristal y fue hasta la escalerilla de la piscina, pero se mantuvo a algo más de un metro del bordillo. Jessica volvió a meter los pies en el agua y se sentó con una pierna encima del archivador que contenía los papeles del caso de la madre del niño.

—¿Por qué crees que soy policía?

—Porque te he visto hoy saliendo de la comisaría.

—Aaah, claro. Así sí. —Le tendió la mano—. Soy Jessica, me alegro de conocerte.

El niño le estrechó la mano. En cuanto lo hizo, la detective tiró de él y lo obligó a sentarse a su lado. Él se agarró a la camisa de Jessica y después, nervioso, mantuvo los pies por encima del agua.

—Tengo que hablar contigo de un asunto importante.

—Vale. —Jamie se acercó a ella y le soltó la camisa a regañadientes—. De acuerdo.

—Seguro que los adultos te han dicho alguna vez que no está bien esconderles secretos a tus padres, ¿verdad? Que si alguna vez algún adulto te dice que le guardes un secreto, no es nada bueno y que tienes que contárselo a tus padres de inmediato, ¿no?

—Sí, nos lo han explicado en el colegio.

—Bueno, pues como yo soy policía y..., en este caso..., eh..., no está mal que me guardes un secreto. Sin embargo, solo está bien en este caso, ¿vale? Estas son, lo que podríamos llamar, circunstancias especiales.

—Circunstancias especiales. —El niño asintió mientras jugueteaba con los pies en el agua—. Entendido.

—¿Sueles hablar con tu madre? —Jessica se concentró en observar el rostro del niño—. Me refiero a la mujer de la que me hablabas la otra noche, a la que metieron en la cárcel por accidente.

—Sí, mucho. —Se encogió de hombros—. Hoy hemos comido un helado.

—¿Cómo que habéis comido un helado? ¿En la cárcel?

—No, en el muelle.

—¿Está en la calle? —Jessica se volvió y casi tira a la piscina el archivador con el caso Harbour-Orlov.

—Sí, salió hace casi un año.

—Vaya, la cosa cada vez va a mejor. —Jessica se frotó la frente—. Mira, es muy muy importante, dadas las circunstancias, dadas estas circunstancias especiales, que no le digas a tu madre que vivo aquí.

—¿A mi madre o a mi mamá?

—A Blair.

—Ah. —Jamie frunció los labios.

—A ver, que no es que viva aquí... —Jessica miró la casa—, solo me paso de vez en cuando y, además, voy a dejar de hacerlo. La cuestión es que no puedes hablarle de mí a tu madre. No le digas mi nombre, ni le digas que soy policía, ni qué aspecto tengo. Nada de nada, ¿entendido?

El niño permaneció en silencio.

—No se lo habrás dicho ya, ¿verdad?

—No..., pero ¿por qué no puedo decírselo?

—Porque será más fácil para todos.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Porque sí no es una razón.

—Chaval, tampoco tienes por qué saberlo todo, ¿eh? Sé que crees que sí, pero, en realidad, no es el caso. Lo que acabo de decirte es una lección de vida. A veces, la Tierra gira un poco mejor sobre su eje cuando una persona se queda calladita y hace lo que le piden.

—Vale. —El niño metió los dedos en el agua—. Pues no le diré nada.

—Buen chico.

—Dime, esos papeles que tienes ahí, ¿son papeles de la policía? —preguntó, inclinándose hacia delante—. Me refiero a esos con fotos que dan miedo, con muertos, pistolas y todo lo demás.

—Pues claro.

—¿Y puedo verlos?

—Podría enseñártelos, sí..., pero después tendría que ahogarte en la piscina.

BLAIR

Una vez en mi apartamento, le curé la oreja a Sneak y le dije al grupo de niños que se acercó a mi puerta a interpretar *Castle on the Hill*, de Ed Sheeran, que las manchas rojas de mi camisa eran salsa de tomate. Había dado por hecho que, para cuando hubiera acabado de ducharme y de cambiarme para mi turno de noche en el Pump'n'Jump, Sneak habría dado con alguna excusa para marcharse, pero no fue así. La mujer estaba de pie frente a las ventanas delanteras, hablando por el móvil y mordiéndose las uñas.

—Por lo menos estaré aquí unos días. —Oí que decía, para después dar mi dirección.

—¿Quién era? —le pregunté cuando colgó.

—La que me recoge el correo.

—¿Y acabas de decirle que te vas a quedar aquí unos días?

—No te asustes. Necesito una base. Hace tiempo que no tengo dirección fija.

—¿Qué quieres decir con eso, que eres una vagabunda? ¿Dónde están tus cosas?

—He estado viviendo con un tipo. Nada serio. Teníamos un trato. La cosa iba genial, pero creo que lo poseyó un demonio o algo así y me echó a patadas. Mis cosas están en su casa.

—Sneak, la verdad.

—No te miento. El tío era de lo más normal, pero un día salió por la noche y volvió con un símbolo muy raro tatuado en el pecho. —Aspiró con fuerza y se frotó la nariz—. Un par de días después lo encontré en la cocina, desnudo, a medianoche. Estaba en el suelo, retorciéndose, cogiéndose el tatuaje y gruñendo. De pronto, empezó a gritar: «¡No te lo vas a llevar! ¡Él es mío! ¡Es mío!». Si eso no es una posesión demoniaca, ya me dirás tú.

—Podría ser una alucinación provocada por las drogas.

—No estabas allí. —Me hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Reconozco a un demonio en cuanto lo veo.

—Sneak, no puedes quedarte aquí. —Me acerqué a la ventana y corrí la cortina—. Como te encuentren en mi casa...

—No me verá nadie. Venga, Vecina, pero si ya estás metida en

esto.

Tenía razón. Estaba metida en aquellas aguas turbulentas hasta la cintura. Internarme un poco más hacia el fondo, hasta el cuello, no parecía un compromiso tan terrible. Sabía que en el momento en que la dejase sola en el apartamento lo registraría en busca de cualquier objeto de valor, y que, después de que me hubiera saqueado, se tomaría alguna que otra pastilla o se metería alguna que otra raya en la mesita de centro. La cuestión es que estaba cansada y preocupada por Jamie y dudaba mucho que tuviera las fuerzas necesarias para enfrentarme a Sneak. Fui al dormitorio y escondí el marco plateado de mi hijo en la mochila que llevaba al trabajo y oculté el dinero que nos había dado Ada en un zapato, dentro de una caja, en lo alto del armario.

Fui a la nevera a comer un poco de helado, un capricho antes de aventurarme en la noche. El bote estaba en la encimera. Suspiré y lo cogí. Sneak debía de haber estado con él mientras yo me duchaba y me cambiaba. Pesaba demasiado poco, casi estaba vacío. Me fijé en los agujeros que le había hecho a la tapa al mismo tiempo que sentía que algo se movía dentro, como arrastrándose. Algo vivo.

—¡Ay, Dios! —Dejé el bote en la encimera.

—Mierda, tendría que haberte avisado. Perdona —me dijo Sneak mientras entraba en la cocina.

—¿Es la puta taltuza?

—Sí.

—¿Qué coño hace aquí?

—La he cogido de casa de Dayly.

Con cuidado, Sneak le quitó la tapa al bote.

—¿Dónde la llevabas?

—En el bolso.

—¿Ese bicho ha estado en tu bolso todo el rato? Pero ¿qué coño te pasa?

—Soy una buena persona. La policía ya habrá llegado al apartamento de Dayly. ¿Acaso crees que iban a cuidar y a dar de comer a esta cosita durante la investigación? ¿Crees que iba a cuidarla la compañera de piso de Dayly? Sé muy bien cómo se puso cuando Dayly rescató la paloma. Se agarró un cabreo de campeonato.

—Bastante malo es que te quedes en casa tú, Sneak, para que se quede también esa cosa.

—Bueno, pues aquí está.

—Pues deshazte de ella.

—Tú cógela, Vecina... —Sacó al bichito del bote—. Mírala bien. Es...

—¡Que no, Sneak! No quiero...

—¡Cógela, joder, por el amor de Dios! ¡Que no muerde!

Sneak me tiró de la mano y me la sostuvo en plano. Me estremecí y cerré los ojos cuando noté el peso cálido y peludo del animalito en la palma de la mano.

—Ay, Dios. Ay, Dios. Ay, Dios.

—Fíjate. Eres patética. ¿Cómo puedes tenerle miedo a una cosita tan pequeña y tan mona? Esta criatura acaba de salir de una puta peli de Disney. Abre los ojos.

Con la cara aún fruncida, con el brazo temblándome, abrí un ojo para mirar el animal que tenía en la mano. Me olisqueaba la base del dedo gordo con su naricilla rosa. Una descarga de terror me recorrió el cuerpo cuando vi aquellos dientes amarillos y cuadrados contra su mentón peludo.

—Me va a morder.

—Ni lo pienses.

—¿Sabes cómo le hacen la prueba de la rabia a los seres humanos? Te taladran el cráneo y te extraen una muestra del cerebro.

—Pero si no tiene la rabia. —Sneak puso los ojos en blanco—. Venga, acaríciala.

—No pienso hacerlo.

—O la acaricias, o te pego una bofetada aquí mismo, en tu propia cocina.

Me acerqué aquel animal con mano temblorosa. Con el índice de la otra mano le acaricié aquella cabeza grandota que tenía. Me dio la impresión de que al bicho le agradaba que le prestara atención. Se levantó sobre las patas de atrás y Sneak y yo nos quedamos mirando cómo se rascaba el pelaje blanco que ocultaba su tripa. Parecía un hombre gordo desperezándose, bostezando. Le acaricié aquella cola rosada que tenía y le pasé el dedo por la espalda.

—Es muy suave —reconocí.

Sneak sonreía.

—Y, ahora, llévatela, por favor.

—Venga, tú sujétala un instante más.

La taltuza se dio la vuelta y se puso a caminar por mi muñeca. Notaba las almohadillas de sus minúsculas patas a medida que iba subiendo por mi antebrazo, rápido, hacia el codo.

—¡Cógela, Sneak! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¡Cógela!

Sneak me quitó aquel animal del brazo y me quedé mirando cómo lo devolvía al bote de helado y cerraba este con la tapa. No sabía qué decir. Le lancé una mirada fulminante y fui a por la mochila del curro.

Trabajar proporciona cierto alivio. Esas rutinas dichosas, mecánicas. Limpiar granos de azúcar de la encimera de la zona de la cafetera, deslizar botellas de Mountain Dew en las rectas filas de la nevera, comprobar el listado de turnos de limpieza del cuarto de baño. Me quedaba mirando cómo los coches iban y venían en oleadas: taxistas que reponían su cargamento de agua y aspirinas para los largos turnos que les quedaban por delante; jovencitos de fraternidades conduciendo cochazos y comprando Red Bull a espuertas antes de salir de marcha por el centro; agentes cinematográficos que pagaban la gasolina de sus Maseratis sin dejar de hablar por teléfono por sus auriculares con *bluetooth*. En los momentos más tranquilos, después de los anocheceres de colores rojos y violetas, me dedicaba a resolver los crucigramas del periódico detrás del mostrador.

A esas horas no venía nadie.

Pensé en Jamie, en cuántos de los acontecimientos de su corta vida me había perdido. Fiestas de cumpleaños. Premios del colegio. Partidos de béisbol.

Me sonó el teléfono. Lo agradecí, porque me distrajo de aquellos pensamientos tan oscuros.

—Fred va para allá —me dijo Ada sin saludar ni nada—. No salgas corriendo cuando lo veas. No lo he enviado para que te pegue. Todavía.

—¿Qué? —Moví la cabeza a uno y otro lado, desconcertada—. ¿Que viene para aquí? ¿Para aquí?

—Sí, a ese garito de cholos en el que traficas con chocolatinas.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Miré hacia la calle. La noche estaba aplastando los últimos susurros de luz del día. No me gustaba que Ada supiera dónde trabajaba y no quería ni pensar en cómo habría conseguido la información.

—¿Y para qué viene?

—Te voy a prestar un arma. Sneak tenía razón. Es posible que necesitéis una, pero no te la iba a dar con ella delante. Esa descerebrada se la quedaría y la vendería, o te pegaría un tiro cuando estuviera colocada. Esa Sneak es más tonta que un capazo. Está claro que su madre era una pueblerina de mierda. Una de esas que tienen

hijos y los abandona en el establo para que se alimenten de las ubres de la vaca mientras ellas no paran de follar para tener más críos. Lo más probable es que ya se haya gastado la mayor parte de la pasta que os he dado, ¿verdad?

—No, la he escondido muy bien.

—Eso crees tú, pero ya te digo yo que no.

—Ada, no quiero armas. Por favor, no me envíes ninguna. Como me pillen con un arma, vuelvo a la cárcel de cabeza. Si me encuentran con Sneak, puede que consiga salir del apuro, pero como descubran un arma en mi casa, me encierran y tiran la llave.

—Pensaba que te gustaban las pistolas, Vecina. —Podía oír su sonrisa—. De hecho, al parecer disparas de maravilla.

—¿De qué conoces a Dayly Lawlor?

—Eso da lo mismo.

—Venga —me apoyé en el mostrador—, ayúdame a entender por qué nos has echado un cable. Te has reído cuando la has visto en mi móvil. ¿Fue una de tus bailarinas?

Silencio. Una risita siniestra. Ada suspiró como si se rindiera.

—Estaba en las inmediaciones de Ventura intentando llegar a una reunión con uno de mis socios. Eso debió de ser hace unos seis meses. El tráfico no se movía. Vamos, que me encontraba en un atasco. Ahí estaba yo, sentada en la parte de atrás de mi Lincoln, conducía Fred, mirando por la ventanilla. Estábamos atrapados debajo de un paso elevado de la autopista y me llamaron la atención una serie de nidos de paloma que había en el bordillo del puente. Los había a decenas. Había mierda de paloma por todos lados. Plumas y más plumas. Era asqueroso, te lo aseguro.

—Sí, vale, entendido.

—Mientras estoy allí sentada, una chica sale de un taxi que había por delante de nosotros, cierra la puerta de golpe y se dirige directa hacia donde está la pared llena de mierda de paloma. Se quita la sudadera, ¡su puta sudadera!, y empieza a perseguir una paloma que había en el arcén. A su bola, ¿sabes? ¡Venga, no me jodas! Nunca había visto nada así. ¿Para qué quería coger ese pájaro asqueroso, que no dejaba de piar y de agitar las alas? Ninguno de los que estábamos allí nos lo podíamos creer. Se podría decir que éramos una audiencia cautiva, los que estábamos en los coches del atasco. La peña empezó a tocar la bocina, a gritar, a jalearla.

—¿Consiguió atrapar el pájaro? —Sonreí porque sabía cómo acababa la historia.

—Sí —respondió Ada entre risas—. Claro que lo cogió. Lo pilló como..., no sé..., como uno de esos cocodrilos que se ven en los documentales de bichos atrapando una presa junto a la orilla del lago. Estaba claro que no era la primera vez que lo hacía. Sentía tanta curiosidad que bajé la ventanilla y le solté: «¡Eh, zorra!, ¿qué coño crees que haces? ¿Es que te vas a comer ese bicho?». Es que, no me jodas, no podía entenderlo. ¿La tía tenía dinero suficiente para coger un taxi, pero se iba a llevar una rata voladora a casa para cenar? Así que se me acerca y me enseña el puto pájaro envuelto en su sudadera como si fuera un recién nacido.

Me eché a reír.

—Va y me suelta que es un pollo. Que es un recién nacido que se ha caído del nido. Que lo más probable es que los coches, al circular a gran velocidad, lo hayan arrojado desde lo alto. Está sangrando, hambriento, deshidratado. Me dice que sabe por las plumas, por el pico y por no sé qué más que es un pollo. Me lo enseña. La zorra esa me está dando una clase de ciencias naturales allí mismo, en el arcén de la autopista. Me dice que como deje allí el pájaro se morirá de hambre o lo matará algún coche, o que un halcón lo verá desde uno de esos postes de la autopista en los que se posan y que se lo comerá. Al parecer, las palomas son muy malos padres. Ni se les pasa por la cabeza bajar a ayudar a su bebé.

Escuchaba a Ada al tiempo que observaba la noche.

—Le solté: «Nena, así es la vida. Los pájaros se caen de los nidos y se los comen vivos, o les pasan por encima o lo que coño sea que les sucede. Sufren y se mueren de hambre. Así es la vida». ¿Y sabes qué me responde? «Este no va a morir. No durante mi guardia».

Oí dos ruidos sordos seguidos. Imaginé que Ada ponía los pies encima del escritorio.

Continuó:

—Bueno, la cuestión es que se da media vuelta e intenta meterse en el taxi del que había salido. Sin embargo, el taxista se opone en redondo. Le grita que el bicho tendrá piojos y enfermedades contagiosas. Así que llamo a la chica y le digo que se suba a mi coche, y Fred y yo la llevamos a Sunset.

—Menuda historia. ¿Llevaste el pájaro en tu coche?

—¡Puaj! Ordené que se llevaran el coche al desguace a aplastarlo en cuanto llegamos. Qué pena..., me gustaba aquel cacharro. Pero es que, claro, no iba a seguir yendo en un coche en el que había estado una puta alimaña voladora, ¿lo entiendes? Le ordené a Mike que

quemara la ropa que llevábamos Fred y yo.

—¿Por qué?

—Una vez tuve piojos en las instalaciones de un centro de detención juvenil. Me los pasó una gorda como Sneak. Nos los pasó a todos. Aquello era un infierno.

—No, me refiero a que por qué llevaste a Dayly.

—Pues no lo sé. —Respiró hondo—. Los chalados me divierten.

—Creo que no es por eso.

—¿Cómo dices?

—Creo que te diste cuenta de que si alguien hubiera pronunciado aquellas palabras: «No durante mi guardia», cuando eras una pipiola, puede que tu vida hubiera sido diferente.

Silencio.

—¿Me estás tomando el pelo? —me soltó Ada en un momento dado.

—¿Me vas a decir que me equivoco?

—Por supuesto que sí, zorra. Yo no soy una mierda de paloma de autopista que necesita que la rescaten. Yo soy uno de los halcones. Yo soy un pájaro de presa, so puta.

Sentí que se me difuminaba la sonrisa.

—Como le cuentes esta historia o lo de tu psicoanálisis barato a alguien, te mato.

—Tranquila, que no lo haré.

Pero ya había colgado.

Querida Dayly:

Tienes razón, recibo muchas cartas de chiflados, pero eso de «¿Eres mi padre?» es un tema que, hasta que he recibido la tuya, no había salido en ninguna de ellas. Independientemente de mi respuesta, tu carta es un soplo de aire fresco en lo que, por lo general, resulta una corriente monótona de quejas y lamentos. La mayoría de las personas me escriben para decirme lo terribles que fueron mis crímenes, en especial la masacre de Inglewood, no sé, por si acaso a mí no me lo parece. Lo curioso es que en muy pocas ocasiones me envían estas cartas familiares o amigos de las víctimas del crimen en cuestión; habitualmente, se trata de turistas afligidos que quieren dejar claro su supuesto dolor. La mayoría de las cartas que he recibido recientemente son de personas que querían saber si los tres millones de los que hablas son míos y si hay más cofres del tesoro enterrados por el estado. El descubrimiento ha triplicado el número de cartas que suelo recibir.

Es verdad, tu madre, Emily Lawlor, y yo tuvimos un rollo hacia el año 2000. Recuerdo que era un poco camorrista. Era una sabelotodo, pero en plan bien. La gente la llamaba «Sneak» porque tenía la mano muy larga y los dedos muy ágiles, pero no solía robar sino para mantener lo que, a mi entender, no era más que una ligera drogadicción. Siento mucho que la cosa haya ido a peor. No me extraña que tengas sentimientos encontrados por ella.

Eso de que te den en adopción es una putada. Mi madre era prostituta y a mí me criaron mis abuelos, en Utah. La mayoría de las personas no se molestan en conocer mi historia para intentar determinar por qué hice lo que hice, pero esa fue una razón muy importante. Nadie se para a pensar en los abusos y negligencias que sufrí a manos de mis abuelos y en la sensación de abandono que me acompañó siempre a raíz de que mi madre me abandonara en la puerta de sus padres cuando no tenía más que seis años y se largara para siempre. Puede que te interese saber que, durante mi vida, me han visitado muchos psicólogos y que en las pruebas de inteligencia que me han hecho he demostrado que tengo un coeficiente intelectual de 142. No han encontrado en mi cabeza ningún tumor ni nada que funcione mal… o síntomas psicológicos que justifiquen que matara a tantos inocentes aquel día en Inglewood. No soy más que un ser humano roto en pedazos al que lo llevaron demasiado lejos.

Así que, sí, puede que lleves mi ADN. Ahora bien, deberías pensar largo y tendido si quieres confirmarlo.

Nunca he tenido contacto con Sneak en la cárcel, lo que me sorprende, ahora que me has dicho que es drogadicta. Aquí hay muchos que fueron drogadictos o que siguen siéndolo y lo único que quieren saber de mí es si tengo dinero. Atraqué muchos bancos a

lo largo de mi dilatada trayectoria. La teoría más extendida es que, si fui amasando el dinero de mis diferentes trabajos, habría sido una estupidez guardarlo todo en un mismo sitio.

Aun así, aunque hubiera, vamos a decir, otro gran cofre del tesoro escondido en Los Ángeles o en sus inmediaciones, en alguna parte, ninguno de ellos iba a poder disfrutar de él aquí dentro. En nuestro economato no hay tanto que comprar y tendrían que confiar en que alguien de fuera se lo cuidase... y no se fugase con el dinero. Muchas veces, esta gente no quiere sino conocer la respuesta a una pregunta. En la cárcel, las preguntas y los secretos se lo pueden comer a uno por dentro... Piensa que nos tiramos veintitrés horas al día metidos en la celda, sin nada que hacer.

La mayoría de los que están aquí son indigentes, lo que quiere decir que su vida no vale sino lo que el Estado les proporciona mediante el correo, el economato y las llamadas que tienen permitidas.

Algunos de los reclusos más famosos, asesinos en serie, por ejemplo, trafican con partes de su cuerpo para que un comerciante del exterior las venda por Internet. El que tengo en la celda de al lado saca cincuenta dólares por cada mechón de pelo. Tiene seis violaciones y asesinatos sobre sus espaldas. Yo dispongo de un intermediario que vende mis cartas por mucho más. La gente está convencida de que, algún día, daré alguna pista, oculta en una carta, de dónde guardé más dinero. Piensan que quizás escriba un mensaje con la primera letra de cada carta o que, poco a poco, vaya a ir dando unos números que se traducirían en una longitud y una latitud. Tengo entendido que se pueden dejar mensajes ocultos en un papel con zumo de limón.

La cosa es que no soy tan imbécil. Los primeros que se darían cuenta de que hay algo así escondido serían los guardias. Leen, escanean y le hacen pruebas químicas a nuestro correo, así que no me arriesgaría en la vida a que esos hijos de puta se queden con mi dinero. Si quisiera darle alguna información secreta a alguien, tendría que ser en persona.

Todo esto es hipotético, no cabe duda, basándonos en la asunción pública de que hay más dinero por ahí. Robé mucho más de lo gasté y de lo que di, incluido lo que han encontrado. No he de convencerte sobre lo ignorante que es la gente. Se aferra a las ideas por el mero hecho de que son emocionantes y románticas.

Espero que vuelvas a escribirme, pero, como ya te he dicho, piensa bien si de verdad quieres saber quién es tu padre. Te aseguro que a algunos padres es mejor no conocerlos. Y plantéate lo de vender esta carta por Internet. Una chica lista como tú seguro que descubre cómo hacerlo. En algunos sitios podrás sacar por ella hasta quinientos dólares. Por lo menos, eso es lo que me asegura mi intermediario, aunque no tengo forma de saber si se está quedando mucha o poca pasta a cambio.

Cuídate,

JOHN FISHWICK

P. D.: No entiendo cómo alguien puede querer rescatar una taltuza o una paloma, pero la foto es chulísima. Tienes mis ojos. Saluda a Sneak de mi parte cuando vuelvas a hablar con ella.

JESSICA

Jessica estaba en su escritorio del Departamento de Homicidios, ignorando a los que la miraban y visionando el primer interrogatorio a Blair Harbour por el asesinato de Adrian Orlov; interrogatorio que había durado seis horas. No había visto ni a Wallert ni a Vizchen por la comisaría, pero le dolían los hombros por la tensión que le provocaba la inminente llegada de ambos; una sensación que se mezclaba con el miedo que tenía a que alguien le viniera con que, debido a que estaba de baja por el ataque que había sufrido, no debería ni acercarse a la comisaría. En la pantalla, parecía que Blair Harbour, sentada en una silla, con el traje del forense haciéndole bolsas por todos lados y con una mancha de sangre en el pelo, hubiera encogido. A Jessica siempre le había gustado ser quien llevaba a cabo el primer interrogatorio al acusado y hacerlo lo antes posible y tan extenso como pudiera. La adrenalina del crimen hace que los culpables estén habladores y el cansancio posterior provoca que se vuelvan idiotas. Le gustaba obligar a que el acusado se mirara la sangre, la suciedad de las uñas, y que intentara explicarse. En el vídeo, Jessica estaba sentada en una silla, inclinada hacia delante, mientras que su compañero de por aquel entonces, Andermann, permanecía en una esquina, cual centinela silencioso. Jessica se ajustó el auricular derecho de los cascos y prestó atención a la imagen borrosa de la cara de Harbour mientras hablaba.

HARBOUR: No, no tenía nada contra ellos. Parecían agradables, la verdad. Era el ruido lo que me molestaba. Aparte de lo que había hablado con ellos por lo de la música, apenas los conocía.

SANCHEZ: Así que las únicas interacciones que había tenido con Orlov y con Zea habían sido negativas. Usted se quejaba del volumen y ellos se defendían. Ya habían adoptado ustedes esa dinámica.

HARBOUR: Sí, supongo que sí. Aunque uno no dispara a alguien por ruidoso.

SANCHEZ: No, la mayoría de las personas no.

HARBOUR: He disparado a Orlov porque o lo hacía, o la mataba. Cuando he llegado estaba encima de ella y no paraba de pegarle puñetazos. Una y otra vez. He pensado: «La va a matar». He intentado meterme, pero...

SANCHEZ: ¿Meterse?

HARBOUR: Apartarlos. He forcejeado con él un poco, pero me ha quitado de encima como si yo no pesase nada. Estaba furioso.

SANCHEZ: Ajá.

HARBOUR: Ha sido entonces cuando he visto la pistola y he..., ya sabe..., he...

SANCHEZ: Si quiere que le diga la verdad, doctora Harbour, lo que usted cuenta no tiene mucho sentido. Comenta que ha intervenido en una riña doméstica entre Orlov y Zea, a quienes apenas conocía; una riña doméstica violenta que, como quien dice, se ha encontrado por sorpresa. Eso no es lo que declara Zea.

HARBOUR: ¿Cómo que no?

SANCHEZ: Ella dice que ha disparado usted a Orlov por el ruido.

HARBOUR: No puede ser.

SANCHEZ: Pues sí, así es. Dice que ha llegado usted para hacerles daño. Que su relación era horrible. Que ha entrado usted y se ha enfrentado a ellos por el ruido, que ha disparado al señor Orlov y que ha ido a la cocina a limpiar el arma y a prepararse un tentempié. Si lo que declara usted es verdad, doctora Harbour, y resulta que no se ha acercado al 1107 sino para saludar y se ha visto obligada a salvarle la vida a Zea, ¿por qué iba ella a inventarse una historia tan rocambolesca? ¿Por qué iba a decir que le ha disparado usted a su novio por una discusión por el volumen con el que escuchaban la música?

HARBOUR: Pues no lo sé. No tengo ni idea de por qué podría estar diciendo algo así. No he ido por el ruido. Resulta que he mirado por la ventana de la cocina y he visto a través de la de su cuarto de baño que él estaba pegándole.

SANCHEZ: Y se ha dirigido usted hacia su casa como Wonder Woman para ayudar a la chica.

HARBOUR: Usted no me está prestando atención.

Jessica se recostó y miró a los policías que la rodeaban, sentados en ordenadas filas de escritorios. Tanto en la pantalla hacía diez años, como ahora, estaba en silencio, pensativa. Las palabras de Harbour resonaban en sus oídos. Torció el gesto. La doctora tenía razón, no le estaba prestando atención. Ya había hablado con Kristi Zea y su historia le había parecido de lo más creíble. A ella sí que le había prestado atención. Se vio a sí misma en el interrogatorio. Sabía, exactamente, qué es lo que estaba haciendo: estaba presionando a la doctora. Estaba apretándole las tuercas. Estaba intentando sacarle una confesión.

SANCHEZ: Zea asegura que ha perdido usted la cabeza. Que estaba usted fuera de sí. Que hablaba como una loca.

HARBOUR: No... No es verdad. Puede que después... después de que haya disparado a Adrian. Estaba desconcertada..., asustada, pero no me he vuelto loca. He conservado la calma en todo momento. He intentado pensar en lo que debía hacer. Nunca había matado a nadie y me sentía horrorizada. Durante unos minutos... no he sido capaz de pensar con coherencia. Ahora bien, no he estado en ningún momento al borde la locura. ¿Puedo hablar con ella?

SANCHEZ: No.

HARBOUR: Pero...

SANCHEZ: ¿Por qué se ha limpiado las manos y el arma?

HARBOUR: Eso... He estado pensando en ello. Creo que estoy tan acostumbrada a hacerlo como parte de mi trabajo que ha sido una especie de acto reflejo. En el trabajo, cada vez que hago algo me lavo las manos. Antes y después. Me lavo las manos cincuenta

veces al día. La pistola no la he lavado, la he dejado en el fregadero. Es lo que hago con el instrumental quirúrgico. Se habrá mojado.

SANCHEZ: Sí, claro.

HARBOUR: Es la verdad.

SANCHEZ: ¿Acaso no le parece una locura eso de prepararse un sándwich después de matar a una persona, doctora Harbour?

HARBOUR: Yo no me he preparado ningún sándwich.

SANCHEZ: ¿Y por qué coño iba a decirnos la señora Zea que eso es exactamente lo que ha hecho?

HARBOUR: No tengo la más remota idea. No sé por qué está diciendo todas esas cosas. Es posible que tenga una lesión cerebral por culpa de los golpes. Si me dejase usted hablar con ella...

SANCHEZ: ¿Por qué no le ha practicado usted los primeros auxilios al señor Orlov después de dispararle?

HARBOUR: Pues porque estaba muerto. Era evidente. Ha muerto al instante. Le he disparado en el corazón.

SANCHEZ: Dice en su declaración que no ha hecho nada en absoluto para reanimarlo. ¿Lo he entendido bien?

HARBOUR: Era imposible reanimarlo.

SANCHEZ: ¿Se está riendo usted, doctora Harbour?

HARBOUR: Me rio de lo absurda que me parece su pregunta. ¿Qué quería, que le hubiera hecho compresiones en el pecho para reanimar un corazón que tenía un agujero gigantesco? Se ha desangrado... en segundos. No es que me esté riendo..., es que... ¡Ay, Dios! Esto no puede ser verdad.

SANCHEZ: ¿Puede responder usted a la pregunta? ¿Ha hecho usted algo para ayudar al señor Orlov después de dispararle?

HARBOUR: Ahora mismo, es como si estuviera en otro planeta.

SANCHEZ: ¿Siente que está perdiendo el contacto con la realidad?

HARBOUR: No, lo que digo es que no sé cómo actuar para que me comprenda usted. Ese hombre iba a matar a su novia. No podía permitir que lo hiciera. Nadie permite que una persona muera delante de sus narices.

SANCHEZ: Desde luego, hay gente que no.

Harbour había contado que había ido al 1107 de Tualitan Road, la casa construida al lado de la suya, después de ver a través de la ventana del baño de Orlov y Zea cómo él le pegaba a ella. Según su versión, al llegar se había encontrado con que Orlov estaba pegando a su novia brutalmente y que, después de un infructuoso intento de separarlos, había cogido el arma que había en la sala y, desesperada, había disparado al hombre para proteger a Zea. La historia explicaba las heridas de Zea, de Orlov y de Harbour, pero no explicaba por qué Zea no apoyaba la historia de la mujer. ¿Por qué una joven iba a contar semejante mentira, una mentira que enviaría a una persona a prisión? ¿Sería para proteger el honor de su novio o para vengarse de las quejas por los ruidos? Para Jessica, aquella versión no explicaba las cosas tan extrañas que había llevado a cabo la doctora después de disparar: por qué se había lavado las manos y había dejado el arma en el fregadero, por qué se había preparado un sándwich de queso y le

había dado un solo mordisco y por qué, después, se había quedado delante de la casa, sin llamar a emergencias ni nada. Cuando Harbour contrató a un abogado, su versión cambió, se volvió más sencilla, sin duda, por consejo de su letrado. Pasó a decir que se había presentado en la casa de Orlov para enfrentarse a la pareja por el volumen tan alto al que ponían la música y que Orlov había cogido la pistola enfurecido y le había apuntado con ella. Después de un forcejeo frenético por el arma, en el que tomó parte Zea, Harbour no sabía ni cómo, pero la pistola había acabado en sus manos, se disparó y el tiro acertó a Orlov en el pecho. Ni Sanchez ni Andermann se tragaban aquella versión, entre otras cosas porque los de balística habían dicho que a Orlov le habían disparado a metro y medio. Además, el extraño comportamiento de Harbour después del disparo no indicaba que este hubiera sido fortuito.

A Harbour la habían examinado psicólogos especialistas tanto de la defensa como del fiscal y todos coincidían en que estaba cuerda y en que no mostraba signo ninguno de padecer una enfermedad mental oculta o latente que pudiera haberse manifestado puntualmente durante el altercado. Tampoco había señales de depresión perinatal a los que pudiera agarrarse la defensa.

Jessica paró el vídeo y se quedó mirando la imagen fija de Harbour. Volvió a preguntarse qué estaba haciendo, por qué el caso estaba llamándola con tanta fuerza. Estaba cerrado y más que cerrado. Una persona pierde la cabeza y mata a su vecino. Que Harbour tuviera un hijo tan mono no quería decir que la mujer no fuera una psicópata fría como el hielo. Muchísimos asesinos en serie tenían hijos normales y corrientes, equilibrados. Jessica leía una columna en el *Times*, cuyo título era «Mi madre, la asesina de bebés de South-Side», en la que hablaban de alguno de ellos de vez en cuando. Cerró el vídeo y a punto estaba de levantarse cuando sintió que alguien le ponía la mano en el hombro.

—Se supone que no deberías estar aquí.

Jessica hizo un gesto de dolor. No era ni Wallert ni Vizchen quien estaba detrás de ella, sino un chino estadounidense de unos sesenta años con el que Jessica no había tratado nunca en sus roces con Asuntos Internos, pero al que, de todas formas, conocía bien. El detective Cheng Woo, con sus pantalones grises, deslizó parte de sus posaderas sobre el escritorio de Jessica, lo que obligó a esta a retirarse con la silla e hizo que se chocara con el divisor de su mesa y la del detective de al lado. Ya volvía a notar los ojos de sus colegas sobre su

figura, detectives mirando por encima de la pantalla del ordenador o emprendiendo viajecitos inútiles a la sala del café para ver qué estaba pasando en el cubículo de Jessica.

—Detective Woo —dijo Jessica a modo de saludo—, tan solo estaba consultando unos casos abiertos, asegurándome de que los han asignado en mi ausencia.

—Todo va bien, Sanchez. No dudes de que han reasignado todos tus casos y de que van de maravilla sin ti, por difícil que te parezca creerlo.

Se oyó una risita cerca de allí. Jessica no entró al trapo.

—De hecho, ya he empezado a encargarme de las dos investigaciones internas en las que aparece tu nombre.

El tipo hablaba lo bastante alto para que lo oyeran desde el fondo de la estancia.

—¿Dos?

—El tiroteo en el que te viste envuelta y lo de la herencia de Brentwood.

—Ah, vale. Pensaba que, como los de Asuntos Internos sois tan listos, ya os habrías dado cuenta de que ambos están relacionados.

—Son circunstancias de lo más curiosas, especialmente las del tiroteo de Linscott Place. —El detective Woo se sentó mejor en el escritorio, para lo que apartó unos papeles y unos lápices—. La verdad es que no acabo de comprenderlo. O dos detectives tan diligentes, capaces y comprometidos como Wallert y Vizchen se equivocaron y no apoyaron a una compañera inmersa en una situación de vida o muerte...

—Perdona, ¿has dicho «capaces»?

—... O tú, una detective condecorada, aunque con algunas manchas disciplinarias en tu historial, alguien que acaba de descubrir que le ha caído del cielo una de esas fortunas que a uno le cambian la vida, decidiste entrar al trapo por tu cuenta y riesgo para hacerte la heroína.

Ahí estaba de nuevo lo de la «heroína». Vizchen ya lo había dicho la noche del tiroteo. Jessica se mordió la lengua.

—¿Con cuál de las opciones tengo que quedarme? —Woo levantó las manos.

—Creo que es inapropiado que me ponga a hablar de este tema aquí.

—¿Por qué? —El inspector miró a su alrededor—. Esta es una conversación informal. No llevo micros. —Se rio—. Nuestra entrevista

es la semana que viene.

—Estás intentando que...

—Según algunos informes preliminares, se insinúa que Wallert podría haber estado bajo la influencia del alcohol. Siendo así, su juicio podría haberse visto alterado, lo que podría haber resultado en que no fuera capaz de seguirte cuando ibas tras el sospechoso. ¿Es ese el caso, Sanchez? ¿Estaba bebiendo tu compañero esa noche?

Jessica cerró las manos con fuerza sobre el regazo. Le crujieron los nudillos. Para aquel momento, nadie estaba haciendo gran cosa por esconder su interés en la conversación. Un grupo de oficiales se había acercado desde la sala del café y se encontraba de pie en medio del pasillo, a menos de medio metro, con la taza a la altura de la cadera como si fuera su arma reglamentaria, esperando para ver si la detective traicionaba a su compañero y lo ponía entre las cuerdas en Asuntos Internos. Para ver si los traicionaba a todos.

—No... —Jessica respiró hondo—. No pienso tratar eso aquí.

—Y luego está lo de la casa, claro. Cuando nos reunamos hablaremos de ello; pero, acabas de decir que está conectada con el tiroteo. ¿En qué sentido? Siento gran curiosidad al respecto. ¿Te refieres a que tenías el juicio alterado por culpa de la noticia? ¿Sentías tal confianza en ti misma después de recibir una recompensa así por tus servicios que creías...?

—Te repito que no voy a tratar eso aquí. —Jessica se puso de pie tan rápido que Woo se sobresaltó y a punto estuvo de caerse del escritorio. Ambos se quedaron de pie en el pequeño cubículo, a dos centímetros de distancia, con todos observándolos. Jessica miraba fijamente a los ojos a Woo—. Métete tu curiosidad por el culo hasta el día de la entrevista.

Woo sonrió y levantó las manos en señal de rendición mientras Jessica salía de lado al pasillo y se dirigía como una flecha a los cuartos de baño.

Una vez en los servicios, Jessica le pegó una patada a la papelera y se deleitó con el fortísimo estruendo metálico que provocó, un ruido que resonó por las paredes. Ir al cuarto de baño había sido una mala idea. Las mujeres iban al cuarto de baño después de una discusión. A llorar. Ella no estaba llorando. Por el contrario, lo que hizo fue coger una enorme bola de toallitas de papel, introducírsela en la boca y gritar con todas sus fuerzas. El grito no fue más que un aullido amortiguado, pero provocó que la detective se sintiera mejor. Luego, se acercó a los lavamanos y se lavó la cara. Estaba tan furiosa que le

temblaba todo el cuerpo. Resollando, se miró en el espejo y se fijó en que tenía pequeñas manchas de sangre en la camiseta blanca, en el hombro izquierdo, justo donde le había mordido el zombi.

—¡Maldita sea! —susurró mientras se levantaba la camiseta.

Allí estaba ella, en sujetador, quitándose el vendaje con cuidado, cuando entró Oliver Digbert. Este siempre utilizaba el baño de mujeres del tercer piso porque, patólogo forense como era, había determinado que aquel era el que más limpio estaba siempre de todo el edificio.

—Diggy —gruñó Jessica.

Lo último que le apetecía en el mundo a la detective era hablar, pero el forense rechoncho y pecoso la había ayudado mucho en un caso de violación hacía unos años, tanto que Jessica había sido capaz de arrancar de las garras de una cadena perpetua a un inocente el día antes de que el jurado tuviera que emitir el veredicto. A Digbert le gustaba la guasa y Jessica vio en el espejo cómo el forense sonreía de camino a los cubículos. El científico llevaba una camisa de color rosa fluorescente apagado salpicada de pequeñas teteras negras que parecían lunares.

—Alguien está teniendo un mal día, ¿eh? —soltó mientras cerraba la puerta.

La tapa del inodoro crujió cuando el forense se sentó en ella. Mientras se examinaba la horrible herida roja y azul que tenía en el hombro, Jessica oyó que el hombre orinaba. Supuso que sentarse para orinar debía de ser más limpio y eficaz, algo que iba mucho con Diggy. Cuando el hombre salió y fue a lavarse sus rollizas manos, pulsó cinco veces el dispensador de jabón.

—Me he enterado de lo de la herencia. Doy por hecho que tu enfado se debe a que Whitton te está dando por el saco porque le has dicho que ibas a aceptarla.

—¿Crees que debería aceptarla? —Jessica esgrimió una sonrisa de medio lado. Notó que su pulso empezaba a ralentizarse—. Debes de ser el único en toda la comisaría.

—Sería la única decisión económica sensata que podrías tomar. —El forense se lavaba concienzudamente entre los dedos—. El valor de esa propiedad está muy por encima de lo que nunca ganarás como detective, incluso teniendo en cuenta tu futura pensión y la compensación por años trabajados frente a la fluctuación de los inmuebles...

—Lo pillo. —Jessica le palmeó el hombro—. No es eso. Es por la traición. Es porque sería como darle la espalda al equipo. Al trabajo.

—No te entiendo. —Diggy se secó las manos—. Tu trabajo consiste en resolver crímenes. Con el dinero que te den por esa casa podrías abrir tu propia agencia de detectives. Podrías contratar a un numeroso grupo de los mejores investigadores. Podrías elegir los casos según lo que más te interesase y dejar de lado este lamentable sistema nuestro, basado únicamente en el trabajo atrasado y en la urgencia. Tu considerable ventaja monetaria te proporcionaría muchísimas oportunidades para efectuar pruebas forenses privadas y que los resultados llegaran cuando aún son relevantes.

Jessica se inclinó hacia el espejo para ver la herida y se secó la sangre con una toallita de papel. Diggy se subió las gafas con el dedo y dijo:

—Me han contado lo de la casa, pero no lo del ataque.

—Sí, el zombi me atrapó bien. ¿Es que no ves las noticias? He salido en todos los destacados.

—El periodismo de actualidad es un lodazal diabólico de corrupción política que se deja llevar por los caprichos insustanciales de los narcisistas mileniales.

—«Caprichos insustanciales». No me lo digas, ese debe de ser tu nombre de guerra de estrella del porno.

—¿Cómo era el agresor? —le preguntó el forense mientras miraba la herida en el espejo.

—¿Cómo sabes que era un hombre? —Jessica se volvió hacia Diggy.

—Bueno, alguien sin conocimientos quizás hubiera dicho que se trataba de una agresora, dado que, según las estadísticas, en una pelea es más probable que sean las mujeres las que muerdan. Por suerte, a este observador lo instruyó el doctor Richard Rhodes, de la Universidad Commonwealth de Virginia, que fue quien hizo que pasase de ser una larva científica a un magnífico especialista.

—Magnífico, ¿eh? —Jessica sonrió.

—La investigación del doctor Rhodes se centraba en determinar el sexo y la etnia del sujeto a partir del análisis odontológico del arco maxilar y de los dientes, tanto los maxilares como los mandibulares. Empleaba medidas mesodistales, labiolinguales, bucolinguales y distobucales para determinar las características de aquellos que mordían en un amplio abanico de estudios médicos y legales. Yo mantenía ordenado su laboratorio y disfrutaba de su incuestionable talento.

—¿Me estás diciendo que puedes mirar mi herida y decirme si se

trata de la mordedura de un hombre? —le preguntó Jessica mientras se señalaba la herida del hombro.

—Con una alta probabilidad de acierto, sí. —El forense se inclinó sobre la detective y estudió el mordisco. Jessica se fijó en que no le había mirado el pecho ni una sola vez—. Ahora bien, recuerda que yo era el aprendiz, no el maestro. En cualquier caso, diría que estoy observando la mordedura de un varón de etnia caucásica. ¿Es así?

Jessica se quedó mirando al forense. Volvió a ponerse el vendaje y a pegarse el esparadrapo.

—Acompáñame —le dijo. Jessica cogió la camiseta del borde del lavamanos y se la puso a toda prisa—. Quiero enseñarte la foto de un sándwich.

Querido John:

Gracias por responder. ¡Qué locura todo eso que me cuentas! En especial, lo del tío que vende el pelo. Aunque lo que más miedo da es pensar para qué quiere la gente el pelo de un asesino en serie. He hecho lo que me dijiste, he buscado por Internet y he dado con sitios en los que venden «recuerdos de asesinos». Muchos de los objetos relacionados con Charles Manson se están vendiendo por muchísima pasta porque está muerto. ¡Joder!, sí que produjo obras de arte... cutres..., el tío. Eso sí, algunas acojonan. Tenías razón, he visto un par de cartas tuyas que se venden por algo más de quinientos dólares. El vendedor pone en la descripción que se sospecha que contienen pistas ocultas acerca del lugar en el que escondiste el dinero. Supongo que cada uno se gana las alubias como puede. Quizá venda la carta. Me vendría bien el dinero.

Al principio, cuando leí que la infancia tan terrible que habías tenido y que el hecho de que te hubieran abandonado influyó en los crímenes que cometiste... pensé que no eran más que chorradas. En ese banco había un niño de siete años. Me olvidé de tu carta durante unos días. La cuestión es que he estado dándole vueltas al tema. Aún no he llegado a una conclusión, pero no dejo de pensar en ello. Porque creo que mi forma de ser, de comportarme, está muy relacionada con la infancia que viví, con lo que Sneak me hizo. No quiero ponerme melodramática, pero, desde el momento en que descubres que te abandonaron, es como si algo se rompiera en tu interior. Como si te desconectaras de todos los demás, de todos los que han crecido en un entorno de amor, un entorno en el que se sentían queridos..., de todos los que no fueran un error, un accidente, algo que no tendría que haber pasado. A veces me pregunto si no seré un agujero negro. Un vacío en el espacio. Me siento como una invitada, como si estuviera en una lista de espera para pertenecer al mundo. Puede que por eso nunca esté satisfecha con mi vida, que por eso nunca perciba que tengo un hogar.

Si resulta que yo no debería haber nacido, si no estaba en los planes de nadie, cuando lo hice tuvo que producirse un extraño giro de los acontecimientos en el destino. ¿Sabes a qué me refiero? Tuvo que romperse una regla. Así que ¿por qué coño paso tanto tiempo, invierto tantos esfuerzos y tengo tantos dolores de cabeza intentando ser alguien o algo... si no soy nadie ni nada? Me siento como si no contase. No me malinterpretes, mis padres de adopción fueron maravillosos. Se les murió un hijo, así que sintieron que llenaban su vacío conmigo. Yo era como un extra. Cuando dejé de ser una niña, supongo que..., no sé, que dejé de ser lo que ellos deseaban. Relaciones entre adultos y adultos... que siguen tratándote como a una niña. A veces no sé nada de ellos en nueve meses, en algunas ocasiones puede que más. Es como si ya hubiera cumplido con mi propósito y ahora los aburriera.

No creo que eso sirva de excusa para perder el control durante el atraco a un banco y matar a un montón de personas; pero, para mí, sí que puede traducirse en mi interés en mentalidades similares a la mía, mentalidades que quieren «liberarse». En que quiera alejarme del mundo real, de todos los demás. A veces me preguntó qué pasaría si, sencillamente, me largara. Si hiciera una mochila y saliera volando. Adonde fuera. Sin destino. Podría dejar atrás todo lo que tiene que ver con Dayly Lawlor y encontrar un lugar en la vida en el que no me considerara una pieza del puzle que no tiene hueco. Podría encontrar o construir un nuevo puzle en el que encajara.

Pero, para eso, se necesitan muchas cosas que yo no tengo: valor, capacidad para ir por el mundo, dinero, un coche..., ¡una puta mochila! Ja, ja, ja. Aunque creo que, antes de marcharme, me gustaría entender como es debido de dónde vengo, las diferentes piezas y elementos que me componen. Porque, si me voy, no habrá vuelta atrás.

Perdona, me he puesto muy profunda, y eso que he dicho que no iba a hacerlo. Creo que, aun así, voy a mandar la carta porque quiero saber qué opinas.

Hablamos pronto,

DAYLY

P. D.: En tu carta me dio la impresión de que intentabas encandilarme con eso de que hay más dinero por ahí enterrado, pero no voy a picar. He leído todos los artículos y las teorías de la conspiración que hay en Internet. He leído todos los hilos que hay. Son muchos los expertos que se muestran de acuerdo: robaste muchísimo más dinero del que se ha descubierto o se sabe que te gastaste. Aunque también estoy al tanto de las muchas propuestas de matrimonio que reciben los que están en el corredor de la muerte. Seguro que, a lo largo de todos estos años, has encontrado a alguien a quien dejarle el dinero, si es que lo hay.

JESSICA

The Blue Room estaba cerca de su casa, a un paseo por Alameda desde su pequeño apartamento. A Jessica, el sitio le traía buenos recuerdos. Allí había visto la Super Bowl los últimos cinco años. Sola. Mientras que la mayoría de los clientes, por apretados que estuvieran, preferían sentarse a alguna de las enormes mesas redondas que había, aquellas mesas revestidas de un hule de un plástico brillante y de color turquesa, ella veía el partido en la barra, sentada en un taburete. La gente daba saltos de la silla o recorría el suelo pegajoso de un lado para el otro, se llevaba las manos a la cabeza mientras los equipos anotaban o perdían el balón. Las luces azules que había encima de la barra le recordaban a los aseos públicos de Santa Mónica, con aquel sistema para que los drogadictos no se inyectasen; a sus primeros días como policía, apremiando a los indigentes para que abandonasen la playa o persiguiendo atracadores de poca monta por la explanada ventosa. Jessica orbitaba por encima de un segundo manhattan con dos cerezas que el camarero le había servido en un vaso normal; si bien, como mil y una veces antes, le había dado una servilleta para que se desahogase haciéndola trizas.

Jessica necesitaba una distracción para olvidarse de lo que había descubierto acerca del caso de Blair Harbour gracias a Digbert. El forense había determinado que el mordisco del sándwich de queso era, indudablemente, de hombre. Jessica no podía pensar en eso en aquellos momentos, en lo que significaba para ella, para su trabajo, para el niño que se asomaba por detrás de la celosía. No obstante, se evadió de la tormenta que se estaba formando en su cabeza para sumergirse en el caos de otra.

«Es hora de tomar una decisión».

Las palabras, que no dejaban de traquetear en su cabeza, las pronunciaba con el tono grave del capitán Whitton. Aunque nunca le había gustado que la arrinconaran para que tomara una decisión, en ese caso no tenía más remedio que tomar una. La misma mañana en que le había contado que la heredaba, Rachel había querido leerle por teléfono la carta que Stan le había dejado junto con la casa, una carta que había escrito en su lecho de muerte en compañía de su abogado.

La cuestión es que en aquel momento había sido incapaz de soportar la voz de aquel hombre en la cabeza, no cuando le había costado tantísimo tiempo quitarse de la memoria las fotografías de la escena del crimen de su hija.

Sin embargo, no podía seguir ignorando aquella misiva. Abrió la aplicación de las fotografías que tenía instalada en el móvil. Rachel le había enviado una fotografía de la carta manuscrita porque quería quedarse una de las últimas cosas que había llevado a cabo su hermano antes de abandonar este mundo deslizándose en silencio. Buscó la fotografía y la amplió.

Querida Jessica:

Te escribo para informarte de que he decidido dejarte en herencia mi casa de Brentwood. Los detalles te los contarán Rachel, que es la ejecutora de mi última voluntad, ya la conoces, y mi abogado, Martin Astley de Astley, Rich y Pine.

Después de que me arrebataran a Bernie, a lo largo de todos estos años lo único que he sido capaz de hacer ha sido sopesar y pensar en todo aquello que debería haber hecho de otro modo. Para empezar, Bernadette estaba en aquel supermercado, en el Ralphs, porque se me habían olvidado algunos ingredientes para la cena y tuvo que parar allí de camino a casa cuando volvía del trabajo. Fue culpa mía que estuviera en aquel lugar, en el aparcamiento, al mismo tiempo que él. Y luego no fui capaz de dar con ella la noche en la que desapareció, ni los días siguientes. No pude salvarla de su destino. No pude vengarme del hombre que me hizo esto. Nunca podré volver a abrazarla y nunca podré decirle que por fin está a salvo.

Ahora bien, hay una cosa que sí puedo hacer. Espero que mi casa, en la que Bernie y yo compartimos momentos tan magníficos, sirva para demostrarte lo agradecido que me siento por tus servicios. Solo es una casa, ya lo sé, pero, por favor, quiero que entiendas que para mí no solo es el edificio en el que compartí con mi hija los mejores años de mi vida. Esta casa representa el único acto poderoso al que he sido capaz de entregarme desde lo que le pasó a Bernie. No pude ayudarla, pero puedo agradecerte que la ayudaras tú.

Deseo que para ti también se convierta en un lugar que te produzca bellos recuerdos. Puede incluso que tu familia crezca en ella. Aunque, por favor, quiero que tengas claro que, si la vendes o la regalas, no desapruebo tu decisión. Legarte la casa es un gesto egoísta por mi parte, porque soy consciente de que te causará problemas en el trabajo, pero te pido que la aceptes, porque has hecho mucho por mí.

Con mi más profundo cariño y mi eterna gratitud,

STANLEY MICHAEL BEAUVOIR

A Jessica le sonó el móvil en la mano y se sobresaltó. En la pantalla aparecía el nombre de Rachel Beauvoir, como si el hecho de que Jessica acabara de leer su nombre en la carta la hubiera invocado. Respondió y oyó una respiración fuerte al otro lado, un suspiro de alivio.

—Jessica, acabo de hablar con Sal Eriksson, del 915 de Bluestone Lane, y dice que hay alguien con una linterna en casa de Stan..., en tu casa. ¿Eres tú?

La detective sostuvo el teléfono con mucha fuerza. La servilleta que le había dado el camarero seguía en la barra, delante de ella, rota en pedazos. Apuró la bebida y pensó en qué decir.

—¿Con una linterna?

—Dentro de la casa. Le preocupa que sean ladrones. ¿Llamamos a la policía? ¿A los de seguridad?

—No, no, no. —Jessica sacó un billete de la cartera y lo dejó en la barra—. Soy yo. Es que ha saltado el diferencial y estoy buscando el interruptor. Ah, sí, sí. Creo que ya lo tengo. No te preocupes.

Colgó, salió del bar y corrió hacia su apartamento con el teléfono todavía fuertemente cogido.

Aún había haces de luz de linterna cuando Jessica llegó a Bluestone Lane. Aparcó y sacó el arma. Rodeó un enorme seto para llegar antes a la parte delantera de la casa. Al ver un coche de la policía sin distintivos delante de su reciente propiedad, decidió hacer una pausa. La invadió el miedo. Sintió un peso muy grande en el estómago, como si acabara de tragarse una piedra.

Jessica llegó hasta la puerta delantera y la encontró abierta. La empujó para abrirla del todo. La casa estaba a oscuras excepto por algunas tiras de luz que provenían de la parte de atrás, de los ventanales iluminados por la piscina. Oyó que algo se rompía en el piso de arriba, un chasquido y el tintineo de cristales. Risas.

—¡Uuuy! —cacareó alguien—, ¡pero qué torpe soy! —Era una voz familiar.

—¡Bajad, idiotas! —gritó Jessica.

Silencio. Luego, pasos en las escaleras flotantes. El primero en aparecer fue Vizchen, una mera silueta con sus característicos hombros encorvados y su impecable corte de pelo rapado por detrás y por los lados hasta que enfocó con la linterna la cara de Jessica. Wallert llegó poco después. Jessica notó el olor a whisky desde la puerta. Vio que Wallert llevaba el arma desenfundada y se fijó en que Vizchen iba a sacar la suya.

—¡Guardad el arma!

—¡Guárdala tú! —le soltó Vizchen antes de sacar la pistola y levantarla—. Hemos recibido un aviso diciendo que alguien había

entrado en esta casa. Estamos comprobando que no hay nadie.

—¡Estás apuntando a una agente de policía! —gruñó Jessica—. ¿Cómo cojones te atreves? ¡Wally, ata en corto a tu putita!

—De policía nada, Sanchez. Estás de permiso. Eres una civil. Por tu propio bien, vamos a tener que desarmarte.

—Pero ¿qué coño estáis diciendo? ¡Eh! ¡Eh! —A Jessica le sorprendió el tono de desesperación de su voz cuando Wallert le quitó la pistola de un golpe y la empujó contra la pared. La detective oyó el tintineo de unas esposas—. Estás borracho. Esto es... ¡Wally, para!

Jessica se retorció para librarse del agarrón de su compañero y, al hacerlo, le arañó la espinilla con la bota. Wallert soltó un aullido que resonó en toda la casa. Vizchen tiró de uno de los brazos de Jessica, se lo trabó en la espalda y, después, la cogió por el cuello, tiró de ella hacia abajo y apretó. La rabia estaba paralizando a Jessica. Tenía que pensar en maneras de escapar, en contramaniobras, en palabras y amenazas que los detuvieran. Sin embargo, estaba tan sorprendida porque se estuvieran atreviendo a tocarla, porque la tuvieran sujeta como a una sospechosa, que no se veía capaz ni de moverse.

—¿Qué coño queréis, hijos de puta?

—Tan solo queríamos ver la choza —comentó Wallert mientras entraba en el salón. Vizchen empujó a Jessica para que siguiera a su compañero—. La mitad de esto tendría que ser mío. Fíjate en la piscina. Es la hostia de bonita. Me imagino ahí fuera, con un margarita en la mano. Como en una postal. Mira la casa de la piscina, Viz. Almacenan sus putas tablas de surf en una cabaña más grande que mi apartamento.

—Todas las casas de Brentwood tienen piscina —intervino Vizchen —, ya te lo había dicho.

—Escuchadme, Whitton os quitará la placa por lo que estáis haciendo. Esto es un allanamiento de morada y una agresión a un agente de policía.

—Nosotros no estábamos más que en nuestra ronda rutinaria y hemos visto indicios de la presencia de un ladrón. —Wallert se encogió de hombros—. Igual que tú en Linscott. ¿Qué vas a decir? Nos hemos enfrentado a un sospechoso que ha acabado huyendo, se han roto algunas cosas... Es parte del trabajo, Sanchez.

El detective lanzó la linterna con todas sus fuerzas contra uno de los ventanales que separaban el salón del porche trasero. El cristal se rajó primero y, a continuación, se hizo añicos en una fantástica explosión de luz de color azul eléctrico. Llovieron cristales. Vizchen se

echó a reír mientras Wallert iba a por la linterna. Jessica sentía caliente el pecho del policía contra su espalda, contra su brazo retorcido. De pronto, Jessica recuperó el control de sí misma, muy probablemente debido al estruendo del cristal al romperse, y le pegó una patada de espaldas en el tobillo.

—¡Ay, joder!

Vizchen cayó al suelo y Jessica le pateó las costillas. Después, Jessica fue a por su pistola, pero, de repente, sintió que se quedaba sin aire. Wallert, una indefinida masa negra que apestaba a sudor y a alcohol, acababa de cargar contra su costado. Vizchen se había recuperado lo suficiente para sujetarla sobre una de las lujosas alfombras y retorcerle el brazo a la espalda una vez más. En esa ocasión, con la otra mano la cogió por el pelo.

—Será mejor que vayas acostumbrándote, Sanchez —resopló Wallert.

El policía se puso de pie con esfuerzo. En el enorme y vacío salón, el hombre se situó justo al lado de ella, cuan largo era, y Vizchen afianzó su posición poniéndole una rodilla en la espalda.

—Como te quedes con la casa —empezó a decir Wallert mientras se desabrochaba el cinturón—, va a haber alguien aquí cada puta noche. Aporreando los cristales. Llamando al timbre. Entrando por la puerta de atrás. Haré que la casa la asalte un puto equipo especial. Me encargaré de que le hagan una visita a cada uno de tus vecinos. En poco tiempo, ellos mismos te echarán de aquí con horcas.

El detective gordinflón se bajó la cremallera y, por unos instantes, Jessica se encogió de miedo. Todos los músculos se le pusieron tensos, cerró la boca con fuerza y se esforzó por ver en la oscuridad. Vio a Wallert poniéndose encima de ella, con la mano alrededor del cuello y sus muslos golpeando los de ella, con Vizchen al lado, mirando, esperando a que le tocara a él. Grabándolo todo con el móvil. Y, entonces, en un abrir y cerrar de ojos, la fantasía se había transformado en algo más real, no en una visión, sino en un recuerdo. La suave alfombra que tenía debajo era el frío suelo de cemento del garaje del 4699 de Linscott Place. El sospechoso. Con la boca, babeando, medio abierta por el consumo de drogas, en su bíceps, mordiéndola. Una fuerza imposible. Un mordisco en el hombro, más profundo en esa ocasión. Un mordisco desgarrador. Casi fue un alivio volver a la realidad de la inminente violación doble.

No obstante, lo que sucedió fue que oyó cómo caía un líquido sobre la alfombra. La ceguera que le producía aquella situación tan

horrorosa se fue aclarando y vio que Wallert no estaba encima de ella, sino que seguía de pie y orinaba en medio del salón. Lo observó mientras vaciaba la vejiga, girando las caderas a derecha e izquierda, con el pis haciendo espuma en la lana de color crema, con Vizchen encima de ella, nervioso, pero riendo a voz en cuello. Jessica permaneció en el suelo mientras se marchaban, tan avergonzada que se sentía incapaz de moverse.

Al rato, una brisa agradable, el aire que llegaba desde el mar y recorría la ciudad en dirección a las montañas, entró en la casa y se llevó el olor de la orina de Wallert del salón por el ventanal roto.

Jessica estaba sentada al borde de la piscina, con los pies metidos en el agua una vez más. Acababa de dejar de temblar cuando oyó que el niño trepaba la celosía de madera, y el característico «¡Uf!» que anunciaba su aterrizaje.

—He oído que se rompía un cristal —comentó el niño mientras se acercaba a la valla de la piscina y se quedaba de pie, apoyado en ella, mirando la casa—. ¿Qué ha pasado?

—¿No te riñen tus padres por colarte en las casas ajenas en medio de la noche?

—Tienen invitados para cenar. —Hizo un gesto desdeñoso hacia la puerta de madera—. Creen que estoy jugando a la Nintendo.

El aire era cálido. Jessica se preguntó si el niño captaría el olor a orina que había en el ambiente o si el olor se había pegado a sus fosas nasales y se había convertido ya en parte de ella para el indeterminado futuro que la esperaba. Jessica le hizo un gesto para que se acercara y el niño la obedeció. Luego, se puso de pie y bajó por las escaleras hasta que el agua fría le llegó por las rodillas. Le tendió una mano al niño, pero este se apartó.

—¡Ni loco! Ya te he dicho que no sé nadar.

—Venga.

—Se me va a mojar la ropa. ¡A ti ya se te está mojando!

—Vive un poco, chaval.

No necesitó más para espolearlo. El niño empezó a bajar los escalones, despacio primero y después se lanzó a por ella. Él se agarró al cuello y a los hombros de la mujer con aquellas extremidades delgadas. Por un instante, Jessica notó los brazos del drogadicto que la había atacado en Linscott Place, el abrazo brutal de Vizchen, pero enseguida volvió al momento que estaba viviendo: el de una mujer

que forcejeaba con un niño aterrado en una piscina. La manera en que él se revolvía hizo que Jessica sonriera. Le dio la vuelta y le puso los brazos por debajo de los suyos.

—Mira al cielo y relájate. Yo te sujeto.

—Esto es una locura. —El niño resoplaba—. Me voy a ahogar. Me voy a morir. Me ahogo. ¡Me ahogo!

—Que no te vas a ahogar. Ya lo tienes.

Jessica caminaba de espaldas por el agua, arrastrando con suavidad al niño, al que tenía bien cogido. Le dolían las costillas cada vez que respiraba, con el agua alrededor de la cara.

—Voy a enseñarte a flotar.

—No puedo.

—Claro que puedes. Todo el mundo flota. Arquea la espalda. Levanta la tripa. Más arriba. Más. Sube el culo. Levanta la barbilla y mira las estrellas. No voy a soltarte en ningún momento.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—¡Júralo!

—Lo juro. —Jessica se reía—. Lo juro.

Jessica siguió moviéndose por la piscina, sin rumbo. Jamie miraba las estrellas. La culpa y la calma se perseguían la una a la otra en la cabeza de Jessica. Había cogido al niño y lo había puesto en una situación comprometida, se había hecho con el control de manera que tuviera en las manos algo más vulnerable que ella con lo que jugar, con lo que quitarse de la cabeza lo que acababa de sucederle. Necesitaba ver cómo se disipaba ese miedo. El niño que tenía en las manos se rio y eso la trajo de vuelta.

—Estoy flotando.

—Extiende los brazos.

El niño extendió los brazos y las piernas, sonriendo, con la tripa, redondeada, sobresaliendo del agua y que, en aquella agua azul, parecía una isla reluciente, tensa, de arena inmaculada.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —le preguntó el niño.

Jessica se lo miró. La manga de la camiseta se le había subido por encima del anillo que conformaba el mordisco que tenía en la parte superior del brazo.

—Me ha mordido un perro.

—¡Hala! ¿Un perro policía?

—No, uno normal y corriente.

—¿Como por ejemplo, un labrador?

—¿Acaso importa eso?

—¿Y por qué te ha mordido?

—Estaba loco.

—¿Y por qué estaba loco?

—Tú concéntrate, ¿quieres?

Jessica deslizó los brazos hasta sacarlos de debajo de los del niño, lo sujetó por la nuca y siguió tirando de él con cuidado.

—¡No me sueltes!

—No soy yo la que te hace flotar. Yo tan solo tengo tu cabeza en las manos. Eso es. Mira.

Jessica quitó las manos. El niño flotaba solo, a la deriva, despacio, alejándose de ella como un tronco con forma humana, en silencio al principio, riendo después. Sus risas hacían que el agua ondeara y que la isla que era su tripa retemblase.

—¡Lo estoy haciendo solo! —les gritó a las estrellas.

—Eso parece.

BLAIR

El aspecto de Sneak a la luz de la mañana era horrible. Estaba sentada en el taburete que había al otro lado de la encimera de la cocina, con la barbilla sobre los antebrazos, que tenía cruzados el uno por encima del otro, mirando cómo yo rellenaba el comedero de la taltuza. Aclaré el tapón de la botella que estábamos utilizando para tal fin. Sneak tenía unas ojeras tremendas, oscuras, y una costra de sangre a un lado de una de las fosas nasales, probablemente por haber pasado la noche esnifando cocaína de mala calidad.

—Necesitamos un sitio mejor para la taltuza —comenté mientras obligaba al pequeño animal a moverse de un lado al otro, de manera que pudiera retirar las tiras de papel de cocina, que le habíamos puesto a modo de cama, para cambiárselas por unas nuevas—. La caja está llena de mordeduras y arañazos, como si hubiera estado intentando escapar.

—Hum... —gruñó Sneak.

—Es cruel tenerla encerrada todo el día, que no pueda ver el exterior. Tiene que ser como estar metido en una habitación acolchada en un manicomio.

Sneak miró el café que le había preparado, pero no lo tocó.

—¿Me estás oyendo?

—¿Está muerta Dayly?

Me puse la taltuza en la palma. El animal cogió una semilla que se me había quedado pegada en el pulgar, se la metió en su boca peluda y se sentó a masticarla tan contenta.

—No sé qué responder a eso.

—Si no estuviera muerta, ya me habría llegado alguna noticia. No soy la persona a la que más quiere del mundo, pero tampoco me va a dejar así, colgada. ¿Está muerta?

—No puedo darte una respuesta.

—Lo sé, pero tengo que decirlo en alto. Ya han pasado tres días y la pregunta no para de darme vueltas en la cabeza: «¿Está muerta? ¿Está muerta? ¿Está muerta?». Como no lo saque, voy a ser yo la que acabe en el manicomio.

Alguien llamó a la puerta. Sneak se sobresaltó.

—¿Quién será?

—No lo sé. No espero a nadie.

Vi la placa nada más abrir la puerta, al cuello, colgando de una cadena. Departamento de Libertad Condicional del Condado de Los Ángeles. La imagen me quemó los ojos como un rayo de sol. No vi a la mujer. El portapapeles que llevaba y la placa me golpearon, me cegaron, me aturdieron.

«Esto es lo que querías, ¿no? —dijo una voz en mi cabeza—. Es lo que has querido desde el principio. Querías volver a casa. Bueno, pues ya lo has conseguido».

—¿Blair Gabrielle Harbour?

—¡Ay, Dios!

—No, Dios no —la mujer sonrió y le dio la vuelta a la placa sobre su robusto pecho—, Jasmine Bahru, de Libertad Condicional. ¿Puedo entrar, por favor?

Mantuve la puerta abierta, con los brazos y las piernas agarrotados por el miedo, por el pavor. Cuando me volví, me fijé en que Sneak ya no estaba en el taburete de la cocina; se había esfumado como un fantasma. Hasta se había llevado el bolso, que había dejado en el sofá al llegar. Me paré a escuchar, pero no oí nada en la parte de atrás del apartamento. Por allí no había salida, no había puerta trasera que diera al patio compartido, como en algunos de los otros apartamentos.

—He venido para realizar una inspección de rutina de sus condiciones de vida, Blair. —Jasmine dejó caer el portapapeles sobre la mesita de centro y fue directa a la cocina—. Por favor, ¿podría firmar aquí para indicar que me ha permitido el acceso a su casa?

Aquella no era la primera visita que me hacían los de la condicional, pero era la primera sin previo aviso y la primera que el agente se mostraba tan directo y decidido. Normalmente, mantenían una agradable conversación previa, se daban un paseíto por la cocina, les ofrecía un café, ellos lo rechazaban... Jasmine empezó a abrir los armarios de la cocina y a mover botellas y latas. Miró en la nevera y se agachó para comprobar qué había en cada uno de los estantes.

Firmé el documento que había en el portapapeles sin mirarlo.

—En la nevera tengo alcohol. Una botella de vodka. El alcohol no está entre mis restricciones.

—Lo confirmaré, tranquila. ¿Vive alguien más en este apartamento?

—No, vivo sola.

—Entonces, ¿por qué hay dos tazas de café en la encimera?

—Una es de anoche. Aún no he fregado.

Jasmine levantó mi taza vacía y se la puso en la palma para comprobar la temperatura. Nos miramos. Había una tensión gélida en el ambiente, la confirmación sobreentendida de que había venido a pillarme y de que yo no podía hacer nada por evitarlo, de que no me quedaba más que tumbarme patas arriba, como un perro, y dejar que me marcara con sus dientes en el cuello. Me sequé el sudor de las manos en los vaqueros.

—¿Quiere saber alguna cosa?

—Todo lo que quiero saber está aquí. —Hizo un gesto para señalar el apartamento—. ¿Y esta comida para pájaros?

Entré en la cocina. La caja de la taltuza no estaba en la encimera. Sentí que la lengua se me pegaba al paladar.

—Me gusta dar de comer a los pájaros. En el parque.

—¿Y les da hierba seca? —me soltó mientras cogía la caja que había en el alféizar.

—A algunos pájaros les gusta —resollé. Me di un golpecito en el pecho—. A las palomas...

—Dar de comer a las palomas se considera una alteración del orden público.

Tragué saliva.

—¿Es ilegal?

—Es una de esas ordenanzas municipales. Depende de dónde esté el parque. ¿Dónde está el parque?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—No me acuerdo, vaya.

Se me quedó mirando unos instantes y después fue al dormitorio. Esbocé una mueca de dolor mientras la mujer abría los armarios. Imaginé que era allí donde iba a encontrar a Sneak, agachada junto a mis polos del Pump'n'Jump. Me quedé en el vano de la puerta mientras la agente de la condicional miraba en los cajones, en la cómoda. Miró debajo del colchón, en el armario del pasillo. Para mis adentros, bendije a la Blair de hacía dos días por haber rechazado el arma de Ada. En la entrada del baño, la mujer sacó un vasito de plástico del bolso y me lo tendió.

—Vamos.

Hizo un gesto para que entrara. Me senté en el váter y oriné dentro del vasito ante su atenta mirada, tal y como había hecho cientos de veces delante de otros agentes de la condicional, agentes de policía,

guardias de la prisión y todo un elenco de vigilantes de la ley. Metió una prueba de drogas en el vasito en cuanto lo dejé en el lavamanos y me quedé mirando cómo los colores de la tira se decantaban a mi favor. Jasmine torció la boca. Carmín rojo sobre una piel de color marrón oscuro. Se dirigió a la puerta.

Un frufrú.

La agente se volvió hacia mí. Me quedé quieta, con la cara roja.

—Bueno, pues ya está —le dije.

Jasmine me hizo a un lado y abrió las puertas del armario del baño de par en par. El bote de helado en el que estaba la taltuza traqueteó cuando la agente lo tiró al lavamanos y parte de las semillas que había dentro se desparramaron.

—¿Qué coño tiene ahí dentro?

—Una taltuza —dije entre dientes.

La mujer abrió un poco la tapa del bote y miró lo que había en el interior..., pero enseguida lo cerró, de golpe.

—Vale. —Resopló y salió del baño. Cuando llegó a la sala, cogió el portapapeles.

—Tener mascotas no está entre mis restricciones —solté con el corazón en un puño.

—No, pero ha de tener usted una residencia estable. Esta casa es de alquiler y está prohibido tener mascotas. Voy a reflejar en el informe que ha saboteado usted deliberadamente las condiciones de su libertad.

—Espere... No es...

—Debido a esto, señora Harbour, es muy probable que haya una revisión de sus circunstancias. —Escribió algo en el portapapeles con floritura—. Recibirá una llamada del departamento en las próximas veinticuatro horas.

«Esto es lo que querías».

Sentí una mezcla de terror y de un dulcísimo alivio por el cuerpo, como si fuera una miel cálida que me cayese por el cuello y por los hombros. A eso era a lo que había estado jugando, adentrándome poco a poco en terreno peligroso, siguiendo los cantos de sirena de Sneak. Esa era la razón por la que había permitido que una persona que jamás dejaría de ser una criminal durmiera en mi casa, se sentara en mi sofá y tomara drogas en la mesita de centro. Por la que había ido a ver a una dama del crimen. Por la que había aceptado dinero negro y el coche de un gánster de manos de esa misma dama del crimen. Por la que seguía con una peligrosa investigación que nada tenía que ver

conmigo. Por vivir aquel momento, aquel instante en el que todo se rompía en pedazos. La caída. El salto hacia atrás. Lo había sentido cuando me habían arrestado, la sensación de pánico atenazador al saber que mi vida y mi libertad ya no estaban en mis manos. Había perdido el trabajo. Había perdido a mi hijo. Había perdido a mis amigos. En pocos días volvería a estar en Happy Valley, donde nada importaba, donde lo que querían era que ni pensara ni hiciera ninguna cosa, que no fuera nada.

No es necesario saltar del acantilado. Basta con que te inclines hacia atrás, con que abras los brazos y con que dejes que la gravedad tire de ti. Con que flotes.

De pronto, mientras Jasmine se marchaba, mientras cerraba la puerta, me di cuenta de que tenía las manos cerradas con muchísima fuerza.

«Ríndete».

—¡Que te jodan!

Fui al dormitorio y abrí de golpe la sábana. Siempre miran debajo del colchón, pero nunca abren la cama. El montón de billetes que Ada Maverick nos había dado a Sneak y a mí salió volando de debajo de donde tendría que estar la almohada y algunos se colaron debajo de la cama. Recogí un puñado de ellos y los doblé mientras salía a toda prisa hacia la puerta principal. Crucé el jardín corriendo.

Jasmine Bahru estaba sentada en su Kia rojo, escribiendo en el portapapeles. Golpeé la ventanilla y ella la bajó.

—No entregue ese informe.

Se me quedó mirando. Me apoyé en el coche con un brazo y dejé la mano colgando a la vista de la agente, con un par de billetes entre los dedos. Jasmine miró el dinero y después me miró a mí.

—Señora Harbour, ¿intenta sobornarme?

—Ha venido usted a joderme. Eso lo ha dejado claro desde que ha entrado por la puerta. Lo de la taltuza que ha encontrado en el cuarto de baño es una exageración, y usted lo sabe, pero estaba decidida a pillarme sí o sí. No sé qué tiene usted contra mí, pero le pido que me deje equilibrar la situación.

Jasmine se me quedó mirando. Yo permanecí en el arcén. No tenía nada que perder y la agente me lo veía en los ojos. El vacío, el salvajismo. La mujer adelantó la mano y cogió los billetes que le tendía. Los contó. Ochocientos dólares. Arrancó la página del portapapeles y me la dio. Me quedé mirando cómo se alejaba. Sentía temblores por los dedos de las manos, de los pies.

—¿Sneak? —grité cuando volví al apartamento.

—¡Ayuda!

Corrí al baño. Sneak tenía las piernas y el culo colgando de la tapa de registro del techo, con la falda atrapada en el borde de la abertura. Celulitis y un culo blanco con un tanga. La cogí de las piernas y no tuve que esforzarme mucho para ayudarla a bajar al suelo.

—¿Cómo coño te has metido ahí dentro?

—Soy gimnasta —me recordó—. Y drogadicta. En ambos casos, lo fácil es subir; bajar es lo difícil.

Pensé en el profundo significado filosófico de aquellas palabras mientras examinaba la hoja que me había entregado la agente de la condicional, que había manchado de sudor. Estaba escrita de arriba abajo. Pedía que me citasen por faltar a mi acuerdo de mantener una vivienda estable, tal y como había dicho que haría.

Los informes de la condicional me resultaban familiares. Lo que yo estaba buscando no eran las faltas, sino un recuadro que había en la parte superior de la página. Poco tenían que sospechar de mí las autoridades; al fin y al cabo, llevaba una vida ordenada y limpia. Encima de dicho recuadro ponía: «Agente que ha recomendado la visita». Allí era donde se escribía el nombre del policía o de la autoridad penitenciaria que había llamado al Departamento de Libertad Condicional para que me hicieran una visita. Normalmente, el recuadro permanecía vacío, pero en esa ocasión, sin embargo, había un nombre.

—Detective Al Tasik —leí en alto mientras tocaba el nombre.

Me sonó el teléfono. Fui a la encimera de la cocina y cogí el móvil. Número desconocido. La voz de Ada Maverick era inconfundible.

—Voy a daros una dirección. Reuníos en ella conmigo.

—¿Por qué? ¿Va todo bien?

—Tengo aquí a vuestro chico. —Oí unos quejidos de fondo, como los que hace un perro cuando se le pisa una pata—. Al novio de Dayly. Venga, venid a jugar.

JESSICA

Cuando era patrullera, a Jessica la habían destinado a encargarse de los vagabundos en numerosas ocasiones. Por aquel entonces, las cosas habían sido muy diferentes. La mayoría de las personas vestidas con harapos y despeinadas que había tenido que echar de detrás de los contenedores de basura o de los arcenes de autopistas polvorosas y con mucho tráfico estaban, en cierto modo, locas. Había oído todo tipo de mentiras por parte de los habitantes de la calle, personas que apestaban a alcohol y que le contaban que había asteroides que se acercaban desde galaxias lejanas, o que el pulso electromagnético de las bombas de Corea del Norte se notaba a través del Pacífico.

Ahora, a campo abierto, por las escarpadas colinas que se localizaban junto a la autopista, había tanto hombres como mujeres y sus tiendas estaban preparadas para largas estancias, en ocasiones disponían de bases de cemento o estaban sujetas al suelo, e incluso algunas de ellas, amuebladas con enseres bien grandes. Aquellas tiendas y cabañas recibían alimentación eléctrica de los almacenes cercanos, y algunas de ellas contaban con televisión e incluso con portátiles viejos. La gente que vivía allí no estaba loca, sino que se trataba de familias a las que habían desahuciado de los barrios de las afueras y de gente joven que se había dado al crack en la universidad para intentar mantenerse despierta, o que se había pasado al cristal porque era más barato y que, ahora, estaba irremediablemente enganchada. Los había protestantes, activistas, hijos de la Tierra, desilusionados, oprimidos, incomprendidos. En ocasiones, alquilaban espacio a viajeros en sus pequeñas y maltrechas chabolas, y algunos, en Navidad, decoraban su exterior con luces de colores. La gente sin hogar que veía Jessica ahora, mientras caminaba por el arcén de la I-10, podía permitirse comprar armas, tenía un código de conducta y sabía cuáles eran sus derechos con respecto a la propiedad privada y a las intervenciones policiales.

Ahora bien, si había algo que no había cambiado en todo aquel tiempo en el que Jessica había formado parte del Departamento de Policía de Los Ángeles, era la manera en la que meaban los sintecho. Los varones, más concretamente. Por mucho que se hubieran

sofisticado los vagabundos, seguían sin tener agua corriente, por lo que los hombres seguían orinando en botellas de refresco y tirándolas después a las zanjas arboladas que separaban la autopista de los negocios que se traían los sintecho entre manos al otro lado. Lo hacían así para evitar el olor en el campamento. La peste a orina era el enemigo silencioso del pordiosero. Como el sitio oliese lo más mínimo, los hombres de negocios que iban en coche a trabajar y que bajaban la ventanilla mientras estaban parados en las inmediaciones se fijarían en ellos.

Jessica cruzó el terraplén al tiempo que se ponía unos guantes de nitrilo. Se dirigió hacia una choza construida con las coloridas tablas de una vieja valla publicitaria, sábanas sucias y lonas azules. A través de una puerta medio abierta y hecha, sin lugar a dudas, con un pedazo de la nariz de Matthew McConaughey, la detective vio a un anciano durmiendo en un colchón delgado de color verde. Era temprano, pero sobre la ciudad, que estaba algo más allá, siempre había una neblina, una gasa roñosa que se extendía sobre los edificios del centro.

Vio a un hombre de pie junto a un árbol, sin camisa, con la parte trasera de los vaqueros marrón y raída de pasar tantas horas sentado en el suelo. Jessica se detuvo a unos dos metros de él. El hombre se volvió mientras cerraba una botella de Gatorade llena de un líquido amarillo y espumoso.

—Te doy un dólar por eso —le soltó Jessica.

El tipo se quedó mirando a la detective.

—¿Por esto? —Levantó la botella de orina.

Jessica asintió, sacó la bolsa de basura que llevaba en el bolsillo de atrás del pantalón y la sacudió para abrirla. La mantuvo abierta. El hombre dejó caer la botella en la bolsa con la cara contraída por la confusión.

—¿Sabes dónde puedo encontrar más?

El hombre señaló colina abajo y, tal y como había pensado, Jessica vio decenas de ellas diseminadas o agrupadas a la sombra, como barriles de crudo en la superficie del mar.

—Ayúdame a recogerlas. Te doy un pavo por cada una que metas en la bolsa.

El hombre asintió y se dirigió colina abajo. Jessica lo siguió con cuidado, pasando por encima de cristales rotos y de comida podrida.

JESSICA

Diggy estaba sentado en el asiento del copiloto del Suzuki de Jessica, observando la casa de Tualitan Road que en su día había pertenecido a Blair Harbour. Jessica se fijaba en él de vez en cuando, mientras el sol de la mañana avanzaba por la camisa amarilla del forense como la luz blanca sobre el agua. La camisa estaba cubierta de patitos de goma azules del tamaño de un cuarto de dólar. El científico forense se frotaba las manos, nervioso, con su tupido pelo casi tocando el techo del automóvil.

—No entiendo por qué se requiere mi presencia en esta situación en particular —comentó.

—Esto es Brentwood —le respondió Jessica—. La mayoría de los que viven aquí solo han visto polis en las películas, así que esperarán a un par de hombres bien vestidos. Puede que siendo yo latina y siendo tú un tío que lleva... lo que sea que lleves, no se asusten.

El forense se miró la camisa.

—Oye, que esta camisa la he diseñado yo.

—Pues sigue intentándolo, tío.

—Mis camisas son horribles, pero está hecho a propósito. —Se alisó la parte delantera de la prenda, lo que hizo que los patitos azules bailaran en su pecho—. Los colores disparatados y las imágenes novedosas confunden a la vista, distraen el cerebro. ¿Sabes?, en mis camisas hay oculta una espiral dorada de Fibonacci.

—¿Una qué?

—Es una cosa de raritos.

—¿Dónde dices que está la espiral?

—Aquí.

Se señaló el pezón derecho.

—Pues no la veo. Solo veo patitos.

—Eso es porque no eres el amor de mi vida.

—¿Me estás diciendo que llevas esas camisas horribles porque estás intentando atraer al amor de tu vida? —se mofó Jessica.

—Confío en que la mujer de mi vida no se dejará llevar por las distracciones y reconocerá la secuencia, sí. Se quedará mirándome el tiempo necesario y la reconocerá, lo que me dejará claro que el suyo

es el cerebro que estoy buscando.

—¿Has oído hablar de Tinder?

—No lo dirás en serio.

—Lo tuyo es una extraña mezcla de fantasía romántica y ciencia, ¿verdad?

—La verdad es que no. Muchos animales se valen de patrones visuales o de representaciones auditivas para atraer a sus parejas. Los peces globo macho, y algunos otros cíclidos, construyen patrones geométricos en el fondo marino para atraer a las hembras. Puede tratarse de crestas rugosas alineadas como los radios de una rueda, o de valles hechos con arena, rocas y sedimentos. Más tarde, si una hembra encuentra un diseño que le agrada, va allí a poner los huevos.

—Pues espero que una hembra humana te ponga algún huevo cuanto antes, Diggy, porque a mí se me van a salir los ojos de las órbitas.

—No quiero hacer esto —dijo entre suspiros, mirando la casa que había al otro lado de la calle.

—Pues aquí estamos.

—¿Es posible que me quieras aquí porque prefieres trabajar con un compañero? Al cerebro le gustan los patrones, en especial los más simétricos. Tú llevas más de una década trabajando con un compañero, normalmente un macho. Puede que sientas que el patrón se rompe cuando el Sherlock no tiene a su Watson.

—Que te jodan, Diggy. No necesito una polla al alcance de la mano para ser capaz de hacer mi trabajo, y no conozco a ninguna mujer que la necesite.

—Tranquila. Tan solo era una hipótesis basada en la neurociencia cognitiva. —El forense se encogió de hombros—. Solo digo que puede que cuando trabajas con un compañero sientas que hay una fiesta en tu cuerpo estriado, una fiesta que dan los ganglios basales..., y que puede que cuando trabajes sola no la sientas.

—O empiezas a hablar como una persona cuanto antes, o te doy una patada en los ganglios basales.

El forense se lo pensó.

—Entra en esa casa —le dijo Jessica mientras lo empujaba.

Ambos salieron del coche, cruzaron la calle arbolada y se internaron por el camino de entrada del 1109.

Allí era donde había sucedido todo. Jessica por fin lo veía con claridad. Vio, olió y oyó todo aquello que la memoria no había sido capaz de decirle mientras leía de nuevo el informe del asesinato de

Orlov. Recordó la manera en que se había encontrado a Blair Harbour, de pie en el camino de entrada, con el móvil en la mano, mirando los coches patrulla que llegaban con esa cara de susto y sorpresa que tantas veces había visto Jessica en aquellos que acaban de arrebatar una vida. Recordó compañeros de uniforme de pie sobre el césped mojado y ligeramente descuidado, fumando y contando chistes acerca de las mujeres de Brentwood y de su carácter, hablando de cómo habían sacado a rastras a jovencitas ricas de fiestas que habían organizado mientras sus padres estaban de vacaciones en las Bahamas y que se les habían ido de las manos. A medida que se acercaba a la puerta, Jessica se acordó de que la cinta del escenario del crimen de esa zona la había puesto ella misma, que con ella había sellado tanto la casa de Orlov como la de Harbour mientras un paramédico le informaba del estado de Orlov. Aquel pensamiento latió con fuerza en su conciencia, como un ritmo recurrente. Si había cometido algún error en aquel caso, allí era donde había comenzado todo.

Yume, la cuidadora de la casa, hizo tres llamadas antes de dejar que Jessica y Diggy entraran. La mujer se alejó para que no la oyeran, pero los miraba de reojo de tanto en tanto mientras la esperaban en la escalera de entrada. Jessica estaba segura de que estaba comentando con los dueños de la casa acerca de la vistosa camisa de Diggy. Después de quince minutos, dejó que entraran y la mujer volvió a ponerse a pasar la aspiradora en los dormitorios del piso de abajo.

—Por aquí —le dijo Jessica a Diggy mientras lo guiaba por unas escaleras anchas, alfombradas, hasta la cocina del segundo piso, un espacio amplio dominado por unos enormes ventanales con persianas de tablillas que daban a un jardín que parecía un bosque. Jessica recordó aquella estancia cuando era Blair Harbour la que se encontraba allí: un trapo con la frase «Dale un beso al cocinero» colgando del tirador de un horno profesional de color azul marino; un pato de cerámica en el alféizar, junto al fregadero, con una planta crasa creciéndole en la parte de atrás. Jessica recordaba haber visto sobre la isla que había en medio de la cocina una caja sin abrir que contenía un esterilizador de biberones. La futura mamá preparándose con tiempo, tachando entradas de la lista de tareas pendientes. Se acercó poco a poco a las ventanas que daban al norte y miró hacia el 1107 al tiempo que agarraba la encimera de mármol tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos.

La detective no se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento hasta que se le escapó por entre los labios con una sensación de alivio.

—¿Qué sucede? —le preguntó Diggy mientras se acercaba a ella.

—Que no se ve el cuarto de baño del 1107 desde las ventanas de la cocina. —Jessica tomó aire con fuerza y lo dejó salir despacio—. Es lo que quería comprobar. Podemos irnos.

—Por lo menos, explícame qué es lo que estabas buscando.

Jessica rebuscó en su bolso y sacó la libreta que contenía los detalles del caso Harbour-Orlov. Pasó rápido unas cuantas notas, hasta que llegó a la mitad de la libreta.

—La declaración de Blair Harbour acerca de lo que sucedió la mañana del 1 de enero de 2009 cambió unas cuantas veces antes del juicio —comentó Jessica—, pero en la primera de las versiones dijo que había ido al 1107 porque había visto a Orlov pegar a su novia, a Kristi Zea, por los ventanales de la cocina. Declaró que había mirado por la ventana en cuanto había oído la música porque estaba cansada del ruido que hacían y que entonces había visto a Orlov y a Zea en el cuarto de baño, discutiendo. Él le estaba pegando una paliza. Harbour fue a la casa para intervenir.

Jessica se inclinó hacia delante y señaló hacia la izquierda, hacia una ventana que parecía incrustada en el lateral de la casa que había pertenecido a Orlov en su día. La ventana estaba a unos seis metros y medio de donde ellos se encontraban y a unos dos metros a la izquierda. Lo único que se veía era el marco de la ventana, convertido en una fina línea.

—Desde aquí no ves nada.

—Estoy de acuerdo, no se ve nada —corroboró Diggy.

Jessica asintió y se echó el pelo hacia atrás.

—Para mí, esto es un agujero suficientemente grande en la historia. Harbour se mostró muy clara en su primera declaración. Dijo que ella estaba en la cocina y los vio a ellos en el cuarto de baño.

—¿Vio en qué parte de la cocina estaba? —Diggy intentó buscar un ángulo desde el que se viera mejor la ventana del baño, pero no lo encontró, así que fue a la sala y volvió.

Jessica lo observaba satisfecha. El forense llegó hasta la esquina más alejada de la cocina y se detuvo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Jessica se acercó a él. El científico señalaba una ventana que había en la parte de atrás de la casa de Orlov, una ventana más baja y ancha que la del cuarto de baño. Estaba en la primera planta, no en la segunda.

Jessica pasó las páginas de la libreta hasta que llegó a un plano de

la casa de Orlov. Cuando lo encontró, tocó una habitación con el dedo.

—Es el lavadero

—Esa habitación se ve muy bien.

—Da lo mismo, es el lavadero.

—Tiene baldosas en las paredes.

Jessica se apoyó en la encimera y se fijó mejor.

—¿Y?

—Que es posible que Harbour viera baldosas y diera por hecho que era el cuarto de baño, ¿no? ¿Alguna vez había estado en casa de Orlov? ¿Había alguna posibilidad de que distinguiera una estancia embaldosada de la otra?

Jessica se dio cuenta de que era la tercera vez que chascaba los nudillos en muy poco tiempo. Le dolían los dedos. Sacudió las manos.

—No. —Volvió a consultar la libreta y cogió varias fotografías y las lanzó en la encimera—. Dijo que nunca había estado en la casa de Orlov, pero esa ventana tampoco estaba a la vista.

Revolvió las fotografías con tanta fuerza en busca de una en concreto que incluso alguna de ellas se cayó al fregadero.

—Estas son unas fotografías que tomamos de la casa de Orlov desde estas ventanas en enero de 2009 —comentó mientras extendía las fotografías sobre la encimera—. Las sacamos desde aquí mismo. El cuarto de baño no se puede ver por el ángulo y el lavadero del primer piso tampoco se puede ver porque la vegetación lo impide.

—Cálmate. —Diggy le puso una mano en el hombro—. Si hubo algún error, lo vamos a...

—Estoy calmada. —Tocó las fotografías demasiado fuerte con el dedo—. No hubo ningún error. Yo no cometo errores. Mira las fotografías, Diggs.

El forense miró las fotografías una a una. Las examinó con detenimiento y después fue a la ventana y observó el primer piso de la casa de al lado. Repitió aquello mismo en tres ocasiones.

—¿Podrías mostrarte de acuerdo conmigo para que podamos irnos? —Jessica se secó el sudor de la frente—. ¡Joder, pensaba que no querías estar aquí!

—En esta fotografía hay vegetación delante de la ventana del lavadero. —El forense cogió una fotografía y se la enseñó a Jessica como si la detective no la hubiera visto en la vida—. Así que la ventana del lavadero no era visible. Estaba bloqueada.

—Es lo que acabo de decirte.

—Pero hay un problema.

—¿Cuál? —Jessica cogió la fotografía con mucha fuerza y arrugó la esquina.

—El arbusto que bloqueaba la visión en aquel entonces ya no está ahí.

—Han pasado diez años. ¿Quién tiene un arbusto durante diez años?

Diggy la miró fijamente.

—Pues mucha...

—¡Lo sé, lo sé! Es que me estás poniendo histérica. Continúa.

—Si el arbusto siguiera ahí, podríamos examinarlo.

—¡Examinarlo! ¿Para qué?

—Atiende... —El forense cogió la fotografía y la puso en la encimera—. El sello con la fecha de estas fotografías dice que son de tres semanas después del asesinato.

—Sí, las tomamos después de que el fiscal nos indicara lo que iba a necesitar para el juicio.

—Exacto. —Diggy asintió—. Así que, quizá, tres semanas antes, cuando Harbour miró por la ventana, sí que viera el lavadero. Puede que para cuando tomasteis estas fotografías, el arbusto hubiera crecido por encima de la ventana y bloqueara la vista.

—No. —Jessica negó con la cabeza—. No, lo confirmamos.

—¿Quiénes?

—Bueno, lo confirmó el que era mi compañero en aquel entonces. Lo hizo él. Cuando Harbour nos contó la historia en la sala de interrogatorios lo envié aquí para que comprobara el ángulo. Debió de ser unas veinticuatro horas después. No se veía la ventana del cuarto de baño.

—¿Crees que tu compañero tendría en cuenta la otra ventana, la del lavadero?

—Pues...

Jessica no podía responder. Se miró las manos.

—¿Quién era tu compañero?

—Ira Andermann.

Diggy frunció los labios, enarcó las cejas y miró en otra dirección. Jessica sabía que estaba pensando lo mismo que ella: que Ira Andermann no era un policía que prestase atención a los detalles, que contrastase hipótesis y que tuviera en cuenta ángulos y cosas así, al que le quedase claro si unas baldosas pertenecían al cuarto de baño o al lavadero. Era un despistado. Un zoquete. En una ocasión, en un turno de noche, Jessica había visto que se echaba lavavajillas en el

café en vez leche. Había tardado tres sorbos en darse cuenta. Lo habían despedido del Departamento de Policía de Los Ángeles hacía años por robar papel higiénico de los cuartos de baño masculinos. Si le hubieran pedido que mirase por los ventanales de la cocina de Harbour para comprobar si era posible ver la ventana del cuarto de baño de Orlov desde allí, eso sería, única y exclusivamente, lo que habría hecho. Nada más.

—Un arbusto no puede crecer tanto en tres semanas —comentó Jessica—. Y menos en invierno.

—Eso depende del arbusto. —Diggy se encogió de hombros—. En la fotografía está justo por encima de la ventana. Dependiendo de un millar de variables..., imposible no es.

—¿Qué variables?

El forense suspiró y abrió las manos:

—La especie, su germinación y herencia, los niveles de nitrógeno y acidez de la tierra, el sol, cuánto lo riegues y lo abones, su historial de poda, las fluctuaciones en los patrones del clima de la zona, la humedad, la elevación, los efectos del cambio climático...

—Para. —Jessica se tapó los ojos—. Para.

El forense permaneció callado durante el tiempo en que la detective se quedó allí, en la aterradora oscuridad en que la sumían sus ojos tapados, una oscuridad llena de la terrible posibilidad de que hubiera enviado a una mujer inocente a prisión durante una década. Al cabo de un rato, dejó caer las manos a los lados y, junto con Diggy, volvió al coche.

Permanecieron callados de camino a la comisaría. Cuando Jessica aparcó en el parking subterráneo de la comisaría oeste, Diggy sujetó la manilla de la puerta, pero no salió del coche.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué buscas agujeros en el caso?

—Intento descubrir la verdad. —Jessica no apartaba las manos del volante ni dejaba de mirar hacia el frente.

—Me refiero a qué lo ha provocado.

—He descubierto que el hijo de Harbour vive en la casa de detrás de la de Bluestone Lane.

—¿Y?

—He hablado con él. Me cae bien. Es un buen crío.

—Muchos asesinos tienen hijos maravillosos. Eso no quiere decir que te equivocaras con su madre. Si era inocente, ¿por qué cambió de

versión tantas veces antes y durante el juicio?

—Contrató a un abogado de esos tan caros. Un abogado para mujeres de Brentwood, ya sabes. El tipo la ahogó a honorarios. Acabó quedándose con la casa y con todo lo demás, y lo hizo porque podía, porque jamás había perdido un juicio. Y, claro, la única manera de no perder un juicio en la vida es haciendo que tus clientes supliquen. El tipo utilizó todas las artimañas posibles para que el fiscal acabara pidiendo únicamente homicidio involuntario. Defensa propia. Accidente. Provocación. Locura. Nada resultó y Harbour no defendía como es debido ninguna de las historias alternativas. Tiraba piedras contra su propio tejado. Decía que había ido a defender a Zea y acabó por creérselo.

—Ya, pero lo más probable es que mintiera.

—Sí, Diggy, pero empieza a darme la sensación de que no es el caso. —Jessica percibía el pánico en su tono de voz—. El sándwich de queso.

—Vale, hemos analizado una fotografía del sándwich de queso que, supuestamente, se preparó Harbour y al que le dio un mordisco después del asesinato, y hemos llegado a la conclusión de que lo más probable es que el mordisco se lo diera Orlov. La marca de un mordisco dado por un hombre, no por una mujer. Eso, en cualquier caso, no significa nada. Que Zea mintiese o se equivocara en lo del sándwich del escenario del crimen no significa que el resto de lo que dijo fuera mentira. Puede que el miedo se apoderara de ella y que su cerebro construyera esa historia. Puede que viera a Harbour entrar en la cocina, que viera las fotografías del escenario del crimen más tarde y que diera por hecho que aquello era cosa de Harbour. O puede que apoyara su historia con el detalle del sándwich porque estaba enfadada con Harbour y quería asegurarse de que la metíamos en la cárcel.

—¿Podrías estar equivocado con lo de que es un mordisco de hombre?

—Es improbable, pero posible. —El forense se revolvió en el asiento—. O lo del arbusto que hay debajo de la ventana. Ese es otro detalle menor que podría explicarse de mil y una maneras diferentes.

—Hay algo que está mal. Nada más conocer al crío empecé a oír susurros en la cabeza que me aseguraban que algo no encaja en el caso. Ahora, los susurros se han convertido en gritos. ¿Qué probabilidades había de que el hijo de Harbour acabara viviendo en la casa de al lado de la que he heredado? Es el destino.

—Jessica... —Suspiró el forense.

—Harbour ha vuelto a mi vida porque cometí un fallo. Tengo que seguir investigando.

—¿Por qué?

—Porque yo no la cago así. —Jessica se volvió hacia él. Tenía el rostro tenso, casi amoratado—. Yo no soy así. Yo soy una buena policía. Lo compruebo todo. Me aseguro. No le arrebato sus hijos a una persona a menos que sea una asesina violenta.

—El niño acababa de nacer cuando se lo quitaron. Es imposible que tuviera maduras las funciones clave del desarrollo neuronal para que la ausencia de su madre biológica haya afectado a su bienestar psicológico y emocional...

—Diggs.

—Has de tener una visión más amplia. —El forense abrió los brazos—. Has de fijarte en toda la ecuación. No te estás rascando una costra. Estás rascándote una herida que está completamente curada. Si la reabres y refutas tu propio caso..., te quedarás expuesta a apelaciones de cualquiera, de todos aquellos a los que has metido en prisión en los últimos diez años o más. Podrían soltar a un asesino terrible por la sencilla razón de que quieres dar con la verdad.

—Dices eso de «dar con la verdad» como si fuera algo malo. Como si fuera una tontería.

—Y es que lo es. En este caso en concreto, no es ni razonable ni viable. Blair Harbour ya ha cumplido condena. Conseguir una exoneración para ella no está a la altura de los riesgos que corres con ello. Te arriesgas a arruinar tu carrera y a arruinar aún más la reputación del que era tu compañero por aquel entonces. Te arriesgas a que se reabran casos antiguos y a que acaben poniendo en libertad a verdaderos culpables. Tu deshonra en el departamento sería pública y minarías sus recursos con la enorme compensación que pedirían Harbour y sus abogados en los juzgados. Los costes son mucho mayores que los beneficios. Es matemática pura y dura.

Jessica se quedó callada.

—A veces hay que hacer un experimento para dar con la verdad, sí, pero otras veces se tiene que pensar en que se podría destruir el laboratorio en el intento.

Diggy la miró a los ojos. Lo que vio en ellos lo llevó a suspirar.

—Estamos construyendo un laboratorio nuevo —dijo Jessica.

—Ya me lo imaginaba. ¿Qué quieres que haga?

—Trabaja en la teoría del arbusto. Calcula alguna de las

variables... No, calcula tantas como puedas. Que tu profesor compruebe el mordisco de la fotografía.

El forense se despidió de ella con la mano y salió del coche. Jessica se quedó mirando cómo se alejaba y después condujo hacia el piso de abajo del aparcamiento, despacio, en dirección a la esquina sureste, donde estaba aparcado el Mustang de Wallert, contra una pared de cemento, donde acostumbraba a dejarlo. Salió del coche y fue a la parte trasera. Abrió el maletero y sacó una toalla que se puso al cuello. Mientras depositaba junto al lateral del coche de Wallert una nevera portátil de plástico repleta de unos objetos llenos, a su vez, de un líquido que no dejaba de moverse para adelante y para atrás, pensó en lo afortunada que era al tener a Oliver Digbert de su parte. Últimamente, era difícil dar con buenos compañeros.

La detective regresó al coche, abrió la guantera y sacó la mascarilla y los guantes que utilizaba en los escenarios de los crímenes. Se cubrió la cara y la nariz con la mascarilla y se puso los guantes, y, a continuación, volvió hasta la nevera que había dejado junto al Mustang. En cuanto le quitó la tapa, el olor fétido, apestoso, de lo que había dentro le produjo arcadas. El olor de las botellas llenas de orina no era tan fuerte para exudar a través del plástico, pero sí de la bolsa de basura en la que estaban guardadas. Jessica se quitó la toalla del cuello, la extendió sobre el cristal de la ventanilla del conductor del coche de Wallert y rompió el cristal de un codazo. Por el aparcamiento se oyó un crujido apagado. Acabó de romper los restos de la ventanilla y miró dentro del coche. Le dio la sensación de que Wallert pasaba mucho tiempo allí. El interior de cuero brillaba, aceitoso, con aroma a eucalipto. La detective cogió la primera botella de meados de la bolsa, desenroscó el tapón, se apartó un poco del coche y la vertió en el asiento del conductor.

Jessica se agachó a por otra botella mientras pensaba en el hijo de Harbour, en la verdad, en los culpables en libertad. Vertió la orina de vagabundo por la consola central y por el suelo del automóvil. Tiró la botella dentro del vehículo.

«Bueno, ya solo faltan treinta», estimó.

BLAIR

Sneak llevaba un codo por fuera del coche y el viento del desierto le movía ligeramente los rizos. No le gustaba el desierto. Ya en la zona norte de Lancaster, le habían salido dos manchas de color rosa brillante en las mejillas y allí seguían, lustrosas y redondeadas, mientras nos aventurábamos por la marrón y arenosa nada. El aire acondicionado del Chrysler no funcionaba. Me pasé por la frente la botella de agua que le habíamos comprado a un niño indio en Mojave, en un puesto junto a la carretera.

—Va a ser un cadáver —dijo Sneak.

No era necesario que le preguntara a qué se refería.

—Pues, si es un cadáver, asentimos y sonreímos sin perder la calma, y nos largamos de allí con viento fresco —le solté—. Le decimos: «Muchas gracias por haber lidiado con nuestro problemilla, Ada. Que tengas un buen día», y después pisamos a fondo el acelerador y nos acercamos a la comisaría de policía más cercana.

Sneak no dijo nada. Aquel no era el plan que ella había pensado, y yo tenía claro que, como Ada Maverick hubiera matado al novio de Dayly, en cuanto me diera la vuelta descubriría que Sneak se había largado y que, antes o después, tendría que explicarle a la policía que lo único que ella y yo habíamos pretendido era hacerle unas preguntas a Dimitri Lincoln, pero que habíamos cometido el error de compartir nuestro conflicto con una psicópata. Nos dirigíamos a una chincheta que había en un mapa, una chincheta que marcaba un punto que quedaba muy lejos de carreteras pavimentadas y estructuras. Miré el móvil mientras rodábamos por California City, una solitaria fila de escaparates en medio de un vasto y llano vacío a tres horas del centro de Los Ángeles.

Igual que todas las demás comunidades utópicas fallidas y a medio construir que se estaban pudriendo junto al mar de Salton, California City aparecía en Google Maps como una ciudad mucho más grande, importante y amplia de lo que era en la vida real. Nosotras, sin embargo, conducíamos por calles fantasmas, abriéndonos paso hacia el norte por un sueño que jamás había llegado a materializarse. En un momento dado, dejé la carretera principal para meterme por una tira

de tierra que se adentraba en el desierto en dirección al llano y difuso horizonte por entre una serie de arbustos bajos y dispersos. Por delante del coche no dejaba de pasar basura de todo tipo empujada por el viento. A un lado del camino vimos un horno oxidado y caído de lado. Un montón de juguetes y ropa de niño medio enterrados en la arena. Hojas de hierro corrugado que servían de refugio a familias de reptiles bajo el sol hirviente.

Vi el coche de Ada tres kilómetros antes de que llegáramos. El Porsche Panamera de color rosa caramelo refulgía de tal manera que me resultaba imposible mirarlo directamente. Ada estaba a unos diez metros por delante del vehículo, con un pie encima de un cubo de plástico de color azul que estaba bocabajo. Sus pantalones y sus botas de cuero estaban polvorientos, y por encima no llevaba más que una camiseta negra. En el capó del coche había una chaqueta de cuero, lo que me llevó a pensar que la mujer se encontraba allí desde lo más frío de la mañana. Una pala descansaba junto al coche. Más claro que el agua. El tipo estaba muerto y enterrado. Me detuve, pero no apagué el motor.

—¿Nos vamos? —le pregunté a Sneak.

Sneak bajó del coche. Apagué el motor y fui tras ella. De nuevo oí aquella voz susurrante, la que me decía que me había metido en aquel asunto porque me había dado la gana y que a cada segundo que pasara con aquellas mujeres, más de mierda estaría hasta el cuello.

Ada tiró el cigarrillo, que se llevó el viento, y me señaló con la barbilla.

—Llegáis tarde.

—Hemos salido en cuanto nos has llamado. —Me encogí de hombros.

—Pues, entonces, es que has venido pisando huevos.

—No me gusta conducir rápido, la verdad.

—¿Está muerto? —nos interrumpió Sneak. La miré. Tenía las manos cerradas con fuerza—. Al menos, ¿le has sacado algo antes de matarlo?

Ada quitó el pie del cubo y le sacudió una patada para darle la vuelta. Debajo apareció una cabeza humana a ras de suelo.

Me eché hacia atrás y me tapé los ojos con las manos.

—¡Joder! ¡Joder! —exclamé.

—¡Socorro! —La voz del hombre entró a través de mi ceguera—. ¡Socorro! ¡Ayudadme, por favor! ¡Esta zorra está loca!

La cabeza humana hablaba. El hombre del vídeo estaba enterrado

hasta el cuello en la arena del desierto. Era Dimitri Lincoln. Su denso pelo rizado y moreno estaba cubierto de polvo y tenía la boca llena de arena y de sangre seca. El sudor le corría por la cara y daba forma a adustas líneas, a ríos que se abrían paso hacia el suelo. La absurda cabeza decapitada se volvió y miró a su alrededor. Enseguida nos vio a Sneak y a mí, que proyectábamos sombras sobre su ubicación.

—Escuchadme —empezó a decirnos—. Me llamo Dimitri Lincoln. Me han secuestrado. Me...

—Ya sabemos quién eres —le dijo Sneak.

—Dimitri lleva seis horas intentando descubrir a qué viene esto —comentó Ada, que se sentó en el cubo, le puso una bota en la sien al hombre y empujó la cabeza hasta que esta alcanzó un ángulo doloroso —. Ha hecho unas suposiciones muy interesantes. Al parecer, les debe un montón de pasta a algunas bandas muy importantes. También ha jodido a muchas mujeres con contactos, a mujeres de gente importante. A polis. A camellos. Este no es un escenario que te sorprenda en exceso, ¿eh, Dimitri? Seguro que llevas tiempo pensando que esto podía pasarte.

—¡Que te jodan! —soltó la cabeza parlante mientras se movía de un lado para el otro sobre la arena—. Hijas de puta, os pueden caer de veinte años a perpetua por esto. Esto es un secuestro. Una conspiración. Una agresión.

—Deja de hacerte el abogado —le dijo Sneak, que sacó el móvil del bolsillo y le enseñó la página en la que estaba colgado el vídeo porno en el que salían Dayly y él—. ¿La ves?

Dimitri guiñó los ojos.

—La veo.

—Es mi hija.

—Me lo creo. —Dimitri miró a Sneak de abajo arriba, lo que resultó un movimiento curioso debido a la posición en la que se encontraba—. Me contó que su madre era una drogadicta y una prostituta.

—Ha desaparecido. —Parecía que a Sneak fueran a explotarle las venas del cuello. Se acercó a la cabeza de Dimitri y me fijé en que tensaba los muslos, como si estuviera pensando en matarlo de una patada. La cogí del brazo para que no siguiera avanzando—. Dime dónde está o empiezo a pasar por encima de tu cabeza de mierda con ese cochazo de los cojones.

—Hace semanas que no la veo.

—Este vídeo lo colgaron... —Sneak buscó algo en la pantalla—

hace once días.

—Sí, lo colgué yo. Dayly me engañó con otro y yo tenía el vídeo. Y necesitaba guita, ¿qué pasa? Se largó y el vídeo no fue sino una de las cosas que dejó atrás. Es una pena, porque les saqué una buena pasta a esas imágenes.

—Eso no me gusta, tío —dijo Ada con la boca torcida en señal de asco—. *Pornovenganza*, creo que lo llaman. No me gusta, tío.

—Me importa una mierda lo que te guste, zorra.

—Pues será mejor que empiece a gustarte, chaval —la voz de Ada era suave, aterradora—, y cuanto antes.

—¿Sabía Dayly que tenías el vídeo?

—Claro que sí.

—Mientes —le dijo Ada.

—Lo sabía. —Dimitri se volvió con dificultad para mirar a Ada—. Es muy probable que ella también hubiera querido venderlo si se lo hubiera preguntado. Le gustaba lo raro. Esa chica estaba jugando con fuego. Cuando la conocí era muy estirada. No habría dicho «polla» ni por dinero, pero, de repente, empezó a querer tomar drogas y salir de fiesta. Se convirtió en la típica reina de maricas. Estaba deseando pasar al lado oscuro y a mí me encantó enseñárselo. A esa zorra la inicié en un montón de cosas. Tenía uno de los culos más prietos que me he...

Ada le pegó una patada en la boca. La cabeza de Dimitri rebotó para los lados.

—¡Joder! —Dimitri perdió parte de la valentía. Me fijé en que la arena se movía por delante de su boca cada vez que cogía aire—. Te voy a matar. ¿Me has oído? Saldré de esta y te mataré poco a poco. Y lo grabaré.

—¿Sabes lo que le ha sucedido? —le pregunté—. ¡Por amor de Dios, dinos lo que sepas para que podamos acabar con esto!

—¡Que te jodan!

Dimitri escupió sangre sobre la arena.

—Venga, Dimitri —insistí.

—¡No, que os jodan a todas! —Nos miró con desdén—. ¿Queréis matarme?, pues adelante. Me encantaría ser la razón por la que no la encontráis. Espero que esté muerta por ahí, con sus huesos blanqueándose al sol como si no fueran más que palitos de pan.

Ada se movió.

—¡No le pegues! —le grité.

Pero lo que hizo fue ir al Porsche y volver con una pequeña

mochila negra, de la que sacó una botella que parecía que estuviera llena de un líquido parecido al sirope. Ada se acercó a la cabeza de Dimitri y, horrorizada, observé cómo se la vaciaba por encima. Me pareció que aquel líquido denso olía a miel.

—¡Para! ¡Para! Pero, a ti, ¿qué coño te pasa? —Dimitri intentaba apartarse del reguero.

La miel se le quedaba en las arrugas y le caía por las orejas. Cuando llegaba al suelo, daba forma a unas manchas gruesas y marrones.

—¿Sabes qué tipo de hormigas hay en el desierto? —me preguntó Ada mientras limpiaba el exceso de miel de la boca de la botella y se lamía el dedo—. Tú eres la lista, puede que te interese. He estado buscando en Internet mientras estaba sentada en el coche, esperando a que llegarais, lentas, y, ¿sabes qué?, que por la zona hay unos cincuenta tipos de hormigas. Están las cosechadoras. Las carpinteras. Yo diría que esas tienen que ser las obreras, ¿no? Las que se encargan de todo. Pero la cosa es que también están las hormigas de fuego. Esas se dedican a joder todo lo que encuentran a su paso. Y está la hormiga de fuego normal y la importada. Esta es de las que inyectan veneno. Para cuando alguien encuentre a este mierda, su cabeza será del tamaño de un balón de playa.

—Ada... —Suspiré.

—¿Y sabes qué bichos comen hormigas? —Se inclinó y miró a Dimitri a los ojos—. Las tarántulas. ¿Y sabes qué bichos comen tarántulas? Las serpientes de cascabel.

—Estaba saliendo con un poli —dijo Dimitri—. Es lo único que sé.

Sneak y yo nos miramos.

—¿Tenía una aventura? —le pregunté.

—La pillé con un segundo móvil. Intentó negarlo. Me vino con que era de una amiga.

—El poli ese... —empecé a decir—. ¿Se llama Al Tasik?

—No tengo ni puta idea —gimoteó Dimitri—. No sé cómo se llama, solo que lleva uno de esos cortes de pelo militares de mierda, como si tuviera una meseta en la cabeza.

—¿Rubio? ¿Sobre los cincuenta?

—No, pelo castaño. Joven. Veinteañero.

—¿Por qué sabes que es policía? —Ada se apoyó en el capó del Porsche.

—Vengo de la calle, tía, conozco a un poli en cuanto lo veo. Camina como si le hubieran metido un palo por el culo. Una vez,

además, la pillé a ella en mi ordenador, mirando datos de una comisaría de policía. San Chinto, creo que era. Supongo que es donde trabaja ese tipo.

Les pedí a Ada y a Sneak que se acercaran al coche en el que habíamos llegado Sneak y yo. No me sorprendió que Ada se sentara en el asiento del copiloto. Dentro del vehículo, el aire era irrespirable. Bajé la ventanilla e intenté respirar el aire de fuera.

—¿Quién coño es ese Al Tasik? —me preguntó Ada, que me miraba por el espejo retrovisor.

—Un poli de la zona oeste de Los Ángeles. No me preguntes por qué, pero se ha mostrado muy interesado en mí desde que empecé a preguntar por Dayly.

—¿Conoces a algún poli dentro que pueda decirte por qué? En este asunto podría venirnos bien un poli. Ya sabes, para dar con el del peinado militar. Si hay alguna investigación en curso, él te lo diría.

Me quedé callada. Tenía el estómago revuelto.

—Has dicho que Dimitri está en alguna banda o algo así, ¿no? —empezó a decirle Sneak a Ada—. Puede que descubriera lo del lío de Dayly y les pidiera a algunos de los suyos que fueran a por ella. Deberíamos preguntarle eso.

—No creo que tengamos que hacerle ni una pregunta más —solté —. Lo que debemos hacer es sacarlo de ese agujero antes de que le dé un ataque al corazón o de que se quede sin aire por la presión de la arena en la caja torácica.

—Tu tonito me hace pensar que no apruebas lo que he hecho por vosotras. —Los ojos de Ada parecían bolas de fuego en el retrovisor—. Por si no te has dado cuenta, he venido hasta aquí esta mañana y he trabajado bajo el sol durante horas para ayudaros.

—¿El agujero lo has cavado tú? Pensaba que lo habría hecho alguno de tus secuaces. —Sneak miró hacia el desierto, buscándolos.

—¿Es que piensas que no soy capaz de cavar mis propios agujeros? —Ada se volvió para mirar a Sneak—. ¿A qué coño crees que me dedicaba antes de que fuera lo bastante rica para que me pudiera permitir pagar a gente para que haga el trabajo sucio? Esto es lo que me mola. Me fascina esta mierda. No necesito que Mike y Fred vengan a pegarle patadas a una cabeza por mí. Eso no me divertiría nada. ¿Por qué coño creéis que estoy aquí? ¿Por vosotras dos, trozos de carne? Cualquier excusa es buena para ver cómo un cabronazo pide clemencia a gritos.

—Dejando eso de lado —dije—, tus técnicas, por mucho que

apreciemos tu ayuda, son un poco agresivas para nuestro gusto.

—Habla por ti —soltó Sneak—. Creo que deberíamos revolucionar el motor para que se cague en los pantalones.

—No lleva pantalones. —Ada sonrió.

—Tenemos que comprobar la pista de San Chinto —dije—. Hemos de dar con el del peinado militar. Debemos descubrir qué sabe. San Chinto es el pueblo que sale en la foto del folleto de paracaidismo. No puede ser una coincidencia.

—¿Dónde coño está San Chinto? —preguntó Sneak.

Empecé a mirar mapas en el móvil.

—Al este —respondí—. A muchos kilómetros de ninguna parte. Eso otro día, ¿eh? Vamos, que tenemos que sacar a Dimitri de ese agujero.

—Venga, idiotas, largaos de aquí —nos dijo Ada. Estaba inclinada hacia el salpicadero y sonreía a Dimitri por el parabrisas—. En un rato lo saco yo, que me parece que ya veo llegar algunas hormigas.

Querida Dayly:

En tu última carta hablabas de las razones que pude tener para matar a toda esa gente en el atraco de Inglewood. Dices: «No creo que eso sirva de excusa para perder el control durante el atraco a un banco y matar a un montón de personas». Te referías a que tener una infancia de mierda y sentirse abandonado no es excusa, pero la cuestión es que no perdí el control. Sencillamente, había cortado los lazos con la realidad, tal y como estás pensando en hacer tú. Puede que parezca aterrador estar ahí fuera, flotando, sin todas esas cosas que anclan a las personas a la realidad: las consecuencias, la culpabilidad, el miedo, el autocontrol...; pero es que, si nadie te enseña a sentirlas, si nadie te inculca la sensación de culpabilidad, nunca sentirás peso alguno sobre tus hombros, nunca oirás esa voz que te pide que seas buena persona. El sentimiento de culpabilidad lo aprendes, en primera instancia, de mano de tus padres, cuando los decepcionas. Si nunca llegas a tener eso, no tendrás nada de lo demás.

Maté a todas aquellas personas porque, a mi entender, era la mejor manera de salir de la situación en la que me encontraba. Esa es la verdad. Apareció la poli, un par de rehenes se confiaron y empezaron a ponerse chulitos conmigo e hice lo que tenía que hacer.

Conocí a un recluso que había estado en la celda de al lado de la de Manson en detención preventiva, en Corcoran. Por lo visto, el tipo estaba muy obsesionado consigo mismo; pero, por lo que he oído, resultaba muy convincente. Para que te hagas una idea, en un par de ocasiones cambiaron de turno a algunos guardias porque acabaron interesándose por sus enseñanzas. Al parecer, era un artista de las chorradas tanto dentro como fuera de la cárcel. No sé por qué está todo el mundo obsesionado con él. El tío ni siquiera estuvo allí la noche de los asesinatos. ¿Quién organiza una fiesta y luego no asiste?

Creo que estás patinando, Dayly. Me preguntas de qué va la vida. No soy yo el tipo de persona de la que debieras aceptar consejos, y menos en la situación en la que estoy —aunque, si de verdad soy tu padre, quizá sí que debieras aceptarlos, quizá la mía sea sabiduría paterna—. Lo que tengo claro es que no me enfrentaría a lo que siento. Me dejaría llevar, a ver adónde llego. Si has hecho la mochila y te has marchado, si «has salido volando», como tú dices, podrías acabar en algún sitio de la leche. Para dejarlo todo atrás no son necesarias ni la experiencia, ni un coche, ni todo lo demás. Todo eso te llegará cuando sea el momento. Sin embargo, huir puede ser algo completamente diferente. Como un experimento. Mándalo todo a tomar por el culo.

La primera vez que lo mandé todo a tomar por el culo tenía unos diez años, si no recuerdo mal. Unos compañeros del cole y yo habíamos salido a montar en bici y decidimos acercarnos al cole, que estaba cerrado porque era domingo. Esto pasó en Utah,

donde crecí. Encontramos un contenedor lleno de papeles y cartones y se me antojó prenderles fuego porque siempre llevaba un mechero de gasolina conmigo y siempre estaba jugueteando con él, quemando cosas. Uno de mis compañeros me soltó un discurso sobre el crimen y la maldad, y los otros dos que habían venido se mostraron de acuerdo con él, por lo que pasé de hacerlo. No obstante, me moría de ganas por quemar aquellos papeles. Lo sentía hasta en los huesos. Era una necesidad. Así que, después de que nos despidiéramos, volví al colegio e incendié el contenedor. El humo era negro y denso, casi como un líquido que ascendía hacia el cielo. Me fui de allí a toda pastilla, y a los diez minutos el humo se veía desde mi casa.

Al día siguiente, en el colegio, oí a algunos profesores hablar del incendio. Decían que dentro del contenedor dormía un indigente que utilizaba el papel y los cartones para mantenerse caliente, como si el contenedor fuera un nido. Otro niño se habría quedado horrorizado, pero no fue mi caso. Recuerdo que pensé que había decidido hacer una cosa y que, sí, que había salido mal, pero que, por lo menos, lo había intentado. Había hecho algo espectacular con aquel fuego, algo que se veía a muchas manzanas, y tomar una decisión así cuando no eres más que un niño es una pasada. Es la leche, si me apuras. Aquí dentro oigo a los guardias hablar de sus hijos... Es en lo único en lo que piensan mientras están aquí, vigilándonos, levantando su culo gordo de la silla de vez en cuando para evitar que nos pasemos notas corredor arriba y corredor abajo. Sus hijos parecen mariquitas. Tienen la cara metida en la pantalla del ordenador todo el santo día. No saben a qué huele el aire libre, ni el humo. Si tuviera un hijo, le daría un mechero de gasolina y lo dejaría suelto. Una vez has incendiado algo, adquieres un compromiso, ya sea bueno o malo. Creo que los niños necesitan cosas así.

Quizá pienses que los guardias se van a enfadar con lo que acabo de escribir, pero ya saben lo que pienso. Se lo he dicho en varias ocasiones. En cuanto a lo del indigente, de eso no pudieron acusarme nunca. Mis abogados, además, dirán que no es más que la típica bravuconada carcelaria. Incluso se lo he contado a algún que otro periodista. Pero es la verdad: lo quemé, y he tenido que vivir con ello todos estos años. Tampoco te preocupes mucho, el hecho de que le gustase vivir cerca del colegio tendría que decirte algo sobre el tipo de persona que debía de ser. Además, el humo debería haberle avisado mucho antes de que le alcanzara el fuego.

¿Qué tal la taltuza? Seguro que no la abandonas cuando comiences tu aventura. Me encantaría recibir más fotografías, si es que tienes alguna. Tuyas, no de la taltuza. Te prometo que no se las venderé a nadie de aquí, aunque seguro que me las pagarían muy bien. Ayer, un guardia me dijo que tienes mis labios, pero es idiota.

Cuídate,

JOHN

P. D.: He tenido una propuesta de matrimonio desde que estoy aquí. ¡Puede que se deba a mi belleza! Con el tiempo he descubierto que ese tipo de mujeres, las que se enamoran de asesinos, suelen decantarse por asesinos en serie más «tradicionales», ya sabes, violadores o secuestradores. Yo solo he matado por necesidad —o accidente—, así que supongo que carezco de esa vena de maldad que están buscando. Si tuviera más pasta guardada por ahí, sería un poco estúpido por mi parte decirle a mi pretendiente dónde está. Huiría con ella, y eso, ¿qué tiene de divertido? Aquel al que se lo diga —si es que de verdad existe el dinero— tendrá que ser alguien a quien me alegre ver salir volando con él como un pájaro para empezar una nueva vida sin mirar atrás. Oye..., podrías ser tú, ¿no?

BLAIR

Sasha y Jamie estaban frente a mi apartamento. Los reconocí en cuanto los vi de pie en el césped, bajo la luz anaranjada de la farola. Sasha estaba inclinada sobre el móvil y Jamie le pegaba patadas a la hierba crecida. Uno de los hombres que patrullaban la calle en bicicletas BMX con aquellas camisetas largas pedaleaba por la intersección más cercana, probablemente debido a la curiosidad que le suscitaba la inusual presencia del Prius de Sasha y, ahora, fascinado por el Chrysler ostentoso que nos había prestado Ada. Cuando Sneak y yo salimos del coche, nos recibieron el habitual coro de pitbulls, que no dejaban de ladrar por detrás de las vallas de alambre, y los raps chicanos que anunciaban la caída de la noche.

Cuando nos vio, Sasha abrió la boca de par en par. Sneak y yo estábamos cubiertas del polvo del desierto y un poco quemadas por el sol. Además, por mucho que le hubiera dicho que no lo hiciera, Sneak había estado tocándose el lóbulo amputado de camino a casa y se había abierto la herida. La mujer tenía un reguero de sangre en la camiseta blanca sin mangas que vestía. Además, mi compañera había ingerido algo de su bolso de los misterios cuando llegábamos a la ciudad y no paraba de asentir, con los párpados cada uno a una altura.

—Dios mío... —soltó Sasha entre dientes, con una mano en el pecho, como la típica belleza sureña sorprendida en su salón por una visita inesperada.

—Esta es Sne..., Emily, mi amiga. Se encuentra bien, solo que... —Me ardía la cara por el horror, por la vergüenza—. Ayer la atracaron, por eso está así. Además, está tomando medicación.

—¿Que la atracaron? —Sasha miró a Sneak y después me miró a mí—. ¿A las dos os han robado recientemente... en la misma semana?

—Entra —le dije a Sneak mientras le daba las llaves. Jamie estaba a mi lado, con los ojos abiertos como platos por la emoción. No le quitaba ojo a Sneak mientras esta se alejaba—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Te hemos traído galletas. —Sasha señaló a Jamie, que llevaba una bolsa—. He cocinado una tanda de Capitanes América que se suponía que eran para una feria a la que, al final, no he ido. Y te he

traído esto. —Me tendió unos papeles—. Es información sobre un vecino que tengo a cinco casas, Roger Wardel. Se graduó en el MIT. Trabaja en bolsa. Está buscando un ama de llaves. Por favor, dime que ese no es tu nuevo coche.

—Es el coche de Sneak.

—¿De Sneak?

—De Emily.

—Ay, Dios. —Sasha respiró hondo y sacudió la cabeza—. Blair, en serio.

—¿Queréis entrar? Preparo café en un...

—¡Yo sí quiero! —exclamó Jamie—. Quiero ver la sangre otra vez. Mamá, ¿puedo?

—No, Jamie, no podemos. —Sasha se fijó en el hombre de la BMX, que se había parado para hablar con un amigo que conducía un coche con los amortiguadores recortados—. Este sitio no es seguro.

—En el apartamento estaréis a salvo. Y en la calle también. Jamie estará a salvo allí donde yo esté. —Puse una mano en el hombro de mi hijo y lo guie hacia mi bloque de apartamentos—. Tú, Sasha, puedes quedarte aquí o venir.

No era la primera vez que Jamie entraba en mi apartamento, así que sabía lo de la caja con chocolatinas que tenía en el estante junto a la puerta. Fue directo a por ella, pero le cogí la mano.

—Ven, que te quiero enseñar una cosa que creo que te va a gustar —le dije.

Fuimos a la cocina. Sneak había dejado un montón de ropa ensangrentada en la sala y Jamie se quedó mirándolo boquiabierto mientras caminábamos. Oí el agua de la ducha. El bote de helado seguía sobre la encimera, donde yo lo había dejado. Lo abrí. Me llegó cierto olor a animal y el olor seco del alpiste y de la hierba que había traído Sneak para que la taltuza comiera. La criatura estaba de pie, mirándome expectante con sus ojillos negros y brillantes. Me enfrenté al miedo que me subía por la garganta, cogí la taltuza y me la puse en la palma.

—¡Mira! —se la presenté a Jamie.

—¡Oooooh! —El niño se llevó un puño a la boca, emocionado—. ¡Hala! ¡Hala! ¡Hala! Una rata. ¿Tienes una rata de mascota?

—Es una taltuza. Una taltuza de Botta, más concretamente. Lo he buscado.

—¿Quién es Botta?

—El que inventó las taltuzas.

—¿Puedo cogerla?

—Claro que sí.

Dejé aquel cuerpecillo caliente en las manos de mi hijo, que me las tendía haciendo un cuenco con ellas. La taltuza olisqueó su nuevo destino y cogió el dedo índice de Jamie con sus diminutas garras rosadas. Daba la impresión de que la taltuza supiera que tenía libertad para ir de aquí para allí después de haber pasado el día metida en una caja, y empezó a caminar por la muñeca de Jamie, por el antebrazo, directa al hombro. Jamie se rio, la cogió y volvió a ponérsela en la mano. La taltuza empezó a subir de nuevo por el brazo del niño.

—Vaya, le gustas mucho. —Crucé los brazos y me quedé mirándolos con el corazón henchido de amor y de preocupación—. Mira cómo sube. Quiere darte un beso.

—¿Cómo se llama?

—Pues creo que no tiene nombre... o, por lo menos, nadie me ha dicho que se llame de ninguna manera.

—¿Puedo ponerle nombre?

—Por supuesto.

El chico pensó unos momentos, miró la bolsa de galletas del Capitán América que había dejado sobre la encimera y soltó:

—Hugh Jackman.

—¿Quieres que la llame Hugh Jackman? —Me reí con ganas—. ¿Por qué?

—Porque interpreta a Lobezno.

—¿Y por qué no llamarla Lobezno?

—Porque Hugh Jackman es mucho mejor.

—¿Y Hugh? ¿O HJ? ¿O Jackie?

—Hugh Jackman.

—Vale —me encogí de hombros—, pues Hugh Jackman. ¿Es tu Vengador preferido o algo así?

—¡Halaaa! —Jamie se tapó los ojos con la palma de la mano—. Lobezno es uno de los X-Men, no es de los Vengadores. ¡Jo, mamá!

Contuve el aliento. Parecía que Jamie no se había dado cuenta del error que acababa de cometer. Le acariciaba la cabeza a la taltuza ensimismado.

—Esto es lo más guapo que me ha pasado en la vida —dijo.

—Creo que eso es mucho decir. Me alegro de haber formado parte de ello.

Sasha tocó la bocina y salí a la puerta para hacerle una señal con la mano.

—Bueno, amiguito, mete a Hugh Jackman en su casa y asegúrate de que cierras la tapa.

Revolví la caja de las chocolatinas en busca de una Reese's de mantequilla de cacahuete, su favorita. En la puerta, Jamie me la cogió de la mano, se dio la vuelta y me echó los brazos alrededor de la cintura.

—Nos vemos, Blair —me dijo mientras se internaba en la oscuridad.

—Nos vemos, cariño —le respondí.

Cerré la puerta y me eché a llorar.

Soñé con Dayly. El mostrador del Pump'n'Jump se encontraba entre ambas, pero estábamos mucho más cerca de lo que habíamos estado aquella noche. La mezcla de revistas, caramelos y patatas y demás aperitivos fritos de la que estaba abarrotada la tienda había aumentado a nuestro alrededor, como si estuviéramos en una densa selva llena de lianas, y casi bloqueaba las ventanas. De hecho, por la ventana que más cerca tenía no había sino un hueco del tamaño de un plato de sopa, justo por encima de la caja registradora y desde el que se veía el aparcamiento. Sabía que allí fuera había alguien, mirándonos desde la oscuridad. Alguien malo.

«Ya llega —le advertí a Dayly—. Escóndete».

El pánico más absoluto me subió por el pecho, por la garganta..., y el móvil me arrancó del sueño de repente. Lo cogí y respondí. Aún era medianoche y estaba todo a oscuras.

—Ven aquí ahora mismo, joder —gruñó Sasha.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Jamie tiene una rata en el dormitorio. —Nunca había oído a alguien tan furioso por el teléfono como a mi amiga. Era como si estuviera obligando a las palabras a salir a través de los dientes—. ¡Una rata! ¡Una puta rata, joder!

—¿Qué...? —Me senté y me cogí la cabeza—. ¿Y qué coño tiene eso que ver conmigo?

—¡Dice que es tuya!

Un escalofrío me recorrió el cuerpo de abajo arriba. Me quité la sábana de golpe y me levanté de la cama tambaleándome. Cuando cogí el bote de helado, ya en la cocina, me pareció aterradoramente ligero.

—Ay, Dios.

—¿Le has dado a nuestro niño una rata como mascota? —aulló Sasha—. ¿Sin consultarlo conmigo?

—No —respondí al tiempo que tomaba nota mental de aquel «nuestro» para celebrarlo más adelante—. No, no se la he dado. La ha cogido él, o..., no sé. Algo ha pasado. Ha habido un malenten...

—Tengo a Francine Readley en casa —gruñó Sasha—. ¿Lo comprendes? La esposa del gobernador Readley. Están todos aquí. Todo el que es alguien en el puto vecindario está en casa y mi hijo tiene una rata en su...

—Ya voy.

Cogí las llaves del ganstermóvil. Sneak estaba tirada en el suelo, entre la mesita de centro y el sofá, con una almohada debajo de la cabeza, roncando a todo trapo. Había pastillas encima de la mesa. A oscuras, los puntos que le había dado en el lóbulo parecían arañas diminutas. Oía gritar a Jamie por el móvil, pero no entendía lo que decía.

—Espera, no hagas nada —le pedí a Sasha—. Esa rata no es una rata. Es una taltuza, y no es mía. Es un animal muy importante, ¿me entiendes? Es de...

—Será mejor que vengas cuanto antes, Blair. Voy a poner una ratonera en el dormitorio de Jamie y a cerrar la puerta. Si para cuando llegues está muerta, pesará sobre tu conciencia.

Llamando. Llamando. Llamando. Demasiado tarde para responder a un número desconocido. Golpeé el volante de piel de caimán con una mano y volví a marcar como una loca con la otra, conteniendo el aliento, negándome a rendirme. Los paseantes nocturnos de Jefferson observaban el coche desde las sombras en las que los sumían los comercios y las cafeterías cerrados. Pasé junto a un campamento de mendigos por debajo de un puente y vi formas moverse dentro de las tiendas, las cuales estaban cubiertas con ropas y toallas. Mi pulgar bailaba sobre la pantalla del móvil. Por fin, alguien respondía.

—¿Qué pasa?

—¿Quién eres? —pregunté.

Había mucho ruido al otro lado de la línea. Gente que reía, el ruido violento de una botella de cristal que se rompía en la calle, un sonido de bajo.

—¿Qué?

—¿Cómo te llamas?

—Miranda. —Una voz aguda y fresca, un tanto susurrada.

—Soy Blair.

—¿Crep? —Se rio.

—¿Dónde estás?

—En el Pig Pen. Fuera. —Aspiró con fuerza. Cuando volvió a hablar, la boca estaba lejos del móvil—. ¡Ponme un vodka! ¡Hielo! ¡Hielo! ¡Hielo, joder!

—Parece que te lo estás pasando muy bien.

—Todavía no. La puta fila no se mueve.

—Espero que puedas entrar pronto.

—¿Qué coño quieres? Ni siquiera sé quién cojones eres.

—No soy nadie. Tan solo quería hablar con alguien. Alguien que me escuchara.

Conocía el Pig Pen. Estaba en Culver City. Había pasado mil veces por delante con el autobús, camino del trabajo. El interior estaba pintado de rosa, con carteles frontales de neón rosa, una alfombra de pelo rosa pegada a la barra, raída y sucia de tantos miles de muslos y rodillas que habían pasado por ella. Un sitio de gente joven. En el exterior, pizarras en las que se anunciaban combinados en coloridas botas de vaquero de plástico. Mis ojos dejaron de ver la oscura carretera que tenía delante e imaginé a Miranda de pie en la cola con otras chicas, todas con cortísimas minifaldas brillantes, luces rosas que hacían que sus melenas rubio platino parecieran algodón de azúcar. Sentí el golpe del bajo en el pecho, olí la cerveza caída en el suelo, el vómito en los maceteros de palmeras. El sonido de la voz de Sasha en mis oídos lo reemplazó el de los guardias de seguridad pidiendo a la gente que se echase para atrás.

—Mira, Crep, este no es el número de los suicidas, ¿vale? —Y me colgó.

Para entonces, ya ascendía por las retorcidas colinas de Brentwood. Los paseantes nocturnos habían desaparecido y los únicos ojos que me observaban desde las sombras eran los focos de las cámaras de seguridad y los sensores de movimiento.

La casa de Sasha estaba llena de gente. Mujeres con vestidos que se les pegaban a las formas y tacones altos como torres. A un par de ellas las conocía de antes de mi gran caída, amiguitas de las fiestas de piscina o con las que había salido a correr mientras nos lamentábamos porque habían cerrado nuestra tienda de moda preferida de tostado de café o por lo caro que era que te limpiaran bien el coche. En la ventana de la sala de estar se distinguía una tropa de mujeres que

habían salido a ver mi llegada, en zapatillas y con una sudadera de Walmart. Se tapaban la boca y se llevaban la copa de vino al pecho. Ay, en qué me había convertido. No tuve que llamar a la puerta, Sasha la abrió de golpe.

—Tienes mucho por lo que responder —me espetó.

Levanté las manos como si me rindiera.

—Vuelve a la fiesta, que yo me encargo de la taltuza.

—No. —Sasha me siguió hasta el dormitorio de Jamie. En el sistema de sonido Sonos sonaba *Bette Davis Eyes* y la gente la cantaba en el jardín. Mis zapatillas abofeteaban el suelo de mármol a cada paso que daba—. Quiero que me cuentes cómo coño ha pasado esto.

Jamie estaba sentado en la cama, vestido únicamente con unos pantalones cortos de Super Mario. Nunca había visto a mi hijo tan abatido, tan agotado por la vergüenza. Lo cogí en mis brazos mientras Sasha cerraba la puerta.

—¿Qué has hecho, tontuelo? —le pregunté.

—Lo siento. Lo siento. Sé que ha estado mal —dijo entre sollozos.

A pesar de todo, se me escapó la risa.

—Dime, ¿qué ha sucedido?

—He guardado a Hugh Jackman en una caja de zapatos antes de salir a... —Le asediaban los sollozos—. Y cuando he vuelto... no estaba. Solo quería tener una mascota.

—Ya hemos hablado de eso. —Sasha estaba en una esquina, con los brazos cruzados—. Podrás tener un perro cuando cumplas los dieciséis, siempre en función de las notas. ¡No se roban las ratas de la casa de la gente! ¡Las ratas no son mascotas!

—Yo la busco. —Me puse de pie, me acerqué a Sasha, la cogí por los hombros y la llevé a la puerta. Me esforcé porque no pareciera que la empujaba, aunque cada fibra de mi ser me gritaba que lo hiciera—. Vete. Vuelve a la fiesta.

La ratonera ni estaba montada ni le habían puesto cebo. Se encontraba debajo de la cómoda y, probablemente, no era sino la manera que tenía Sasha de mostrar su enfado y de meter el miedo en el cuerpo del niño. La cogí y la dejé en un estante. Luego, me agaché y miré debajo de todos los muebles, uno a uno. Jamie se sentó en el suelo, a mi lado, con la cabeza entre las manos. Abrí su armario y empecé a buscar en cada zapato. Cada vez que llegaba a la punta, fruncía el ceño. En el par derecho de unas Nike Air Max 1 Ultra, mis dedos tocaron pelo caliente.

—Tengo buenas noticias —dije.

Jamie levantó la cabeza. Sacudí la Nike hasta que Hugh Jackman cayó rodando a mi palma, hecha una bolita de pelo marrón crespado, con sus zarpas rosas buscando algún sitio al que agarrarse. Jamie se me subió a los brazos y le di un beso en la frente.

—¡Soy idiota! —exclamó.

—No, no eres idiota. —Lo cogí por la mejilla y lo miré a los ojos—. Acabas de hacer una estupidez. Todos las hacemos de vez en cuando. Incluso yo. Pero si soy la reina de las estupideces. Eso es algo en lo que no puedes competir conmigo, chaval, así que no lo intentes.

Me abrazó y lo mecí un poco hasta que sus sollozos se apagaron.

Cuando salí de la habitación de Jamie vi a Sasha justo al otro lado de la puerta. Había mujeres en el pasillo, mirándonos. Erin Gaille, mi antigua compañera de tenis. Willow O'Leary, una antigua compañera del club de vinos y quesos. La famosa Francine Readley. Las saludé. Se volvieron y se apiñaron, como pájaros asustados. Me metí a Hugh Jackman en el bolsillo de la sudadera y cerré la cremallera para que no escapara.

—Mañana mismo, a primera hora, llevo a Jamie a que le pongan la vacuna del tétanos —comentó Sasha.

—¿Le ha mordido?

—¿Acaso importa? —me respondió con los ojos como platos—. Con estas cosas no puedes arriesgarte, Blair.

—Mira, lo pillo. De verdad. A mí también me dio miedo la taltuza la primera vez que la tuve en las manos. Se parece mucho a una rata. Además, uno tarda un poco en acostumbrarse a la sensación que produce cuando camina por tu cuerpo. Ahora bien, si le das una oportunidad, es muy mona. Además, Sasha, si no te ha mordido en los treinta primeros segundos, ¿a qué coño va a estar esperando? Piénsalo.

—Estás loca —dijo entre suspiros—. Te has... ¡Puaj!

—Entiendo que te...

—No. Lo que ha pasado me demuestra que no lo entiendes. Ser padre, un padre de verdad, es esta mierda, joder. Ser padre consiste en decir: «Oye, traer un animal lleno de piojos y parásitos a casa parece divertido, pero no lo voy a permitir porque mi hijo podría contraer la rabia y morir».

—¿Has consultado las cifras de muertes de seres humanos atribuidas a taltuzas? Seguro que sí.

—¿En qué estaba pensando este crío?

—Ni siquiera lo ha pensado. Es un niño. Quería una mascota, ha visto un animal y se lo ha traído a casa.

—¿Y en qué coño estabas pensando tú? —Señaló mi bolsillo—. ¿Por qué tienes una rata en casa?

—Se la estoy cuidando a una amiga. No es mía.

—¿La amiga con la que te he visto salir de ese coche horripilante? ¿La que estaba cubierta de sangre?

—¿Dónde está Henry? Quizá pueda explicárselo a él.

—No está. —Sasha miró a las mujeres que se arremolinaban al fondo del pasillo y se estiró la parte frontal del vestido—. Está en un viaje de trabajo. Olvídalo. Ya me lo explicarás por la mañana. No puedo más por hoy. —Hizo unos gestos con las manos como haría un mago que está realizando unos pases mágicos para sacar un conejo de una chistera y con los que me indicó que yo, mi vida, mis amigos, mi taltuza y la densa nube de problemas que representaba en el horizonte de su mundo ordenado, limpio, perfecto, podíamos marcharnos—. Vete.

La tropa de mujeres sentadas en las ventanas del salón era aún mayor cuando me iba. Cuerpos esculpidos a golpe de talonario recortados por las luces doradas del interior. Me detuve cuando llevaba recorrido medio camino de entrada y me di la vuelta para observarlas, a la espera de que salieran corriendo, avergonzadas, pero no lo hicieron, siguieron mirándome con atención. Les saqué el dedo y a todas ellas se les abrió la boca de golpe. Regresé al coche sonriendo.

JESSICA

Sanchez intentó pensar en cosas bonitas de color amarillo. Girasoles. Helado de limón. Playas. Pero el olor de la orina de Wallert no dejaba de emanar de las manchas por mucho que frotara, un olor que le provocaba dolor de cabeza, un olor animal; y lo único en lo que ella podía pensar era en su compañero, con su pene arrugado y colgante en aquella mano gorda, en la manera en que el chorro se retorcía a medida que salía y en cómo golpeteaba la alfombra como si fueran los pasos de un animal pequeño. El arco había sido amplio, por lo que Jessica avanzó de rodillas y frotó con el limpiador de alfombras hasta que empezó a salir una espuma de color amarillo pastel mientras empujaba a este lado y al otro las mojadísimas fibras de color crema. La camiseta que se había anudado alrededor de la nariz y de la boca estaba empapada. Se incorporó, aún de rodillas, y decidió reconocer que, en aquel momento, solo había un proyecto mental que la apartaría de allí, de las estrellas amarillas que poblaban el universo de color crema que tenía por debajo de ella. Así que se dejó llevar y pensó en Blair Harbour.

Se había equivocado con lo del sándwich de queso. Cabía la posibilidad de que también se hubiera equivocado acerca de lo que se veía desde la casa de Harbour. Aun así, tal y como había señalado Diggy, era posible que aquellas variables fueran insignificantes y que el caso siguiera siendo sólido. Sin embargo, Jessica sentía el calor en la oscuridad. Una fiebre extraña que subía y que la quería envolver. Se secó las manos y sacó el móvil del bolsillo de atrás. Buscó a Kristi Zea, la novia de Orlov, la única testigo del asesinato. La mujer no tenía perfil en las redes sociales y no había enlaces a información de ningún tipo sobre ella cuya fuente no fueran las páginas web que hablaban del asesinato de Orlov. Aquello era raro. Zea había sido una prolífica usuaria de redes sociales antes del asesinato, con varias cuentas en diferentes plataformas. Jessica dio por hecho que la joven se habría cambiado el nombre con intención de llevar una nueva vida.

Se levantó y fue hasta el ventanal roto, decidida a darse un descanso de las manchas de pis y a encargarse del cristal. No era buena idea dejarlo así, teniendo en cuenta que al hijo de Harbour le

encantaba saltar la puerta de celosía y darse un paseo por la casa cada vez que le apetecía. Miró los escasos productos que había comprado para las labores de limpieza. Ofuscada por la orina de la alfombra, no había pensado en el cristal. Se preguntó si habría una escoba y bolsas de basura en el garaje. Fue hasta allí, sin pensar, y abrió la puerta interior.

Fueron las luces las que lo propiciaron. Parpadeos fluorescentes que cobraron vida, ojos blancos que despertaban, luz reflejada en una superficie de cemento lisa y amplia, muy amplia. Jessica recordaba cosas diferentes cada vez que le venían aquellas ideas a la cabeza. Un cartel hecho de madera de pino y pulido con cariño encima de la puerta del garaje de Linscott Place: GARAJE-MAHAL, el regalo en broma de algún miembro de la familia, lo más probable. Un viejo sofá rojo. Una nevera para cerveza. Una alfombra. Fotografías enmarcadas en las paredes, coches de carreras y equipos de fútbol, un Chevrolet de color verde lima aparcado en un campo. La ondulante sorpresa del dolor que le había producido el pánico empezó a pasarle de la cabeza a los pies a medida que se volvía y veía a aquel joven agachado sobre la anciana, preparándose para darle otro mordisco.

Cuando sonó el timbre, Jessica se dio cuenta de que estaba de rodillas en medio del garaje de Bluestone Lane. Tenía las manos alrededor del cuello y el aire se negaba a pasar. Trastabilló hasta la puerta principal, se sacudió una sensación invisible que le subía por los brazos y por el cuerpo como arañas, como picores. Coger la pistola de la encimera fue un acto reflejo. No esperaba visitas amistosas.

Abrió la puerta de golpe y levantó el arma.

—Me cago en la puta... —Jessica suspiró y sacudió la cabeza. El enfado fue instantáneo y se llevó por delante, como una ola, el terror que la había atenazado en el garaje. Apuntaba a la mujer que estaba en su puerta con el arma amartillada a la altura de la cadera—. ¿Qué coño estás haciendo aquí?

Blair Harbour miró la pistola y después miró hacia la calle, donde un grupo de mujeres vestidas con licras para hacer deporte hablaban, paradas. Harbour era más mayor de lo que Jessica recordaba. La cárcel le había pasado factura en el rostro. Diez años sin comida adecuada, sin dormir bien, sin exposición al sol. Llevaba el pelo, de color chocolate, recogido en un moño bajo, unas zapatillas de deporte viejas, y una camiseta y unos pantalones que, a nada que se pusiera

una gorra, sin duda debía de ser el uniforme del trabajo de mierda que tenía, el único trabajo que habría podido conseguir desde que había salido de la cárcel.

—La respuesta no es fácil —respondió Blair—. ¿Puedo pasar?

—Creo que te has equivocado. La casa en la que vive tu hijo es la de detrás. No tengo nada de lo que hablar contigo. Voy a darte treinta segundos para que te vayas y después llamaré a la poli. —Jessica movió el cañón de la pistola hacia un lado—. Vete.

—Solo quiero hablar contigo.

—Pírate. Es mi primera y única advertencia.

—No es por mi caso.

Harbour levantó las manos. Tenía los ojos grandes, cargados de emoción. Jessica la recordó en el banquillo de los acusados. Recordó cómo aquellos ojos llenos de alma habían vagado a la deriva por el jurado, evaluando caras concentradas en las fotografías del escenario del crimen. Los grandes y curiosos ojos azules de un ciervo, como los de su hijo.

—Y tampoco vengo por mi hijo —comentó Blair al ver que Jessica no respondía—. Creo que le gusta que vivas aquí.

—No vivo aquí.

—¿Podemos hablar? —Harbour miró una vez más a las mujeres vestidas con ropa deportiva—. Estamos montando una escenita y tú no vas a dispararme, porque no supongo ninguna amenaza para ti. Vengo en son de paz.

Jessica pensó que había algo de lo más irónico en que la «asesina del vecindario» le viniera con que no había por qué disparar a personas que no supusieran una amenaza, pero no estaba de humor para hacer chistes sobre ello. Entró en casa, pero no bajó el arma. Por si acaso. Blair la siguió hasta la cocina del primer piso y se fijó en el jabón que se disolvía poco a poco en la alfombra del salón, que se veía desde el largo pasillo.

—Esto es lo que no va a pasar —empezó a decir Jessica cuando llegaron—. No pienso revisar tu caso para que puedas pedir la exoneración y una compensación por parte del gobierno; no pienso salir en un documental que hable de crímenes reales y que trate el tuyo; y tampoco voy a decirle cosas bonitas a un juez para que recuperes la custodia de tu hijo. Si has venido para disculparte porque crees en esas chorradas del círculo de los doce pasos, hazlo y lárgate.

—No es nada de eso.

—Entonces, ¿qué cojones quieres?

Blair miró a su alrededor en busca de algún sitio en el que sentarse o apoyarse, pero no había nada, solo el banco de la cocina, y, claro, de haberse sentado allí, habría estado demasiado cerca de la policía que la había arrestado. Prefirió quedarse de pie, sola. La detective no dijo nada cuando Blair acabó de contarle la historia sobre Dayly Lawlor y la investigación novel que estaban llevando a cabo la madre de Dayly y ella. La detective se quedó allí, sin soltar la pistola, con el arma apoyada en la encimera que separaba a ambas mujeres.

—No es que no sepamos por dónde seguir —añadió Blair, que se aclaró la garganta y esbozó una mueca ante aquel silencio punzante—. Hemos encontrado algunas buenas pistas, bueno, creo yo, pero estamos llegando al punto en el que nos vendría muy bien tener a algún agente del orden de nuestro lado. Sería de gran ayuda.

—Esa amiga tuya, la tal Sneak. Entiendo que fue a verte a ti, a preguntarte, porque eras la última persona que había visto a su hija con vida. Ahora bien, ¿por qué se ha quedado contigo? No eres investigadora privada, eres médica.

—Ya no. Me retiraron la licencia.

—Gracias al Señor. Pero ¿por qué no va a la policía?

—Puede que... —Blair suspiró hondo e hizo una pausa para valorar las alternativas—. Puede que la estén buscando.

—¿Estás de broma?

—No está segura.

—Vaya, vaya. —Jessica asintió.

—La desaparición de Dayly tiene algo que ver con la policía. Eso me quedó claro cuando fui a preguntar por ella. Me trataron... con violencia.

—Es probable que yo también te hubiera tratado de ese modo. Eres una asesina. No solo eso, estás en libertad condicional y te relacionas con criminales confesos. ¿Cómo es que no estás entre rejas de nuevo?

—He tenido suerte, aunque la agresión no tuvo que ver con eso. El detective que lleva el caso se llama Al Tasik. ¿Lo conoces?

—Puede.

—Me trató como si me estuviera metiendo donde no me llaman. —Blair se movió, inquieta, y miró hacia la piscina—. Desde entonces, ha intentado meterme de nuevo en la cárcel.

—¿Que lo ha intentado? ¿Te refieres a que él ha hecho su trabajo?

Blair cruzó los brazos y se quedó mirando la alfombra. Parecía que estuviera dándole vueltas a algo. Jessica la observaba. Sentía calor en las mejillas y en el cuello. Ese calor que le decía que algo iba mal, que

estaba luchando para el bando equivocado.

—Te pido que no hagas lo mismo —dijo Blair—. Si tienes la bondad.

—Tú pide lo que quieras.

—Puede que me haya equivocado al venir —dijo Blair entre suspiros.

—¿Eso crees?

—No lo habría hecho si no estuviera desesperada. Te lo aseguro, después de lo que sucedió, eres la última persona del mundo a la que querría ver.

Jessica apretó con fuerza la culata del arma.

—Sin embargo, estoy dispuesta a dejar de lado nuestra historia y a trabajar mano a mano contigo en esto —añadió Blair con cautela—. Sneak es amiga mía, y creo que su hija corre un riesgo real. Puede que tú solo estuvieras haciendo tu trabajo lo mejor que sabías cuando me detuviste, aunque estabas equivocada conmigo. No maté a Adrian Orlov porque estuviera paranoica o enfadada. Lo hice porque no tenía alternativa. Pensaba firmemente que iba a acabar con su novia allí mismo, delante de mí, y, como médico que soy, estoy entrenada para proteger la vida. No me creíste, pero todos cometemos erro...

Jessica negó con la cabeza.

—No hubo ningún puto error, Harbour.

—Aunque, como ya he dicho —Blair levantó una mano—, no estoy aquí para hablar de eso. He venido porque Dayly Lawlor me apuntó con una pistola y porque la pistola no me dio ni la mitad de miedo del que me transmitió lo que vi en sus ojos. Era como si se tratara de un animal perseguido, cazado.

Jessica observaba a la visitante a través del salvaje y cálido espacio vacío que las separaba, asediada en todo momento por la idea de lo que habían sido la una para la otra en su día: cazador y cazada. Cuando Blair miró a Jessica a los ojos, esta tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no apartar la vista.

—¿Podrías, al menos, ver qué es lo que está sucediendo en tu lado? ¿Podrías ver qué pasa con la investigación y por qué ese Al Tasik...?

—No sé lo que haré. Ahora mismo, lo único que quiero es ver que subes al coche y te largas de aquí con viento fresco.

Jessica salió de la cocina. Blair la siguió hasta la puerta principal. Delante de la casa de la policía había aparcado una especie de coche propio de un camello. Jessica se quedó maravillada por los resplandecientes cromados y por los adornos del capó. Imaginaba lo

que dirían de ella al día siguiente en la comisaría si algún coche patrulla hubiera visto aquel vehículo aparcado al lado del suyo justo delante de la casa. Blair Harbour apenas había cruzado el umbral cuando Jessica cerró la puerta de golpe y echó el pestillo.

Tres segundos.

La detective se quedó mirando cómo, inconscientemente, volvía a abrir el pestillo. Con una voluntad que parecía provenir de fuera de ella, abrió la puerta de par en par. Blair se detuvo en la escalera de entrada.

—El cuarto de baño de Orlov —empezó a decir Jessica—. ¿En el primer o en el segundo piso?

Blair la miraba con una expresión entre la confusión y el miedo.

—¿Cómo dices?

—Declaraste que Orlov y su novia estaban peleándose en el cuarto de baño. Que los viste desde la ventana de la cocina. ¿El cuarto de baño de la primera planta o el de la segunda?

Blair rebuscó en su memoria, con la cabeza gacha, mirando de aquí para allá el suelo que tenía a los pies.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Es una pregunta bien sencilla.

—Han pasado diez años. Fue una noche horrible. Intento no pensar en lo sucedido.

Jessica se mofó, pero hasta ella se sorprendió por lo sucia que había sonado la mofa.

—¿Alguna vez habías entrado en casa de Orlov?

—No.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—¿Cómo es que de eso estás segura pero no recuerdas qué baño era?

—¿A qué viene esto?

Jessica abrió la boca para responder, pero lo que fuera que había estado controlándola desapareció de repente. Cerró la puerta y volvió a echar el pestillo.

La detective se quedó mirando por los paneles de cristal que había junto a la puerta cómo aquella asesina que había arrestado hacía más de diez años recorría el camino de entrada a la casa en dirección a su coche.

BLAIR

Hacía muchos años que no soñaba con el asesinato. Los sueños siempre habían llegado inesperadamente, como ataques sorpresa en medio de una buena semana, cuando mi cerebro más lejos estaba de aquella noche de luces azules y sangre, sangre roja. A veces estaba embarazada, tal y como cuando había matado a Adrian Orlov, y, a veces, Jamie era un bebé que dormía en la cuna, en la preciosa habitación que yo misma le había preparado. Me encontraba de pie junto al ventanal de la cocina, mirando unas explosiones doradas, cegadoras, en el horizonte, por la costa; juerguistas nocturnos que se deshacían de sus fuegos artificiales después de medianoche. Un paisaje oscuro en llamas. Nunca había sido de los entusiastas del Año Nuevo, y como aquel año, además, no podía beber, había decidido pasar la noche sola, viendo en pijama reposiciones de *Sexo en Nueva York*.

Estaba en medio de uno de mis frecuentes viajes nocturnos al cuarto de baño cuando decidí pararme en la cocina para beber un vaso de leche. Justo en ese momento, como si los vecinos pudieran sentir mi presencia cansada, empezó a sonar la música en casa de Orlov. Suspiré, me incliné y miré la casa de al lado. Luz dorada en una habitación embaldosada. Kristi Zea entraba corriendo y abría un armario que la mano de su novio cerraba de golpe. El puño ancho de Orlov, un puño cuadrado, que iba hacia atrás como si tirara de él la cuerda de un arco y que salía disparado hacia delante y la alcanzaba a ella en la sien. Me pareció que aquel golpe tenía que haber hecho un sonido tan terrible que hasta me dio la sensación de que había podido oírlo desde donde estaba.

Abrí la boca de par en par. A continuación, llegó lo que lo cambió todo. No es que fuera una decisión, fue, más bien, un instinto que me dijo que bajara las escaleras y fuera cuanto antes a la casa de los vecinos en vez de dirigirme a mi habitación, descolgar el teléfono y llamar a la policía.

Estúpida. Arrogante.

Más tarde tuve claro lo que había sido: pura y ridícula bravuconería. La adrenalina me había asalvajado y me había hecho creer que era intocable. El que tuviera dentro de mí una floreciente

vida humana me convertía en una especie de dios. Era médica. Creaba vida. En alguna ocasión había traído a alguien de vuelta de la muerte. Milagros. La semana antes del asesinato había llevado a cabo una operación a una niña de cinco años que había quedado paralizada en un horrible accidente que había tenido lugar en la I-10. Sus terminaciones nerviosas eran tan finas como pelos, pero yo la había salvado de pasar la vida en aquellas condiciones. Después de aquello, intervenir en una pelea entre un hombre y una mujer en la casa de al lado me parecía un juego de niños. Entraría allí y sabría, exactamente, qué hacer, como en el quirófano. En cambio, camino de la casa de Orlov, arrogante, lo único que hacía era romper en pedazos mi propia vida un paso tras otro.

Entonces, sentí una mano en la boca.

Peso en la espalda.

De repente, ya no estaba en el viejo camino de entrada de mi casa de Brentwood, hacía once años, sino en el presente, en la cama de mi apartamento de Crenshaw. El sueño se desvaneció como un telón que cae y sentí algo que me raspaba la mejilla, la oreja. Una barba de pocos días. Él no decía nada. En las pesadillas que muestran en las series sobre crímenes reales, ellos siempre dicen algo: «No grites», «No te muevas», «No tengas miedo». Intenté levantarme, pero sentí su cadera sobre mi culo. Solté un alarido digno de un animal, un chillido agudo y primario lleno de sorpresa y rabia.

Llamé a Sneak, aunque un frío rincón de mi cerebro me decía que aquel hombre y yo estábamos solos en el apartamento. Pensé en el arma que me había ofrecido Ada y en que la había rechazado. Pensé en el arma con la que había matado a una persona y en lo sencillo que había sido. Mi cerebro empezó a recorrer una lista de hombres que había en las inmediaciones. El anciano con la escuela de guitarra cuyo nombre desconocía y que, probablemente, estuviera roncando en su cama a pocos metros de mí. Celeste, el chico que me había visitado aquella tarde para tocar Pearl Jam en mi puerta a cambio de chocolatinas, hacía mucho ya. Los hombres de las bicicletas. ¿Sería alguno de ellos? Todo aquel caos mental entró a saco en mi cerebro en cosa de segundos. De pronto, sentí que el hombre tiraba de uno de mis brazos hacia atrás.

«En cuanto te tenga atada, será el...».

No hizo falta que acabara de pensar en aquello. Tiré la cabeza hacia atrás, esperanzada, aunque sin saber adónde apuntaba. Le alcancé en la barbilla. Fue suficiente para sorprenderlo, para que

dejara de apretarme la boca con tanta fuerza que me estaba aplastando los labios contra los dientes y haciendo que sangraran. Cogí un pellizco de carne callosa entre los dientes y lo mordí con todas mis fuerzas. Un aullido. Me aplastó la cabeza contra las almohadas. Empezó a darme la vuelta. Intentaba que rodara sobre mí misma. Puede que pretendiera pegarme un puñetazo. Someterme. Sentí los brazos libres. Empecé a pegar puñetazos y patadas, gimiendo por el esfuerzo, por el terror que me embargaba. El hombre me soltó lo suficiente, allí, a oscuras, para que culebreara con intención de bajar de la cama.

Me cogió del pelo. En la cárcel, ese es el primero y el más sencillo de los errores que puede cometer el adversario. Un buen mechón de pelo del oponente es una buena asa con la que controlar su cabeza, pero le dejas libres brazos y piernas, que son sus armas principales. Con un bombeo suficiente de adrenalina, un luchador puede perder un buen mechón y no sentir, prácticamente, nada. Solté un puñetazo a oscuras, noté un muslo, vaqueros. Mi rodilla golpeó una bota en la alfombra. Volví a probar y me tocó el premio gordo. El hombre se dobló en dos encima de mí y, sin aire debido a que le había dado de lleno en las pelotas, se golpeó con la mesita de noche. Me soltó el pelo y se protegió las partes pudendas. Salí de debajo de él como pude y fui lanzándole cuanto encontraba camino de la puerta. Mi mochila de trabajo. El cesto de la colada. Un zapato. En el pasillo me azotó una oleada de náuseas y mareos porque mi cerebro no estaba siendo capaz de seguirle el ritmo a mi cuerpo, un cuerpo que solo pensaba en luchar y en huir. El hombre llegó y me cogió por el tobillo mientras me reponía en la puerta de la cocina. Hice un ruido sordo al caer al suelo.

JESSICA

—¿Qué tipo de experiencia quieres hoy, Jessica?

Jessica se estiró, reprimió un escalofrío cuando notó que el hombre le metía las manos entre el pelo y tiraba de ella con tanto cuidado como hacía siempre y que empezaba a acariciar y a presionar con suavidad aquellos músculos tensos de la parte baja del cráneo. Goren había vuelto a hacerle un hueco. No parecía que estuviera molesto, pero Jessica sabía que estaba empezando a tentar a la suerte. Aún tocada por la visita de Harbour, en la puerta de la casa de tres pisos de Brentwood había recibido un mensaje de Wallert: «Voy a matarte, hija de puta».

Había sido entonces cuando había sabido que necesitaba a Goren, que sin los tratamientos de aquel hombre no lograría dormir, que no conseguiría superar el trauma del día. A veces, él era su única manera de liberarse, de distraerse. Con él se dejaba llevar, porque él la alejaba de sí misma sin que tuviera que haber de por medio esa sensación de afecto mutuo que tanto la incomodaba y que tan culpable hacía que se sintiera. Ella pagaba y él le abría la puerta al más dulce de los alivios. Al final, se marchaba con una sensación de calidez e ingravidez, cansada. Era un buen sistema.

—Quiero jugar.

Jessica se volvió y vio la sonrisa irónica que esbozaba Goren y que se arrodillaba en la otomana, detrás de ella.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez —le dijo.

—Lo sé.

—¿Quieres mandar tú o que mande yo?

—Tú.

A Jessica le pareció oír que el hombre soltaba un susurro de excitación, aunque lo más probable era que estuviera fingiendo. Eso era a lo que se dedicaba, y tanto las mujeres como los hombres que fueran hasta allí sería justo eso lo que estarían esperando, esa misma excitación, y temerían ver que dejaba caer los hombros o que mostraba la más mínima reticencia. Todo el mundo quiere sentirse deseado. Anhelado incluso. Jessica se puso de pie mientras él la desnudaba con delicadeza. Le pasó las manos por las costillas mientras

le quitaba la camisa. Fue al armario grande y sacó una venda que puso sobre los ojos de la detective y que ató por detrás de la cabeza con maña. La guio a una habitación en la que hacía más calor y, en cierto modo, a pesar de estar a oscuras, Jessica se sintió más pequeña. No era la primera vez que estaba en aquella estancia, y sabía que las paredes eran rojas y que las cortinas eran oscuras, de terciopelo. Alguna vez había sido él quien llevara la venda y ella le había atado los tobillos a la mesa vertical con unas gruesas tiras de cuero. Jessica sabía que aquella gran mesa se podía ajustar en muchas posiciones con solo tocar unos pequeños interruptores dorados.

Tal y como solía hacer siempre él, la puso en la mesa y, primero, le ató con fuerza las tiras de cuero de los tobillos. Después, le ató el cinturón a la altura de las caderas, mucho más apretado aún, como a ella le gustaba. Jessica sintió que la tensión desaparecía de sus músculos de inmediato. La sencilla presión de las tiras se llevó el peso de las preocupaciones que la asediaban, el caso Harbour-Orlov, lo culpable que se sentía por el niño que tenía de vecino y la furia que la embargaba por lo que le estaban haciendo Wallert y sus demás colegas.

La tira que le sujetaba las costillas era su favorita. Le constreñía la respiración, lo que la llevaba a concentrarse en los latidos del corazón. Goren llevó la muñeca izquierda hasta el lugar que le correspondía y la ató con fuerza. Jessica sentía el aliento de Goren en la cara. Su entrepierna, dura y cálida contra la de ella. Intrusiones que parecía que fueran a producirse a medida que tenía lugar la rápida relajación. Una sirena a lo lejos. El chirrido de unas ruedas. Jessica suspiró, lo que hizo que sintiera la tira de las costillas más fuerte. Él le estaba poniendo la otra mano en su sitio.

Las puertas de tres coches que se cerraban de golpe. Cerca. Muy cerca. Delante de la casa. Jessica sintió que Goren hacía una pausa. Ambos se quedaron esperando.

—No pasa nada —le dijo él mientras le ataba una tira alrededor de la muñeca derecha.

Llamaron a golpes a la puerta de abajo. Tres golpes. Un sonido que Jessica había oído en multitud de ocasiones.

—¡Policía! ¡Abran!

—¡Mierda! —exclamaron ambos al mismo tiempo.

Él la soltó. Jessica se abalanzó hacia delante cuanto pudo con la esperanza de encontrarlo allí, inclinado sobre ella, desatándola. Nada. Se giró como loca a un lado y a otro, pero solo sintió vacío. Oyó los

pasos de Goren en el pasillo, fuertes, corriendo. El frío vacío en que la había dejado la partió en dos. Se quitó la venda de los ojos como pudo. Goren no estaba allí.

—¡Goren! ¡Goren, joder! —resollando. Casi aullando—. ¡Vuelve! ¡Vuelve! ¡No me dejes así!

Sabía que no había nada que hacer. Jessica estaba concentrada en desatar la hebilla de la muñeca derecha cuando oyó que la puerta de entrada se abría con un gran estrépito.

BLAIR

Un puñetazo en la nuca. Efectivo. Un puñetazo que me aturdió. Mi cara golpeó el linóleo estropeado. Mi cerebro me ordenó que me durmiera. La conmoción me iba cubriendo como una capucha. Sin embargo, una voz se abrió paso por mi cabeza, mi propia voz, palabras que les había dicho a cientos de niños que se habían caído de árboles o por acantilados, que habían sacado de coches aplastados, de los que se había apoderado la fiebre.

«No te duermas. Quédate conmigo. Escucha el sonido de mi voz».

El hombre estaba encima de mí, con un pie a cada lado de mi caja torácica. En un único movimiento, un movimiento violento, poniendo en el empeño todo lo que me quedaba, me propulsé hacia arriba. Aunque conseguí lanzarlo contra la pared, enseguida sentí su abrazo. Peleamos en la cocina. Yo lo arañaba, gruñía. Oí que el bote de Hugh Jackman se caía al suelo junto con el juego cuchillos, una taza y varios papeles. Le puse una mano en la cara a mi atacante y me valí del impulso para girar alrededor de él. Sentí crujir el panel de yeso cuando él volvió a abrazarme y me aplastó contra la pared.

—¡Suéltame! ¡Suéltame, joder!

Las palabras, meros aullidos, golpeteos en mi boca, eran irreconocibles por mucho que salieran de mis labios. Un perro que nunca ladra, que nunca gruñe, de repente, acorralado en una esquina. Nos chocamos contra la encimera. Cogí lo primero que tuve a mano —un azucarero para el café de los invitados— y se lo estampé en lo alto de la cabeza.

Con eso valió. El hombre se cayó de lado en aquella oscuridad y me zafé de él como si bailáramos, salí corriendo por la sala y me lancé hacia la puerta. Me temblaban las manos y las tenía resbaladizas, pero conseguí abrirla.

Salí corriendo a la noche y no miré atrás.

JESSICA

Pasos en las escaleras. Dos hombres. Jessica no sentía las manos. No iba a poder valerse de ellas. Toda la sangre del cuerpo la tenía en el corazón y en la cabeza. Había conseguido soltar la hebilla de las tiras de la muñeca, de las costillas y de la cadera, pero, cuando iba a por las de los tobillos, la puerta se abrió de golpe. Se agachó a toda prisa para esconder su cuerpo desnudo, pero tenía la mesa tan pegada a la espalda que tuvo que aguantar el equilibrio con una mano en el suelo para no caerse hacia delante. Las hebillas le cortaban en la parte delantera de los tobillos, una distracción que intentó paladear mientras notaba cómo la miraban.

—¡Policía! ¡Muéstrenos las manos!

—No puedo. —Jessica se tapó el pecho con una mano y apartó la mirada de los hombres que había en la puerta—. No puedo.

—¡Las manos, ahora mismo!

—¡Apagad las cámaras corporales!

—¡Señora, no se lo voy a pedir de nuevo!

—¡Soy policía, gilipollas! ¡Apagad las cámaras corporales!

Oyó que uno de los agentes sacaba una táser. El chasquido característico, el clic del seguro. Por la cabeza de Jessica pasaron imágenes tan devastadoras como claras de su cuerpo girando y retorciéndose por culpa de la descarga eléctrica del arma, todo ello grabado por la cámara corporal de los policías. Salir desnuda en el vídeo era mejor que salir desnuda y presa de una corriente eléctrica. Dejó de apoyarse en el suelo, dejó de protegerse los pechos con el brazo y se puso de pie poco a poco. No iba a levantar las manos. Aquella sería una indignidad que no podría soportar. Permaneció allí, atada, y por fin giró el rostro hacia dos hombres que no reconocía y que estaban en la puerta, con la táser desenfundada.

—Soy policía, tontos de los putos cojones.

Uno de ellos le miraba la entrepierna, el otro, los pechos. Ambos la miraron a los ojos al mismo tiempo. Jessica veía la lucecita roja de las cámaras corporales parpadeando a pesar de lo fuerte que brillaban las luces de la habitación. Abajo, en algún lado, otros agentes se encargaban de Goren. Jessica oía el abrir y cerrar de puertas y

cajones. Oía cómo Goren gritaba para quejarse.

—Si es policía, ¿qué coño está haciendo aquí? —le preguntó uno de los patrulleros que había en la puerta, un joven alto con una barba oscura y poblada.

—Eso no es asunto vuestro.

—Tenemos razones para creer que en este domicilio hay drogas y que se llevan a cabo actividades ilícitas que tienen que ver con la prostitución. —Hizo una pausa y miró a su compañero. De pronto, en la comisura de sus labios se dibujó una ligera sonrisa—. Vamos a arrestarla de cara a futuras investigaciones. Señora, por favor, eh... ¿Podría soltarse de...? —Señaló las tiras de cuero—. O puede que necesite ayuda.

—No necesito tu puta ayuda.

La detective se agachó y soltó las hebillas de los tobillos. Su cuerpo estaba empezando a ceder a temblorosas oleadas de humillación, a la punzante sensación que le producía saber que las cámaras estaban grabándola, registrando cada uno de sus movimientos, igual que los propios agentes. Cuando se incorporó, los pilló sonriendo, riéndose en silencio, el más bajo incluso se dio la vuelta. Jessica oyó más agentes por el pasillo. Se tapó la entrepierna con una mano y los senos con el brazo.

—¿Puedo coger mi ropa de la habitación de al lado?

—Por supuesto —respondió el agente más alto con el gesto casi normal cuando consiguió controlar la risa—. Chicos, dejadla pasar.

Los agentes del pasillo se apartaron para que saliera de allí. Jessica no podía mirarlos a los ojos. Se vistió sola en el dormitorio mientras oía cómo se reían de ella.

BLAIR

—¿Hola?

—Hola. Siento..., siento mucho llamarte a estas horas. Es que... necesito... De verdad, lo siento muchísimo, mucho, pero...

—Por el amor de Dios, joder, ¿quién es?

—Me llamo Blair. No me conoces.

—¿Llamas desde una cabina telefónica?

—Sí, lo siento mucho. Es que necesito hablar con alguien. Siento mucho haberte despertado.

—Joder, cariño, no me has despertado. Estos días no duermo casi nada. Mi casa se llena de *gremlins* cada dos semanas. Oye, ¿estás bien? Parece que te falte el aliento.

—Estoy bien. No me pasa nada. ¿Has... has dicho *gremlins*?

—Los hijos de mi hermana. Tiene un segundo trabajo en un aserradero, el turno de noche. La fábrica no para en todo el día. Por eso hablo bajito, esos cabrones acaban de dormirse. Los niños no saben nada de la vida. No les gusta dormir. No les gusta la comida. No saben la piel y el pelo tan maravillosos que tienen. Yo me quedé calvo a los quince años. Como un huevo. En dos semanas. Como si se me hubiera caído el pelo de un susto.

—¿Qué edad tienen los niños?

—John, siete y Maggie, tres y medio. Bueno, dime, ¿para qué llamas? ¿Es una de esas llamadas para hacerme una encuesta con la que podría ganar un premio?

—No, no, lo siento. No ofrezco nada.

—Una vez, mi tía recibió una llamada como esta, así, de noche. Le dijeron que había ganado un crucero de cuatro días. Se lo contó a todo el mundo. Resultó que no era más que una mentira cochina. Lo único que querían era que les diera el número de la tarjeta de crédito. ¡Oh, Dios mío! ¡Mierda! Venga, Johnny, vuelve a la cama.

—Oh, no.

—No pasa nada. De verdad. Solo es una de esas encuestas. Vuelve a la cama y no... Jooodeeer..., has despertado al bebé. ¡Fiesta!

—Lo siento mucho.

—No pasa nada, no te preocupes. En casa del tío Shane siempre

estamos de fiesta, ¿eh? ¿A que sí, Mags? ¿Quién quiere leche?

JESSICA

Diggy estaba firmando los formularios en la recepción de la comisaría de policía de la comunidad de Wilshire cuando llevaron a Jessica de las celdas. La camisa con la espiral de Fibonacci de esa mañana era de un brillante color azul y estaba llena de imágenes de malvados hombrecitos con chistera que se retorcían el bigote. La agente que estaba en la recepción observaba la camisa con atención. Jessica pensó que no iba a poder soportar tener que estar allí plantada, de pie, mientras tenía lugar el encuentro de Diggy con su amor verdadero, así que cogió al forense del brazo y lo apartó de la mirada de la otra policía.

—Tengo una pregunta —dijo él con el dedo levantado.

—¿Qué?

—¿Dónde se consiguen más de diez litros de orina humana en tan poco tiempo?

—¿Diez litros?

—De acuerdo con las botellas que quedaron en el lugar y dando por hecho que todas estuvieran llenas, o casi: diez litros.

—Mendigos.

—¡Ah, lo que imaginaba! —Diggy asintió—. Un colega del laboratorio decía que tenía que ser tuya, pero yo no estaba nada de acuerdo. Tú eres una persona que se preocupa por su hidratación, y esa orina olía a alguien muy poco preocupado por lo que bebe.

—¿Has olido el coche?

—Todos lo han olido. Apestaba los dos pisos del aparcamiento. Algunos bajaron a ver el coche cuando Wallert subió gritando hecho una furia, pero me pareció innecesario ver la escena.

Jessica sonrió. Se apreciaba algo de tensión en su rostro por el miedo que había pasado las últimas horas, sentada en una celda.

—Va a tener que deshacerse del vehículo —comentó Diggy mientras salían de la comisaría.

—Sé que estás intentando que me sienta mejor por lo de la grabación de mi arresto en la que aparezco desnuda. —La luz del sol le molestaba en los ojos. Dos agentes obligaban a bajar de una furgoneta a un montón de pandilleros a los que acababan de sacar de

las calles—. ¿Ha corrido ya por el departamento?

—A mí me la han enviado por correo electrónico. —El forense cruzaba la calle mirando al suelo—. Y a mi colega también, así que, si ha llegado a la oficina de los forenses, da por hecho que...

Jessica asintió.

—Jessica —empezó a decir Diggy mientras entraban en su inmaculado coche—, te sorprendería lo comunes que son hoy en día las prácticas sexuales en las que se ata a uno de los participantes. Además, en el actual clima sociosexual...

—Déjalo —dijo la detective mientras levantaba la mano.

—Vale.

Condujeron un rato en silencio. Jessica se dio cuenta de que le olían los sobacos y esbozó una mueca. Los calabozos apestaban a mujeres que recuperaban la sobriedad y a cuerpos sudorosos, incluido el suyo.

—Dime qué tal vas con la investigación de Harbour —le preguntó al forense.

Diggy se puso recto. Un par de actores jóvenes imbuidos en un guion, haciéndose gestos exagerados el uno al otro, cruzaban la calle por delante de ellos en el semáforo. Jessica consultó el móvil y comprobó que tenía cinco llamadas perdidas del capitán Whitton y ocho de compañeras que había conocido a lo largo de la carrera. Una de ellas trabajaba en Glendora. El vídeo se estaba expandiendo como un incendio en el más seco de los veranos, de policía a policía, ascuas que lo llevaban de aquí para allí por todo el condado en dirección este.

—El arbusto en cuestión es un manzanita Baby Bear, del género *Arctostaphylos*, para los entendidos. Eso lo descubrí yo solo. Luego, consulté con una botánica. Aunque no es que sea una botánica, es la botánica. La doctora Ramona Bulle, presidenta de la Sociedad Botánica de Estados Unidos. Se tomó la pregunta muy en serio. Mucho. Yo diría que no ha dormido desde que le presenté la situación. Recibo informes cada hora. —El móvil del forense emitió un sonido metálico, como si acabara de llegarle uno en aquel mismo instante—. En estos momentos está analizando los patrones de contaminación producida por los vehículos en la zona en aquella época para determinar su efecto en el crecimiento de la especie que nos ocupa.

—Madre mía.

—Ya te digo. —Diggy miró a Jessica—. Hay científicos y, después, hay gente obsesiva. Discípulos de Frankenstein que caen en pozos muy

profundos durante una investigación y se vuelven locos.

—¿Y puedes llegar a alguna conclusión con lo que te ha comentado hasta el momento?

Diggy hizo una pausa.

—No me gusta extraer conclusiones cuando los datos que tengo no están comple...

—Diggy.

—En efecto, podría haber crecido tanto en ese tiempo. —La miró —. Te lo dije. Esa clase de arbusto podría haber crecido lo suficiente en tres semanas para tapar la ventana del lavadero que hay en la planta baja.

Jessica permaneció en silencio.

—Así que cabe la posibilidad de que te equivocaras con lo del arbusto. Y, desde luego, en lo del sándwich de queso no estabas en lo cierto. Mi mentor me ha respondido. Dice que está segurísimo de que es el mordisco de un hombre. En cualquier caso, Jessica, estos detalles son...

—Lo pillo. Son piezas de un puzle.

—¿Te apetece desayunar?

—No, voy a asearme, a cambiarme y a empezar a buscar a Kristi Zea. Quiero volver a oír la historia de su boca. —Suspiró—. Aunque, primero, déjame en la casa de Bluestone, que quiero asegurarme de que eso de que Wallert me echara a la policía de Wilshire no fue una escena de una representación mucho mayor.

Condujeron por Brentwood en silencio. A uno y otro lado de la calle había cuadrillas de jardineros descargando el equipo de sus camionetas sobre los céspedes inmaculados, y paseadores de perros con zapatillas de colores y unos peludos preciosos atados junto a ellos. Jessica se puso tensa cuando descubrió el coche de seguridad privada a dos caminos de entrada de la casa de Beauvoir. En el asiento delantero se encontraba un guardia hablando por radio, observando el porche con prismáticos. En el porche había tres mujeres, esperando. Jessica reconoció a Ada Maverick, que estaba apoyada en la ventana delantera, dejando caer la ceniza en una de las macetas. Blair Harbour estaba sentada en las escaleras, con la cabeza entre las manos; tenía la cara ensangrentada, como si le hubieran dado una paliza. Jessica no conocía a la tercera mujer, que iba de un lado para el otro hablando consigo misma.

—Pero ¿qué...? —exclamó Diggy mientras aparcaba despacio frente a la casa—. ¿Quiénes son...? ¿Esa no es...?

—Gracias por traerme, Diggy —le dijo la detective mientras abría la puerta.

—¿Esa no es Harbour?

Jessica salió del coche y se acercó a la casa.

BLAIR

Jessica Sanchez pasó por mi lado mientras yo me ponía de pie como podía en su porche. Abrió la puerta de la casa y entró antes de que me diera tiempo a darle ninguna explicación. Sneak entró por detrás de ella sin siquiera mirarme. Nos reunimos en la cocina, pero Ada se tomó su tiempo para llegar porque iba observando las vistas desde los ventanales, uno de los cuales estaba roto, con el hueco tapado con papel de periódico y los restos de cristal amontonados en el porche trasero. Nada más llamar a Sneak, al amanecer, me había dado cuenta de que había cometido una equivocación. Mi amiga seguía colocada aún en la cocina de Jessica y no dejaba de pasarse la lengua por los dientes delanteros, por detrás de sus resecos labios, y de mover los ojos de un lado para el otro sin descanso, al tiempo que musitaba cadenas de palabras que escapaban por su boca pero que apenas nos llegaban en aquella estancia tan grande.

—Una casa muy muy bonita. Cara, ¿eh? Demasiado para una... Es que esto vale millones. Millones y más millones. Aunque, ¡quién sabe...! Quién sabe..., ¿eh? Podría ser que...

—¿Qué coño te ha pasado? —me preguntó Jessica.

Parecía que la detective estuviera agotada. Tenía el pelo, aquel pelo negro y largo suyo, sucio y enredado. Había estado esperando que me ladrara, igual que la vez anterior, por haber aparecido sin avisar en la puerta de su casa solo unas horas después de que me hubiera echado y, además, en aquella ocasión, con el apoyo de otras dos criminales. Miré a Ada y a Sneak, y me pregunté cómo podía empezar a defenderme.

—Esta noche me han atacado en mi apartamento, pero he conseguido escapar y no sabía adónde ir. Las he llamado a ellas para que supieran que venía aquí y para decirles que estaba viva. No les he pedido que vinieran, pero...

—Blair dice que puedes ayudarnos a encontrar a Dayly —soltó Ada a bocajarro—. He venido para comprobar cómo es posible.

De la casa se apoderó un silencio violento que solo rompían los pasos de Sneak. Jessica se quedó mirando a mi compañera unos instantes y guiñó los ojos para fijarse mejor cuando se dio cuenta de

que le faltaba el lóbulo de una oreja.

—Jessica... —Hice un gesto para señalar a Ada—. Esta es...

—Sé quién es Ada Maverick.

—Todo el mundo lo sabe. —Ada esbozó una sonrisa gélida.

—¿Ya os...? —empecé a preguntar.

—La última vez que la vi, la detective Sanchez formaba parte de una patrulla que intentaba detenerme por la posesión de unas pocas armas.

—Un contenedor lleno —la corrigió Jessica.

—Una de mis aficiones principales consiste en importar y vender antigüedades curiosas y ropa de lujo —me explicó Ada, encogiéndose de hombros con aire inocente—. Había un error en el manifiesto de carga y ahora la detective Sanchez tiene la desafortunada idea de que soy una especie de traficante de armas internacional.

—«Terrorista» podría ser otra manera de llamarlo —soltó Jessica.

—Qué teatrera —respondió Ada mientras ponía los ojos en blanco.

—Supongo que esa es la madre de Dayly —dijo Jessica, señalando con la barbilla a Sneak, que observaba la piscina.

—Millones y más millones —pronunció Sneak.

—No lo está llevando nada bien —comenté.

—Lo siento, pero no puedo ayudaros. —Jessica levantó las manos —. Ahora mismo estoy de mierda hasta el cuello.

—¿Tu estreno cinematográfico no le ha sentado bien al capitán? —le preguntó Ada.

A Jessica se le puso el cuello rojo.

—¿Dónde lo has visto? —le preguntó a Ada.

—En YouTube.

—Genial.

—¿De qué estáis hablando? —les pregunté.

—De nada. —La detective se rascó el cuello—. Blair, si te han asaltado en tu casa, deberías denunciarlo a la policía. Tu apartamento es un escenario del crimen. Enviarán un equipo para que investigue.

—Ya te he explicado por qué no puedo hacer eso —le dije mientras me cubría la boca y la nariz. Estaba tan furiosa que la voz me salía a gemidos.

Durante quince minutos, después de haber dejado encerrado a mi atacante en mi apartamento, me había escondido en un callejón, llorando e hiperventilando, intentando, aunque sin éxito, quitarme de la cabeza lo que acababa de sucederme. Unas horas después, cuando había regresado al apartamento, había descubierto la puerta abierta,

la casa vacía y el bote de Hugh Jackman tirado en la cocina, sin la tapa. El animal, claro está, se había escapado. Aquello había hecho que volviera a echarme a llorar.

De vuelta en la mansión de Jessica, respiré hondo y cerré las manos con fuerza.

—Mira, ayer, cuando me marché de aquí, no me dijiste que no. Me comentaste que no sabías lo que harías. Espero que fuera porque eras consciente de que no debías darle la espalda al caso de una joven desaparecida porque alguien como yo lo había puesto en tu conocimiento.

Jessica suspiró, cansada, y vi una brecha.

—Ada, Sneak y yo somos expresidiarias. Somos mala gente, vale, pero estamos intentando hacer algo bueno. Dayly nos necesita.

El clac de la cerradura de la valla de la piscina llamó nuestra atención. Miramos afuera por los ventanales de la cocina y vimos a Sneak desnudándose poco a poco junto al bordillo. Nunca habría imaginado que tuviera tantos tatuajes, desde hadas y mariposas bailarinas alrededor de las caderas hasta una serie de huellas de perro en su redondo y blanco culo. Se metió en el agua y se lanzó de espaldas, como si fuera a ponerse a hacer largos en una piscina olímpica, camino de la zona más profunda con la barbilla fuera. Seguía murmurando. Jessica me tocó en el hombro con el suyo.

—Ven, quiero que hablemos a solas —me dijo.

La seguí hasta el porche de atrás, más allá de la piscina, hasta la puerta trasera del jardín. A través del follaje se veía la casa de Sasha. Agarré la puerta de madera, que, sin duda, era por la que mi hijo accedía a la casa de Jessica para hacerle las visitas. Estaba tan cerca del mundo que deseaba y, al mismo tiempo, tan lejos como cuando había barrotes y muros entre Jamie y yo, por mucho que ahora solo hubiera hojas y una celosía. Jessica encendió un cigarrillo y le dio una calada profunda.

—No me dijiste que Ada Maverick estaba metida en esto.

—Sí, es verdad, me lo salté.

—Te voy a dejar una cosa muy clara. En cuanto salgas de esta casa, tienes que hacer lo imposible por dejar de relacionarte con ella y conseguir perderla de vista.

—¿Qué? ¿Por qué? Nos ha ayudado mucho.

—Esa mujer huele el dinero, que es por lo que le interesa este tema.

—Nos ha dado cinco mil dólares para que sigamos con la

investigación —me quejé.

Ada estaba de pie en el borde de la piscina, donde no podía oírnos, fumando y observando cómo Sneak hacía largos en el agua como un gato observaría a un pez en una pecera.

—Ese dinero es una inversión, te lo aseguro. Conozco a esa mujer. Esa no hace nada por poseer un corazón bondadoso. Si os está ayudando es porque piensa que, a la larga, habrá merecido la pena. Sabes de dónde viene, ¿no? Si Dayly se ha mezclado con pandilleros y con camellos, eso es dinero. Si hay policías corruptos metidos en el caso, eso es dinero. Si la ha secuestrado alguien que quiera pedir una recompensa por ella, eso es dinero.

—Te equivocas. Nos está ayudando porque me debe una. Le salvé la vida a un miembro de su familia. A un bebé. En la cárcel no me devolvió el favor porque no quería que la gente se enterara.

Jessica se rio sardónicamente.

—Sí, vale, es una tarada violenta —admití—, pero tiene claro cuándo hay que devolver un favor.

—Será tu funeral —concluyó Jessica, que se encogió de hombros.

—¿Nos vas a ayudar o no?

La detective me miró a los ojos. Indagaba en ellos. Me quedé quieta, si bien no sabía muy bien por qué, sin saber qué pretendía ver en mí y preguntándome si solo vería a una criminal que había vuelto a su vida para provocar más caos, para proporcionarle aún más oscuridad que la vez anterior. No quería que me mirase para determinar si merecía la pena ayudarme. Era en Dayly en quien tenía que pensar. Sneak, sentada en el bordillo de la piscina, observaba admirada la liviana capa de color azul marino que se arrastraba por encima de las afueras de la ciudad hacia la falda de las montañas. Jessica tiró el cigarrillo en aquel jardín exuberante y cruzó los brazos. Parecía que hubiera tomado una decisión.

—¿Quién te ha atacado?

—No lo sé. Estaba todo muy oscuro. Lo más seguro es que haya sido Tasik. Al fin y al cabo, ya me ha echado encima a un agente de la condicional.

—Eso habría sido ir demasiado lejos, ¿no te parece? El tipo no hizo sino lo que cualquier agente de policía en su sano juicio habría hecho: pedir a los de condicional que vayan a visitar a alguien que se está comportando de manera extraña..., ¿y de repente intenta violarte en tu propio apartamento?

—No tengo claro que lo que pretendiera fuera violarme.

—¿Podría tratarse de alguien que tenga relación con Sneak? O con Ada. Cuando dejas entrar en tu vida a gente como esta, te van a...

—No has respondido a la pregunta. ¿Vas a ayudarnos?

Jessica no me miraba.

—Comprobaré qué es lo que tienen sobre el coche que te robó la chica —dijo por fin— e investigaré a ese Tasik para ver si descubro por qué está tan interesado en darte por el culo. Y punto.

Me pareció demasiado peligroso celebrar aquella victoria, pero sentí una explosión en el pecho, una explosión de relajación y de emoción al mismo tiempo. Sentí la necesidad de abrazar a Jessica, aunque, de inmediato, la idea me produjo repulsión. De pronto, noté que aparecían la furia y el odio hacia aquella mujer por lo que me había hecho en su día, porque, después de que hubiera puesto mi vida patas arriba hacía diez años, ahora la necesitaba. Me puse en tensión y se lo hice notar, decidida a no dejarle ver lo agradecida y confundida que me sentía.

—¿Qué nos recomiendas que hagamos?

—Siento curiosidad por eso del paracaidismo. Has dicho que el folleto estaba en el escritorio de su habitación, que no tuvisteis que rebuscar para dar con él.

—Eso es.

—Eso significa que es reciente.

—Eso parece, sí.

—Id a comprobar esa pista.

Sneak estaba de pie, desnuda, junto a la valla de la piscina, con los pechos y la tripa pegados al cristal de tal forma que parecían dónuts de azúcar aplastados.

Jessica se volvió hacia mí:

—E intenta mantener bajo control a tu camarilla de expresidiarias.

Oí unos pasos apagados sobre la hierba, rápidos, y no tuve tiempo de darme la vuelta antes de que la puerta de madera que tenía al lado empezara a moverse violentamente porque Jamie estaba trepando por ella. Levanté la mirada y vi a mi hijo por encima de la celosía emparrada, tocado por un halo de sol matutino.

—¡Vaya! —dije entre risas.

—Eso digo yo. ¿Qué haces aquí? —me preguntó.

Recordé que Sneak estaba desnuda en la valla de la piscina, pero cuando me volví hacia ella, se había sumergido de nuevo en el agua. Ada miraba a Jamie con interés. Esperé que Jessica respondiera a mi hijo, pero la detective se estaba mirando las uñas y me había dejado a

mí la respuesta a aquella cuestión.

—Pues he... he venido a hacer una visita. —Hice un gesto para señalar a Jessica—. ¿He venido a ver a mi..., eh..., amiga?

Jessica levantó la vista y me miró. Echaba chispas por los ojos.

—¿Estáis celebrando una fiesta? —nos preguntó Jamie—. ¿Quién es la que está junto a la piscina?

—Chaval, ¿no deberías estar preparándote para ir al cole? —le preguntó Jessica.

—¿Y no deberías estar tú resolviendo crímenes? —le contestó el niño, moviendo la cabeza, con aire pícaro y como si estuviera orgulloso de su respuesta. Me mordí la lengua mientras veía cómo las ruedas y los mecanismos de su mente trabajaban a todo trapo. Me señaló—. Oye, un momento, ¿os conocéis de...?

—Jamie, será mejor que...

—¿La cárcel?

Ni Jessica ni yo respondimos.

—Porque tú metes a gente en la cárcel, ¿verdad? —dijo Jamie mientras señalaba a Jessica—. Y tú estuviste...

—En una clase de tejer —soltó Jessica. Todos la miramos—. Nos conocimos en una clase de tejer. A ambas nos gusta. Juguetes. Jerséis. Y a ellas también. —Señaló con el pulgar a Ada y a Sneak—. Pertenecemos a un círculo de tejedoras.

Sneak estaba al final de la piscina, al parecer, conversando entre susurros con el filtro.

—No sabía que tejieras —me dijo Jamie, que me miraba escéptico.

—Es que no se me da muy bien. Venga, colega, ve a prepararte para el colegio —le dije mientras le frotaba el brazo.

Mi hijo se alejó dando saltos como un conejo alegre en dirección a la casa de Sasha.

—¡Te quiero! —le grité.

A lo que respondió haciendo un ruido como que vomitaba.

—Normalmente me responde: «Y yo a ti» —le aseguré a Jessica, que no dijo nada—. Un círculo de tejedoras, ¿eh?

—Que te jodan. —Jessica me miraba con desdén.

—Pues yo sé tejer —comentó Ada con una sonrisa mientras movía el cigarrillo de un lado a otro—. Es de gran utilidad saber hacer una serie de nudos. Considero que hacer nudos es una buena habilidad para la vida en general.

Sentí un escalofrío. Si Ada había oído la conversación que habíamos mantenido con Jamie para meter baza, era probable que

hubiera escuchado la advertencia que me había hecho Jessica, eso de que me deshiciera de una compañera de equipo tan peligrosa. Me dio la sensación de que Jessica estaba pensando lo mismo. La detective suspiró y se metió en la casa.

Querido John:

No sé qué decir respecto a lo de tu confesión de lo del indigente. Me dices que me deje llevar, que siga lo que me dicte el instinto, esa voz de mi interior que me pide que lo mande todo a la mierda, y entonces vas y me cuentas que la primera vez que lo hiciste tú, mataste a una persona inocente. Desde luego, no es lo mejor que me podías decir para animarme a ir en busca de la libertad. En cualquier caso, tienes razón, noto que esto se me va de las manos. El otro día perdí —bueno, me salté— una clase del centro de estudios superiores para ir a una fiesta con el imbécil de mi novio. No me respeta mucho, pero sigo colgada de él. Es la primera clase que me salto en la vida. En serio. En la fiesta, disfruté de esa sensación de imprudencia. De hecho, estaba pasándomelo tan bien que me coloqué hasta tal punto que, durante un tiempo, ni siquiera supe qué hacía allí. Recuerdo a un tipo que iba de un lado para el otro con una serpiente amarilla al cuello. Nos marchamos de la fiesta en el coche de no sé quién y fuimos a no sé dónde. Puede que a las montañas. Al día siguiente, la sensación de que la realidad volvía a entrar en mí a raudales me mareaba. Era como si un enorme monstruo hubiera echado abajo la puerta de casa y hubiera entrado a saco. Me paso el día enfadada. ¿Por qué tengo que hacer esto? ¿Y por qué tengo que hacerlo sola?

Me siento fatal por hablar de lo enjaulada y perseguida que me siento a sabiendas de que tú pasas veintitrés horas al día encerrado en una celda. Acabo de ver el documental de Louis Theroux sobre San Quintín. No sabía que tu celda fuera de malla metálica. Ni siquiera ves bien el exterior. Pensaba que habría barrotes, sí, pero que verías algo a través de ellos, gente paseando. Puede que una ventana. Creo que, si de verdad tuvieras escondida una bolsa de dinero por ahí, intentarías dar con una persona que fuera a compartir contigo las aventuras que corriera con esa pasta. Hasta cierto punto, sería como si fueras con ella. Podría enviarte postales. Aunque, claro, ya sabes cómo suele ser eso: te envía unas pocas, se aburre y deja de hacerlo, momento a partir del cual no podrías sino preguntarte qué está haciendo, si la han asesinado en Colombia mientras se relajaba en la playa y si, ahora, tu dinero no lo tendrán los cabrones de algún cártel. Eso sería una tortura, ¿no? Mientras sepas dónde está el dinero, el poder lo tienes tú. El potencial.

Se supone que esta noche he de ir a clase, pero tengo una bolsa de hierba y ninguna sensación de pánico o de miedo en el cuerpo me dice que no debería saltármela. Mañana por la noche hay otra fiesta y otra clase. Al parecer, a la fiesta van a ir algunas personas peligrosas. Parece divertido. Si te digo la verdad, no me siento culpable al pensar en los problemas que podría traerme seguir de esta forma. ¿Me estaré convirtiendo en ti? ¿Estaré siguiendo los pasos de mi padre? Como deje de asistir a las clases, perderé la plaza, perderé la beca y, probablemente, acabe en la calle, como mi madre. ¿Qué debería hacer

para que no suceda? ¿Estaré rebelándome contra el destino?

Deberías decirme si de verdad tienes dinero escondido o no. Me estoy volviendo loca de pensar en ello.

Hablamos pronto,

DAYLY

BLAIR

Necesitaba dormir. No era lo más inteligente, dado que era posible que tuviera una conmoción cerebral, pero tenía turno por la noche en el Pump'n'Jump y necesitaba descansar. Los brazos y las piernas me pesaban el doble de lo normal. Dejé a Sneak en la cocina, aún mojada, buscando a Hugh Jackman en todos los cajones y los armarios. Estaba claro que el bicho se había ido, pero me parecía cruel decírselo. La taltuza estaba domesticada, sin embargo lo más seguro era que hubiera salido por la puerta cuando, bien mi atacante, bien yo, la dejamos abierta. Intentaba no pensar en que el hecho de que estuviera domesticada la habría convertido en presa fácil de los gatos, de los halcones y de los coyotes. Ya no la consideraba solo un animal. E iba a ser una presa fácil.

Me despertaron unos arañazos feroces y me levanté de un salto de la cama con la esperanza de que se tratara de la taltuza, que intentaba abrirse camino por debajo de la puerta de mi habitación. No era el caso. Seguí el ruido hasta el cuarto de baño. Sneak estaba limpiando la ducha y resultó que los arañazos los producía mi cepillo de dientes mientras la mujer frotaba una espuma química de adelante para atrás entre la junta de las baldosas del suelo. La casa entera olía a lejía. Había limpiado todas las superficies. Abrí el horno y me quedé mirando su resplandeciente interior. Había sacado incluso la mugre del aro de plástico que había alrededor de la luz roja de «Encendido». Había limpiado con vapor las cortinas y aún estaban húmedas. Pensé en si estaría puesta de cocaína, de éxtasis o de lo que fuera, y en lo fácil que sería pasar las noches en el Pump'n'Jump así. Me vi limpiando con un palillo o con una esponja hasta los endurecidos cristales de azúcar azules de las finas ranuras de la máquina de granizado.

Sneak se había derrumbado mientras salíamos de la ciudad, cuando dejábamos la I-10 y cogíamos la autopista en dirección a San Chinto. Se había quedado mirando cómo la vasta extensión de casas adosadas de las afueras, la zona de Redlands, se convertía en campos en las faldas de las montañas, campos de color casi blanco por efecto del sol. Señales que indicaban cómo llegar al lago Big Bear animaban

a los conductores a pisar el acelerador sin detenerse a mirar. Nada más llegar, nos dimos cuenta de que la ciudad no era gran cosa. Un minibús amarillo a las puertas de un colegio esperaba a los estudiantes. El conductor tenía media cara enmascarada por unas enormes gafas de sol de aviador y un sombrero tejano. El único bar de San Chinto disponía de un poste para atar caballos a la entrada. Por extraño que pareciera, una tienda de surf destacaba en la esquina de una manzana. De ella salía música rock estridente. y en la pizarra que tenía en el exterior ponía, sencillamente: ¡REBAJAS! ¡REBAJAS! ¡REBAJAS!

Sneak se espabiló cuando estábamos a punto de salir de la localidad, a medida que seguíamos señales que indicaban dónde se ubicaba el aeródromo.

—No puedo creer que le hayas pedido a la policía que te detuvo que se meta en esto.

—Es la única policía que conozco.

—La verdad es que te lo agradezco. Debe de despertarte muchísimos recuerdos y sensaciones.

—Me dará igual cuando hayamos encontrado a Dayly.

—¿Por qué te está ayudando? Eres una vieja captura. No tiene mucho sentido.

—Yo diría que está pasando por algo terrible, pero no me atrevo a preguntarle de qué se trata. La cuestión es que tiene muy mal aspecto en comparación con cuando la conocí, hace una década. Está muy delgada. Parece agotada. Y esa casa no es suya. Es imposible. ¿Y qué me dices de lo de la ventana? ¿Qué coño ha pasado? Me ha parecido que llevaba un vendaje por debajo de la blusa. Puede que esté intentando que esto la distraiga de sus problemas, sean cuales sean.

—Da lo mismo. Si nos ayuda a encontrar a mi hija, me vale. —Sneak empezó a tocarse la herida de la oreja—. Quiero saber qué le ha sucedido a Dayly, aunque sea malo. Aunque sea lo peor.

No sabía qué contestar a eso, así que me quedé callada.

—Tiene que ser malo. La taltuza se ha ido.

—Eso es culpa mía. Fui yo quien tiró el bote de helado.

—Es una señal.

—De eso nada, Sneak.

—Quiero descubrir si lo que le ha pasado ha sido culpa mía. Yo le enseñé el mal camino. Si resulta que decidió seguirlo y que ha acabado mezclándose con traficantes de drogas o con chulos o con polis corruptos, o lo que sea, quiero saberlo. No puedo pasarme la vida preguntándomelo.

Llegamos a un campo lleno de hierba alta y seca mecida por el viento. En él aparecía un edificio bajo y sencillo rodeado de cabañas grandes, y una avioneta iluminada en amarillo y naranja por efecto del sol, que empezaba a esconderse. Estacioné el coche en el aparcamiento y cogí a Sneak por el brazo antes de que saliera.

—Sneak, en Happy Valley me inculcaste algo de sentido común cuando me tiré días en mi camastro, ida, creyendo que estaba en otro planeta. ¿Te acuerdas? Puede que no. Fue al principio. Me dijiste que, si me rompía, todas empezarían a preguntarse por qué no se rompían ellas también.

—Suena demasiado profundo para alguien como yo. —Se encogió de hombros.

—Me dijiste: «O salimos todas juntas de esto, o no sale ninguna».

Sneak miraba las cabañas. No respondió.

—No importa la razón por la que Ada y Jessica se hayan subido al barco. Están con nosotras. No estás sola. Vamos a conseguir esas respuestas. Vamos a salir de esto juntas.

Sneak se dio la vuelta sin decir nada y salió del coche, pero por el espejo retrovisor de su lado vi que sonreía ligeramente. Intenté detenerla frente a la puerta de la oficina.

—Necesitamos un plan.

—Yo tengo uno —respondió mientras avanzaba—. Tú sígueme a mí.

El hombre que había al otro lado del mostrador era bajo y delgado, y llevaba un uniforme caqui con unos pines de alas en las solapas. El mostrador tenía una vidriera en la parte superior que contenía objetos aeronáuticos, como prismáticos y mapas antiguos, y un casco de cuero con las tiras largas y cuarteadas. El hombre estaba limpiando el cristal y Sneak se acercó y apoyó los antebrazos justo donde acababa de limpiar.

—Señor, soy la detective Janice Morello y esta es mi compañera, Frances Levine. Hemos venido a hacerle unas preguntas.

Le di una patada disimulada a Sneak en el tobillo, pero ni siquiera me miró. El hombre que había al otro lado del mostrador se fijó en la camiseta sucia que llevaba mi amiga, una camiseta de publicidad de una tienda de tatuajes de Las Vegas llamada Death Punch. Luego, miró por la ventana para fijarse en el ganstermóvil y después me miró a mí, con mis tejanos de madre y la cara llena de magulladuras.

—¿Sois policías?

—Venimos directas de un trabajo en el que nos habíamos

infiltrado.

—¿Qué trabajo?

—Envíos de fentanilo a través de la frontera. Tenemos razones para pensar que una banda del sur está utilizando pequeños aeropuertos privados del este de Los Ángeles para introducir drogas peligrosas desde México. ¿Suele ver *Dateline*?

—Sí. —El hombre se enderezó—. Y vi el episodio de la semana pasada acerca del fentanilo. ¡Qué locura! ¿Tienen ustedes identificación?

—¿Identificación? —Sneak negó con la cabeza, como desconcertada—. ¿Cree que nos arriesgaríamos a llevar identificación infiltradas entre gente como esa? Mi compañera y yo acabamos de pasar tres días con un grupo de traficantes de drogas psicópatas de Long Beach para intentar sacar información a su jefe. Esa peña está loca. Hemos visto a un tipo cortarse la mano con una motosierra.

—¡Joooder! —El hombre tragó saliva—. ¿Y esa gente está ahora por esta zona?

—Tenemos una epidemia entre manos, amigo. —Sneak empezó a coger folletos de un expositor que había al fondo del mostrador y a apilarlos. Guardó la pila en el bolso—. Es una crisis nacional. Hay millones de vidas en juego. ¿Ha hecho ya suficientes preguntas o quiere seguir haciéndonos perder el tiempo?

—Vale, vale. —El hombre levantó las manos—. Lo siento, pero no sé cómo ayudarlas. Por aquí no ha venido gente así. Somos un negocio familiar. Registramos cada aterrizaje y pedimos la identificación, además de que tenemos vigilancia terrestre veinticuatro horas al día los siete días de la semana. El manifiesto está aquí mismo. —Se agachó para coger algo que había debajo del mostrador y sacó un libro tan gordo que me dio miedo que el cristal fuera a ceder y a romperse.

—¿Señor...? —dije.

—Danny Rieu. —Se me quedó mirando como si necesitase mi ayuda—. Es un apellido francocanadiense.

La mirada del hombre me despertó. Me planteé interrumpir las mentiras de Sneak antes de que llegaran demasiado lejos. Era consciente de todo lo que había en juego. Sin embargo, dada la atención que Danny le estaba prestando, parecía que el plan de mi amiga estuviera funcionando.

—Señor Rieu, buscamos información sobre una pareja que podría haber venido preguntando por saltos en paracaídas hace unas pocas

semanas —dije—. Creemos que podrían estar implicados en este asunto.

Le enseñé una fotografía de Dayly que llevaba en el móvil y que había sacado del perfil de una de sus redes sociales. Rieu casi ni la miró.

—Vi el reportaje de la CNN acerca del aeródromo que había en las afueras de Odesa —le dijo el hombre a Sneak con los ojos abiertos como platos, sinceros, ansiosos—. Lo del controlador de tierra del turno de noche que estaba dejando pasar vuelos llenos de fentanilo. Once años le cayeron. —Se frotó las manos—. Once años solo por hacer la vista gorda. Y eso que ni siquiera era el que...

—Danny —Sneak dio unos golpecitos en el mostrador—, intenta concentrarte. Tenemos que dar con esa gente antes de que se marche de la ciudad en dirección a Panamá.

—Vale. —Rieu se acercó al ordenador, que estaba junto a las ventanas, y empezó a teclear—. Aquí mismo tengo todas las imágenes de los últimos seis meses. Enseguida las guardo en una memoria externa portátil. Somos muy serios con la seguridad, por eso sé que no tenemos de qué preocuparnos. Yo no he hecho la vista gorda jamás. Nunca he hecho nada malo. No recuerdo a la chica que me han mostrado, pero es verdad que suelen venir muchas parejas preguntando por los saltos en paracaídas. Es el regalo de cumpleaños por excelencia a los veintiuno. Es una experiencia sana y emocionante a un precio razonable.

Señaló un póster que había detrás del mostrador, cerca de una ventana que daba al campo. La misma pareja del folleto, con la cara aplastada por el viento, aullando de alegría. El eslogan que había en la parte de abajo decía: «¡Una experiencia sana y emocionante a un precio razonable!».

Sneak y yo nos mantuvimos alejadas del mostrador mientras Rieu tecleaba y arrastraba archivos a una memoria externa portátil.

—No es en esto en lo que estaba pensando —le dije a Sneak por lo bajo—. Que nos cojan haciéndonos pasar por policías sería casi tan malo como que le pusiéramos una pistola en la boca al chico.

—Pensaba que no te iban las armas.

—Y así es.

—Pues, entonces, tenemos que seguir el camino de los policías. —Sneak se encogió de hombros.

—Sneak —me froté la frente—, ¿por qué no le has dicho la verdad?

—Porque esto es más rápido y más divertido. Relájate. —Puso los ojos en blanco—. He hecho esto un millón de veces. Aprendí del mejor. En una ocasión conocí a un tipo que acostumbraba a hacerse pasar por policía con camioneros que sacaban mercancías del puerto de San Diego. Hacía que los camioneros aparcaran en el arcén y los amenazaba con meterles un paquete por alguna chorrada si no le untaban con algo de lo que transportaban.

—Sneak, no tenemos tiempo para esto.

—El tío conseguía de todo. Cámaras, abrigos de piel, palos de golf. Era un golpe buenísimo. Lo malo es que, al final, la cosa se torció, como pasa con todos los buenos timos. Uno de los camioneros le entregó unos reproductores de DVD como pago y resultó que una de las cajas estaba llena de camaleones. Los camaleones son mucho más pequeños de lo que imaginas y son muy caros en el mercado negro. Debía de haber unos cien en una caja y habían llegado desde África, así que supongo que tenían muchas ganas de salir. De repente, estaban por todo el coche. El tipo se asustó, se estrelló contra un árbol y el coche explotó. Parecía una bola de fuego gigante. Camaleones tostaditos por todos lados, ¿sabes?

—Señor Rieu —empecé a decir al tiempo que empujaba a Sneak hacia el mostrador. Tenía que sacarlo de allí para que mi amiga investigara—, ¿y si le deja buscar a mi compañera y me enseña usted las avionetas?

—Vale —respondió él con una gran sonrisa—. Le haré una visita guiada como es debido. Venga, acompáñeme.

La hierba crecía por debajo de las ruedas de avionetas que ya no volaban y que, en aquel momento, descansaban a la sombra. Aun así, las gomas estaban gastadas por el sol y los cinturones de seguridad habían perdido el color. Había un nido de golondrinas en el techo de un hangar alargado, y los pájaros salían de él y volaban y hacían descensos rápidos sobre el campo antes de regresar a casa con algún bicho en el pico. En las montañas se veía una delgada y oscura columna de humo recortada contra el cielo, blanco y resplandeciente. Un incendio.

Debería haberme dado cuenta de que algo iba mal por la velocidad a la que caminábamos por entre las filas de avionetas, estacionadas como si fueran pájaros blancos disfrutando del calor del sol. Rieu no estaba en ninguna visita guiada, me estaba llevando a algún lugar. No obstante, tampoco sospeché. Iba pensando en Dayly, en lo que habría ido a buscar ahí, en quién sería el posible policía del corte de pelo

militar.

Estábamos dentro del hangar antes de que me percatara del peligro que corría. Puede que se debiera a que me había dado mucho el sol en la cabeza, o al susto que había pasado en las últimas veinticuatro horas, pero miré a los tres hombres que teníamos delante casi con deleite, como si Rieu fuera a presentármelos y fuéramos a mantener una charla animada sobre los diferentes tipos de carburantes que hay para avionetas. Hasta que no divisé las bolsas que había en la mesa no me di cuenta de que algo pasaba. Bolsas grandes y transparentes, con cierre de cremallera, apiladas en un enorme montón, algunas de ellas metidas en cajas de cartón con el logotipo de una marca de *ramen* que reconocí de cuando estaba en la cárcel. Las bolsas estaban llenas a reventar de pastillas blancas. Rieu me empujó hacia delante y los tres hombres se quedaron de piedra. Dos de ellos abandonaron la tarea de llenar las cajas y el tercero se quitó el móvil de la oreja en cuanto me vio, aterrado.

—Y hay otra en la oficina —comentó Rieu.

—Eeeh... —Levanté las manos con cuidado, intentando que mi cerebro, que no paraba de chillar, se concentrara—. A ver, calmémonos un poco.

—Son polis. —Rieu me acercó una silla de detrás de la mesa llena de pastillas—. No sé si llevarán micro o no.

Miré el gran hangar de aluminio. Allí había más avionetas, equipo de paracaidismo y cuerdas enrolladas, partes de avionetas en proceso de restauración, el alerón recién pintado de blanco de un Cessna sobre una lona. Vi unas plantillas amontonadas junto a una de las aeronaves, en el suelo. Era muy probable que aquella gente les cambiara los números de cola a las avionetas cada cierto tiempo para pasar droga por la frontera.

Ver todo aquel montaje me resultó tan aterrador que casi se me olvidó respirar. Tenía toda la sangre en la cabeza y no dejaban de temblarme las piernas, así que casi me sentí agradecida cuando Rieu me empujó hacia la silla, que había dejado delante de los otros tres hombres.

—No somos policías —conseguí decir.

Nadie me escuchó.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —Un tipo grande con las patillas largas y oscuras rodeó la mesa y cogió a Rieu por los hombros—. ¿Cómo ha pasado esto? ¿Cómo ha...? ¡Ay, mierda!

—No han venido buscándonos a nosotros. —Rieu resollaba y se

frotaba las manos—. Van detrás de una pareja que puede que estuviera aquí hace un par de meses. No nos asustemos. Podemos contenerlo.

—No somos policías —repetí.

Los dos que habían estado guardando pastillas en cajas seguían de piedra, con bolsas en las manos, observando a Rieu y a «Patillas», que intentaban pensar en una manera de salir de aquella situación con esa quietud típica de los gatos asustados que te miran fijamente.

—Escuchadme —insistí.

—I-id a por la otra —tartamudeó Patillas mientras sacaba una pistola negra del bolsillo trasero de los vaqueros—. ¿Está vacío el aparcamiento? ¿Son las únicas personas que hay en el aeródromo?

—Que no somos policías.

Por fin, me miraron. Yo me agarraba a la silla como si me fuera la vida en ello. Empecé a hablar sin filtro:

—No somos más que personas normales. Hemos venido a buscar a una amiga que ha desaparecido. Os juro por Dios que nos da lo mismo lo que sea que hacéis aquí. Toda esa chorrada del fentanilo no ha sido más que...

—Saben que es fentanilo. —Rieu esbozó una mueca de terror con la boca torcida hacia abajo—. Saben lo de los tipos de Long Beach.

—Joder. —Me cogí del pelo—. ¡Todo eso eran chorradas! ¡Mi amiga se lo ha inventado y resulta que ha acertado, pero solo te ha dicho eso porque quería que nos dejaras ver los libros de registro! Es que... nosotras... ¡Por favor, tenéis que creerme!

—Quién iría por ahí diciendo que es policía —me soltó Patillas—. ¿Por qué no decir, directamente, que vuestra amiga ha desaparecido y pedirnos que os enseñemos las imágenes?

—Porque mi amiga es una mentirosa compulsiva. Es su forma de ser. No somos policías, os lo juro. Dejad que nos marchemos y no volveréis a vernos en la vida.

Patillas miró a Rieu, a los hombres que había detrás de la mesa, a mí. Amartilló la pistola. Mientras la apuntaba hacia mi cabeza, sentí que los segundos iban deteniéndose con una claridad manifiesta. Mi cerebro intentaba entender cómo había acabado metida en aquella situación. Me latían las sienes con tanta fuerza que veía movimientos inconexos a mi alrededor: la pistola subiendo; todos los hombres volviéndose hacia el rugir de un motor que se oía fuera del hangar; la pared este del hangar rompiéndose hacia dentro y el ganstermóvil apareciendo a través de ella, lanzando parte de la pared contra la

mesa donde estaban almacenadas las pastillas y haciendo que los traficantes salieran corriendo para ponerse a cubierto. Me quedé sentada en la silla, rígida, mientras Sneak sacaba un arma del tamaño de su antebrazo por la ventanilla del conductor y apuntaba como podía a Patillas antes de dispararle. El estruendo retumbó contra las paredes del edificio. Sneak disparó dos veces más, casi sin mirar, a Rieu y a Patillas, y sentí la onda percutora de las balas pasando primero junto a mi hombro izquierdo y después, junto a mi hombro derecho. Ambos hombres salieron corriendo.

—¿Es que te vas a quedar ahí sentada? —me gritó mi amiga.

Me levanté como pude de la silla y corrí, aturdida, hacia la puerta del coche. Una vez dentro, Sneak dio marcha atrás torpemente por el agujero que acababa de hacer en la pared del hangar.

JESSICA

Wallert no estaba en su escritorio. Jessica hizo como que solo pasaba por allí para recoger unos papeles y se puso a desordenar una serie de objetos que su compañero tenía alrededor del teclado mientras los pocos detectives que se encontraban en la oficina intentaban superar la sorpresa de verla allí. Disimuladamente, sacó la pastilla de jabón que llevaba en el bolsillo, la extrajo de la caja y la dejó en la mesa. Luego, cogió las llaves que Wallert guardaba en aquella caja de hojalata para puros que tenía junto a la pantalla del ordenador y eligió una dorada con un marco de goma negro alrededor de la cabeza. Presionó la llave dorada con cuidado contra la pastilla de jabón para conseguir una impresión de ella y, sin más, metió la pastilla de jabón en la caja y se la guardó de nuevo en el bolsillo. A continuación, dejó las llaves en su sitio. Luego, consultó una hoja de papel impresa que había pegada con cinta adhesiva en la parte trasera del cubículo y en la que ponía «Lista». Jessica estaba casi en los ascensores cuando alguien la cogió con el dedo por la parte de atrás de la blusa y la obligó a detenerse.

Olió el bourbon antes de verlo a él. La detective se dio la vuelta y se quedó plantada justo delante de aquel hombre de aliento agrio, tan cerca que le veía con claridad las marcas de viruela de la nariz.

—¿Ya te ha llamado? —le preguntó Wallert con una sonrisa.

—¿Quién?

—Justin Helger, de *LA Magazine*. Se ha puesto en contacto con la comisaría porque quería hablar contigo y me lo han pasado a mí. Está escribiendo una historia acerca del vídeo y quería saber si te apetecía hablar de ello. —La sonrisa de Wallert había crecido hasta convertirse en una mueca—. Le he dado tu móvil.

—Una vidente me dijo una vez que algún día saldría en las noticias nacionales. Supongo que no supo distinguir el porqué en su bola de cristal.

—Quédate la casa. —Wallert miró hacia los cubículos, bajó la voz y habló con tono amenazador—: Quédate la casa de Brentwood. Véndela. Dame la mitad. Si me dices que lo vas a hacer, paro.

—¿Sabías que te huele el aliento como un puto contenedor de

basura?

—Si crees que lo del vídeo ha sido un golpe bajo, ni te imaginas qué te tengo preparado. —A Wallert se le humedecieron los ojos, se le emblanquecieron; su mirada era desesperada—. Ya has visto que voy a valerme de la policía para joderte bien.

Jessica suspiró.

—Y utilizaré a más gente.

—Wally —la detective se le acercó un poco—, prefiero quemar la casa antes de darte ni un puto céntimo de lo que vale.

Jessica vio que Vizchen se acercaba a ellos por los pasillos. Se echó para atrás. Para uno tenía energía, para dos no. Pulsó el botón del ascensor de un puñetazo y se coló dentro en cuanto se abrieron las puertas. Se sintió aliviada cuando comprobó que las puertas se cerraban y que los dos hombres se quedaban al otro lado. Pero se abrieron en la primera planta. El capitán Whitton estaba esperando el ascensor con los brazos cruzados. Era evidente que se había enterado de que estaba en el edificio. Jessica pulsó el botón para que se cerraran las puertas, pero el capitán metió su largo brazo entre el espacio de ambas.

—¿Cuántas veces te he llamado?

—No lo sé. —Jessica salió del ascensor—. ¿Veinte?

—Treinta y una.

Se quedaron junto a un póster de un patrullero que limpiaba su arma sobre una mesa gris inmaculada. «¡Nunca confíes en un arma mal cuidada!», decía el póster.

—No se ignoran las llamadas de un superior. Nunca. Son las reglas.

—Cuénteselo a los de Asuntos Internos. Que lo sumen a lo que ya tienen.

—¿Qué coño haces aquí?

—He venido a verte. He pensado que, después de todas las veces que me has llamado, sería de mala educación responder sin más. Te merecías que habláramos cara a cara.

—¡Chorradas! Esto que está pasando entre Wallert y tú tiene que parar. Está dando muy mala imagen del departamento. —Se inclinó un poco y miró por el pasillo—. Me da igual cuáles sean tus apetencias sexuales, Sanchez. Todo lo que se haga entre adultos que consienten..., bueno, es inusual, sí... No es lo tradicional, pero no pasa nada. No pasa nada.

—No necesito tu permiso, capitán.

—Tuve una novia en la universidad...

—Por favor.

—Bueno, la cuestión es que en ese vídeo da la impresión de que has pagado por servicios de prostitución, y eso es delito. Una infracción por la que te podrían despedir.

—Sí, son servicios de prostitución. —Miró al hombre, que era muy alto, a los ojos—. Llevo años yendo a ver a Goren. Me gusta lo que hacemos. Lo necesito. Me aleja de mis problemas personales y es muchísimo más barato que tener una relación de verdad.

—¿Quieres bajar la puta voz?

—La cuestión es que para cargarme eso de que pago por servicios de prostitución tendrán que detener a Goren acusándolo de ello, y eso no lo van a conseguir. Lleva eludiendo esa imputación más de una década. Tiene amigos, clientes, en altos cargos. Cargos mucho más poderosos que el tuyo, jefe.

Whitton sacudió la cabeza. Parecía distante, como si estuviera intentando ver cómo la razón, un cúmulo de cooperación y el sentido común se aproximaban por el horizonte.

—Quiero que Wallert y tú paréis de inmediato. —La señaló con el dedo—. Toma una decisión respecto a lo de la casa para que podamos dejar todo esto atrás.

Jessica se despidió con la mano, como si pretendiera que el adiós fuera amistoso pero que no la comprometiera, y se marchó.

La primera planta era un espacio abierto y parecía que estuviera menos personalizada que la tercera. Había pocas fotografías enmarcadas en los escritorios, pocos pósteres con las novedades colgados en la parte de atrás de los cubículos y pocas tiras de cómic pegadas en los divisores. Mientras que estaba acostumbrada a la sala del café del tercer piso, con sus torres de tazas inclinadas, los platos con aperitivos y los montones de cucharillas sucias en el fregadero, la de la primera planta estaba limpia, inmaculada, y no parecía que fueran necesarios los viejos carteles que había en la tercera para pedir que se mantuviera en perfectas condiciones el lugar. A través de las grandes ventanas tintadas que había al fondo distinguía agentes que iban y venían de coches patrulla con sus bolsas de armas, los registros y el equipo personal. Vio a Al Tasik al final de una fila de escritorios, consultando un móvil mientras se levantaba despacio de su silla giratoria.

—Tasik —lo llamó Jessica.

El hombre ni la miró. Acababa de poner una mochila encima del escritorio y estaba metiendo unos papeles en ella.

—Tasik —insistió la detective cuando llegó a su lado—. Soy Jessica Sanchez, del tercer piso. Sacamos el certificado de armas juntos el noviembre pasado.

—Ah, sí. —Tasik la miró a ella y a la gente que había alrededor, que empezaba a darse cuenta de la presencia de la detective—. Ya me acuerdo. Siento lo de..., eh...

Jessica esperó para que el otro se viera obligado a acabar.

—Siento lo del vídeo. —Se encogió de hombros—. Qué cabrones. Eso no habría que hacérselo a nadie. Los patrulleros tendrían que haber apagado las cámaras.

—Gracias.

—Aunque, si te soy sincero, sales muy favorecida, si no te molesta que te lo diga. No sé, quizá te sirva de consuelo. Todo el mundo opina igual. ¡Qué bombón!

—No, no me sirve de consuelo. En absoluto. ¿Podemos hablar de trabajo? Me gustaría que me contaras lo que sabes de una persona desaparecida. De Dayly Lawlor.

—Ah, sí. —Tasik se dio la vuelta y se sentó en el escritorio. Se pasó una mano por su rubia barba de tres días—. Qué cosas, ¿eh?

—¿Cómo que qué cosas?

Tasik sacudió la cabeza.

—Era una buena chica. Estudiaba los animales. Tenía un trabajo fijo. No tenía antecedentes. Entonces, por lo que sea, se cae del vagón y se mezcla con un montón de escoria. Es probable que tuviera problemas con el padre. Suele ser el caso.

—¿Qué escoria, más concretamente? —Jessica se sentó al lado del detective.

—La cuestión es que hace unos meses estaba haciendo una ronda nocturna con un patrullero joven que buscaba un ascenso, y me correspondía evaluarlo. Yo iba en los asientos de atrás y, de repente, en Sunset, el patrullero aparca detrás de un coche lleno de humo y de idiotas. En el coche estaban Trammon Willis y Sean Sykes, un par de adictos al cristal, y la joven esa, de la que no había oído hablar en la vida, la tal Dayly Lawlor.

—Willis y Sykes son de los Crips, ¿verdad?

—Sí.

Jessica procesaba la información mientras se fijaba en los agentes de policía que deambulaban de un lado para el otro en la calle.

—Los tíos estaban metiéndose de todo mientras aparcábamos detrás de ellos. Yo creía que aquello iba a ser una pérdida de tiempo,

pero el conductor se asustó tanto que decidimos mirar en el maletero y resulta que encontramos una bolsa de lana gruesa con dos AR-15.

—¡Joder!

—Ya te digo. —Al Tasik asintió—. El conductor salió corriendo, pero unos quinceañeros que había en la puerta de un gimnasio de boxeadores lo detuvieron. Le abrieron la cabeza contra el pavimento como si fuera un coco. Un despiporre. Examinamos bien la bolsa y resulta que había algo peor que las armas. Fajos de billetes y cinco pasamontañas. Cinco personas en el coche y cinco pasamontañas. Eso no pintaba bien, ¿verdad?

—¿Qué dijo Dayly?

—Bueno, cuando por fin conseguí que dejara de llorar, me salió con que no sabía nada de la bolsa. La creí. Dijo que no estaba más que dando un paseo con un grupo de colgados. Que ni siquiera sabía que estaba en una fiesta de los Crips.

—¿Los pandilleros no se lo habían dicho?

Al Tasik puso los ojos en blanco.

—Da igual, porque la chavala empezó a perder los nervios. No paraba de decirme que nunca se había metido en problemas. La verdad es que hacía bien en asustarse. A los cuatro tíos los habían arrestado e iban a ir a juicio. Sean Sykes estaba con la condicional. Como le cargaran lo de las armas, volvía a entrar. Siete años.

—¿Qué crees, que los memos del coche le pidieron que dijera que lo de las armas era cosa suya porque era su primer delito, que ella se negó y que, entonces, la enfilaron?

—Todos menos Sykes salieron en libertad bajo fianza. —Tasik se encogió de hombros—. Es una de mis teorías. Cargarle el muerto de lo de la bolsa a Dayly habría sido lo fácil para ellos.

—¿Qué otras teorías tienes?

—¿Por qué te interesa este caso? —Tasik miró el reloj.

—Blair Harbour vino a preguntarte por la chica, ¿no?

—Sí, así es. —Tasik asintió—. Me resultó extraño. Es esa zorra rica que le pegó un tiro a su vecino en Brentwood. ¿La conoces?

—La detuve yo.

—Es amiga de la madre de Dayly, creo. Vino con la intención de sacarnos información de forma anónima. Le dije que se fuera a tomar por el culo.

Jessica se quedó a la espera de que le diera más detalles. Nada. Tasik cogió la mochila.

—Fue Dayly la que robó el coche de Blair Harbour esa noche. —La

detective se quedó mirando la reacción de su colega con atención—. Lo sabías, ¿no?

—¿El qué? No. Harbour no me dijo nada de eso. Seguiré esa pista, para ver si han dado con el coche. ¿Cómo sabes eso?

—Me lo ha contado Harbour.

—¿Hablas con ella?

—Vino a verme con intención de sacarme información. Le dije que se fuera a tomar por el culo. —Jessica sonrió.

—Bien hecho.

—Dime, ¿qué hiciste con la chica la noche en que la pillaste en el coche con todos esos mierdas?

—No la fiché. Les comenté a los muchachos que no lo hicieran. Me pareció una chiquilla capaz de seguir la línea, ¿me entiendes? No quería que una estupidez como aquella hiciera que su vida se fuera al garete. —Se frotó la cara. Parecía cansado—. Puede que fuera muy blando con ella, pero es que una semana antes me había tocado vivir un drama. A un chico al que había estado viendo un tiempo dando vueltas alrededor del sumidero lo empujó a las vías del tren su supuesto mejor amigo. Y todo por una bolsa de hierba. A la víctima acababan de aceptarla en Harvard, ¿te lo puedes creer?

—Qué locura.

—Esa gente —sacudió la cabeza— son animales. En cuanto te relacionas con ellos, pasas a formar parte del grupo. No hay escapatoria. Y como te vean cojear, empiezan a acercarse y cada uno quiere un pedazo de carne. Se comerían a los suyos si fuera necesario. Tienen mentalidad de manada, de carroñero.

—Sí. —Jessica estaba pensando en presas y en depredadores, en cómo Ada Maverick se había quedado mirando a Sneak mientras esta nadaba en la piscina.

—La chica estaría metida en algo antes de desaparecer del radar, y Harbour y su madre estarán intentando conseguir su parte. Si me preguntas a mí, yo diría que esa niña está enterrada en algún sitio del desierto. Aunque nunca se sabe. Quizá se haya ido a Nueva York para empezar de cero.

—¿Podrías dejarme una copia del informe? Así me quedo más tranquila.

—Tú misma. —Tasik le dio un montón de papeles del escritorio—. Ahora bien, te lo advierto. Es mejor que no te involucres. De esa gente nunca se saca nada bueno. No está en su naturaleza.

BLAIR

No podía hablar. No, estando allí sentada, aferrándome al cinturón de seguridad mientras Sneak conducía como si hubiera perdido el sentido por la pista, en dirección a la carretera. No mientras las ruedas del ganstermóvil chirriaban y chirriaban. Mientras las balas hacían saltar la pintura del coche y rompían la ventanilla de atrás, mientras llovían cristales sobre el asiento trasero. No mientras cruzábamos San Chinto a la velocidad del rayo, dejando por detrás de nosotras una estela de polvo, con Sneak agarrando el volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. No mientras nos deteníamos en el aparcamiento abandonado de lo que en su día debía de haber sido un autocine. La enorme pantalla estaba rasgada y castigada por el viento, engalanada con un descomunal pene pintado con espray, sin duda obra de alguno de los jóvenes de la zona. Cuando por fin conseguí poner mis pensamientos en orden, Sneak tecleaba en un ordenador portátil que, evidentemente, había robado en el aeródromo.

—¿Por qué coño no les has dicho la verdad, Sneak? Tu mentira casi hace que nos maten.

—La verdad es para los idiotas.

El arma con la que había disparado a los del hangar estaba en el salpicadero. Era un revólver plateado con el cañón largo y con una empuñadura tan gruesa que me preguntaba si sería capaz de rodearla con la mano. Pensé en el arma de Adrian Orlov revolviéndose en mis manos, en el relieve de la culata, húmeda por el sudor de mis palmas.

—¿De dónde has sacado esa arma?

—De donde lo saco todo, de la calle.

—Tenemos que empezar a hablar de la estrategia que vamos a seguir. De las mentiras. De hasta dónde estoy dispuesta a meterme en este embrollo.

—Las charlas para luego. Tengo algo. —Señaló la pantalla—. No me ha costado mucho dar con ello. La cámara de la zona de la recepción, donde hemos estado, solo se activa cuando se abre la puerta. Así, hay archivos diferentes para cada visitante, ¿ves? Dayly estuvo allí hace tres semanas. La calidad no es buena, pero es ella y la acompaña un tipo con un peinado militar, alto. Parece joven y

apuesto. Entran y cogen dos folletos. He comparado los folletos que cogen ellos con los que he cogido yo del expositor y resulta que son el de paracaidismo y este otro.

Rebuscó un folleto en el bolso y, cuando dio con él, lo sacó y me lo enseñó. En la portada aparecía la fotografía de una avioneta blanca. Lo abrió y empezó a buscar algo.

—«La estrella de nuestra extensa flota de aviones de alquiler, el Cessna 172, es una avioneta de lujo de ala alta y fija, con cuatro asientos y un solo motor, construida por Cessna Aircraft Company». —Leyó—. «La potencia del motor...».

—¿Cuatro asientos?

Sneak repasó lo que había leído.

—Sí.

—¿Por qué?

—Ni idea. —Se encogió de hombros—. ¿Importa?

—Sí. He visto biplazas en la pista. Muchísimos. Uno de ellos incluso tenía el interior decorado con detalles de San Valentín. Los asientos estaban tapizados con terciopelo rojo y había un corazoncito colgando del techo. Las parejas deben de alquilarlo para pasar fines de semana románticos. Así que, si el del peinado militar y Dayly querían algo así, ¿para qué necesitaban cuatro asientos?

Sneak se quedó en silencio, analizando el vídeo del portátil. Más allá de la vieja pantalla de cine, las montañas estaban ribeteadas con una luz dorada.

—No van cogidos de la mano —comentó en un momento dado.

—¿Cómo?

—El del peinado militar y Dayly. No se tocan. Hay imágenes en las que se los ve aparcando, caminando hasta la oficina, haciendo las preguntas, cogiendo los folletos y marchándose, y no se tocan ni una sola vez. Así que ¿de verdad son novios, tal y como dijo Dimitri, o no? Y, en caso de que no lo sean, ¿por qué quieren alquilar una avioneta juntos?

Me incliné hacia el portátil y observé con atención cómo el joven y Dayly entraban en la oficina, cogían los folletos, se movían de aquí para allá unos momentos y se marchaban.

—¿Cómo sabemos que iban a alquilar una avioneta? —le pregunté a Sneak—. Puede que cogieran el folleto para despistar, por si les preguntaban, pero lo que de verdad querían era saltar en paracaídas.

—O al revés.

Suspiré.

—¿Has llegado a consultar el libro de registro antes de que hayamos tenido que salir pitando para que no nos matasen?

Se volvió y cogió el libro de registro del asiento de atrás. Se lo puso en el regazo. Negué con la cabeza, incrédula. En el asiento trasero había dos libros de registro más, otro portátil, una caja registradora y una avioneta plateada en miniatura.

—¿Has robado todo esto antes o después de que te dieras cuenta de que estaba en apuros?

—Estaba haciendo el segundo viaje al coche cuando te he oído gritar. —Se frotó la nariz. Me fijé en que tenía gotas de sudor en las sienes—. Yo no veo el apellido Lawlor por ningún lado; pero si descubrimos quién es el que la acompaña, puede que sea su nombre el que sale aquí. Siempre que acabaran contratando algo, claro. Toma, sigue buscando tú, que tenemos que volver a la ciudad.

Me tiró el libro al regazo y arrancó. Sneak tenía sudor en el labio superior. El síndrome de abstinencia. Circulamos en silencio por la autopista. A medida que iba cayendo la noche, me di cuenta de que había dejado a un lado el terror que me había provocado sentir la persona que me había atacado en el apartamento, que me había rascado la mejilla con su barba incipiente, que me había puesto todo su peso encima. En aquel momento, un nuevo combustible formaba parte de mis pesadillas: los hombres del hangar, el sonido que había hecho uno de ellos al amartillar la pistola, el coche atravesando la pared con gran estruendo. Estaba empezando a sentirme disociada, como en la cárcel. Iba a lomos del caos más absoluto. No quería estar sola cuando el miedo que había pasado en las últimas veinticuatro horas me alcanzase.

—¿Te vas a quedar a dormir? —le pregunté a Sneak.

—Puede que tenga que hacer algunos recados.

—Olvídate de los recados y, esta vez, hazme tú un favor a mí: quédate. Necesito que haya alguien en casa cuando regrese del Pump'n'Jump.

—Vale.

Era evidente que me estaba mintiendo.

Abrí la puerta de mi apartamento y la empujé. Sneak entró por detrás de mí y se chocó conmigo casi de inmediato, porque yo me había detenido de golpe. En la mesita de centro, sentada sobre el mando a distancia, como si estuviera planteándose encender la televisión y

pasarse la noche entera viéndola, estaba la pequeña y redonda taltuza. Señalé a Hugh Jackman, y durante un buen rato Sneak y yo no hicimos otra cosa que observarla, sentada sobre sus patas traseras y toqueteando uno de los botones del mando a distancia. Mi amiga y yo nos echamos a reír y nos abrazamos.

Sneak me aseguro que no iba a salir, pero faltaban cuatrocientos dólares más en el montón de billetes, que había escondido entre una pila de papeles en una caja con documentos personales que guardaba en el dormitorio. La mujer estaba muy nerviosa y no paraba de ir de un lado para el otro y de hacer como que miraba la televisión mientras yo me vestía para ir a trabajar. En un momento dado, ya no pudo más y me dijo que iba a dar una vuelta alrededor del edificio para aclarar sus pensamientos. No volvió. No sé por qué, pero me parecía importante que la taltuza estuviera cerca de mí; el alivio que había sentido al verla de nuevo me decía que no debía dejarla sola. Así que esa noche atendí a los clientes del Pump'n'Jump ignorando los ruiditos que hacía Hugh Jackman detrás del mostrador al rascar el bote de helado intentando salir. Dejó de llegar gente a eso de la medianoche, como siempre, momento en que acerqué un taburete a la caja registradora y me puse a resolver los crucigramas del periódico.

Me sonó el móvil mientras leía las noticias que pasaban por la parte inferior de la pantalla del televisor que había junto a la nevera de Coca-Cola. Unas imágenes movidas de las escaleras de entrada de una casa preciosa, de un vestíbulo, de una habitación roja, de una mesa como puesta de pie a un lado. Una mujer desnuda agachada, con el pelo cubriéndole la cara. «¡Detective de la policía de Los Ángeles pillada con las manos en la masa!».

Respondí al móvil distraída.

—No han encontrado tu coche —me dijo Jessica al otro lado de la línea.

—¡Mierda!

—Sin embargo, en la lista de quemados hay unos pocos que aún no ha examinado nadie. Chasis calcinados en las montañas, en el desierto..., uno en Malibú. Me encargaré de comprobar si el tuyo es alguno de esos. Algunos de ellos puedo descartarlos de inmediato porque llevan allí meses, a la espera de que el consejo municipal vaya a recogerlos. Sin embargo, de la presencia de uno de los que están en las montañas informaron hace tres días. Empezaré por ahí.

—Estupendo. A ver, no para mí, y para Dayly tampoco, si se trata de mi coche, pero es una buena pista.

—En el móvil de Dayly no hay actividad, ni en sus cuentas bancarias o en sus redes sociales. Es como si se hubiera esfumado. Al parecer, Tasik está siguiendo la teoría de que unos Crips podrían haber intentado que confesase un delito de tenencia ilícita de armas para que no se la cargasen ellos.

—¿Qué? —Me quedé mirando un gato que iba por el aparcamiento tras una cucaracha. Jessica me explicó lo que le había contado Tasik —. ¿Y el tipo del corte de pelo militar? Sneak y yo lo hemos visto con Dayly en el aeródromo de San Chinto intentando alquilar una avioneta.

—En una investigación como esta, no todo significa algo. A veces, los detalles no son más que piezas del puzle. Lo único que sé del tipo del peinado militar es una pista muy vaga que tiene que ver con un agente. —Oí que removía papeles—. He buscado en nuestra base de datos, en los archivos de personal del Departamento de Policía de San Chinto, y yo diría que el tipo se llama Marcus Lemon. Qué apellido tan curioso, ¿no te parece? Su número de placa es 9994901. El agente Lemon es un novato recién salido de la academia que entró en San Chinto en enero. Está bastante limpio. Joven y honesto. Y con ese corte de pelo ridículo, claro.

—Sneak y yo podemos encargarnos de comprobarlo. ¿Le has preguntado a Tasik por qué fue a por mí de esa manera?

—No ha sido necesario. Eres una criminal. Deberías estar acostumbrada a que te trataran como a una mierda. —Silencio durante unos instantes—. Pretendía que no siguieras interesándote por el tema, nada más. No importa. Si Dayly le tocó las narices a algún Crip, o está muerta, o debería estar escondida debajo de una piedra en Marte, porque antes o después irán a por ella. Para esa gente, matar a Dayly para que no acusen a dos de sus lugartenientes y a uno de sus soldados de un delito por tenencia ilícita de armas no sería ningún problema.

—Genial.

—Encajaría que uno de ellos hubiera entrado en tu apartamento y te hubiera agredido. Eso podría significar que aún no la tienen y que están buscando a cualquiera que sepa algo de ella, y, claro, tú te metiste de por medio cuando fuiste a la comisaría de policía, o puede que cuando apareciste en su apartamento.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora?

—Es muy probable que Tasik intente confirmar la teoría de los Crips, así que nosotras deberíamos seguir otra pista. Hace tres

semanas hubo un pago extraño en la cuenta bancaria de Dayly. Ochocientos dólares. No he conseguido descubrir quién lo hizo. El dinero provenía de una de esas criptopáginas electrónicas que mantienen el anonimato del pagador. Habría que investigar. Me parece que Tasik no está al tanto del asunto.

—Vale.

—Además, Dayly voló a San Francisco hace un par de meses. Aterrizó a las cinco de la madrugada de un sábado y alquiló un coche en el aeropuerto. Devolvió el coche seis horas después y volvió a casa.

—¿Seis horas?

—Eso es.

—¿Por qué iba a hacer eso? ¿Qué puedes hacer en San Francisco en solo seis horas?

—Ni idea. Pregúntaselo a tu amiga, a la tal Sneak. A ver si sabe en qué estaba metida su hija.

—Oye —empecé a decir al notar en su tono de voz que la detective estaba dando por terminada la conversación—, quería darte las gracias por...

—No lo hagas.

—En serio. Te he pedido un gran favor. No sé qué te estará pasando, pero...

—¿Y qué coño te importa a ti lo que me esté pasando?

—Parece que tu vida esté un poco agitada. Aun así, me escuchaste, nos escuchaste, cuando fuimos a verte.

Silencio al otro lado de la línea. Un silencio tan tenso que me puso nerviosa. Miré por la ventana y vi un enorme Escalade que se detenía en el aparcamiento, lejos de los surtidores. Reconocí la matrícula, y, de inmediato, una descarga de miedo me recorrió el cuerpo.

—Blair, aquella noche, en Brentwood ¿por qué no...?

—Joder. Tengo que dejarte. ¡Tengo que dejarte!

Colgué y tiré el móvil en la zona desordenada que había debajo del mostrador, junto al bote de Hugh Jackman. El periódico lo lancé al mismo sitio.

No conocía a los dueños de la Kangaroo Gas Pump'n'Jump, los cabecillas de un cártel, pero los había visto hablando con mi jefe en el aparcamiento en una ocasión. Recordaba la mirada amenazante de ellos y los nervios de mi jefe, lo rígido que iba cuando se dirigía hacia ellos. Yo, que al principio no sabía quiénes eran, había permanecido en el mostrador, junto al teléfono, lista para llamar a la policía para evitar que le dieran una paliza o que lo atracaran. Cuando volvió me

explicó quiénes eran, pero, aun así, apunté la matrícula. Los ocupantes del vehículo habían bajado del Escalade e iban completamente vestidos de negro, con ropa cara, con gruesas cadenas de oro al cuello, y en las muñecas, con tatuajes que ascendían como enredaderas azules y negras por el cuello, hasta el pelo, con los dedos y los nudillos tatuados. Parecían actores secundarios vestidos para la audición de un papel de matón en el próximo narcodrama de HBO.

Ahora, mientras se dirigían a las puertas automáticas, miré con ansiedad hacia la oscuridad que había más allá del aparcamiento y me imaginé a Jasmine, la agente de la condicional, en su coche, lista para fotografiarnos a aquellos hombres y a mí de pie bajo las luces fluorescentes.

Estaba segura de que venían por lo del robo. El agujero de bala en el dispensador de Marlboro, mi manifiesto fracaso al no haber hecho nada por contrarrestar la vergüenza con la que un incidente así salpicaría a su banda. Sentí que me hacía pequeña al intentar calcular las posibilidades que tenía de sobrevivir a dos encuentros con bandas criminales en un mismo día. Los dos más altos, que superaban con creces las coloridas bandas de altura que había en la puerta de entrada, agacharon la cabeza por instinto al entrar en la tienda. Los cuatro se acercaron al mostrador directamente. Uno de los dos que tenían estatura de persona se apoyó en el mostrador, debajo de las luces. Llevaba la camisa desabrochada hasta el ombligo. Un pezón con un anillo me guiñó el ojo desde las sombras.

—Blair Harbour.

—Sí —acerté a decir.

—Soy Santiago Cruz. Es probable que hayas oído hablar de mí.

—Claro —le mentí.

—He venido para comentar lo del...

—El robo —balbucí. Puse una mueca al darme cuenta de que lo había interrumpido—. Perdón. Lo siento. Es que... No pretendía... Es que no estaba segura de qué hacer. Siento lo del... lo del dispensador. Compraré uno nuevo. Es culpa mía. Por lo menos, el ladrón no se llevó dinero, que ya es algo.

—Eso es lo raro, porque dinero sí que se llevó. —Santiago se puso recto—. Ahora bien, por alguna razón, lo reemplazaste tú.

Me quedé helada. Siempre había creído que no había cámaras en la tienda o en la oficina. A mi jefe se le había escapado en una ocasión que, a veces, en esas noches de invierno en las que no merecía la pena abrir el establecimiento, los del cártel se reunían en la gasolinera.

Supongo que había dado por hecho que no querrían tener que estar, cada vez, teniendo que demostrarles a sus socios que las cámaras estaban apagadas. Era como si Santiago me leyera el pensamiento. Sonrió y dejó al descubierto varios dientes de oro.

—¿Creías que no iba a tener cámaras en mi propia tienda? Veo todo lo que pasa aquí. Te veo haciendo los crucigramas esos toda la noche.

—¡Joder! Lo siento.

—Tranquila, eso me importa una mierda. —Aspiró con fuerza—. Lo que quiero saber es por qué tapaste con tu propio dinero el atraco de una tipa que acababa de ponerte una pipa en la cara. —Hizo una pistola con la mano, me apuntó y me disparó una bala imaginaria a la nariz—. Eso sí que no me lo explico.

—Pues es que... —Miré a sus hombres. El que estaba justo al lado de Santiago me observaba con suma atención, apoyado en un expositor de teléfonos baratos. El hombre tenía esa mirada relajada del león ensimismado en los juegos de sus cachorros bajo el sol. Se me revolvió el estómago. Sus manos eran grandes y duras. Sacudí la cabeza para concentrarme—. Es que... es difícil explicarlo. Supongo que me pareció una persona que estaba en un mal sitio y..., eh..., no quería que fuerais a por..., eh...

—Que fuéramos a por ella y la matáramos, ¿verdad? —Santiago levantó las cejas—. O que matáramos a su familia para mandarle un mensaje, ¿cierto?

No dije nada.

—Porque nosotros somos ese tipo de gente, ¿no es así? Sicarios. Pandilleros. Monstruos. Daríamos con ella, entraríamos a saco en su casa, ataríamos a los miembros de su familia a sillas de jardín y los tiraríamos uno a uno a la piscina. ¿Eso es lo que ves cuando nos miras?

Abrí la boca para responder, pero no me salió palabra alguna. Me parecía que el aire era fuego a mi alrededor. Solo notaba peligro en torno a mi persona. Me sudaban las manos, tenía los nudillos blancos de sujetar el mostrador con tanta fuerza. Fue entonces cuando Santiago esbozó una amplia sonrisa y se me cerró tanto la garganta que casi me quedo sin aire.

—¡Pues tienes razón! —Se echó a reír. Su risa era como una cuchillada dura y profunda—. ¡Somos ese tipo de gente!

El líder de los 13s de San Marino se inclinó hacia mí y me tocó en el hombro con el dedo, me cogió por el brazo y me sacudió. Los que lo

acompañaban sonrieron. El sudor de mi nuca se había quedado frío.

—Eso es exactamente lo que habríamos hecho. —Santiago sonreía.

—Vale. —Tragué saliva y miré a uno de sus secuaces, o teniente, o lo que fuera; uno que era como una torre. El tipo estaba tan calmado que daba miedo.

—Bueno, dinos, ¿quién era la chica de la pistola? ¿La conoces?

—No. —Volví a mentir—. Me pareció una chica de la calle. Una doña nadie. Nunca la había visto y no he vuelto a verla.

—Tampoco me lo dirías de no ser así —razonó Santiago mientras se encogía de hombros—. Si estás dispuesta a cubrirla con tu propio dinero, no vas a decirnos quién es. No a menos que te atemos a una silla de jardín y te pongamos al borde de la piscina.

Me quedé mirando su sonrisa.

—Bueno, por esta vez lo voy a dejar pasar. Estuvo bien eso de que la cubrieras. Eres una buena persona, Blair Harbour. Además, en la calle nadie ha hablado del atraco. Aunque, a veces, dejo alguno sin castigo. Es como un tributo a santa María. —Se tocó el pecho.

—Gracias —exhalé—. Te lo agradezco de...

Hugh Jackman se movió con violencia dentro de su bote. Sentí una punzada de dolor en las costillas que me dejó sin aire. Santiago volvió a apoyarse en el mostrador, con curiosidad esa vez.

—¿Qué coño ha sido? No me digas que tenemos ratas.

No sentía las manos mientras sacaba el bote de helado y lo ponía encima del mostrador. Todos se acercaron a ver.

—Lo siento. Es mi mascota. Es que... es que he estado teniendo problemas en el apartamento. La... la hija de mi amiga... Bueno, da igual. Te aseguro que solo va a ser esta noche y que no la he sacado del bote. Nunca lo haría. Ninguno de los clientes se ha dado cuenta. No es una rata. Es una taltuza. Algunas personas las tienen como mascota. Seguro, vamos.

—Abre ese cacharro.

Santiago señalaba el bote. Sentí como si algo me rascase la garganta, como si la tuviera rajada. Estaba a punto de entregar mi taltuza a una manada de lobos. Saqué a Hugh Jackman del bote y la puse a la luz. La taltuza se estiró y después levantó la cabeza y bostezó, con lo que dejó sus dos dientecitos a la vista. Los del cártel se quedaron mirando mientras la taltuza describía un círculo en la palma de mi mano y se dirigía a mi muñeca.

Santiago cogió el animal.

—Por favor, no le hagas daño. —Intenté coger la taltuza—. Por

favor. Por...

—¡Mirad qué cosa!

Santiago sujetaba el animal como si fuera un micrófono. La cabeza peluda de Hugh Jackman asomaba por entre el pulgar y el índice con los que el hombre la aprisionaba. Los secuaces se acercaron para ver mejor aquella criatura. Sabía que no soportaría ver cómo el líder de la banda aplastaba la mascota de Dayly hasta quitarle la vida, así que me quedé observando mi cara de miedo en el reflejo de la ventana.

Cerré los ojos con fuerza y esperé el chillido de dolor del animal, el crujir de su esqueleto. No pasó ni lo uno ni lo otro. Cuando volví a mirar, Santiago acariciaba la cabeza de Hugh Jackman con el dedo índice de la otra mano.

—Es como un hámster, solo que más pequeño —comentó sonriendo.

—Me gusta su nariz. ¿Veis cómo la retuerce? —dijo uno de los secuaces más altos—. ¿Lo veis?

—Mirad las orejas. ¡Qué pequeñas! Menuda memez de orejas.

—Jefe, ¿puedo cogerla?

Santiago le puso la taltuza en la mano al más grande, que tenía una palma del tamaño de un guante de béisbol. Hugh Jackman empezó a moverse por ella y el hombretón se quedó embobado con el animal, riéndose.

—¿Muerde? —me preguntó el lugarteniente.

Apoyé la cabeza en las manos. Me daba la sensación de que me iba a estallar.

—No, es muy dócil —respondí.

—¿Por qué la tienes en ese bote? —me preguntó Santiago—. No es sitio para una mascota.

—Es una larga historia. Se suponía que esta casa iba a ser temporal, pero la cosa se ha alargado más de lo que debería.

Los dos secuaces más grandes montaron un circuito con sus brazos para la taltuza y se quedaron mirando cómo el bicho lo recorría corriendo, mientras ellos se reían encantados. Santiago cogió la taltuza, se la metió en el bolsillo de la camisa y se la enseñó a sus secuaces cuando esta asomó la cabeza por encima del dobladillo, como un niño listo para ir a la feria.

—Alejandro te va a traer una buena jaula para hámsteres —comentó Santiago mientras señalaba con la cabeza al que parecía su lugarteniente—. Una de esas con tubos por los que pueden entrar y salir. Túneles. Para que la taltuza pueda correr. ¿Sabrá correr por las

ruedas? Alejandro, que la jaula tenga una de esas ruedas para hámsteres. ¡No, que sean dos!

Alejandro asintió y me sonrió amigablemente.

—No es necesario —le dije.

—Me gusta este bicho —dijo ignorándome. El gánster estaba haciendo un túnel con sus manos y la intrépida Hugh Jackman lo recorría sin pensárselo—. Me gustan estas orejas tan bobas que tiene. Puede que le compre una a mi sobrina. ¿Tiene nombre?

—Sí...

—Lo vas a llamar Santiago Mateo Nicolás Cruz —me dijo mientras me devolvía la taltuza.

—Claro, claro.

Santiago le dio una serie de instrucciones a Alejandro en español y yo devolví la taltuza al bote para ponerla a salvo. Santiago hizo un gesto con la cabeza y su gente empezó a desfilar hacia la puerta. El líder de la banda me señaló mientras se marchaba:

—Eres una buena persona, Blair Harbour —repitió.

JESSICA

Jessica estaba en el balcón y miraba los vehículos que se iban amontonando tras los semáforos de Alameda, a los mendigos que pasaban entre ellos con sus carteles en la mano. Distinguió un helicóptero dando vueltas al sur del centro, con su foco azul y blanco apuñalando la ciudad, revolviéndola, buscando a alguien en la oscuridad. En una ocasión había volado con uno de los equipos de esos pájaros por mera curiosidad. Recordaba que se había sentado muy rígida y que se había agarrado con fuerza al marco de la temblorosa aeronave mientras el sudor le corría por la tripa. Habían sobrevolado una de las casas de Johnny Depp tan bajo que habían agitado los árboles. La magnífica vista de la resplandeciente ciudad se la había arruinado el piloto cuando le contó que, en una ocasión, les dispararon mientras volaban por encima de Compton. Por lo visto, una de las balas había dado en el patín izquierdo. Unos pocos centímetros más y habría impactado de lleno en el tanque de combustible, lo que habría convertido el helicóptero en una bola de fuego que se habría precipitado a gran velocidad contra el suelo. Jessica había pasado quince minutos vomitando una vez hubo pisado tierra firme.

Era el momento. Cogió el móvil con una mano y un pedazo de papel con un número con la otra. Había sido complicado dar con el teléfono de Kristi Zea. La mujer filtraba las llamadas a través de una página web especializada en enmascarar números y en ofrecer un número genérico con el código de zona que el cliente eligiera. Según el pedazo de papel, Jessica iba a llamar a Misuri. Sin embargo, la detective apostaría lo que fuera a que la llamada iba a ser desviada mediante los algoritmos de la página web de vuelta a Los Ángeles, que era donde seguro que seguía viviendo Kristi Zea. Los seres humanos son criaturas de costumbres, y los traumas suelen unirlos a los sitios en los que ocurrieron. Jessica marcó el número y esperó con cierta esperanza que la mujer respondiera.

Desde luego, alguien lo hizo. Jessica oyó un ruido, como si a la persona que había cogido el móvil se le hubiese caído y lo hubiera recuperado.

—¿Sí?

Una mujer.

—¿Kristi?

Una pausa. Jessica agarró la barandilla del balcón y observó la noche, escuchando con toda su atención.

—No está aquí, pero puede dejarle un mensaje.

—Soy Jessica Sanchez, de la zona oeste de Los Ángeles. Quería hablar con Kristi acerca del caso en el que estuvo involucrada hace algunos años. En 2009. El de Adrian Orlov.

—No habla con periodistas. Adiós.

—Un momento. No soy periodista. Soy Jessica Sanchez, la detective Jessica Sanchez, de la comisaría oeste del Departamento de Policía de Los Ángeles. De Homicidios.

—Ah.

—¿Se acuerda de mí?

—Eh... Mira, Kristi ya sabe que la mujer está en la calle. La que disparó. Le da lo mismo.

—No llamo porque Blair Harbour haya salido de la cárcel. Quería hacerle algunas preguntas acerca del caso.

Más silencio. Jessica dio unos golpecitos en la barandilla del balcón y se mordió el labio esperando oír el tono de desconexión. Oyó un perro ladrar de fondo al otro lado de la línea, pero cerca.

—Kristi no...

—Sé que usted es Kristi.

—Sí, vale, pero no quiero hablar del tema —soltó de malos modos —. Y no tengo por qué hacerlo.

—Tan solo quiero aclarar un par de cosas y había pensado que podríamos vernos. No es oficial.

—¿Qué mierda significa eso? —A Jessica le sorprendió la repentina desesperación de Kristi, cuyo tono de voz había subido—. Es decir..., ¿qué hay que aclarar? El caso está cerrado. Adrian está muerto. Esa zorra de Harbour lo ha pagado en la cárcel y ya ha salido. Se acabó. ¿Qué coño queda por saber?

—¿Podríamos quedar y tomar algo?

—Ha dicho que no era oficial. ¿Qué... qué significa eso?

—No quiero ocasionarle problemas —comentó Jessica con tiento —. Tan solo quiero hablar.

—Bueno, pues yo no quiero. —Al otro lado de la línea se oyó el golpe sordo de un cristal sobre una superficie dura. Kristi tragó saliva —. Es que no entiendo por qué coño quiere usted hablar de mi novio

muerto, al que dispararon justo delante de mis putas narices.

—Es que...

—No vuelva a llamar a este número. Voy a cambiarlo. Este número va a dejar de funcionar. No vuelva a llamarme. Nunca en la vida.

Jessica oyó que Kristi colgaba y miró la pantalla. El círculo rojo con una «X» en su interior que aparecía en ella hizo que sintiera que se le escapaban las últimas hebras de esperanza.

BLAIR

Cuando llegué a casa, Sneak no estaba, pero había dejado una nota en la que ponía: «Lo siento, Vecina». Hice un gurruño con ella y lo tiré a la basura, le cambié el agua a Hugh Jackman y estaba volviendo a ponerle la tapa al bote de helado cuando alguien llamó a la puerta.

Era Alejandro el que estaba al otro lado, en medio de la noche, con una caja grande en las manos. Un escalofrío de extrañas emociones me recorrió el cuerpo: terror y deseo, alegría y pavor; una ola que me dejó un poco mareada.

—¿Ya? —dije entre risas—. No creía que se refiriera a...

—Él todo lo quiere para ya.

Cerré la puerta en cuanto Alejandro pasó y lo seguí hasta la encimera. Esperaba que dejara la caja y se marchara, pero sacó una navaja de mariposa del bolsillo trasero del pantalón, la volteó para abrirla y empezó a rajar el lateral de cartón. Me quedé a un lado, mirando. Un hombre rajando una caja para abrirla. Los músculos de sus antebrazos. La mirada baja, las pestañas oscuras. Consiguió abrir la caja, la había derrotado. La mitad de mis pensamientos me gritaban a la desesperada para dejarme claro lo patético que estaba siendo mi cerebro, hambriento de sexo, ante la presencia de aquel hombre. La otra mitad, por el contrario, no paraba de mostrarme fantasías primitivas y abrasadoras. En mi apartamento no había habido un hombre que no fuera agente de la condicional desde que el de la inmobiliaria me lo había enseñado. Me aparté por necesidad, abrí la ventaba que estaba encima del fregadero y tomé el frío aire de la noche, tanto como pude.

—¿Te gusta? —me preguntó Alejandro cuando acabó de desembalar la jaula.

Era un tanque de plástico muy grande con multitud de accesorios de colorines, tubos que iban de un piso al otro por una torre, en espiral, hasta una especie de receptáculo con una cúpula por la que la taltuza podría mirar hacia arriba. En efecto, había dos ruedas. Alejandro quitó la cinta protectora de una serie de aberturas para que el animal pudiera acceder a los diferentes pisos en busca de comida, de agua o para asearse.

—Es muy completa —comenté—. Toda una mansión para una soltera como ella.

—Es como la casa de Santiago, grande. Gigantesca. Le he enviado fotos desde Walmart. Las primeras jaulas que he elegido no le han gustado. Muy pequeñas.

Ambos nos reímos. Saqué a Hugh Jackman del bote y la metí en su descomunal mansión de hámster. Nos quedamos observando sus primeros pasos, dubitativos, cómo olisqueaba una de las ruedas.

—Y esto es para ti —comentó Alejandro al tiempo que sacaba un rollo de billetes del bolsillo y les quitaba el clip de diamantes con el que los llevaba sujetos.

—Oh, no. —Negué con la mano—. No lo necesito.

—Debo dártelo. No tengo alternativa.

Vi que sacaba cuatrocientos dólares del rollo. Los dejó en la encimera.

—Era eso, ¿verdad? Cuatrocientos.

—Sí.

Se hizo un silencio largo e incómodo.

—Veo que no te los quitas de encima, ¿eh? —comentó Alejandro —. Lo sabes, ¿no?

Sentí una especie de fuego que me subía por la garganta.

—Oh, vaya..., gracias... Eh...

—No, no me refiero a que hay un tipo que te vigila. —Sonrió—. Hay uno que te sigue.

—¿Cómo dices?

—Ahí fuera había un tipo. —Señaló con la barbilla hacia la puerta —. Cuando he llegado. Ahora se ha ido. También estaba en el Pump'n'Jump. Al Tasik. Es detective de la policía. ¿Lo conoces?

Sentí que el estómago me daba un vuelco.

—Sí. ¿Vosotros también?

—Sí, nosotros lo conocemos muy bien. No es un buen tipo. Sale a cazar cholos jóvenes, aquellos que aún no tienen marcas de sangre. Le coló una bolsa de hierba a un crío del barrio de Santiago y al chico le partieron el cráneo cuando estaba en el calabozo, esperando a que retiraran la chorrada de cargo. Ahora, uno de los ojos no le funciona al cien por cien.

—¿Te ha visto Tasik?

—A mí no me ve nadie.

—Y si tan mal os cae Tasik, ¿por qué no lo...? Eh... —No me salían las palabras.

—¿Por qué no lo atamos a una silla de jardín? —Alejandro se echó a reír.

—Eso.

—Es poli. Y no es un mierda cualquiera. Tiene rango. Sería chungo. Habría que negociar mucho y eso lleva tiempo, ¿entiendes?

—Sí.

—¿Por qué te vigila?

—Una amiga mía ha desaparecido. —Me encogí de hombros—. Eso es lo único que se me ocurre que pueda estar llevándole a venir tras de mí. Supongo que piensa que sé dónde está y que lo llevaré hasta ella. Gracias por avisarme.

Mi cuerpo entero ardía de deseo hacia Alejandro. Me imaginé emanando oleadas visibles de calor. Él tenía que notarlo. De hecho, las pocas veces en las que me atreví a mirarlo a los ojos sonreía como si lo supiera. Decidí mirar al suelo e intentar convencerme de que no debía acostarme con el lugarteniente de los 13s de San Marino mientras otro silencio incómodo se extendía entre nosotros.

—¿Quieres una copa de vino? —le pregunté.

—Claro.

Solo tenía una copa buena. Serví el vino en la copa y en un vaso de agua, e intenté que él la cogiera, pero eligió el vaso y le dio un sorbo. Era obvio que intentaba no echarse a reír.

—¿Tan evidente es? —le pregunté al cabo de un rato.

—Como un enorme cartel de neón.

—¡Qué bien!

—¿Cuánto tiempo estuviste dentro?

—Diez años. Y llevo uno fuera.

—Once años. —Asintió con admiración.

Evitábamos mirarnos a los ojos. El silencio lo rompieron nuestras risitas. De pronto, él se quedó callado una vez más y dio un paso hacia mí, adelantó una mano y me tocó la mejilla. Me retorcí, turbada, cuando sentí su contacto, un movimiento súbito producido por las oxidadas bielas y pistones de mi cuerpo, que cobraban vida entre chirridos. Saltaban chispas. Después de tantos años, casi me había resultado insoportable que me tocaran siquiera.

—Será mejor que nos lo tomemos con calma —me advirtió Alejandro mientras empezaba a desabrocharle la camisa.

Querida Dayly:

Creo que es hora de que vengas a verme. Te adjunto los formularios de visita.

JOHN

BLAIR

A Sneak la despertó el tintineo de mi cucharilla al remover la taza de café. Se sentó en el sofá y me miró. Yo estaba apoyada en la encimera.

—Oye, ¿no era uno de los 13s de San Marino el que ha salido de aquí al amanecer?

—¿Lo era? —Reprimí una sonrisa.

—No debía de serlo o estarías muerta.

—Vale.

—A menos que no haya venido para matarte, sino... para otra cosa.

Sneak se me quedó mirando con atención. Yo me concentré en el café.

—¡Ja! Ya decía yo que olía a vello púbico quemado. —Sneak sacudió la cabeza—. Pero ¿en qué coño estás pensando? ¡Mira que juntarte con esa gente! Esos tatuajes no se los hacen porque sí, que no te engañen.

—No me estoy juntando con nadie, madre Teresa. Me he acostado con uno de ellos, nada más. Y no va a convertirse en algo habitual. Ha sido un accidente.

—No, no lo ha sido. ¿Y sabes por qué lo sé? Por el palacio de la taltuza. Mira esa cosa. —Señaló la jaula que había junto a la ventana —. Parece Disneylandia. Eso no lo has comprado tú. Eso es lo que le trae un tío a una mujer que tiene una taltuza para que lo deje hacerse amigo de su conejo.

Sneak esperó a que me defendiera, pero me limité a sorber el café. La realidad era que las horas que había pasado con Alejandro, desde que había llamado a la puerta, habían sido, no sé ni por qué, de una indulgencia egoísta y pícara que no era capaz de justificar racionalmente. Lo sucedido había sido algo que no conseguía conectar con el mundo real, con las consecuencias legales, emocionales o físicas que podía llegar a tener, y que no sabría decir si volvería a pasar o no.

Alguien llamó a la puerta. Era Quincy. Su madre, que parecía alcohólica, lo estaba esperando con el coche aparcado junto a la acera, con el motor en marcha, inclinada sobre el volante, mirándome con curiosidad. Era evidente que el niño había decidido hacerla esperar; al fin y al cabo, no había nada más importante que el concierto y el

chocolate. Sneak se sentó en el sofá con los brazos cruzados, claramente molesta con mi comportamiento.

—¿Sabes *Desperado*, de los Eagles? —le pregunté a Quincy con cierta melancolía.

—¿Y *You're No Good*, de Linda Ronstadt? —le preguntó Sneak.

—Nunca he oído ninguna de las dos canciones.

Su madre tocó el claxon.

—Coge una chocolatina, cariño, que tu madre te está esperando. —Le tendí la caja.

Me sonó el móvil mientras el niño salía corriendo por el césped en dirección al coche.

—Tienes que pasar de esa policía, de Sanchez —me ladró Ada al otro lado de la línea.

—Vaya, esta mañana todos me aconsejáis lo que tengo que hacer. —Apoyé el café en la encimera—. Como sigáis así, me vuelvo a la cama.

—Yo no aconsejo. Ni pido ni advierto a la gente. La gente hace la mierda que yo digo o se gana un toque.

No quise preguntarle qué era lo que entendía por «toque». Di por hecho que consistía en que te cortaran partes del cuerpo, en que te rompieran algún hueso o en que enterraran en el desierto partes significativas de tu anatomía, quizá para siempre.

—Sanchez no me cae nada bien, así que vas a tener que deshacerte de ella.

—Tú tampoco le caes bien, por si sentías curiosidad.

—Ninguna.

Conecté el altavoz para hablar con Ada y le conté lo que Jessica me había dicho de Marcus Lemon, de mi coche, de la cuenta bancaria de Dayly y de su teléfono, de la teoría de Tasik sobre los Crips. Sneak me observaba y me escuchaba desde el sofá.

—¿Qué vende una mujer por ochocientos dólares? —susurró Ada —. A alguien que no quiere que den con él. Deberías preguntárselo a esa puta fofa que duerme en tu sofá. Seguro que ella lo sabe.

—Tengo puesto el altavoz.

—¡Eh, zorra apestosa! —gritó Ada a voz en cuello—, ¿qué consigue la gente de una comepollas con tus genes a cambio de ochocientos pavos?

—Ni idea. ¿Por qué no le preguntas a tu papaíto cuánto me pagó la última vez que le metí el dedo por el culo? —le devolvió Sneak.

Colgué antes de que Ada respondiera y cogí las llaves del

ganstermóvil.

La I-110: campamentos de gente sin hogar, fábricas lanzando humo a un cielo amarillo, el desierto y las montañas marrones cubiertas de arbustos al sur. Fui mirando los carteles de los casinos de camino a Palm Springs. Neil Diamond con lentejuelas plateadas. Los deslumbrantes dientes blancos de Rod Stewart tan presentes en su cara de color naranja cúrcuma.

—San Francisco —dije.

—Ajá —convino Sneak, que cogió el bolso del suelo, sacó de él una papelina de cocaína, o de lo que fuera, y después volvió a tirarlo al suelo.

—¿Qué puedes hacer a tres horas del aeropuerto de San Francisco?

—De tres horas nada —dijo Sneak mientras se miraba en el espejo —. Si estuvo seis horas en total, para que hubiera podido desplazarse tres horas, solo habría podido estar unos minutos en el sitio en cuestión. ¿Qué va a hacer, conducir tres horas para comer un bocadillo de langosta y volver corriendo al aeropuerto?

—Igual no vino a comer un bocadillo de langosta. Puede que recogiera algo, algo que solo pudiera recogerse en persona, ella en concreto, y que después regresara. Puede que alguien le pagara los ochocientos dólares para que viniera a buscarlo.

—Sí, pero también podría haberse alejado solamente una hora del aeropuerto y haber estado cuatro en el sitio en cuestión y después volver.

—Sí. —Suspiré—. Solo pretendía...

—Y eso sin contar el tráfico que hay en las autopistas o el tiempo que se tarda en salir del aeropuerto y en entrar. O que se retrase el avión.

—Vale, para.

—Ayer fui a ver a una espiritista —dijo Sneak.

—¿A una espiritista? ¿Una médium?

—Hace mucho tiempo que la conozco. Me ayudó a limpiarme después de que el demonio se metiera en el cuerpo de mi compañera de celda. Hicimos el ritual de la salvia.

Me paré a pensar en lo lógico que había sido el razonamiento con el que Sneak había rechazado mi teoría de cómo había invertido Dayly el tiempo que había pasado en San Francisco para que ahora me viniera con aquello de la espiritista, pero decidí no decir nada.

—Dijo que Dayly está bajo tierra. Muy profundo. Donde está oscuro.

—Bueno, yo confiaría en eso tanto como en lo de que tu compañera de celda tenía un problema con un demonio —le respondí —. Además, por mucho que tuviera razón, bien podría haber visto a Dayly cogiendo el metro en Nueva York. Eso está muy oscuro y muy por debajo del suelo.

—Hum.

—O en un aparcamiento subterráneo. En la bodega de alguien. En un sótano. En un almacén de alquiler. El estadio de los Dodgers tiene túneles.

—Calla. —Sneak suspiró.

Me quedé mirándola unos instantes. Luego, giré el volante para coger una salida de la autopista.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —me preguntó—. Y no me vengas con más ironías o te cierro la boca a hostias.

Me detuve debajo del paso elevado.

—Anoche, Al Tasik estaba vigilando mi apartamento. Si nos está siguiendo, quiero despistarlo. —Abrí la puerta—. Venga, conduce tú.

—¿Por qué?

—Porque tú eres la chica de la calle y yo solo soy la zorra de Brentwood. Seguro que tú sabes mucho mejor que yo cómo despistar a alguien.

Sneak se acomodó en el asiento del conductor. Esbozaba una ligera sonrisa. Había imaginado que se pondría a dar vueltas y más vueltas por las calles, pero lo que hizo fue pisar el acelerador con todas sus fuerzas y cruzar la intersección con el semáforo en rojo. Una camioneta se vio obligada a esquivarnos y a punto estuvo de estrellarse contra la columna del puente. Sneak se dirigió a una zona de fábricas y almacenes de altísimas paredes de acero, llena de calles polvorientas y que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. En un momento dado, giró a lo loco por un callejón. Me agarré con fuerza al cinturón de seguridad.

—¡Por Dios, Sneak! ¡Por aquí podría haber gente!

—Pues será mejor que se quite de en medio —respondió sin dejar de acelerar.

La nube de polvo que estábamos levantando cada vez era mayor e iba girando a medida que nos metíamos por entre los edificios, derrapando una y otra vez, a un lado y a otro, dejando las rodadas en la tierra. Sneak empezó a reírse y a aullar al cabo de un rato; a pesar

de todo, me dejé llevar y me uní a ella. Pasamos por delante de un almacén de subastas, donde un grupo de personas pujaba por los contenidos de una fila de unidades de almacenaje con la persiana abierta de par en par bajo aquel sol abrasador. Alcancé a ver muebles viejos, cajas apiladas y cubos llenos de juguetes derramándose sobre chasis desnudos de motocicletas. Manos levantadas para pujar. Llenamos de polvo a aquella multitud. Sneak se reía tanto que empezaron a caérsele las lágrimas.

La comisaría de policía de San Chinto tenía toques *art déco* y en su día bien podía haber sido una pizzería, cuando todos creían que la ciudad iba a acabar teniendo una población muchísimo mayor. Era de color beis, estaba rodeada de arbustos y se encontraba en la esquina de un bloque de casas bajas y pulcras. Sneak aparcó a una manzana del lugar y volvimos a cambiarnos de sitio. Nos quedamos mirando la comisaría como si esperásemos que el agente Marcus Lemon fuera a salir y a dirigirse directamente a nosotras para someterse a un interrogatorio.

—Creo que no deberíamos entrar —comenté—. Para empezar, porque, legalmente, no pueden vernos juntas. Además, también tendrán cámaras. Jessica cree que el que anda detrás de Dayly podría ser el mismo que entró en mi apartamento, y que lo hizo porque me dejé ver cuando fui a informar de que me habían robado el coche.

—No tenemos que entrar en la comisaría para saber si está dentro —dijo Sneak mientras sacaba el móvil del bolso—. Eso sería de principiantes.

Buscó un número de teléfono en Google, lo marcó y esperó. Me quedé allí sentada, a su lado, observándola. Cuando tuvo que hablar, lo hizo con voz de anciana, aguda, como con la garganta seca; una voz tan convincente que me quedé de piedra al oírla.

—¿Hola? Llamo para ver si puedo hablar con mi nieto, con Marcus —graznó Sneak—. Se apellida Lemon. Marcus Lemon... Lo llamo porque el jovencito en cuestión dijo que me recogería esta noche en casa para llevarme a mi clase de baile, a las seis en punto, y quería saber si su propuesta sigue en pie... ¿Cómo dice? Va a tener que hablar más alto... Bueno, no creía que un policía pudiera llevar su móvil cuando está sirviendo y protegiendo a la comunidad... Sí, sí, claro. Eso es justo lo que voy a hacer.

Sneak colgó.

—No está en la comisaría. Está de patrulla.

—Ha sido fascinante.

—En invierno, cuando hace frío, trabajo en una línea caliente —me explicó—. La voz de anciana es bastante popular. También sé hacer de colegiala inocente. De madre soltera cachonda. De camionera solitaria. De la secretaria del presidente, sola en el despacho oval mientras el presidente está en la caravana de campaña.

—¡Dios bendito, la última es una fantasía de lo más elaborada! ¿Por qué tiene que ser la secretaria del presidente en concreto?

—Para que pueda hacerse cositas en el escritorio del presidente mientras la observan los retratos de figuras históricas relevantes.

—Vale —respondí arrepentida de haber querido saber más.

—No haber preguntado.

—Bueno, me gustaría que tu reciente actuación nos hubiera servido para dar con Lemon. Sabemos que ahí dentro no está, de acuerdo; pero, claro, podría estar en cualquier lado.

—Esto nos ayudará a encontrarlo.

Sneak se agachó y sacó una pesada unidad de radio de color gris del bolso y la puso encima del salpicadero. La enchufó al mechero del coche y la encendió.

—¿Es un escáner de frecuencias de la policía?

—¿Qué pensabas, que me he pasado la noche colocándome, chupando pollas y comiendo pastillitas de energía? Eso fue la noche anterior, Vecina. Anoche conseguí esto y unas cuantas cositas más de lo más útiles.

Nos quedamos escuchando las llamadas de radio que llegaban. En el coche hacía calor. Cada vez más. Se debía a que un potente viento de las montañas traía el calor del desierto. Durante los primeros veinte minutos, las voces fueron de agentes mayores o de mujeres. Ni rastro de Lemon.

—¿Cómo vamos a saber cuándo es él? —me pregunté en alto—. Todos ellos dan el número de un coche, no dan ni su nombre ni el número de placa.

—Aquí hay un aspirante —apuntó Sneak mientras levantaba una mano para pedirme que me callara justo cuando empezaba a hablar una voz joven.

«Central, aquí L81. Voy a parar por un posible 11-25 en Wilson con Harlow. No voy a necesitar ayuda. Corto».

«Recibido, L81. Por cierto, ¿te ha llamado tu abuelita? Corto».

«¿Mi abuelita? Corto».

—Ese es nuestro chico. —Sneak sonrió.

En la esquina de las calles Wilson y Harlow, que no estaba lejos de la tienda de surf de San Chinto, una plancha de vidrio de grandes dimensiones se había resbalado de su soporte, en el lateral de una camioneta, y se había hecho añicos contra el asfalto. Sneak y yo nos quedamos observando a una distancia prudencial cómo el agente Lemon situaba en la calzada unos conos que iba sacando del maletero del coche patrulla.

—Desde luego, parece el del vídeo —dijo Sneak.

—Bueno, y ahora, ¿qué? ¿Nos acercamos alguna de las dos y empezamos a hacerle preguntas?

—No lo tengo claro. Basta con que nos salga con que «Estuvimos saliendo, me dejó y se mudó a Alaska». ¿Qué hacemos entonces?

—Ni siquiera tiene por qué decir nada de eso —razoné—. Podría mandarnos a tomar por el culo y estaríamos en el mismo sitio. Tenemos que hacerlo bien, porque, en cuanto se dé cuenta de que estamos husmeando, será como si estuviéramos jugando a cartas y nos hubiera visto la mano. Debemos estar seguras de que hablará con nosotras.

—No sabemos nada de él para obligarlo.

—Pues, ciertamente, yo no pienso meterlo en un agujero en el desierto, si es eso lo que estás pensando.

Sneak tamborileó una tonadilla rítmica en la puerta del coche. Lemon estaba de pie en medio de la calzada, bañado por el sol, junto a su coche patrulla, dirigiendo el tráfico como sin ganas.

—Fíjate en ese culo —soltó Sneak de pronto.

Fruncí el ceño.

—¿Estás fijándote en el culo del posible novio o asesino de tu hija?

—Tú mira ese culo. Mira qué ceñidos lleva los pantalones. Está claro que no lleva el móvil en los bolsillos de atrás.

—¿Y?

—Que si no lleva el móvil encima, estará en el coche.

Nos quedamos observando al agente Lemon unos momentos. Entonces, Sneak se desabrochó el cinturón de seguridad.

—De acuerdo, esto es lo que vamos a hacer —empezó a explicarme —. Te vas a acercar despacio, vas a pasar por su lado y vas a estrellar el coche contra ese semáforo de allí.

—¿Qué?

—Pero despacito. Un golpe de nada. Lo suficiente para distraer a Lemon. Al fin y al cabo, la parte frontal ya está toda abollada de cuando entré en el hangar. —Estaba cogiendo un montón de pañuelos de papel del bolso—. ¿Alguna vez has fingido un accidente? Muerde los pañuelos durante el impacto, pero deja que el resto del cuerpo se quede como muerto. A tu edad, un golpe con el coche y puedes perder un diente con facilidad.

—¡Oye, que no soy más que un poco mayor que tú!

—Bájate y monta una escenita. No sé, llora. Sí, eso, llora.

—Pero es que...

—Tú hazlo.

Sneak salió del coche y me quedé observando cómo se acercaba a la tienda de surf y se quedaba mirando el escaparate, muy cerca del coche patrulla de Lemon. Dejé pasar unos cuantos segundos, a la espera de que decidiera volver y admitiera que aquella era una idea estúpida, pero se dio la vuelta, me miró y enarcó las cejas. Negué con la cabeza. Me amenazó con el puño.

—Soy la mejor amiga del mundo —pensé en voz alta mientras me apretaba el cinturón—. Es imposible que nadie tenga una amiga mejor que yo.

Me incorporé al tráfico, despacio debido al cerco de conos que había dispuesto Lemon en el carril derecho. Me quedé mirando al joven para que se diera cuenta de que estaba boquiabierta por la escena. Por el retrovisor vi que Sneak se apartaba del escaparate de la tienda de surf, directa hacia el coche patrulla.

El automóvil que tenía detrás me pitó por lo lenta que circulaba mientras pasábamos por la zona de la plancha de vidrio rota. Aquella fue la mejor manera de espolearme. Me metí el puñado de pañuelos de papel en la boca, mordí con fuerza y pisé el acelerador, directa hacia el semáforo.

Un golpe retumbante, seco y fuerte en mi centro de masas, como un puñetazo en el esternón. Me quedé sin aire y me doblé hacia delante. Me di con la cabeza en los brazos, que, en el último instante, había conseguido cruzar frente al volante, no sé ni cómo. El coche había saltado el bordillo solo por el lado derecho y las ruedas del lado izquierdo seguían en la carretera. Me tiré al asiento del copiloto y escupí los pañuelos de papel.

Sentí un dolor agudo por todo el cuerpo. Se debía tanto a los espasmos de mi tensa musculatura, al choque de los huesos, al roce de las articulaciones y al despertar de músculos que apenas utilizaba,

como a la imagen que apareció en mi cabeza, como si fuera Adrian Orlov y la bala que le había disparado le impactara en la tripa, lo doblara por el medio y lo dejara despatarrado sobre el suelo de su casa.

Me enderecé, cogí la radio del salpicadero, la tiré a los pies de los asientos de atrás y la cubrí con la chaqueta de Sneak. Abrí la puerta de golpe y salí arrastrándome. Marcus Lemon llegó de inmediato, me pasó las manos por debajo de los brazos y me sentó en el asiento del conductor.

—¡Pero bueno, señora! ¡Tiene que tomárselo con más calma!

Me eché a llorar, histérica.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! —chillé—. ¡Le he dado a algo! ¡Le he dado a alguien! ¡Que alguien llame a una ambulancia!

Crucé los brazos por delante del volante y hundí la cara en ellos.

—Tranquila —me dijo Lemon mientras se reía y me apartaba del volante—, que soy agente de policía. Apenas ha abollado el parachoques. Quédese aquí sentada y relájese mientras informo a comisaría de lo sucedido. ¿Qué tal tiene el cuello? —Había gente a nuestro alrededor y me miraba preocupada—. Está usted bien, señora. No tiene por qué llorar.

Al parecer, la escena que estaba montando funcionaba. Los coches reducían la velocidad al otro lado de la calle para fijarse en los dos accidentes. La gente salía de las tiendas y se reunía en las esquinas de la intersección. Mientras Lemon llamaba por radio a la comisaría para pedir refuerzos, vi que un Porsche Cayenne de color azul celeste pasaba muy despacio por mi lado. De la ventanilla del conductor sobresalía un codo enfundado en una chaqueta de cuero.

Eran Fred y Mike, los matones de Ada, que me miraron impasibles al pasar. Sacudí la cabeza. ¿Qué probabilidades había de que fueran ellos? Me dije que no era posible, que se debía al susto del impacto, que los nervios me estaban jugando una mala pasada.

Me recosté y miré por los retrovisores. No se veía a Sneak por ningún lado.

JESSICA

El coche, calcinado, descansaba cuesta abajo en el barranco que quedaba al norte de Glendora, caído sobre las ruedas, que se habían derretido, con las ventanillas, sin cristal, convertidas en ojos oscuros que no absorbían en absoluto la luz del día. El metal fundido había dado forma a un brillante faldón en la parte delantera del vehículo; faldón del que salían plateados riachuelos de metal, secos ya, que se internaban como zarcillos en la arena. Jessica pasó por debajo de la cinta del escenario del crimen que rodeaba el coche y la mantuvo levantada para que Diggy hiciera lo mismo. El forense era un hombre fornido y con los pies planos, increíblemente torpe en campo abierto. Se tropezó con una piedra y tuvo que apoyarse en el coche para no caerse. A continuación, se sacudió las espinas de un cactus que se le habían clavado en el bajo del pantalón vaquero.

—¿Sabemos si este es el coche? —le preguntó Diggy.

—Es un Honda, así que es un buen comienzo —respondió Jessica mientras comprobaba las notas en el móvil—. Algunos guardas forestales lo vieron por aquí hace cuatro días, así que también encaja con el momento. Puaj, qué mal huele.

El aire sabía a goma quemada, a gasolina y a cuero. Jessica miró a su alrededor, las laderas llenas de arbustos de las montañas de Glendora. Algunos cactus y mezquites llegaban hasta la altura del pecho y crecían tan enredados los unos con los otros que daban pie a zonas impenetrables. Aunque no veía movimiento, Jessica sabía que aquellos parajes se llenarían de vida por la noche: aullidos, chillidos y graznidos; gatos monteses y coyotes obligando a los diversos roedores a salir de sus madrigueras; lechuzas ansiosas porque las valerosas almas que hubieran conseguido escapar de garras y colmillos se aventuraran en las llanuras rocosas. Aquel era un sitio peligroso, un coto de caza, de patas que pisoteaban la arena, de espinas que se clavaban en la carne y de sangre que se derramaba sobre la piedra. Fuera como fuese la situación que Dayly había vivido allí, Jessica tenía la sensación de que a la chica la habían perseguido, por las rocas, por los precipicios, de que algún depredador la había acorralado.

Diggy sudaba la gota gorda mientras intentaba abrir una de las puertas de atrás con una barra de metal. El maletero estaba abierto y vacío. Así era como se enfrentaba el Departamento de Policía de Los Ángeles a los coches calcinados. Después del informe preliminar, buscaban cadáveres en el vehículo, o drogas, o armas, y luego lo cercaban con cinta de la policía y dejaban que se pudriera allí donde lo hubieran encontrado.

Mientras Diggy inspeccionaba el coche, Jessica examinó la arena que rodeaba el vehículo. Eran evidentes las pisadas de los guardabosques, de los agentes de policía y puede que de las de un par de curiosos. Pero también había dos rastros que llevaban por entre los arbustos de gobernadora, cada vez más lejos del vehículo, de la carretera, directos a las montañas.

Con cuidado de no pisar las huellas, Jessica siguió aquel rastro hasta donde se detenían, se acuclilló y miró las marcas en la arena y en la gravilla. Había raspaduras que reconocía de escenarios del crimen similares. Las marcas blandas y amplias de un par de culos, de unos hombros. Por debajo de ellos, como a entre sesenta y noventa centímetros, unos semicírculos profundos: los tacones de unos zapatos bien apoyados, intentando conseguir apoyo. Alguien de espaldas, luchando. Allí no había sangre, pero las medialunas en la arena hicieron que a la detective se le pusieran de punta los pelos de la nuca.

—Esto no pinta bien —le comentó Diggy cuando Jessica volvió junto al coche.

—Estaba a punto de decir exactamente lo mismo. Ahí arriba hay signos de pelea.

—Tengo esto.

El forense le lanzó un pequeño pedazo de metal. Jessica miró a la luz la forma de ele ennegrecida.

—¿Qué es?

—Es parte de la bandeja SIM de un iPhone. Sale por el lateral para que se inserte la tarjeta SIM en el dispositivo. Es como un cajón pequeño con un agujero que tienes que abrir con una llave. Cuando estaba en la universidad trabajé en una tienda de reparación de móviles. Reconocería esta forma en cualquier sitio.

—¿Y dónde está el resto del teléfono?

—En efecto, esa es la cuestión. Esa minúscula parte del móvil es lo único que he encontrado. Es muy probable que el resto lo consumiera el fuego. También tenemos esto.

El forense dejó un pedazo de metal plano sobre el capó quemado. Jessica tuvo que acercarse para determinar qué era.

—¿Un portátil?

—La base. La pantalla se ha fundido. El intenso calor hizo puré el exterior. Esto era el teclado.

Jessica se quedó mirando cómo el forense pasaba un dedo por una especie de ranura de plástico que había en el metal ennegrecido.

—Un portátil y un móvil en un coche quemado —comentó la detective—. Mal asunto. Blair Harbour me dijo que Dayly no llevaba nada encima cuando le robó en la gasolinera. Solo una pistola. De portátiles nada. Y, claro, si llevaba un móvil, ¿por qué iba a haber llamado a Sneak desde una cabina? No tiene sentido que lo uno y lo otro estén ahora aquí, en el coche que sustrajo.

—Ya, entonces..., ¿le roba el coche a Blair y vuelve a su apartamento a por el portátil y el móvil?

—Es posible; aunque improbable, sí. ¿Iba a regresar al sitio en el que la habían atacado solo para coger el móvil y el portátil... o es más probable que la atacaran aquí de nuevo y que quienquiera que tuviera el móvil y el portátil aprovechara el incendio del vehículo para deshacerse de ellos?

—Lo segundo parece más probable, sí. —El forense soltó un suspiro apenado—. ¿Se lo vas a contar a la madre o, por ahora, te lo vas a callar?

—No lo sé. De momento tampoco tengo gran cosa. De esto no vamos a sacar nada en claro. El móvil no está y, si este era el portátil de Dayly, va a ser imposible dar con pistas en él.

—No creas. —Diggy esbozó una sonrisa dubitativa—. Si te digo la verdad, he visto volver a la vida portátiles en peores condiciones.

—¿Volver a la vida?

—Sí, volver a la vida, regresar del otro lado, resucitar. Convertirse en no muertos. En tecnología zombi.

—¿Crees que podrías sacar algo de aquí? —Jessica levantó el pedazo de portátil y se fijó en que caía ceniza sobre el capó—. Pero si esto parece corteza de árbol quemada.

—Cosas más raras he visto. —El forense cogió los restos del portátil con cuidado—. Lo primero que tendremos que hacer es determinar si tenía un disco duro o una unidad SSD. Cuando el disco duro queda expuesto a contaminantes, como el hollín o el humo, estos dañan el metal que guarda los datos. No obstante, las unidades SSD no se ven afectadas por las partículas. Es posible que los componentes

aún conserven algún dato dentro de la cápsula protectora. Los discos duros se suelen sellar con una goma industrial que es capaz de soportar temperaturas de más de trescientos grados.

—¿A qué temperatura arde un coche?

—A unos ochocientos.

—Pero, entonces...

—Nunca se sabe. Siempre hay variables.

—Parece que estés emocionado.

—Y es que lo estoy. —El forense sonrió—. Nunca he hecho algo así. Tiene tintes casi arqueológicos. ¡Resulta enriquecedor! Es como si estuviéramos reconstruyendo los monumentos destruidos por el Dáesh en Palmira. Todos esos tesoros rotos en pedazos, quemados, deshechos ¡reunidos de nuevo de una pieza! Si no me hubiera hecho forense, me habría encantado dedicarme a algo así.

Jessica asintió animada y buscó la matrícula. Nada. Abrió el capó para comprobar el número de identificación del vehículo y sacó el móvil para compararlo con el del informe de la denuncia interpuesta por Harbour. En cuanto miró la pantalla, esta se puso en negro. La llamaba un número desconocido.

—¿Dígame?

—¿Eres Jessica Sanchez? —Una voz grave de hombre.

—Sí.

—Mira, zorra, mantente apartada de Kristi Zea. No quiere hablar contigo y no quiere saber nada del caso si estáis pensando en reabrirlo. Como Kristi me...

—¿Quién eres? —Jessica se apoyó en el coche, que estaba caliente, y miró hacia el horizonte.

—Calla y escucha. Kristi contratará un abogado si es necesario. Irá a por ti por acoso y por provocarle traumas emocionales..., psicológicos..., eh..., bueno, ya sabes. Por estresarla. La cuestión es que no tienes derecho a perseguirla, y no le dolerán prendas en denunciarte si es necesario.

—Ah, ¿sí?

—Sí, zorra. —El hombre estaba caminando. Jessica oía botas en un suelo de madera—. Pero no empezaremos por ahí. La ruta legal será la agradable, pero no será lo primero. Lo primero será seguir una ruta no tan agradable.

—¿Y qué es lo que vas a hacer? ¿Vas a venir a mi apartamento a pegarme una paliza? ¿A destrozar mis cosas? ¿A partirme los pulgares?

—Si es necesario...

—Vale. Entendido. Ahora, amigo, me vas a escuchar tú a mí. Kristi, escúchame tú también.

—Kristi no...

—Sé muy bien que está ahí. Tienes puesto el altavoz porque pretendías conseguir que se escuchara mejor. Esperabas que oyera cómo me echaba a llorar, acojonada por tus amenazas, cómo te decía que me mantendría alejada de ella. Supongo que eres su hermano o un amigo íntimo, o puede que seas alguien a quien conoció bebiendo mientras se emborrachaba en algún garito de mala muerte para superar el sentimiento de culpa.

Silencio al otro lado de la línea.

—Te ha telefoneado esta mañana, ¿verdad? Ha pasado la noche llorando y bebiendo, muerta de miedo por la llamada que le hice. Pero tú le has dicho que lo ibas a arreglar. Que le ibas a demostrar a esa zorra de poli que Kristi no está sola, que tiene gente que cuida de ella. Te ha dicho que era una mala idea, pero le has exigido que te diera mi número. ¿Qué tal voy?, ¿ha sido así?

Jessica oyó que el hombre cogía aire, pero siguió hablando antes de que este metiera baza:

—Tú no vas a venir a mi apartamento para obligarme a que deje en paz a Kristi, y Kristi no va a contratar ningún abogado para obligarme a que la deje en paz. Esas dos opciones solo existen en ese mundo de fantasía en el que vives, seas quien seas, porque no vas a arriesgarte a que te acusen de atacar a un agente de la ley por defender a tu amiga, y estoy segura de que Kristi no tiene ningunas ganas de sentarse frente a un juez mientras yo le explico por qué estoy tan interesada en hablar con ella. No. En la realidad, donde vivimos los demás, Kristi se va a sentar conmigo a responder a mis preguntas.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque el tipo de acoso por el que estás diciéndome que me vais a demandar no ha empezado todavía. Hasta el momento solo he hecho una llamada. A partir de ahora, puedo empezar a aparecer sin más en la vida de Kristi. Puede que me pase por el bar que frecuenta y que comience a hablar con los marginados con los que alterna, a meterles los dedos en la boca en busca de respuestas. Puedo aparecer en su trabajo y pedir una reunión con su jefe. Puedo llamar a la puerta de la casa de su madre y conseguir que me invite a tomar el té. Puedo descubrir quién eres y hacerte una visita en medio de la noche, junto a cinco compañeros de las Fuerzas Especiales y una orden judicial.

Mientras tanto, a medida que voy dando vueltas alrededor de los amigos de Kristi, buscaré cualquier pretexto, por estúpido que sea, con el que pueda joder a su círculo más íntimo. Y, después de que tenga a sus amigos en mis manos, empezaré a darle por el saco a ella. Hablaré con su casero. Daré su nombre en Hacienda. Llamaré a los Defensores de los Animales y les diré que maltrata a su perro.

Se oyó como que alguien rascaba algo y a Jessica le pareció que oía voces apagadas, apresuradas.

—Dile que debe hablar conmigo —insistió Jessica—. Tiene que contarme la verdad.

Colgaron. Diggy soltó un silbidito.

—¿De verdad harías todo eso para que Zea hablase?

—No sería necesario —respondió la detective mientras tecleaba un mensaje—. Lo he hecho en un par de ocasiones y basta con que empieces por la casa de la madre. En cuanto hablas con la progenitora, el hijo se rinde.

Jessica intentó concentrarse. El caso de Harbour podía esperar. Lo que tenía delante, en cambio, hacía que le recorrieran escalofríos de nervios por la espalda. Estuviera donde estuviese, Dayly Lawlor necesitaba ayuda. Jessica le mandó un mensaje a su contacto de tecnología forense. Se había visto forzada a cruzar dos estados para encontrar un investigador que la ayudara a dar con el pagador anónimo que le había enviado ochocientos dólares a Dayly. Todos los recursos policiales a los que había acudido en California, o estaban ocupados, o estaban molestos con ella por lo de la casa de Brentwood, o estaban tan fascinados por el vídeo junto a Goren que eran incapaces de hablarle normal, sin coñas. Había tardado hora y media en dar con Mariana, una mujer con la que había compartido dormitorio en la academia y que, ahora, vivía encerrada en un laboratorio subterráneo de Nuevo México.

«¿Sabes ya algo de esa cuenta anónima?», le preguntó Jessica.

Su móvil pitó casi de inmediato con una respuesta.

«Tengo a la tipa. Te envío su dirección, pero si vas a ir a visitarla, te sugiero que lleves refuerzos».

BLAIR

Había enviado a Sneak a una gasolinera para que me comprara una bolsa de hielo con la que mitigar mi dolor de cabeza, pero volvió con un par de polos que me resultó complicado moldear alrededor de la frente, más, si cabe, cuando abrió uno de ellos y empezó a lamerlo. Estábamos bajo el sol del desierto, con la condensación cayéndome por la cara mientras ella leía mensajes de texto que se habían enviado el agente Lemon y un contacto al que tenía grabado como «D», a secas, y que dimos por hecho que se trataba de nuestra muchacha perdida.

LEMON: ¿De verdad vamos a hacerlo?
D: Vamos a intentarlo, ¿no te parece? Lo peor que puede pasar es que alguien lo descubra y se nos adelante.
LEMON: Lo peor que puede pasar es que a mí me despidan y que a ti te metan en la cárcel. Ya te lo dije anoche, pero te lo voy a repetir: si me veo obligado, te entregaré.

—¿De qué coño están hablando?

—Está claro que van a cometer algún delito. —Sneak frunció el ceño mientras consultaba el teléfono y sin dejar de chupar el polo, que le estaba tiñendo los labios de verde—. Tenemos que descubrir de qué se trata. ¿Irían a robar un banco? ¿A asesinar a alguien?

—«Que alguien lo descubra y se nos adelante» —repetí.

—Mira, se me ocurre... Puede que sea una locura, pero... Hace diez años conocí a un tipo que trabajaba en una comisaría de San Bernardino. Un poli. Johnny Reselt, se llamaba. Había descubierto que, cada vez que se producía un terremoto, las cámaras de la sala de pruebas se apagaban. No durante mucho tiempo, puede que unos veinte segundos. La cuestión es que hizo que lo asignaran allí. La única manera de que te asignen a ese lugar es que te metas en problemas, que seas un mal ejemplo para el cuerpo. Así que me pagó mil pavos para que nos pillaran esnifando coca en un baño público. A mí me arrestaron por posesión de drogas y a él lo mandaron a la mazmorra.

—¿Adónde quieres llegar? —le pregunté mientras me masajeaba el cuello, que se me estaba quedando rígido.

—Tú escucha. La cuestión es que Johnny empieza a trabajar en la sala de pruebas y, poco a poco, conoce qué es lo que se cuece por allí. Descubre que el caso más relevante que custodian es el de la acusación de violación contra un chef local, una celebridad. Un tipo la hostia de famoso que sale en la tele, que vive en una mansión en las montañas, alguien de ese estatus. Al parecer, el cocinero arrinconó a una aprendiza, una jovencita, la encerró en el congelador y le dijo que no la dejaría salir a menos que se la chupara. Vale, pues Johnny sigue trabajando en la sala de pruebas, esperando pacientemente un terremoto. Pasan meses, pero acaba habiendo uno. Cuando las cámaras se apagan, va corriendo al lugar donde está archivado el caso del cocinero, coge la prueba clave que hay contra el tipo y la guarda en la mochila. Era una camisa, por si te lo estabas preguntando. La camisa de la aprendiz. Tenía lefa del cocinero.

—¿Y qué tiene esto que ver con Dayly?

—Johnny le vendió la prueba al cocinero por unos cincuenta mil dólares. —Sneak chupó del envoltorio los restos del polo—. Puede que estos dos estén haciendo algo similar. Puede que Dayly y el agente Lemon se hayan unido para robar pruebas de esa sala.

—¿Y están preocupados porque alguien de la comisaría se les adelante? ¿Antes de que el caso vaya a juicio? ¿Qué probabilidades hay de que dos polis corruptos tengan la misma idea descabellada?

—No lo sé, pero lo que está pasando aquí tiene que ver con la poli. Dayly no va a estar haciéndose amiga de los Crips por un lado y de la poli por el otro.

—O puede que tenga que ver solo con Lemon y que el hecho de que sea policía no sea sino una mera coincidencia.

—A ver, solo es una ocurrencia... —Sneak se puso el bolso en el regazo y sacó una papelina de cocaína.

—Sigue leyendo los mensajes.

—No hay mucho más. Parece que Dayly y Lemon se veían a menudo. —Sneak iba pasando los mensajes hacia arriba con el dedo —. Quedaron... cuatro veces en tres semanas.

—Y eso, ¿cómo lo sabes?

—Los mensajes dicen cosas como «Ya estoy aquí» o «Llego en tres minutos». «Estoy en un atasco».

—Vale.

—Hay una conversación de hace dos semanas que resulta interesante. Te la leo:

D: ¿Qué opinas?
LEMON: Sabe lo que se hace.
D: Pero ¿podemos confiar en él?
LEMON: He mirado su chaqueta. Es bueno haciendo estas cosas. Si quieres, puedo intentar asustarlo con algún cargo, pero no creo que sea necesario. Si lo cabreamos, se pirará y todo se irá a la mierda.

—¿«He mirado su chaqueta»? —pregunté.

—Sus antecedentes penales o algo así. Lemon ha comprobado si está limpio. Debían de estar decidiendo si era de fiar.

La radio, que seguía en el suelo de los asientos de atrás, cacareó. Sneak y yo nos miramos y nos quedamos escuchando a través de las ventanillas abiertas.

«Central, aquí L81. ¿Podríais prepararme el papeleo para denunciar el robo de un móvil? Algún cabrón me lo ha quitado mientras estaba atendiendo el 211. Cambio».

«¡No jodas, Marcus! ¿En serio? Cambio».

«Sí. Lo ha cogido del coche patrulla. He mirado las imágenes de las cámaras de seguridad de la zona, pero estaba aparcado en un punto ciego. Un testigo dice que ha visto acercarse a una rubia gorda».

«Qué patrulla de mierda la de hoy».

«Y que lo digas».

«Marcus, ya que estamos, pásate por el Mesa, ¿vale? Ronnie vuelve a andar por ahí, intentando robar botellas de los contenedores. Me pongo con lo tuyo».

«Llego en cinco minutos. Corto».

Fui con Sneak hasta el Mesa Inn, un pequeño bar de mala muerte situado en un centro comercial, entre una correduría de seguros y una tienda de empeños. El cartel del bar parecía reutilizado de un cine, grandes letras mayúsculas en verde sobre raíles blancos. Aparqué a cierta distancia del coche patrulla de Lemon porque sabía que, después del accidente, reconocería el ganstermóvil en cuanto lo viera. Nos quedamos en el coche, observando cómo intentaba quitarle un saco de arpillera lleno de botellas de cerveza a un hombre en la parte trasera del bar. La actitud de Lemon era amistosa. Tenía las manos adelantadas, abiertas, solícito. Pensé en su voz, cálida, animosa, igual que cuando había guiado mi automóvil de vuelta a la carretera después de advertirme por conducción temeraria, no sin cierta reticencia. Sneak estaba apoyada en la ventanilla, guiñando los ojos

para protegerlos del sol.

—Necesitamos prismáticos —dijo.

—Una radio de la policía, prismáticos, rastreadores GPS... Podrías establecerte como detective privado. Consigue una licencia y empieza a cobrar por estas cosas.

—No.

—¿Por qué no? Se te da bien.

—Yo nunca voy a dejar esta vida —confesó—. Yo nací para la calle. Para caer una y otra vez. Ese es mi destino.

—¡Qué chorrada!

Sneak se rio y me miró.

—Lo digo en serio —insistí—. Podrías cambiar tu destino ahora mismo. Cambiarlo a como era al principio, antes del accidente que te sacó de las Olimpiadas. Habrías obtenido grandes logros.

—Como Dayly. —Se encogió de hombros—. Pero mira ahora, por el camino oscuro. Puede que sea genético. Una maldición familiar. En una ocasión conocí a un tipo que estaba maldito. Lo maldijo su exnovia y lo mató un pelícano.

—No sabemos lo que le ha pasado a Dayly. —Le puse una mano en el hombro—. Sí, vale, no pinta bien, pero cabe la posibilidad de que salga airosa de esta.

—Todas estas chorradas te las dicen en rehabilitación, ¿sabes? «Puedes cambiar tu destino ahora mismo», ese tipo de cosas. Los de rehabilitación no saben más que citar. Afirmaciones y más afirmaciones. Incluso las escriben en las paredes con bonitos colores. A veces, las imprimen en brazaletes o en camisetas y así las llevan a todos lados: «Cree en ti», «Da gracias por cada momento de vida», «Traza un plan y cíñete a él», «Confía en el proceso». El problema es que todo eso no lo ha dicho nadie; las citas esas. Que no están probadas, vamos. Que no están demostradas, creo yo, en la vida real.

—¿Acaso vives tú de acuerdo con alguna cita que esté probada en la vida real?

—Sí, una de Mike Tyson —comentó mientras se quedaba mirando cómo Lemon volvía a su vehículo—: «Todo el mundo tiene un plan hasta que alguien le pega un puñetazo en la boca».

Pensé en ello. Pensé en cuántos planes maravillosos había tenido yo para Jamie antes de que me pusieran unas esposas por primera vez, hasta que la vida me pegó un puñetazo en la boca. Sneak se enderezó y movió la mano en dirección a Lemon.

—Sigámoslo un rato —dijo.

JESSICA

Jessica no llevó refuerzos a la pequeña casa de Hill Street, en Walnut Park. Aparcó debajo de una señal que, inquietante, rezaba: BACHES A PARTIR DE AQUÍ y se quedó un rato mirando la vivienda para ver si aparecía el objetivo de la advertencia de Mariana, pero no fue el caso. La dirección social de Scream Inc. era un edificio estucado con ventanas rematadas en arco y palmeras bajas en el jardín de entrada, con un comedero para colibríes colgando cerca de la puerta principal, en la que había una vidriera policromada. La detective se acercó a la puerta y llamó. Enseguida oyó unos pasos que bajaban por las escaleras. La mujer que abrió la puerta era más joven de lo que esperaba, bajita y regordeta, con el pelo teñido de un azul oscuro que destacaba muchísimo con su rostro, pálido y pecoso.

—¿Jessica Sanchez?

—La misma.

—Soy Tania Austen. —La joven, que tenía un fuerte acento del sur, sonrió—. Pase.

Por dentro, la casa era tan ordenada y ordinaria como por fuera. Alfombras persas sobre suelos de madera, un perchero en la pared para los abrigos y los bolsos con la palabra «Familia» grabada en él. Jessica supuso que la joven vivía con sus padres. Nada más cruzar el umbral, la detective había sentido un hormigueo en el estómago, la sensación de que la joven no encajaba en aquel entorno tan bonito. Siguió a Tania hasta una puerta que había junto a la cocina, y se quedó mirando cómo la muchacha buscaba la llave adecuada en un manojo que había sacado del bolsillo de la sudadera.

—Por teléfono no me ha dicho en qué es, concretamente, en lo que está interesada —comentó Tania mientras metía la llave en el enorme candado con el que estaba cerrada la puerta.

Jessica apenas había dicho nada por teléfono, solo que quería hablar con Tania acerca de la compra que había llevado a cabo el mes anterior. Jessica era consciente de que, a veces, los casos se resolvían prácticamente solos cuando se limitaba a aparecer, sin anunciar que era policía, sin que intentara excavar apenas en la situación en la que estaba a punto de encontrarse. Las preguntas hacían que las puertas

empezasen a cerrarse y, cuantas más preguntas, claro está, más puertas se cerraban. Siguió a Tania por unas escaleras que daban a un sótano. La joven desconocía que Jessica fuera armada y que, técnicamente, necesitaba una orden judicial para entrar en la casa.

—He venido para hablar de Dayly Lawlor —dijo Jessica como si no fuera con ella la cosa.

—¡Ah, vale! —Tania sonrió—. No me sorprende. Todavía ni siquiera he colgado las cartas en la página web, pero supongo que ya se ha corrido la voz, ¿no?

Era un sótano tan bien organizado que casi parecía un almacén militar. Jessica se detuvo delante de un escritorio de palisandro y miró los armarios que la rodeaban, armarios hechos a medida que estaban llenos de objetos etiquetados. Había estanterías con bocetos sin enmarcar y pinturas acrílicas de fantasmas y mujeres preciosas junto a objetos que parecía que no estuvieran catalogados: un bolso con la cremallera rota y un osito de peluche rosa que parecía que se hubiera quemado por un lado, en el que el pelo de color de algodón de azúcar estaba rizado y ennegrecido. Jessica se volvió y miró un estante abarrotado de botes, los había a cientos, cada uno de ellos con un nombre: Schaefer, G. J.; Jones, J.; Gacy, J. W.; Norris, R.; Pike, C. La detective se acercó y vio que algunos de ellos estaban llenos de lo que parecía pelo. Mechones grises, morenos, castaños. En otros había una especie de medias lunas amarillentas. Tania estaba buscando en un archivo enorme. Jessica vio archivos etiquetados como «Transcripciones», «Informes psiquiátricos», «Certificados de autenticidad», «Fotografías de escenarios del crimen o de autopsias». La sensación que le había empezado en el estómago comenzaba a ir a más y a convertirse en una tensión justo por encima de la pelvis.

—No se preocupe, que están por aquí —comentó Tania mientras pasaba los archivos—. Puede usted admirar la tienda mientras espera, pero quiero que sepa que, ahora mismo, la enfocan tres cámaras. El año pasado vino un tipo que intentó robarme un bote con uñas de Berkowitz. Yo soy la única de todo el país que tiene sus uñas a la venta junto con un certificado de autenticidad. Es uno de los botes más caros. Allí, en la estantería de arriba. Si compra las cartas de Dayly, puedo hacerle un buen precio en un par de los más baratos.

—¿Se refiere a... David Berkowitz, el asesino en serie?

—Sí, al que llamaron «hijo de Sam». También poseo un par de sus zapatos de la cárcel, por si le mola el tipo.

Jessica volvió a mirar los armarios, llenos de botes con pelo y uñas

etiquetados con los nombres de asesinos famosos. En una esquina, junto a las escaleras, había un frigorífico viejo que no dejaba de zumbar y que tenía un candado en la puerta. Jessica se acercó a la pared de enfrente y examinó un cuadro colgado bastante alto. El marco contenía un pedazo de alfombra de color crema con una gran mancha de color rojo amarronado. La detective se fijó en que el marco estaba atornillado a la pared.

—¿Qué es eso?

—Eso no está en venta. —Tania se acercó a Jessica—. Es de mi colección personal. Tiene ante usted el pedazo de moqueta que uno de los forenses cortó del suelo de la biblioteca del Instituto Columbine dos días después del tiroteo. Para eso también tengo un certificado de autenticidad. Vale más que todo el resto de lo que tengo aquí junto. —Se puso las manos en las caderas, orgullosa—. Alguien quiso cambiarme unas gafas de Jeffrey Dahmer por ella hace un par de semanas. Si le digo la verdad, me lo pensé. Me lo pensé, y mucho.

—Entonces, todo lo que tiene aquí...

—Recuerdos de asesinos —dijo Tania asintiendo—. ¿Pensaba que solo tendría cartas de presos?

—No pensaba...

—Aquí, en Scream Inc., tratamos con todos los aspectos de la muerte. Tenemos cintas con confesiones, informes psiquiátricos, escáneres craneales y residuos sanitarios. Este es uno de los bolsos de Casey Anthony. —Tania le dio unos toques al cristal de un armario que Jessica tenía al lado—. Lo conseguí en un mercadillo que organizaron sus padres un par de años después de que muriera la niña. Ni se imagina lo que darían por él ahora mismo. ¿Es usted fanática de O. J.? Poseo piedras de donde apuñalaron a Brown y a Goldman hasta la muerte, aunque, por desgracia, no dispongo de certificado. Y tengo apalabrada una de las lámparas de exterior de la escena del crimen. El que me la va a vender argumenta que tiene una salpicadura de sangre, pero todos dicen lo mismo. Creo que cerraré el trato en pocos días. Puedo incluirla a usted en la lista de contactos si quiere recibir un aviso cuando el objeto ya esté a la venta. A menos que quiera hacerme una oferta ahora mismo.

—Estoy... —Jessica respiró hondo—. Estoy aquí por las cartas de Dayly Lawlor.

Tania volvió al archivador. La detective se quedó mirando con los ojos muy abiertos un par de zapatos de tacón rayados que había en una estantería baja e intentó no pensar en qué habría en el frigorífico

que se encontraba junto a las escaleras. Al cabo de un rato oyó unos papeles y se acercó al escritorio, donde Tania estaba extendiendo, con cuidado, tres folios.

—Por favor, no los toque. Y nada de fotos. Eso es lo único que le pido.

Jessica miró los folios. Eran cartas escritas con una máquina eléctrica.

Querida Dayly:

En tu última carta hablabas de las razones que pude tener para matar a toda esa gente...

Un escalofrío le partió el pecho en dos.

—¿Qué es esto? —preguntó la detective.

—¿Cómo dice? ¿Es que no lo sabe?

—Vengo de parte de un amigo. —Jessica esbozó una sonrisa tímida.

—Son las cartas escritas por John Fishwick, el asesino del banco Inglewood, a una joven llamada Dayly Lawlor. Fishwick es un célebre ladrón de bancos. Ahora mismo está en San Quintín, en el corredor de la muerte. El tipo fue prolífico, pero en su último atraco se volvió loco y asesinó a un montón de personas. Seis adultos y un niño, para ser más exactos. —Tania se situó al otro lado del escritorio—. Alguna gente, su amigo incluido, cree que, algún día, mediante estas cartas, Fishwick revelará dónde escondió el dinero robado.

Jessica se quedó mirando las misivas y leyó algunos fragmentos. El corazón le latía con fuerza.

—Ahora, las cartas de Fishwick se venden por unos quinientos dólares; pero en estas, Dayly le pregunta si es su padre, y eso cambia la cosa. Eso es especial. Aparecen detalles personales de Fishwick que no eran de dominio público, incluida la confesión de un asesinato en su niñez. Además, con la noticia que salió la semana pasada que decía que el dinero encontrado podría ser de Fishwick, el interés por estas cartas va a aumentar. Voy a tener que quitarme a los compradores con un bate, así que al madrugador de su amigo se las ofrezco por mil quinientos cada una. Acepto tarjeta. Doy por hecho que su amigo le ha dado permiso para negociar en su nombre.

Jessica se apartó del escritorio. De pronto, la estancia le parecía muy pequeña y tenía mucho calor.

—¿Cuántos años tiene? —le preguntó a la joven.

—¿Cómo dice? —Tania frunció el ceño.

—Ya me ha oído, Tania.

—Veinticinco.

—¿Y así es como se gana la vida? ¿Recoge los restos del dolor y del sufrimiento de las personas y se los vende a tarados por Internet?

Tania retrocedió sorprendida. Miró el trozo de alfombra de la masacre del Instituto Columbine.

—Mire, señora —empezó a decir la joven con tiento—, lo que yo hago no se diferencia en nada de lo que hacen aquellos que comercian con objetos históricos. La gente compra y vende recuerdos de guerra en Internet a diario. Visite usted el salón de juegos de un ricachón y seguro que encuentra una pistola de la guerra civil o un fajo de cartas de alguien que las escribió desde las trincheras... o una lanza romana. Una bandera rota de alguna batalla extrajera. Esto es historia. —Señaló las paredes—. Hay museos llenos de esta mierda. La única diferencia es que esos objetos pertenecieron a asesinos aprobados por el gobierno. Esto otro, en cambio, es la historia de asesinos sin ese respaldo.

—Este osito de peluche. —Jessica señaló el oso rosa medio quemado que había en el armario—. ¿De quién era? ¿Qué le pasó al niño al que le pertenecía?

—Oiga, ¿va usted a comprar las cartas o no? —Tania miraba a la detective con los ojos como platos—. No la he dejado bajar aquí para que me juzgue.

—No, no voy a comprar las cartas. —Jessica sacó el arma de la parte trasera de los vaqueros y la placa del bolsillo delantero—. Voy a confiscarlas. Soy policía. Estas cartas son pertinentes para investigar la desaparición de una persona.

—¿Tiene usted una orden?

—No, pero...

Tania metió las manos por debajo del escritorio. Cuando las sacó, empuñaba una enorme escopeta de cartuchos del 12. Jessica se quedó mirando el cañón mientras Tania lo movía para apuntarla. Su pistola, encarada hacia el suelo, era inútil ante aquel monstruo. La detective tiró al suelo el arma, que hizo un ruido sordo al caer.

—Sin orden judicial no hay cartas.

Jessica se sobresaltó cuando Tania bombeó la escopeta. El ruido sonó fortísimo allí abajo, como las marchas de un camión. La detective sintió que el miedo le secaba el paladar. Cuando habló, su voz era áspera:

—¿Cuánto has dicho que costaban?

—Cuatro mil quinientos el lote —respondió Tania sin dejar de apuntar a la detective al estómago—, pero por cinco mil puede elegir dos botes de uñas de los pies. De asesinos poco conocidos, claro.

—Me vale con las cartas.

Con mucho cuidado, Jessica sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón.

BLAIR

Observamos cómo Lemon aparcaba el coche patrulla frente a una casa de Redduck Avenue. La vivienda se alzaba al otro lado de una maraña de hiedra salvaje que casi había cubierto por completo la tapia de ladrillo que delimitaba el jardín delantero. Sneak estaba con el móvil, toqueteándolo para reducir la imagen de nuestra localización en el GPS.

—¿Es Redduck o Red Duck? —preguntó.

—No lo sé.

—Estamos como a unas dos manzanas de la comisaría de policía.

—No sé qué estará haciendo, pero refuerzos no parece que haya pedido.

Nos quedamos esperando en silencio.

—¿Qué opinas? —pregunté—. ¿Ha venido a hacerle una visita a la familia? Puede que haya decidido pasarse a ver qué necesita su abuela.

—Puede que sea su casa —musitó Sneak—. De una u otra forma, desde aquí no vamos a ver nada. Pasa por delante.

Conduje alrededor de la manzana y reduje la velocidad mientras pasábamos frente a la casa de la tapia cubierta de hiedra. La miré con atención. Era el número 17. El largo camino de entrada estaba lleno de objetos: cubos, bombonas de gas, sillas, mesas plegables, cajas de cartón en pilas altas, bicicletas oxidadas apoyadas contra las cajas, un toldo mal puesto sobre parte de todo aquello con la intención de proteger del sol el batiburrillo de objetos. Vi ventanas con tablas y otras con papel de periódico en los cristales. Sneak se soltó el cinturón de seguridad y se volvió en el asiento para mirar la casa hasta el último momento posible.

—La abuela padece el síndrome de Diógenes —soltó.

—Sí que es raro, sí.

Regresamos al lugar en el que habíamos estacionado antes, a una manzana de la casa en la que había desaparecido el agente Lemon. Apagué el motor, que, mientras se enfriaba, emitía una especie de tictac.

—Voy a entrar —dije.

—Ni se te ocurra. Te reconocerá.

—No voy a llamar a la puerta. Me acerco a ver qué veo y después me largo.

—Ya voy yo. —Abrió la puerta—. A mí no me ha visto.

—Ya, pero está buscando a una ru... —Me quedé callada—. Una mujer que encaje con la descripción que le ha dado el testigo y que coincida con la persona que le ha robado el móvil. Una rubia con el pelo rizado.

—¿Y qué vas a hacer si te descubre?

—Ya me las arreglaré —respondí.

Caminar disimuladamente es mucho más difícil de lo que parece. Golpeé el bordillo de la acera un par de veces con las zapatillas mientras iba camino de la casa. Enfrente había aparcada una camioneta en la que se leía FONTANERÍA RAMIREZ y cuyo logotipo, pintado en un lateral, era un fontanero sonriente que empuñaba una llave inglesa por encima de la cabeza como si se tratase de una espada. Giré de golpe y me metí por el camino de entrada, sin dejar de mirar las ventanas por si aparecía Lemon. Me agaché por detrás de la pila de desechos. El jardín de atrás estaba lleno de coches viejos y oxidados que, probablemente, en su día habían sido clásicos a la espera de que alguien los restaurara. Un gato pardo dormitaba en el capó de uno de ellos, que tenía hierba tan crecida en el interior que asomaba por el parabrisas. El gato levantó la cabeza en cuanto advirtió mi presencia. Era una bestia grande con la cara cuadrada y llena de cicatrices.

Me aproximé a la ventana que más cerca tenía y miré por una raja que había en el papel de periódico que la cubría, pero lo único que alcancé a ver en la habitación a oscuras a la que daba era una estantería llena de libros amarillentos. La ventana de al lado estaba completamente tapada, pero la siguiente habitación se veía a través de la rendija que quedaba entre dos tablones de madera. En ella divisé decenas de alfombras enrolladas o rollos de moqueta, amontonados desde el suelo hasta el techo.

—¡Eh!

Me sobresalté y fui incapaz de reprimir un grito. En el camino de entrada había un latino de hombros anchos limpiándose la grasa de las manos en un trapo sucísimo.

—Ah, hola. —Sonreí.

—¿Puedo ayudarte?

—Ah, no, gracias. Perdona que haya entrado, pero es que estaba

buscando a mi gato. —Señalé el gato que había en el capó del coche, al final del camino de entrada—. Enseguida me voy.

Me dirigí hacia el gato, que volvió a levantar la cabeza. El animal soltó un maullido grave y aterrador que hizo que se me pusieran los pelos de punta. Imaginé que se me lanzaba a la cara, y se me agarraba a la cabeza con aquellas zarpas suyas, afiladas como el alambre de espino. Pensé que tenía bastante con el leve accidente de tráfico que había sufrido hacía un rato. Me detuve, agaché la cabeza y volví por el camino de entrada.

—¿Sabes?, me parece que está bien. Ya volverá a casa cuando tenga hambre. —Esbocé una sonrisa cálida al hombre con el trapo y señalé unas flores silvestres que crecían entra las sillas de madera podridas que había apoyadas contra la pared—. Bonitas flores. Menudo sitio tan particular. Excéntrico.

—No es mío. Yo solo soy el fontanero. El dueño de la casa debe de tener el síndrome ese de Diógenes.

Me paré en seco.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Es una locura de sitio. Tiene cosas amontonadas hasta el techo. Yo solo he venido para reparar el baño. No es raro ver casas como estas, en las que la gente sigue utilizando el baño, aunque pierda agua.

—Oh, vaya.

—El tipo también tiene muchas muñecas y están todas desnudas.

Permanecimos mirando al suelo, incómodos.

—Me iré en un par de días —dijo él.

—Perfecto. —Empecé a alejarme, de espaldas—. Espero que..., eh..., que lo soluciones todo.

—Seguro que sí.

Caminé a paso ligero hasta la calle, giré a la izquierda abruptamente y eché a correr en cuanto ya no me podían ver desde la casa. Sneak escuchó con atención lo que le contaba mientras me incorporaba al tráfico y daba la vuelta por donde habíamos venido para no tener que pasar por delante de la casa una vez más.

—¿Y quién será esa persona tan acaparadora? ¿El agente Lemon? —me preguntó Sneak.

—Pues no lo sé; pero, para mí, eso no es lo raro. Lo raro es lo del fontanero. A pesar de que le he dicho que me marchaba, era como si estuviera ansioso por explicarme qué hacía allí, por dejarme claro que él se iba pronto.

—He estado leyendo el resto de los mensajes. —Sneak tenía el móvil del agente Lemon en la mano—. No sé si se acostaban o no. Al principio, él dice cosas muy raras.

—¿Muy raras?

—Sí, como... —Desplazó sus dedos hacia abajo por la pantalla—: «Esto lo va a cambiar todo», «Una nueva vida», «Muy lejos», «Me alegro mucho de que me hayas elegido».

—Suena bastante romántico.

—Puede —Sneak se encogió de hombros—, pero, claro, esa es la cuestión, ¿no? Si es «elegir» del palo «Me elegiste para ser tu compañero amoroso», ¿por qué no hay mensajes anteriores? Es que el mensaje de lo de elegirlo es el tercero que le envía. O sea, que se conocen y, una semana después, ¿se ponen a hablar así?

—Lo eligió por otra cosa. Por el negocio delictivo que se traen entre manos, sea cual sea.

—¿Y por qué iba a elegirlo a él, con la de gente que hay en el mundo?

—¿Porque es poli?

—¿Y por qué no a cualquier otro poli? —preguntó Sneak.

—No lo sé.

—Más adelante dice: «La confianza lo es todo», a lo que ella le responde: «Es lo más importante».

Sneak y yo estábamos en silencio.

—Hay uno de Dayly a Lemon que dice: «¿Estamos a punto?», a lo que él le contesta: «A una semana, puede que menos».

—¿Cuándo le envió ese?

—Mañana hace una semana. A partir de ahí, todos los mensajes son iguales.

—¿Cómo que iguales?

—«¿Dónde estás?», una y otra vez.

JESSICA

En la cola de la ventanilla para comprar billetes del aeropuerto de Los Ángeles había diez grupos de clientes por delante de ella. Una enorme familia griega se había expandido a lo largo del mostrador y los niños pequeños jugaban con las maletas de ruedas. Jessica no paraba de mirar mensajes en su móvil mientras, sobre su cabeza, se oían los característicos anuncios. Era mediodía. Se arrepintió de no haber comprado algo para comer antes de dejar el coche en el aparcamiento de corta estancia, pero es que no le había hecho ninguna ilusión cuando se había imaginado dando vueltas por la inmensa zona de restaurantes que había fuera del aeropuerto.

Un rato después llamó a un número de teléfono que tenía registrado como «Beans».

—Dime, ¿cómo lo llevas? —preguntó en cuanto oyó que el otro descolgaba—. ¿Ya lo estás organizando?

—Yo siempre lo tengo todo organizado —respondió Beans bostezando. Jessica oyó que el joven gruñía mientras se desperezaba y el ruido de la manta y de unas sábanas al ser frotadas—. Tú tranquila, nena, que esto va a ser la leche.

—Debes estar allí después de las ocho. —Jessica avanzó un puesto en la cola—. Tiene el turno de noche. Como vayas antes, no servirá de nada.

—Tranquila, lo tenemos claro. Seguro que no habrá nadie cuando lleguemos, ¿verdad?

—Nadie.

—Genial. Genial. Genial. ¿Sabes?, he estado mirando la llave que me has dado. Es una copia hecha con una pastilla de jabón, ¿no? Hacía años que no veía algo así. ¡Es plástico fundido!

—Y qué. Funcionará.

—Pero esa es una antigua táctica carcelaria, tía. —Beans se echó a reír—. Admiro tu astucia. ¡Pareces MacGyver!

—No tienes edad para saber quién es MacGyver. —Jessica suspiró.

—Ya no es necesario hacerlo así. Se puede copiar una llave a partir de una foto con tal de que haya algo que te dé la escala.

—Da igual. Funcionará.

—Oye, dime que todo esto es una broma.

—No estoy segura de que «broma» sea una palabra lo bastante seria para describirlo.

—Mola. Mola. Mola. Entonces, es una venganza, ¿no?

—Caliente, caliente.

—Tía, esto va a ser épico. Nos vamos a dejar llevar. A lo grande. A lo John Wick.

—Tienes permiso para hacer lo que quieras, Beansie. —Jessica llegó a la ventanilla, colgó, dejó la placa y la cartera sobre el mostrador, y sonrió—. Para San Francisco. En el siguiente vuelo que haya.

BLAIR

Estaba aplazando. Postergando dar el siguiente paso, el único paso lógico en nuestra búsqueda de Dayly. Había dejado a Sneak donde me había pedido, en la esquina de Hollywood y Highland, junto a Madame Tussauds, donde los turistas esperaban amontonados para sacarse una foto con una Beyoncé con una mueca un poco rara expuesta en la acera. Me había quedado mirando cómo Sneak desaparecía entre la multitud de turistas madrugadores con bolsas llenas de muchísimos productos y enormes y coloridos vasos de mil y una bebidas para llevar. Solo sabía lo que ella me había dicho: que tenía que hacer algunos recados, cuidar de su vida, que estaba hecha pedazos. Estaba claro que iba a por droga, a por esa provisión que la mantuviera estable los siguientes días para poder, así, seguir buscando a su hija.

Dejé el coche en Sunset, en el aparcamiento del supermercado Ralphs, y fui con mi helado a una tienda que había en un centro comercial y que estaba entre un salón de manicura y una delegación de UPS. Cuando entré sonó una campanilla que había encima de la puerta. El suelo estaba pegajoso. A mi izquierda tenía una pared de juguetes para perros llenos de polvo, y a la derecha, una fila de sillas de cuero. Un pitbull de color gris se levantó de un salto en cuanto entré, ansioso por descubrir quién era yo, y tiró de su dueña, que estaba sentada en una de las sillas. Daba la sensación de que el perro acabara de sacar a la mujer de un sueño. Me dio la impresión de que aquella mujer y el perro eran mera utilería para justificar que, en efecto, aquella clínica veterinaria estaba abierta veinticuatro horas al día para encargarse de las mimadas mascotas de Hollywood. Al fin y al cabo, la mujer no llevaba bolso y, por la marca que había dejado en la silla, parecía que llevase allí mucho tiempo. Además, tenía un sorprendente parecido con la mujer que había detrás del mostrador, que al entrar yo había levantado la mirada del ordenador, aburrida, limpiándose su afilada nariz con un pañuelo de papel arrugadísimo.

—Había pensado que quizá podrían hacerle un chequeo rápido a mi mascota. —Sonreí y dejé el bote de helado sobre el mostrador.

—Ah, sí, claro. —La mujer bostezó con el pañuelo en la boca—.

Ahora mismo. Son cien pavos, tarifa plana, y, luego, si encontramos que hay que hacer algo más, tendrá que pagar lo que corresponda. ¿Qué edad tiene su perro? —Se asomó por el mostrador para mirar al suelo.

—No, no es un perro. Es una taltuza.

Le quité la tapa al bote y la mujer se quedó mirando a Hugh Jackman. El animal estaba de pie, olisqueando el aire, retorciendo las patas de delante contra el pecho.

—Es usted muy graciosa. —La mujer volvió a sentarse.

—No es ninguna broma.

—No podemos hacerle un chequeo a una taltuza. —Me miró con cara de compasión.

—¿Por qué no?

—Porque... —Señaló el bote de helado como si no entendiera cómo podía ser yo tan obtusa y se quedó esperando a que se me hiciera la luz. Seguí mirándola—. Mire, señora, si viniera usted con un mosquito tampoco le haríamos ningún chequeo.

—¿Proporcionan ustedes atención a hámsteres?

—Sí, claro, pero...

—¿Y cuál es la diferencia?

La mujer se repantingó en la silla sin dejar de mirarme. Me quedé esperando. Al cabo de un rato, la mujer se levantó de la silla y entró por una puerta junto a la que había un exhibidor de pastillas antiparasitarias. Cerró la puerta. El pitbull lloriqueaba y golpeaba el suelo con la cola. Saqué a Hugh Jackman del bote de helado y le permití que correteara por mis manos un rato. Se me subió al hombro y dejé que se quedara allí, jugando con mi pelo. Cuando la puerta que había al lado del exhibidor se abrió, lo metí en el bote.

El veterinario era un hombre de unos cuarenta años con el pelo tupido y alto. Acababa de lavarse la cara y aún le quedaban gotas de agua en su oscura barba de tres días. Se me acercó y se apoyó en el mostrador.

—Es una monada —opinó de la taltuza—. ¿Quién la envía? ¿Stevie Leaf?

—No me envía nadie.

—¿Qué es lo que quiere? —El veterinario tenía una mancha de mostaza en el cuello de su bata blanca—. Tengo Kit Kat y Cristy, cincuenta la bolsa.

—No quiero drogas y tampoco he venido para gastarle una broma. Lo que pretendo es que examine a mi taltuza.

Se mofó. Crucé los brazos. Su enorme sonrisa inicial fue desmoronándose poco a poco, hasta desaparecer del todo en cuestión de segundos.

—Pero ¿para qué quiere que la examine?

—No lo sé. Para comprobar si tiene parásitos, pulgas... —Me encogí de hombros—. Para lo que sea que examina a las demás mascotas que le traen. Quiero que le haga un chequeo completo. Tengo dinero. En efectivo.

—Detrás de mi casa hay un campo de golf. Envenenan a estos bichos a cientos, y luego con una pala, los meten en bolsas de plástico. Con una pala. ¿Ha oído usted hablar de la caza de la taltuza? A los pueblerinos les encanta. Es un pasatiempo nacional. Que usted quiera tener una de mascota pase, pero que quiera gastar su dinero en que la examinen es otra cosa.

—Usted no se preocupe por cómo me gasto yo mi dinero.

—Está usted loca. —El veterinario se enderezó y miró a la mujer del pitbull en busca de confirmación—. Está loca, pero a mí me da igual. Yo la examino, que no tengo nada mejor que hacer.

—Una cosa más. En la puerta pone que tienen un servicio de cuidado de mascotas.

—Es solo para perros, querida. Para perros y para gatos, no para ratas.

—Vale. —Asentí mientras el veterinario cogía el bote de helado e iba hacia su consulta—. Lo espero aquí.

Me senté junto a la mujer del pitbull, que acababa de quedarse dormida una vez más. Acaricié al perro y me quedé mirando cómo caía la noche por las sucias ventanas de la clínica veterinaria.

BLAIR

Sasha abrió la puerta y se me quedó mirando a través de la jaula de la taltuza. Su cara quedaba distorsionada por efecto del plástico. Bajé la jaula hasta la cadera y sonreí, pero no recibí sonrisa alguna a cambio.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó—. No has llamado.

—He venido a enseñarte la taltuza. Mi activa y sanísima rata de campo.

Sasha se dio la vuelta y se internó en la casa. La seguí, incómoda. Estaba a punto de dejar la jaula de la taltuza en la encimera de la cocina cuando Sasha me ladró desde el otro lado de la superficie de mármol:

—¡Ni se te ocurra ponerla ahí!

Me acerqué a la mesa del salón.

—Ahí tampoco. En ninguna superficie en la que comamos.

—A ver, Sasha, tampoco voy a estar todo el rato con ella en la mano.

Mi amiga abrió la puerta de atrás y me hizo un gesto para que pasara al jardín, aunque puso mala cara mientras dejaba la jaula de la taltuza en la mesa de cristal del exterior. Sin aquel armatoste en la cara, vi que Sasha tenía los ojos y la nariz enrojecidos e hinchados; de llorar, sin duda. A lo largo de los años había aprendido que era mejor no preguntarle y que el problema te lo contara ella. Si le preguntabas, se encerraba en una esquina esgrimiendo negaciones y te empezaba con que en su mundo todo era de color de rosa y que lo tenía todo bajo control. Así que abrí la portezuela de arriba de la jaula, saqué la taltuza y la sostuve en las manos.

—Hugh Jackman —empecé a decir—, te presento a Sasha. Aunque me temo que ya os conocíais. Sasha, he llevado la taltuza al veterinario para que le hagan un chequeo y no tiene ninguna enfermedad, no tiene ningún virus, no tiene parásitos y la he vacunado contra las lombrices.

—¿Lombrices? —Puso mala cara.

—Yo, por mi cuenta, he analizado su conducta a lo largo de estos días y concluyo que el riesgo de que te muerda es bajo. Estas observaciones las baso en...

—Blair, joder, cállate.

Se pinzó el ceño con dos dedos. Le temblaba el labio inferior. Me quedé a la espera mientras ella intentaba acallar sus emociones y esconderlas en el agujero negro en el que las guardaba habitualmente, una tarea más complicada que volver a meter la pasta de dientes en el tubo. Al final, se sentó a la mesa de exterior y me uní a ella. Metí a Hugh Jackman en el bolsillo de la pechera del polo y la criatura dio unas cuantas vueltas antes de encontrar la posición adecuada y echarse a dormir.

—Henry me va a abandonar —soltó Sasha de repente.

En el jardín de tarde, bañado por una preciosa luz dorada, se oían numerosos grillos. Me quedé apreciando la escena, decidiendo qué decir. Aunque sabía exactamente qué debía decir. Todas las mujeres lo sabemos. Llevaba consolando a amigas por rupturas desde que estudiaba en el instituto. Cuatro adolescentes apiñadas en un lavabo, escuchando los aullidos de una de las nuestras porque un romance de dos semanas a lo Romeo y Julieta había terminado por la aparición en escena de una de un curso superior con las tetas grandes. Tenía que decirle a Sasha que estaba allí. Que la escuchaba. Que le iba a ir bien. Que los hombres solo sabían dar por saco, que a veces eran unos cerdos. Sin embargo, no era capaz de pronunciar nada de todo aquello. Me sentía rígida, allí sentada, mirando aquel precioso jardín. El terror se había apoderado de mis miembros y sentía un frío que se había colado en todas las fibras de mi ser.

Sasha y Henry eran los padres adoptivos de mi hijo. Si no seguían siendo una unidad, se convertirían en equipos separados que competirían por quedarse a Jamie. Por hacerse con su tiempo. Con su amor. Con su atención.

Con su custodia.

—Encontré unas gafas de sol de mujer en el coche de Henry. —Sasha sacó un pañuelo de papel hecho trizas del bolsillo, hizo una bola con él y se lo llevó a la nariz—. La conoció en un autobús, ¿te lo puedes creer? ¡En un puto autobús! ¿Qué coño hacía Henry en un puto autobús? Hace décadas que no voy en autobús.

Apoyé la cabeza en las manos.

—Al parecer, se mudan a Wyoming. Van a abrir un hostal.

—¿Qué? —Me puse de pie y la silla se tambaleó—. Entonces, Jamie...

—Jamie no lo sabe. —Sasha se sorbió los mocos y se echó para atrás su encrespado pelo—. Y no se lo digas.

—Sasha, esto es terrible. No me lo puedo creer.

—Sé muy bien lo que va a pasar —dijo sin apenas prestarme atención—. Esa nueva mujer va a resultarle de lo más interesante. Querrá estar con ella todo el tiempo. Su mundo está lleno de gente así de interesante, mientras que yo solo preparo galletas que ni siquiera le gustan y lo obligo a que ordene su habitación y a que se limpie los dientes. Dice que ahí detrás hay una mujer, una poli. —Señaló la casa de atrás con la barbilla—. Dice que acaba de mudarse. Ha estado yendo a verla y, por lo visto, la mujer le ha enseñado a nadar. Un día la vi y me acerqué a saludarla. Parece una tía dura. Siempre está ocupada. Siempre está al teléfono. Iba decidida a preguntarle en qué coño estaba pensando al decidir enseñar a mi hijo a nadar por su cuenta y riesgo, sin conocerme siquiera, pero ¿sabes qué?, que me sentí intimidada. Qué persona tan interesante es la policía esa, con su enorme mansión, enorme y vacía, fumando un cigarrillo detrás de otro, haciendo llamadas importantes e intimidando a los vecinos. Muy muy interesante. Y luego estás tú, con toda tu... —Me miró y pareció que reconsideraba lo que iba a decir.

—Con mi historia.

Sasha asintió.

—Tú también eres interesante. Todas esas mujeres interesantes en la vida de mi hijo.

—Sasha, tú también eres interesante. Eres una gran madre y...

—No me vengas con esas. —Levantó una mano.

—Lo digo en serio. No solo eres interesante, sino que eres buena. Tienes un gran corazón. Una amiga fue a verte y te soltó: «Acaban de arrestarme por asesinato, ¿criarías a mi hijo?», y le contestaste que sí. ¡Por Dios!, ¿quién hace eso? ¿Quién adopta al hijo de otra persona así, sin más, sin hacer preguntas, sin juzgar? Y me dejas ser parte de su vida. Me acusaron de asesinato.

—Ya, pero no asesinaste a aquel tipo. —Sasha puso los ojos en blanco—. Lo hiciste para ayudar a su novia. Tú eres demasiado santurrona para asesinar a nadie.

—Voy a considerar eso un cumplido.

Sasha suspiró. Tenía aspecto de derrotada. No estaba consiguiendo animarla y sabía que podía llevarme semanas, meses, recordarle lo estupenda que era.

—¿Qué términos pide Henry para la custodia?

Sasha se quedó pensativa. Tenía los hombros hundidos. Los levantó y los dejó caer de nuevo.

—No lo sé. No hemos hablado de ello. Supongo que querrá el cincuenta por ciento del tiempo.

—¿Y yo?

—¿Qué... —Sasha me miró— qué pasa contigo?

—Ya lo sé. —Cogí mi silla y la puse recta—. Lo sé y lo siento. Sé que acabo de ponerme a pensar en mí en medio de tu ruptura. Lo siento mucho. He sido una egoísta.

«Pero como Henry quiera el cincuenta por ciento de la custodia de Jamie, a Sasha solo le corresponderá el otro cincuenta y a mí el cero por ciento. O, a lo sumo, el veinticinco por ciento».

Empezó a costarme respirar. Oí una puerta que se cerraba de golpe en la parte delantera de la casa. Advertí pasos por las baldosas, rápidos, y, entonces, Jamie apareció con la mochila del colegio y abrió de par en par la puerta que daba al jardín como si se tratara de un mago que aparece sano y salvo después de que lo hubieran encerrado en una caja llena de serpientes ataviado con una camisa de fuerza.

—¡Ya estoy aquí! —Me señaló—. ¡Y tú también, Blair!

—Sí, amigo, acabo de llegar para...

—¡Guauuu! —Pegó la nariz en el lateral de la jaula de la taltuza—. ¿Qué es esto? ¿Es... es una casa para ratones? ¡Es una casa para ratones! ¡Hala! ¡Hala! ¿Has traído a Hugh Jackman? ¿Está ahí dentro?

—Jamie, relájate un poco, ¿quieres? —le pidió Sasha entre suspiros.

—¿Tienes la taltuza?

—Aquí está. —Saqué a Hugh Jackman del bolsillo y se la entregué a mi hijo—. Cógela.

Jamie hizo un cuenco con las manos para sostener al animal, salió corriendo hacia el porche y se sentó en el escalón. Sasha y yo nos quedamos mirando cómo se reía y disfrutaba mientras la taltuza le subía desde la muñeca hasta el hombro. El chico cogió la taltuza, se la puso con cuidado en la cabeza y empezó a reírse a carcajadas cuando esta empezó a moverse por entre su pelo.

—Sé que es tu hijo —dijo Sasha calmada. Me volví hacia ella y la miré a los ojos. Los tenía llenos de lágrimas—. Sé que quieres pasar más tiempo con él, pero, ahora mismo, no puedo pararme a pensar en cómo organizar una custodia compartida contigo. Ahora mismo solo me preocupa que voy a tener que subirlo a un avión con destino a Wyoming cada quince días.

—Lo sé. —Sentía un dolor en el corazón, una especie de presión en las costillas, cálida y sorda—. Ha sido injusto que sacara el tema.

—No quiero compartirlo con nadie. —afirmó Sasha. Nos quedamos mirando al niño—. Es mío.

«No, es mío».

Me mordí el labio inferior para que dejara de temblar. Jamie, con los ojos cerrados, sonriendo, se acariciaba la mejilla con la taltuza. Se la acercó a la nariz y el animal se la cogió con las dos patas delanteras, se la olió. Mientras la taltuza frotaba sus bigotillos contra la perfecta piel de Jamie, me di cuenta de que el niño y el animal habían conectado.

Aquel momento me pareció eterno, si bien, de pronto, terminó. Jamie se volvió hacia nosotras, dos mujeres que escondían sus lágrimas a la sombra del porche, y dijo:

—Tengo hambre. ¿Dónde está papá?

JESSICA

La última vez que Jessica había estado en San Quintín había sido para ir a visitar a Jake Trelles, el asesino de Silver Lake; el caso con el que había empezado todo. No había albergado apenas esperanzas de que el hombre al que había enviado a la cárcel como responsable de las desapariciones de mujeres que habían tenido lugar durante dos lustros, como la de Bernice Beauvoir, hablara con ella. Jóvenes, bonitas, con planes y ambiciones, camino de su coche en aparcamientos a oscuras o que atajaban por callejones, el tipo de mujeres que, al parecer, habían sido carne de cañón para asesinos a lo largo de la historia. Tal y como había imaginado, Trelles había dinamitado el interrogatorio cuanto había podido para abstenerse de responder las preguntas que la detective aún tenía sobre el caso.

En esa ocasión, la detective dejó el arma, la cartera, el móvil y las llaves del coche de alquiler en la misma taquilla para visitantes que la vez anterior y les enseñó la placa y su identificación a las mujeres aburridas y escépticas que llevaban el centro de procesamiento. Había pasado la hora de las visitas, así que habían tenido que llamar al personal de la prisión para que se acercase a atender a Jessica. Rutinas que se rompían. Reglas que se saltaban. Y nada de eso les gustaba. Jessica estiró los brazos mientras un guardia le pasaba un escáner corporal por todo el cuerpo una y otra vez, muchas más veces de las necesarias.

Jessica había estado en San Quintín para hablar con reclusos en cinco ocasiones a lo largo de toda su carrera. La prisión estaba a una hora y media del aeropuerto. Tres horas de conducción, una para llevar a cabo una visita estándar y dos horas de retrasos entre una cosa y otra —caravanas en la carretera, tomarse un café en el aeropuerto, pasar una y otra vez por seguridad, alquilar y devolver el coche—. Jessica se preguntó por qué no se habría dado cuenta del patrón nada más ver los horarios de los billetes de avión de Dayly. Se consoló pensando que sin las cartas de John Fishwick habría sido prácticamente imposible determinar que Dayly había ido a San Quintín.

Siguió la línea amarilla pintada en el suelo que llevaba hasta el

corredor de la muerte. A su izquierda, la bahía de San Francisco se extendía más allá de muros y torres de vigilancia, resplandeciente y vibrante de vida bajo un cielo azul celeste. Ferris que salían de Alcatraz y cangrejeros que recogían sus presas seguidos de enormes focas. Volvió a enseñar su identificación en la gruesa puerta doble que daba al corredor. La larga estancia en la que entró estaba vacía. Las dos filas de jaulas de acero en las que se mantenían las visitas estaban en silencio, con las sillas plegables apoyadas una contra la otra en los vidrios a prueba de balas cubiertos con malla metálica. Las máquinas de café y comida zumbaban en una de las paredes. La última vez que Jessica había ido allí se había hecho a un lado para dejar pasar a una mujer pequeña que llevaba una enorme bandeja con comida de las máquinas a una jaula, la del fondo del todo, en la que se encontraba un hombre de unos cuarenta años, probablemente su hijo, sentado con su mono carcelario y con un simpático gorro rosa de fiesta.

Jessica se sentó en una banqueta que estaba atornillada cerca de una de las ventanas de las visitas, donde le indicó el guardia. John Fishwick no llegó esposado. Llevaba muy arrugada la camisa vaquera, de color azul claro. Era más alto de lo que Jessica esperaba y tenía los hombros tan anchos que la camisa le tiraba. Su pelo era plateado y lo llevaba peinado hacia atrás. Jessica solo había visto fotografías de Dayly Lawlor, pero le pareció reconocer la larga y afilada nariz de la joven y sus pensativos ojos castaños en el rostro cansado del reo.

—Vaya, qué novedad —comentó Fishwick cuando cogió el comunicador. Luego, sacó un paquete de tabaco del bolsillo trasero del pantalón, encendió un cigarrillo y tiró el humo contra el cristal mientras contemplaba lo que podía del cuerpo de Jessica—. Visitas fuera de hora. ¿Poli o federal?

—Poli. De la comisaría oeste del Departamento de Policía de Los Ángeles. He venido a hablar de Dayly.

—Estás muy lejos de casa para venir a investigar un cargo de agresión, así que doy por hecho que no se trata de eso.

—¿Cómo dices?

—Vino a verme y la agredí. Esa es la razón por la que estoy aquí y no ahí fuera, que es donde me permiten recibir a mis visitas habitualmente. —Señaló las jaulas que se veían por encima del hombro de Jessica—. He perdido ese privilegio, y ahora no lo recuperaré hasta dentro de un par de años.

—¿Y por qué la agrediste? —preguntó Jessica con tensión.

—Me escribió preguntándome si era su padre, contándome que su

vida era un desastre y esto y lo otro. —Se encogió de hombros—. A mí me daba igual. Seguí manteniendo su interés cuando vi su foto. Era una monada. La mayoría de las que escriben a los que estamos en el corredor de la muerte son verdaderos esperpentos. Quería ver si conseguía tirármela.

—¿No te paraste a pensar que quizá de verdad fuera tu hija? —le soltó Jessica.

—No. Creo que no pensé mucho en ello, no. —Se frotó la nariz con el dorso de su mano tatuada—. Hay que aprovechar las oportunidades que se te presentan.

Jessica descubrió una cicatriz profunda e irregular en el lateral de la muñeca del hombre, sin duda, un intento de suicidio en la cárcel. Sabía que en el corredor de la muerte eran frecuentes.

—Entonces, si no es por la agresión, ¿para qué has venido?

Jessica se fijó en un destello en los ojos del prisionero. Había un interés real por detrás de aquella fachada de bravucón, de aquel aburrimiento ensayado, como una espinita escondida en un jersey de punto.

—No he sabido nada de ella en dos semanas. ¿Qué ha pasado? —insistió Fishwick.

—Que ha desaparecido.

—Oh.

Jessica se fijó en la reacción del hombre, pero el muro volvía a estar allí. Una leve arruga en la comisura de los labios.

—¿Y cómo ha desaparecido?

Jessica le describió las circunstancias de la escena del crimen en el apartamento de Dayly, que Al Tasik se había metido a saco en un coche lleno de Crips en el que iba Dayly. Fishwick la escuchaba, fumando, mirándose las uñas, que tenía manchadas de alquitrán.

—Puede que los Crips esos se enteraran de lo mío y que supieran que iba a venir a verme. Puede que se tragaran toda esa chorrada del dinero escondido y que la amenazaran.

—Entonces, ¿no hay más dinero escondido? He leído las cartas que le escribiste, y le haces creer que sí lo hay.

—Sí. Es lo que hay que hacer para conseguirlas. —Sonrió—. Ya sabes, a las mujeres. A las pipiolas que quieren venir a visitarme, pero que no pretenden que parezca que están locas, que no desean que sus amigos sepan que están enamoradas de un recluso del corredor de la muerte al que no han visto en la vida. Por eso, necesitan una razón para venir a vernos, por lo menos al principio. Necesitan una historia.

Se llama «cebar». Los asesinos en serie son los más populares. Les escriben mujeres de todo el mundo. Ellos ceban diciendo que quieren confesar el asesinato de más personas, y así las jovencitas tienen razones lícitas para venir, ¿lo entiendes?, resolver un crimen, ayudar a las familias de las víctimas. Las cebas, las atraes y, cuando las tienes aquí..., las manoseas.

—¿Las manoseas?

—Eso es. — Fishwick sonrió abiertamente y dejó todos los dientes a la vista, por lo menos la mitad de ellos eran de oro—. Aquí hay un tipo, ¿sabes? El asesino de Silver Lake. ¿Has oído hablar de él?

—Podría ser.

Jessica desconocía si Fishwick sabía que era ella la que había arrestado a Trelles; pero, por si acaso, no picó el anzuelo.

—Le dijo a una abogada de San José que tenía un compinche que estaba fuera, un tipo que seguía matando a mujeres. La abogada empezó a venir a visitarlo habitualmente, y en cuestión de unas semanas se había olvidado por completo de la historia del compinche. Ahora se presenta aquí una vez al mes y le paga cien pavos al guardia para que les deje la jaula del fondo, la que está detrás de la columna. Lleva dos años viniendo a comerle la polla y a rellenarle la cuenta del economato. Se van a casar a finales de año.

—Sorprendente. Maravilloso. Estoy encantada de que me hayas contado todo esto. —La detective le mostró una enorme sonrisa sarcástica.

—Me divertí con Dayly mientras estuvo aquí. Es una pena que no vaya a volver a verla. —Suspiró—. Puede que me pasara un poco, pero quería asegurarme de que pensaba en mí más tarde, cuando se fuera a la cama esa noche. Volverá.

Jessica pasó unos instantes luchando contra la repulsión que sentía.

—¿De verdad merece la pena?

Fishwick se encogió de hombros.

—Podría morir mañana mismo, ¿no te das cuenta? Aquí soy un objetivo muy deseado. Maté a un niño. Los demás presos me tienen ganas, así que he de conseguir lo que pueda mientras me sea posible.

—Estás chalado, ¿verdad?

—Tu cara es la típica. —Fishwick golpeó la mesa de acero y se rio —. Estás horrorizada. Oye, ¿cómo has dicho que te llamabas?

—Jessica.

—Jessica. Qué bonito. ¿Eres latina?

—Dayly ha desaparecido y llevaba unas semanas comportándose de manera extraña. Sabemos que estaba pensando en alquilar una avioneta. En tus cartas le decías que saliera volando a una nueva vida o algo así. Todo eso me hace pensar que la tenías casi convencida de que lo del dinero era real. ¿Salió de aquí creyendo que solo habías estado jugando con ella?

—No lo sé. —Bostezó—. No lo recuerdo bien. Estuve bastante distraído durante la visita.

Jessica suspiró.

—Las maletas que encontraron eran muy reales, ¿no te parece? Pero sí, enterrar el dinero en Pasadena fue un error. —Fishwick se inclinó hacia atrás, se puso las manos en la nuca y se estiró—. No pensé en quién podría tener acceso a él. Ya habrás visto las noticias, ya sabrás que lo encontraron unos obreros.

—Sí, lo sé.

—Esos tipos podrían habérselo repartido, pero lo entregaron. ¿Te lo puedes creer? Ahora lo tiene el gobierno, que lo utilizará para pagar los sueldos de estos idiotas. —Señaló con la cabeza a los dos guardias que caminaban por detrás de Jessica—. No sé, debería enviarles un par de recomendaciones de cómo gastarlo. Es que, a ver, ese dinero es mío. Tengo una almohada en la celda y está de color gris, gris oscuro. Seis años tiene.

—Vaya —Jessica asintió—, casi como la más joven de tus víctimas.

—Oh, una tía dura. Me encantan las tías duras.

—Si no puedes contarme nada más de la desaparición de Dayly, me marcho.

Jessica se levantó y se alisó la camisa.

—Estoy seguro de que, si lo hubiera pensado más, me habría dado cuenta de que esconder el dinero donde cualquiera pudiera encontrarlo era un error, pero no tenía tiempo.

—Ajá.

—Puede que, si hubiera tenido que esconder otro alijo, hubiera encontrado la manera de asegurarme de que, en caso de no ser yo, con el dinero solo se hacía quien yo quisiera.

—¿En serio?

—Sí. —Sonrió—. Me aseguraría de poder elegir a mi beneficiario.

—¿Sabes qué es lo que creo? —Jessica se apoyó en la mesa—. Creo que, ahora, estás intentando cebarme a mí. Estás intentando hacerme creer que de verdad hay más dinero. O puede que pretendas hacerme creer que Trelles tenía un compinche que sigue por ahí, para que

piense que debo atar los cabos que quedan sueltos. No me lo digas: solo hablará a través de ti. Quieres que tenga una razón para venir a visitarte, para que siga viniendo. Luego, durante unos años, me pedirás que pegue las tetas al cristal, hasta que llegue el día en que nos dejen una jaula y puedas meterme mano.

Fishwick se echó a reír. Fue una risotada inesperada que acabó en toses.

—¡Qué idea tan buena acabas de darme!

—Es un buen plan, sí. Supongo que, aquí, lo único que puedes hacer es planear cosas. No obstante, igual que tu carrera de ladrón, este plan está condenado al fracaso. Me das mucho asco, como la mayoría de los hombres que he conocido en tu situación. Y, si hay más dinero y has intentado que Dayly lo consiga, ese plan tampoco te ha salido bien. De hecho, podría ser lo que ha provocado su desaparición.

Fishwick permanecía tranquilo, sentado, aunque, por su postura, ya no parecía tan fanfarrón. Jessica se despidió de él con la mano y se dirigió al puesto de guardia, que estaba al fondo de la estancia.

BLAIR

El aire de la noche traía olores desde la parte baja del cañón: furgonetas de comida mexicana, pintura fresca de los estudios, el tráfico del centro. Ventura estaba llena de luces rojas y amarillas, y las puntas plateadas de las montañas cortaban el firmamento anaranjado, un relámpago eterno que dividía cielo y tierra. Me senté en el capó del coche. Estaba en un mirador de Mulholland, jugueteando con el móvil, aguardando el momento de dar rienda suelta a mi adicción mientras un autobús turístico que hacía la ronda nocturna se llenaba de turistas que habían estado haciendo fotos en los estudios de la Universal. En la chimenea del castillo de Harry Potter se veían, de vez en cuando, luces rojas y nubes de humo. Puede que fuera el cumpleaños de Voldemort o algo así. Me preguntaba si Sasha le habría leído la saga de Harry Potter a mi hijo. ¿Cuántas horas habría pasado sentada al borde de su cama mientras Jamie luchaba por no quedarse dormido? ¿Pondría voces cuando le leía? Yo lo habría hecho. Cuando el autobús se alejó con un rugido, cerré los ojos y marqué un número.

—Estación veintidós —respondió una voz de hombre—. Soy Burke.

—Ah, hola. Me llamo Blair. Solo llamo para hablar con alguien.

—¿Con quién?

—No, no, con quien sea. Ya me entiende. Con un minuto me vale.

—Señora, ¿está sintiendo tendencias suicidas en estos momentos?

—Eh... No. ¡No! Disculpe, ¿qué tipo de estación es la suya?

—Es la estación veintidós del Departamento de Bomberos del condado de Los Ángeles. En Montebello.

—Oh, lo siento. No quiero ocupar la línea. Le dejo.

—No está ocupando la línea. Ha llamado usted a la cantina. La cuestión es que no comprendo lo que quiere.

—Pues...

—¡Parece que esté cachonda! —dijo una voz amortiguada—. ¡Pon el altavoz!

—Sí, Burkey, pon el altavoz.

—¿Cuántos están ahí? —pregunté con una sonrisa en los labios.

—Pues estamos Betts, Carlisle, Jonesy, Fitz y yo, y estábamos jugando una partida de póquer, así que, si no le importa...

—Ya hablo yo con ella. —Una voz nueva, un traqueteo cuando le quitó el auricular de las manos a Burke—. Me llamo Johnny Carlisle. Mido metro noventa y seis, soy rubio, tengo manos grandes y la mandíbula cuadrada. Barba de tres días. Levanto sesenta kilos. ¿Te suena Daniel Craig? Pues igual, solo que soy más alto y no un puto inglés. ¿Cómo te llamas, nena?

—Si tú mides uno noventa y seis, yo tengo un bate por polla —comentó alguien.

—Uno noventa... ¡Mis cojones!

—Me llamo Blair. —Me reí.

—Blair, vaya, qué bonito nombre. No sé si sabes que la mayoría de las personas que nos llaman lo hacen para que apaguemos un incendio —dijo Carlisle—, pero a mí me da la sensación de que tú lo que quieres es que alguien te encienda uno. Lo noto en tu voz.

Un coro bajo de aprobación por parte de la multitud.

—Menuda labia, Carlisle.

—¿Dónde estás, nena?

—¿Podemos volver a la partida, por favor? Joder, ¡que tengo una buena mano!

Sentí unas luces en mí. Colgué y tiré el teléfono en el asiento delantero del ganstermóvil. Mientras el enorme Escalade aparcaba en el arcén, me di cuenta de lo sola que había estado mientras conducía desde Brentwood hasta las colinas después de mi visita a Sasha y a Jamie. A veces, vivir en el exterior implica momentos de soledad, y la soledad significa incertidumbre, problemas, acontecimientos inesperados, parejas que rompen y que se crean, gente que se muda a Wyoming. A medida que salía de Cahuenga había sido consciente de que iba a hacer algo peligroso, y el tiempo que pasaba entre acontecimientos peligrosos empezaba a hacerse más corto. Alejandro bajó del coche y se ajustó los puños de la camisa negra que llevaba. Me resultó extraño, pero miraba al suelo, como si estuviera avergonzado. Estaba claro que no era de esos que se enrollan con expresidiarias que trabajan en gasolineras. De hecho, era de los que tienen modelos y aspirantes a actriz orbitando a su alrededor todo el día en carísimos clubes nocturnos del centro. Me había sorprendido que respondiera a mi llamada y me había sorprendido aún más que dijera que vendría al mirador.

—Creía que no volvería a saber nada de ti —me dijo.

Parecía que me hubiera leído el pensamiento.

—A ver, me dejaste tu número. —Me encogí de hombros.

—A veces me sorprende lo optimista que soy.

Me empujó contra el ganstermóvil y me besó con fuerza, me cogió del culo con ambas manos y me atrajo hacia sus caderas. Cada vez que oía que se acercaba un coche, esperaba unas luces azules, el aullido de una sirena de policía. De nuevo estaba bailando en el filo de la navaja, tentando a la vida para que me alejara del miedo y el dolor que me producía pensar en la custodia de Jamie, en el sufrimiento de Sneak, en los interminables años de vida ordinaria que me esperaban, llenos todos y cada uno de ellos de imprevisibilidad y peligro. Agarré a Alejandro por los hombros y miré Los Ángeles. Pensé en el camastro de mi celda y en lo cerca que volvía a estar de dormir en él.

JESSICA

Jessica, desanimada, había dado una vuelta rápida por la casa de Bluestone Lane y se encontraba en el salón, cerrando con llave la puerta de atrás antes de marcharse, cuando vio la cabeza del niño aparecer como un topo rubio y sonriente. Siguió con lo suyo. Un bebé se había pasado llorando todo el vuelo de vuelta de San Francisco, dos asientos más allá, dando patadas y retorciéndose en su sillita, y aquellos sonidos molestos le habían hecho trizas el cerebro y habían impedido que fuera capaz de extraer alguna conclusión de lo que John Fishwick le había dicho, y había dejado de decirle. No tenía claro que fuera a ser capaz de tratar un minuto más con otro niño, pero antes de que le diera tiempo a alejarse, su vecino saltó la celosía y aterrizó en la hierba.

—He tenido un día muy muy largo —le dijo la detective después de abrir la puerta solo un resquicio—. Me voy a casa, a sentarme en la ducha con una cerveza fría.

—Pues date un baño en la piscina —sugirió el niño animado, dirigiéndose hacia el borde y quitándose la camiseta.

Jessica suspiró y salió torpemente para saludarlo.

Instantes después, en el fondo de la piscina, con las piernas cruzadas y las mejillas llenas de aire, los dos se miraban y contaban mentalmente. A los treinta segundos, el niño soltó el aire con una gran risotada y subió a la superficie envuelto por una explosión de eléctricas burbujas azules.

—¡No es justo! —se quejó cuando Jessica subió con él—. Me has hecho reír. ¡Tramposa!

—Lo que estaba haciendo era mirarte sin mostrar emoción alguna. ¿Eso es hacer trampas?

—Tu pelo iba de un lado para el otro, como el de una sirena. —El niño se rio—. Como el de Mendosa.

—¿Medusa? —le corrigió ella mientras lo cogía y lo ponía paralelo a la superficie para que flotara.

—Esa.

Hicieron el muerto el uno junto al otro. Jessica pensó en que Beansie estaría entrando en casa de Wallert en esos momentos. Sentía

tanto terror como emoción en el estómago.

—¿Por qué ha sido tan largo tu día?

Jessica apenas lo escuchaba porque el agua le tapaba en parte los oídos.

—He ido a San Francisco.

—¿Por qué?

—Para ver a un tipo que está en la cárcel.

—¡Hala! ¿Por qué?

—Porque pensaba que tenía la información que necesito, pero no era el caso.

—¿Por qué no?

—No puedo hablar mucho del tema. Ha sido el presidente el que me ha pedido que vaya, y solo que sepas que he estado allí podría ser peligroso tanto para ti para mí.

—¿En serio?

El chico se puso de pie. Jessica hizo lo mismo y se quedó delante de él.

—En serio. Esta mañana me han llamado de la Casa Blanca, pero la cosa es que yo estaba dormida y han tenido que mandar a un par de tipos con traje a mi apartamento. Me han entregado los archivos de la misión para que los leyera en el helicóptero. He salido de la cárcel con vida, pero por los pelos. El prisionero al que he ido a visitar es muy peligroso. Lo tienen encerrado a él solo en toda un ala de la prisión. Hay guardias por todos lados. Y barreras láser.

—¡Haaaalaaa!

—El tipo tiene que llevar un casco de granito especial hecho para él. De esa manera no puede leerle a nadie los pensamientos.

Jessica y el niño se miraban. Pasó un instante.

—¡Qué idiota eres! —Jamie la salpicó con el agua.

Jessica se echó a reír y le pareció que era la primera vez que lo hacía en un mes. Era muy fácil tratar con aquel niño. Se sumergió y fue buceando hasta el borde de la piscina, donde tenía el móvil, al que se le había iluminado la pantallita. El tono conforme había llegado un mensaje sonó una segunda vez.

«Soy Kristi. Quiero hablar».

—Chaval, tengo que largarme. —Salió de la piscina—. Es el presidente, que ha encendido la batseñal.

Se quedó mirando cómo el niño salía de la piscina, cómo se sacudía al igual que un perro y cómo volvía a casa.

«Enseguida voy», le contestó.

Encontrar el Grunions Bar desde Sepulveda Boulevard fue complicado. El sitio estaba en Manhattan Beach, en un edificio de color crema que bien podría haber sido unas oficinas o una clínica, y se encontraba cercado de concesionarios de coches. Jessica rodeó el edificio un par de veces, aparcó detrás del bar y fue hasta la puerta lateral haciendo crujir la gravilla. Una vez dentro, descubrió un enorme espacio dominado por una barra en forma de U, con televisiones por todos lados, con una zona con mesas y butacas para comer y con multitud de recuerdos deportivos en las paredes. Medio a oscuras, hombres y mujeres sentados en los taburetes de la barra se dieron la vuelta para mirarla. Cada panel del techo lo había comprado alguno de los locales para recaudar fondos, y unos y otros lucían numerosas obras de arte, desde lo más sencillo hasta lo más complejo: nombres garabateados a toda prisa, paisajes espaciales dibujados con aerógrafo, los logotipos de los Dodgers y de los L. A. Kings trazados a mano. El irlandés arrugado que había al otro lado de la barra le preguntó qué era lo que quería tomar y Jessica pidió un bourbon. En la parte de delante, junto a los ventanales, Kristi Zea estaba sentada a una mesa alta en un taburete alto y toqueteaba la pantalla del móvil sin ganas.

Jessica pensó que, igual que Blair Harbour, la mujer había envejecido más de los diez años que habían transcurrido desde que había pasado todo aquello. Cuando Jessica la había interrogado, justo después del asesinato de su novio, Kristi Zea había estado agotada, magullada, y la joven había ido cambiando a lo largo del juicio hasta convertirse en una especie de vagabunda pálida y pecosa, con aquel pelo rubio suyo víctima de un corte muy atrevido y con las orejas llenas de pendientes. Ahora, la mujer que estaba ante Jessica tenía arrugas profundas en la comisura de los labios, lo que le daba una apariencia taciturna, y ya no llevaba los pendientes, por lo que parecía que tuviera los agujeros de una costura en las orejas. La americana que vestía flotó a su alrededor cuando levantó el vaso de cerveza.

—Vaya. No has envejecido nada.

—Me baño en la sangre de mis enemigos —le respondió Jessica al tiempo que dejaba el móvil en la mesa, junto a su vaso—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? ¿Por qué ahora sí vas a hablar?

—Por lo que dijiste. —Se encogió de hombros—. Porque paso muchas noches en vela. Por el sentimiento de culpa.

Las dos mujeres permanecieron en silencio un buen rato. En la barra, un grupo de parroquianos empezaron a berrear mientras veían el partido de los Dodgers.

—Quiero inmunidad —soltó Kristi.

—Sí, ya imaginaba que la pedirías. Has visto mucha televisión. Nadie ha reabierto el caso oficialmente. De lo contrario, lo más probable es que te hubieran asignado otro agente, no a mí. Él, probablemente, podría ofrecerte inmunidad para un delito de perjurio, pero solo si admitieses en un juicio que lo que aseguraste que había pasado la noche del asesinato no fue del todo cierto.

—Entonces, si no van a reabrir el caso, ¿por qué tengo que hablar contigo?

—Porque yo te lo he pedido.

—¿Y por qué me lo has pedido?

—Porque estoy preocupada. Conozco a la mujer, a Harbour, y he conocido a su hijo.

—El niño. —Kristi asintió—. Es por el niño, ¿verdad? Yo tampoco he dejado de pensar en él estos diez años. En que tuvo que nacer en la cárcel. Leí algo en el *LA Times* sobre ello, que dejan que la madre lo tenga una hora antes de quitárselo.

Uno de los camareros se acercó y limpió la mesa en la que estaban las dos mujeres. Kristi lo cogió por el brazo:

—¿Podría traerme otra cerveza?

—Me temo que tiene que pedir en la barra, señora.

—Venga, solo...

El camarero, un chico joven, se marchó. Jessica se dirigió a la barra, pero sin perder de vista a Zea con el rabillo del ojo, no fuera a ser que la mujer decidiera salir corriendo. Volvió a la mesa con otra cerveza y con un chupito de bourbon.

—La mujer estaba embarazada. —Kristi se bebió el bourbon de un trago, sin hacer aspavientos—. Es que, joder, ¿quién hace algo así? ¿Quién se mete estando así en...?

—Kristi...

—En algo que ni siquiera es...

—¿Qué sucedió? —La detective se atrevió a poner una mano encima de la de Kristi y a cogerle los dedos con firmeza—. Cuéntamelo. Olvídate de quién es el culpable. Es hora de que lo saques todo, de que cuentes la verdad.

—Si no puedo tener inmunidad, quiero pasta. —Kristi parpadeó muy despacio. Jessica se preguntó cuánto tiempo llevaría en el bar—. Diez mil por mi confesión ahora, veinte mil por decirlo en un juicio.

Jessica se levantó del taburete y sacó la cartera. Puso un par de pavos debajo de un vaso vacío e hizo ademán de marcharse.

—¡Vale! —Kristi la cogió del brazo y le dio un golpe con la rodilla a la pata de la mesa, lo que hizo que los vasos traqueteasen y tintineasen—. Vale, vale, vale.

Jessica volvió a sentarse. Kristi bebió media cerveza de un trago y se frotó la cara con fuerza, como si estuviera intentando limpiarse una mancha de las mejillas. Al cabo de un rato, levantó la vista de la mesa y Jessica se dio cuenta de que era la primera vez que la mujer la miraba a los ojos desde que había llegado. Kristi respiró hondo y dijo:

—En la casa había ochocientos mil dólares en cocaína.

BLAIR

Estaba en el Pump'n'Jump y no dejaba de pensar en esto y en aquello. El aliento de Alejandro en mi oído y sus manos bajándome los vaqueros. Los ojos de miedo de Dayly detrás de la pistola con la que me había apuntado con mano temblorosa. El crujido y el estremecimiento del coche al estrellarse contra el semáforo. Ausente, atendía a los clientes y dejaba que todo aquello me diera vueltas en la cabeza. Lo que fuera con tal de que Jamie, Henry y Sasha no entraran, con tal de no pensar en la ruptura de la familia de mi hijo, en aquella caída a aguas gélidas y turbulentas. Pensé en el fontanero, el tal Ramirez, y en la casa de San Chinto. ¿Qué habría estado haciendo el agente Lemon en aquella vivienda mientras el fontanero hablaba conmigo? ¿Por qué no nos había oído? ¿Era su casa o sería la de un pariente o de un amigo? Nunca había conocido a nadie con el síndrome de Diógenes mientras trabajaba de doctora, aunque había oído historias terribles por parte de otros pediatras: niños a los que les habían mordido ratas en su propia casa, malnutrición, llagas por dormir meses y meses en colchones sucios y en pésimas condiciones. Lemon parecía un policía normal y corriente; tenía buen aspecto y olía bien mientras se agachaba para socorrerme en el ganstermóvil.

A las diez en punto empecé a limpiar los frigoríficos de las bebidas, inquieta, aburrida. Tenía muchísimas preguntas y ni una sola respuesta. Pensé en los mensajes que Lemon le había enviado a Dayly:

«¿Estamos a punto?».

«A una semana, puede que menos».

«¿Dónde estás?».

«¿Dónde estás?».

«¿Dónde estás?».

Un par de quinceañeros con el pelo largo y que no dejaban de reírse se valieron de que con la nevera de las bebidas de por medio no podía verlos bien para servirse un granizado azul superhipergigante y meter uno de sus pelos en él. Fingieron horror, asco, y me amenazaron con que iban a colgar una foto del granizado con el pelo en Instagram. Permití que se llevaran el granizado, igual que había hecho hacía tres meses, y algunos meses antes. Era evidente que iban demasiado

colocados para darse cuenta de que no era la primera vez que pretendían colármela, o puede que pusieran en práctica aquel timo tan a menudo que fueran incapaces de recordar a quién se la habían pegado y a quién no.

A las once me sonó el móvil. Un mensaje. Era Ada.

«No estás en casa. ¿Estás en esa mierda de gasolinera en la que trabajas?».

«Sí, estoy en la gasolinera. ¿Va todo bien?».

«Voy para allá».

Sabía que de nada serviría que le preguntase por qué, así que respiré hondo y le mandé un mensaje a Sneak:

«¿Puedes pasarte por el Pump'n'Jump? Ada viene de camino y no quiero estar a solas con ella».

Sneak tardó un par de minutos en responder:

«¿Por qué?».

«¿Que por qué?». Sacudí la cabeza, desconcertada. «¡Pues por lo de los *macarones*!».

Sneak, Ada, otras treinta mujeres y yo compartíamos una estancia común cuando sucedió el incidente de los *macarones* en Happy Valley. Lo recordaba muy bien. Una reclusa llamada Nelly Raddlett, nueva en la prisión, había estado contándoles a voz en cuello cuánto le habían gustado los macarrones de la cena a un grupo de mujeres justo delante de la televisión, justo cuando Ada y las suyas estaban viendo una reposición de *Los Soprano*. A Ada le molestaba tantísimo la manera en que la muchacha pronunciaba la palabra «macarrones» una y otra vez, con una erre suave, que, cuando la había repetido cuatro o cinco veces, se levantó, se acercó a ella y le dijo que como volviera a pronunciar la palabra le quitaría el cinturón a un guardia y la zurraría con él.

Yo había estado observándolo todo desde el catre y la verdad es que sentía curiosidad por saber si Raddlett era tan imbécil, o tan valiente, para volver a pronunciar la palabra, o si, por el contrario, Ada tenía tantos privilegios en la prisión para conseguir que uno de los guardias le dejara el cinturón con la intención de darle una paliza a otra reclusa.

Bueno, pues sucedió lo uno y lo otro.

Treinta y una mujeres y dos guardias nos mantuvimos al margen aquella noche mientras Ada Maverick pegaba sin descanso a Nelly Raddlett durante dos minutos con un cinturón de cuero por el mero hecho de que no le gustaba cómo pronunciaba una palabra.

«No, me refiero a que por qué va», preguntó Sneak.
«Tú mueve tu culo y ven».

JESSICA

El ruido que las rodeaba había desaparecido. Jessica sujetaba con fuerza su vaso y se mantenía a la espera, como cuando, en una montaña rusa, vas camino de las cotas más altas. La gran caída estaba a punto de llegar y no iba a poder hacer nada para evitarla.

—Adrian y su hermano, Brosh, eran parte de una... organización. —Zea abrió las manos—. No sé, crimen organizado, imagino, pero no lo sé. Había visto otros armenios en la casa y había oído algunas llamadas de teléfono, pero no sé si era como lo que se muestra en las películas, con las reuniones, la estructura y todas esas cosas. Yo diría que estaban intentando meterse en el negocio, aprovechando las relaciones familiares para que la cosa saliera adelante. Una noche, Adrian llegó a casa verdaderamente contento. Me dijo que sus primos le habían dado un trabajo magnífico. Venía con una bolsa de deporte llena de cocaína. Pesaba tanto que, cuando la dejó en la cama, delante de mí, hizo que el colchón se hundiera por el centro.

—¿Cuándo fue eso?

—Una semana antes del asesinato. Adrian me dijo que íbamos a vender la coca, a distribuirla, y que ganaríamos muchísimo dinero, y que, después, aquello se volvería algo habitual. Me sentía emocionadísima mientras me lo contaba. Siempre se había mostrado muy reservado respecto a aquello a lo que se dedicaba, respecto a su hermano. Me sentí como si me estuviera dejando entrar. Era un paso más, un paso nuevo en nuestra relación.

—Qué romántico.

Jessica miró al camarero que les había limpiado la mesa. La gente empezaba a marcharse y, al parecer, el joven había decidido que podía empezar a saltarse ya la regla de que solo se servía en la barra, porque hizo un gesto con la cabeza hacia Jessica como preguntándole si querían tomar algo más.

—Adrian había hablado en plural, así que di por hecho que se refería a él y a mí. —Kristi hizo un gesto con el dedo, señalándose a sí misma y a Jessica—. Quería ayudar. Adrian no me dejaba trabajar y me tenía metida en casa todo el día. No tenía amigos, pero conocía a unos tipos que podían mover mierda como esa muy rápido, así que

cogí uno de los ladrillos de la bolsa de deporte en un momento en que Adrian había salido y se lo llevé. Se suponía que me iban a traer la pasta por la tarde. Iba a ser una sorpresa, ¿entiendes? Se suponía que, así, Adrian se daría cuenta de lo útil que podía ser. A ver, es que era Nochevieja. ¿Quién va a tener problemas pasando droga en Nochevieja?

—Tu gente, por lo que parece —respondió Jessica mientras sentía que el vagón estaba a punto de llegar a lo más alto.

—Cuando se lo conté a Adrian se quedó pálido. Empezó a gritarme, así que pusimos la música. Al cabo de un rato empezó a pegarme. No era la primera vez que lo hacía, pero nunca lo había hecho como en aquella ocasión. Me dijo que las drogas no se vendían así, que ya tenía compradores, y que, ahora, había un ladrillo menos y que a mis compradores no íbamos a volver a verles el pelo. Intenté esconderme en el lavadero, pero consiguió abrir la puerta. Supongo que Harbour nos vio por la ventana.

—¿Entró Harbour y fue directa a por la pistola?

—No, ella... —Kristi se quedó mirando la mesa, como recordando. Esbozó una sonrisita triste—. Al principio intentó razonar con nosotros, la cuestión es que yo no oía lo que decía. Adrian me estaba pegando una paliza de las buenas y ni siquiera se había enterado de que la vecina estaba en casa. Cuando le daban esos ataques de furia entraba en barrena y nada podía detenerlo.

Ambas mujeres seguían sentadas, una de ellas recordando, y la otra, visualizando. Ambas sujetaban su bebida y la miraban. Jessica veía en ella la casa de Brentwood, a Blair Harbour entrando por la puerta y deteniéndose en el vestíbulo al contemplar a Adrian Orlov golpeando una y otra vez a la pequeña y delgada Kristi Zea. Sangre en el suelo. El sonido de carne que golpea carne. Aquello tenía que ser algo que no se correspondía en absoluto con el mundo de la doctora, cuyo círculo existencial estaba lleno de estancias preciosas en casas preciosas; de quirófanos austeros, blancos, limpios; y de restaurantes carísimos a los que asistía con los amigos en ocasiones especiales. En el mundo de Harbour, la gente no se pegaba. Los unos no ponían la mano encima a los otros nada más que para acariciarse, para reconfortarse, para abrazarse, para curarse. Toda la sangre que veían tenía una lógica. Jessica la imaginó gritando y rogando, siendo consciente de que no le prestaban atención, intentando mediar en la pelea, incapaz de doblegar los músculos en tensión de un hombre colérico cuando nunca en la vida había sentido que hubiera algo con

lo que no podía.

Jessica veía a Orlov dándose la vuelta al oír que alguien amartillaba una pistola. Rabia, pánico, tanto él como Harbour moviéndose. Dos pasos de un baile que había terminado antes de que la música comenzara: Orlov lanzándose contra ella y ella matándolo de un disparo.

—Yo diría que la doctora cogió la pistola a modo de advertencia, pero Adrian fue a por ella y, en cuanto estuvo a cosa de un metro, oí un disparo. Le pegó un tiro. Así, sin más. Desde allí, desde donde me encontraba, me di cuenta de que Adrian había muerto antes incluso de que llegara al suelo. Hizo bien, ¿sabes?, porque Adrian iba a matarme. Nunca he tenido la más mínima duda.

Jessica agarró la mesa con las manos. Llegó la segunda bebida, pero no se movió. Sabía lo que había sucedido a continuación, pero quería oírlo. Necesitaba que aquellas palabras la recorrieran. Momentos que nunca iba a recuperar, que nunca iba a poder corregir.

—Llamaste a la policía.

—Pero no en ese mismo instante. Le dije a Harbour que eso era lo que iba a hacer. Le dije que se marchara. No había forma de auxiliar a Adrian. Ella pretendía quedarse y ayudarme, pero le grité. Le dije que saliera y que parara a la ambulancia cuando llegara, porque, con tantas palmeras como teníamos en la entrada, ver el número de nuestra casa era muy complicado. Sabía que la policía examinaría mi móvil, así que cogí uno de los de prepago de Adrian y llamé a su hermano. La bolsa de deporte con la cocaína seguía arriba, en la habitación, y no tenía tiempo para esconderla. Creo que ni siquiera habría sido capaz de levantarla.

—¿Fue idea suya lo de mentir?

—Sí. Me dijo que tenía que decirle a la policía que Harbour había disparado a Adrian por cualquier chorrada, que eso haría que se centraran en ella, en su casa, en su vida. No los queríamos por nuestra casa, intentando descubrir por qué Adrian había querido hacerme tanto daño, intentando..., ya sabes..., encontrar qué podía haber justificado un disparo. Yo tenía que mostrarme triste, destrozada. De ese modo, conseguiría que se marcharan de casa cuanto antes. Fui yo la que se inventó todas aquellas locuras.

—¿Qué locuras?

—Todo lo que dije de Harbour. Como lo del sándwich de queso o lo del..., lo del zumo de naranja envenenado. Un tío mío padecía esquizofrenia. El pobre pensaba que lo seguían allí adonde fuera, que

la gente intentaba envenenarlo. Que Jesucristo le hablaba todo el rato. Un día se volvió loco en Walmart y la policía lo mató a tiros. Nadie hizo preguntas. Como estaba loco...

—¿Así que nunca fuisteis a casa de Harbour? ¿Nunca le hicisteis nada en la comida?

—No. Sí es cierto que le rayamos el coche, pero fue por accidente y ella no se molestó. Sabía que no había sido intencionado. Y, sí, es verdad que se quejaba por la música, pero nunca se puso como una loca. No, al menos, como hice que pareciera en mi declaración. Me limité a seguir a uno de los policías por la casa y a declarar: «Ah, sí, ha venido y se ha preparado un sándwich», «Ha dicho que el reloj le estaba hablando, que le decía que tenía que quemar la casa», «Se ha quedado junto al fregadero, mirando a la nada». La mitad de todo eso eran cosas que le pasaban a mi tío. Cuando le dispararon en Walmart, estaba intentando prepararse un sándwich de queso tras el mostrador de los fiambres. Pensé que si conseguía que pareciera que Harbour estaba loca, se salvaría. Ya sabes, eso de «no culpable por enajenación mental».

—Ingenioso.

—El plan funcionó. La policía casi no subió al piso de arriba. Sacaron fotos del escenario del crimen, se llevaron a Adrian, me sentaron en una esquina desde la que alcanzaba a ver todo lo que estaban haciendo, me dieron agua y escucharon lo que les contaba. Nadie pasó mucho rato en el piso de arriba, se conformaron con inspeccionarlo rápidamente para confirmar que allí no había nadie. Cuando llegó Brosh, lo dejaron entrar sin más. Dijo que subía al piso de arriba a por mi portátil, a por mi lista de contactos, para empezar a llamar a la gente y contarle lo que había sucedido. Nadie se lo impidió. Cogió la bolsa de deporte con la cocaína y salió por la puerta con ella, así, como si nada. Para cuando la policía llevó a cabo una búsqueda exhaustiva, la cocaína ya no estaba allí.

Jessica imaginó a Brosh Orlov, otro hombre grande, fornido, saliendo de la casa, rodeando la propiedad, por la calle con la bolsa de deporte sin que nadie se fijara en él; como si no fuera más que alguien que se dirigía al gimnasio a primera hora de la mañana, con su bolsa llena de ropa deportiva y toallas. Jessica recordaba perfectamente dónde había estado ella cuando todo aquello sucedió, hacía once años. Había estado interrogando a Harbour en el umbral de su casa mientras los agentes uniformados indagaban dentro. Había estado pidiéndole que se diera la vuelta y había estado recitándole la advertencia

Miranda, cogiendo las esposas del cinturón mientras la médica permanecía delante de ella, rígida, conmocionada, intentando entender lo que le estaba sucediendo a medida que su mundo se desmoronaba.

Jessica cogió el móvil de la mesa, se lo guardó en el bolsillo y apuró el bourbon.

—¿Adónde vas? Aún no he terminado.

—Ya me has contado bastante. Por ahora. Me marcho a decirle a Harbour que sus días como reconocida asesina a sangre fría han terminado. —La detective se puso de pie.

—¿Qué? ¿Ahora mismo? —Kristi Zea también se puso de pie—. Pero has dicho que no iban a reabrir el caso. ¿Para qué? Solo vas a hacer que se sienta mal.

—¿Que se sienta mal? No, no lo creo. —La detective dejó más dinero en la mesa—. Estoy segura de que va a estar encantada. Está intentando que le permitan pasar más horas con su hijo. Aún nadie ha reabierto el caso, pero esto lo va a reabrir, tenlo por seguro.

—Oye, vale, espera un poco. —Kristi cogió a Jessica por los hombros—. Tienes que pensar en mí. Brosh y su gente llevan todos estos años confiando en que no voy a decir nada. Como esto se sepa, vendrán a por mí. Esto solo iba a contártelo a ti. Me has hecho creer que eras solo tú la que iba a conocer la verdad.

—Ni mucho menos.

Jessica se dio la vuelta, dispuesta a marcharse.

—Lo negaré todo. —Zea temblaba de pies a cabeza, contrayendo de rabia la boca—. Como me subas a un estrado diré exactamente lo mismo que la primera vez: que le disparó sin más. Que está loca. Que me pegó y que... que... llevaba semanas amena...

Jessica cruzó el bar, atravesó el aparcamiento de gravilla y se detuvo junto al coche. Sacó el móvil del bolsillo y paró la aplicación para grabar conversaciones. Los números, que en ningún momento habían dejado de ir en aumento, se frenaron en seco. Aquello selló el final de la entrevista con Kristi Zea. Envió el archivo por correo electrónico y abrió el coche. Se sentó al volante y recibió un correo electrónico de Diggy. En el asunto ponía: «¡Está viiivooo!»; en el cuerpo: «He recuperado información interesante del portátil de Lawlor».

BLAIR

Ada llegó en un Mercedes negro mate, un Clase S con molduras doradas. Los adolescentes que creían que me la habían metido doblada con lo del granizado se encontraban al otro lado de la calle, de aquí para allá, hablando, planeando su próximo e ingenioso golpe, pero se detuvieron de repente al ver el coche, boquiabiertos. Me quedé sorprendida al descubrir a Fred y a Mike salir de los asientos traseros de aquel coche tan largo y tan ancho. Aunque lo que más me impactó fue que Sneak bajara del asiento del copiloto.

—Me he encontrado a esta mema haciendo autostop en Virgil —dijo Ada mientras señalaba a Sneak con el dedo—. He llegado a pensar que le hacía una mamada a Fred nada más entrar.

—Lo he conseguido —me dijo Sneak al oído en cuanto llegó a mi altura—. He entrado en un coche con Ada Maverick y he salido con vida. ¿Vendes lotería?

—He venido a hablar de esto —me dijo Ada.

La mujer levantó la mano y Mike le entregó un papel grande doblado. Ada pasó la otra mano por el mostrador para tirar al suelo unas cajas de Chokitos y Baby Ruths y hacerse sitio. Sin pedir permiso, Fred cogió una Snickers del estante que había debajo de una de las ventanas, la abrió y empezó a comérsela. Ada puso unos pesos en las puntas del papel. Sneak y yo nos acercamos. Era un mapa del Servicio Geológico de los Estados Unidos, un mapa del centro de San Chinto. Pasé un rato observando las diferentes líneas y niveles, los contornos topográficos de color azulado que se mezclaban con las finas líneas de las propiedades y de las calles, con líneas rojas que podían ser gasoductos o tendidos eléctricos.

—¿De dónde has sacado esto? —le pregunté a Ada mientras miraba al aparcamiento por si llegaban clientes.

—Estos dos lo han encontrado en el apartamento del agente Marcus Lemon —respondió mientras alisaba el mapa.

—Perdona. —Parpadeé—. ¿Dónde?

—Les he dicho que se pasaran a ver. Me dijiste que era un tipo interesante para nuestro caso, y la verdad es que así es.

—¡Ay, Dios! —Miré a Sneak—. A Lemon le han robado el móvil y a

las pocas horas entran en su apartamento. Se va a dar cuenta de que pasa algo.

—Tranquila —dijo Ada—, que lo han dejado todo patas arriba en tres apartamentos más de la misma planta. Con todo ese lío, va a tardar un tiempo en percatarse de que los mapas han desaparecido. Mi gente no hace las cosas a lo loco. Y, ahora, dime qué es esto. —Señaló el mapa—. Hay más.

Ada chasqueó los dedos y Mike sacó más papeles de los bolsillos de la chaqueta. Algunos eran pantallazos de información sacada de Internet e impresa directamente. Cogí uno de una página web llamada Portal de Datos Abierto de Los Ángeles y otro de la página electrónica del condado de San Chinto. En la impresión sacada del portal también salía el municipio de San Chinto, solo que lleno de líneas, estas mucho más gruesas que las del mapa y unidas con redondelitos rojos. Había una clave que explicaba las diferentes «capas de datos»: servidumbres del alcantarillado, direcciones de la corriente del alcantarillado, tuberías del alcantarillado.

Sonó el timbre de la puerta y cuando levanté la mirada vi que Jessica Sanchez entraba en la tienda, una tienda abarrotada de criminales, con un portátil bajo el brazo.

—Vaya, ya está reunido todo el equipo —comentó Sneak mientras abría una barrita Clark.

—Tengo que hablar contigo —me dijo Jessica mientras avanzaba a buen paso y me señalaba—. Es importante.

La detective cogió una botella de agua de una estantería que había cerca del mostrador, la abrió y se bebió de un trago un cuarto de su contenido. Tenía el rostro y la garganta enrojecidos por el efecto de alguna emoción que no alcanzaba a descifrar.

—Coge número y ponte a la cola, zorra —le soltó Ada—. Yo he llegado primero.

—¿Qué estáis haciendo? —Jessica miró los mapas. Dejó el portátil despacio sobre el mostrador, sacudida, sin disimulo, por un torbellino de pensamiento. Incluso se movía más despacio—. ¿De dónde... de dónde habéis...?

—Los tenía Marcus Lemon —le explicó Sneak—, pero no sabemos por qué.

—Yo sí —respondió la detective.

Ada rodeó el mostrador para hacerle sitio. Jessica abrió el portátil y entró en su cuenta de correo electrónico. Oí el crujir de otro papel de chocolatina y vi que Fred estaba abriendo un Hot Pockets.

—Por favor, ¿podrías dejar de comer? —les chillé—. No sé si lo sabéis, pero luego tengo que pagarlo todo yo.

—Mirad. —Jessica señaló la pantalla.

Había un documento de texto abierto, con una lista de palabras debajo de un encabezado que rezaba «Últimas páginas web visitadas», y enseguida me di cuenta de que una de ellas era el Portal de Datos Abierto de Los Ángeles.

—Esto es de lo poco que hemos conseguido recuperar del portátil quemado de Dayly —comentó Jessica—. Por lo que parece, Lemon y ella estaban investigando el sistema de alcantarillado de San Chinto y compartían la información.

—¿Quemado? —soltó Sneak—. ¿Habéis encontrado su ordenador quemado? ¿Dónde?

—Ah, sí... —Jessica me miró en busca de una ayuda que no podía ofrecerle—. No te lo había dicho...

—Eso da lo mismo. —Ada pegó una palmada en el mostrador para captar nuestra atención—. ¿Qué más había en el portátil? ¿Algo que explique por qué estaban estudiando el sistema de alcantarillado?

—No, pero había esto. —Jessica señaló una lista en la misma página y todos nos acercamos para verla—. Esta lista es de un documento que se llamaba Reco de L. La L podría ser por Lemon, así que imagino que la lista hace referencia a algún tipo de reconocimiento que hizo el agente Lemon en algunas de las casas de San Chinto. —Leyó la lista—: «Redduck, 11. Dos hombres. No. // Redduck, 13. Familia de cuatro. No. // Redduck, 15. Una mujer que vive sola. Posible. ¿Comprobar? // Redduck, 17. Un anciano demente. Tiene buena pinta. ¿Comprobar?».

Ada apartó de golpe los mapas más pequeños y trazó con el dedo Redduck Avenue en el más grande. Se me pusieron de punta los pelos de los brazos.

—Estuvimos allí ayer mismo —dijo Sneak—, en el número 17. Es la casa de algún chalado que no deja de acaparar basura de todo tipo, tal y como dice ahí. Así que en el número 11 deben de vivir dos hombres; en el 13, una familia de cuatro, y en el 15, una mujer sola. Vimos que el agente Lemon entraba en la casa del que tiene eso del síndrome de Diógenes y también había un fontanero. Estas casas tienen el mismo alcantarillado, pero... —Sacudió la cabeza—. No se me ocurre nada.

—A mí sí —comentó Jessica—. Mirad.

La detective abrió un archivo de vídeo del correo electrónico. Me

fijé en que el remitente era el DRC, el Departamento de Rehabilitación de California. Una imagen en blanco y negro llenaba la pantalla. Dos personas en lo que parecía una jaula de acero enfocadas desde arriba. Un anciano musculoso sentado en una silla de plástico plegable. Casi rodilla con rodilla en aquel espacio angosto había una joven que reconocí de inmediato:

—¡Dayly!

—¡John! —exclamó Sneak a su vez mientras señalaba la captura de pantalla.

—¿Quién? —preguntó Ada.

—John Fishwick. —Sneak tocó la pantalla—. Es... es un tipo con el que tuve un ligue.

—No es ese un club pequeño —dijo Ada—. ¿Qué lo hace tan especial?

—¿De dónde es la imagen? —le preguntó Sneak a Jessica.

—De la prisión estatal de San Quintín. Del corredor de la muerte. Estas son las jaulas de los vis a vis. Es de hace dos meses. He ido a ver a Fishwick y le he preguntado por la visita, pero sabía que no podía confiar en lo que me dijera, así que les he pedido a los guardias que me enviaran las imágenes de las cámaras de seguridad.

Jessica pulsó el botón para poner en marcha el vídeo. Las figuras empezaron a moverse, a hablar. Nos quedamos escuchando con atención mientras Fishwick le contaba a Dayly que había un río cerca de la casa de Utah en la que había crecido. Jessica paró el vídeo y nos habló de los atracos a bancos de John Fishwick, de la masacre de Inglewood y del dinero escondido que habían encontrado los obreros y que habían entregado al gobierno.

—Yo ya he visto el vídeo —comentó la detective—. No le dice absolutamente nada ni durante la visita ni en las cartas que se escribieron. En la jaula hablan de las posibilidades que hay de que sea su padre, poco rato. En cualquier caso, él no quiere hacerse las pruebas de ADN. Hablan del sitio en que creció él, de lo que estudia ella. Entonces, sucede esto.

Observamos cómo, de repente, John Fishwick dejaba su silla de un salto. Al parecer, Dayly no se había dado cuenta de que iba a por ella. Fishwick la agarraba y la empujaba contra la jaula con todo el cuerpo, la besaba a la fuerza mientras le sujetaba la cabeza con las manos. Me fijé en cómo los guardias entraban a toda prisa a la jaula y tiraban de Fishwick para apartarlo de la muchacha, claramente angustiada, que se dejó caer en un rincón, llorando y frotándose la cara.

—¡Oh, Dios mío! —Sneak se tapó la boca con las manos.

—La agrede. La besa —comentó Jessica—. Al principio, me ha parecido que eso era lo único que estaba haciendo, pero ahora...

—Está claro —Ada sonrió—, le ha pasado algo.

—¿A qué os referís? —pregunté.

—Mirad. —Jessica echó para atrás el vídeo y volvió a ponerlo—. Mirad cómo levanta la mano y tapa con ella la boca de ambos. ¿Lo veis? Eso es para que no se caiga el paquete.

—¿Qué paquete?

—Tiene algo en la boca —explicó Ada—. Lo he visto miles de veces en la cárcel: la entrega del beso. Escondes debajo de la lengua una píldora o un mensaje secreto o un clip o lo que sea. Luego, besas a otro recluso y se lo pasas. Le coges la cara, así, de manera que te aseguras de que el paquete pasa y de que nadie se da cuenta. Fijaos en Dayly cuando cae al suelo. Se mueve como si estuviera limpiándose la boca, asqueada, pero lo que está haciendo es sacarse lo que tiene en la boca y guardárselo en el bolsillo.

Vimos el beso tres veces más. Me vino algo a la cabeza.

—Vi algo en su apartamento —dije—, un pedazo de cinta adhesiva en el escritorio de Dayly. Estaba doblado muy raro, sobre sí mismo, como un tubo. Puede que fuera lo que protegía eso que le pasó. Escribió algo en un pedazo de papel y lo enrolló con fuerza, lo cubrió con cinta adhesiva para que no se le mojase en la boca, no sé. ¿Parece lógico?

—No queda otra. —Ada asintió—. Si estamos hablando de un secreto tan gordo, no podría haberlo escrito en las cartas, ni habérselo contado por teléfono o habérselo dicho en la jaula. Alguno de los guardias se habría enterado.

—Entonces, ¿sabía ella que se lo iba a pasar? —preguntó Sneak—. El mensaje, digo.

—Seguro —razonó Ada—. El intercambio es muy rápido. Impecable.

—Pero ¿cómo la alertó de que iba a pasarle algo si los guardias leen las cartas y escuchan las conversaciones telefónicas?

—Hay maneras de hacerlo —contestó Ada—. Pasas el mensaje con otro recluso, que se lo cuenta a alguna de sus visitas, que llama al interesado o se lo dice de viva voz. O le enseñas lo que quieres entregarle durante la visita. Dejas que asome entre los dientes. Seguro que ella entendió lo que quería hacer él.

—Un momento —intervino Mike con gesto de horror—. Así que la

pava esta, ¿besa a un tipo que podría ser su padre?

Todos lo miramos. Sentí una gran sorpresa al ver que Mike hablaba, tanta como la que me produjo lo que había dicho. Estaba acostumbrada al silencio casi total de los matones de Ada.

—Es él quien la besa —aclaró Sneak—. Ella no besa, la besan.

—Eh, idiotas, ¿queréis centraros en lo que nos ocupa? —soltó Ada.

—Me ha parecido raro que hubiera agredido a su propia hija sin más —dijo Jessica—, así que le he preguntado sobre ello a John. Ha sido muy convincente. Me ha dicho que todo eso del dinero escondido es una verdadera chorrada, que solo había sido una historia con la que atraerla para..., ya sabéis. Pero, entonces, me ha explicado que si hubiera tenido que volver a enterrar dinero habría pensado en la manera de que solo pudiera disfrutarlo quien él quisiera. Me ha parecido que sabía muy bien de lo que hablaba. Como si ya hubiera pensado en ello. Ha dicho que habría querido elegir a su beneficiario.

—¿Cómo? —pregunté.

—No lo sé.

—Todo eso da igual —dijo Ada—. Lo que importa es desentrañar la información que tenemos y descubrir dónde está la pasta. Porque donde se encuentre la pasta está Dayly. Ya sea la beneficiaria elegida o lo que coño quiera Dios que sea, la nota que le pasó el tipo ese revela dónde está el dinero. Lo más probable es que sean coordenadas. Longitud y latitud. Y eso nos indicará en qué lugar está Dayly.

Miramos los mapas. El número 17 de Redduck Avenue, el pequeño rectángulo donde se encontraba la casa del anciano con síndrome de Diógenes en la que Sneak y yo habíamos visto entrar al agente Lemon y que Ada señalaba con el dedo.

—¿Qué tiene que ver el alcantarillado? —pregunté—. Me refiero a si se da el caso de que el dinero se encuentre en la casa del anciano.

—Puede que esté debajo de ella —comentó Sneak.

—O puede que esté cerca —dijo Ada—. Estas casas, del número 11 al 17, están a poca distancia de la tubería principal del alcantarillado. —Trazó una línea desde la casa del anciano hasta una línea azul con círculos rojos que cruzaba todo San Chinto—. A entre treinta y cuarenta metros. Eso explicaría la presencia del fontanero. Los fontaneros tienen experiencia trabajando bajo tierra, accediendo a túneles. Yo diría que están valiéndose de la casa para acceder al alcantarillado sin que nadie se dé cuenta. Por eso inspeccionaron las otras casas.

—¿Por qué? —pregunté yo.

—Para ver cuál de ellas escondería mejor sus actividades. La casa en la que hay una familia de cuatro miembros no, claro está. Ni la de los dos tipos. La del viejo chalado es la mejor.

—¿Y adónde van a ir por las alcantarillas? —preguntó Sneak—. Una vez estén dentro.

—Por aquí se llega al centro —dije mientras seguía el alcantarillado con el dedo por el mapa—. Pero mirad, si seguimos en esta dirección, se llega, justo, a la comisaría en la que trabaja Lemon.

—¿Quién entierra un montón de dinero debajo de una comisaría de policía? —preguntó Sneak.

—Todo el mundo quieto —dijo una voz nueva.

Levanté la mirada y vi, por encima del hombro de Ada, en las puertas automáticas de la tienda, a Al Tasik. El detective dio un paso adelante, lo que hizo que el timbre sonara. Entonces lo vimos mejor. Llevaba el arma a la altura de la cadera y apuntaba a Sneak.

—Tú —le dijo—. Tú te vienes conmigo.

JESSICA

Todos nos habíamos quedado de piedra. Los matones de Ada tenían las manos en los bolsillos de la chaqueta, listos para desenfundar, pero la preciosa mujer negra no les daba ninguna instrucción. En aquellos fragmentados segundos de quietud, Jessica pensó en hacer lo que de verdad había ido a hacer allí. Ahora que todos sabían lo de Dayly y lo de Fishwick, quería completar su siguiente tarea, una tarea a la que había estado temiendo tener que enfrentarse con todo su ser. Miró a Blair y pensó en soltarlo allí, delante de todos.

«Lo siento mucho. Me equivoqué. Ahora sé toda la verdad».

Por el contrario, se volvió hacia su colega:

—Tasik, ¿qué coño haces?

—Emily Lawlor —dijo Tasik mientras cogía a Sneak por el brazo—, quedas arrestada como sospechosa del asesinato de tu hija, Dayly Lawlor. Tienes derecho a permanecer en silencio.

—Tasik. —Jessica lo cogió por la manga de la camisa.

—Apártate, Sanchez —el detective empujó a Sneak contra el mostrador y la esposó—, o volveré después de que haya terminado con esta para arrestar a tus amiguitas por haber violado la condicional.

—N... no tienes pruebas para arrestar a Sneak —soltó Blair.

Ada había empezado a recoger los mapas del mostrador y, en cuanto los tuvo plegados, se los pasó a sus secuaces.

—No puedes arrestarla —continuó Blair—. Ella no ha... ¡Jessica, haz algo!

Jessica siguió al detective a su coche. Sneak lo acompañaba a trompicones, mirando al suelo, desorientada.

—¿Qué es lo que tienes contra ella, Tasik? —insistió Jessica—. Cuéntamelo.

—Tengo un par de soplones entre los Crips que dicen que Lawlor y su hija tuvieron una discusión la noche en la que la segunda desapareció. —El detective empujó a Sneak contra el coche—. Además de unos mensajes de texto sospechosos. Encuentros. Y Harbour y Maverick podrían estar implicadas, no lo sé. Se lo sacaré a esta en la sala de interrogatorios y entonces ataré cabos.

—Chorradas. Estoy trabajando con estas mujeres, ¿vale? Estamos a punto de dar con la solución. Este arresto solo nos hará perder el tiempo; eso está más claro que el agua.

—Te la puedes quedar después de que la haya hecho sudar un poco. Sabe más de lo que dice. Esta tía es una mierda de campeonato, Sanchez. Aunque, claro, puede que tú no tengas muy claras las prioridades. Tú no llevas en esto tanto como yo.

—Que te jodan. —Jessica sacudió la cabeza—. No vas a meter a esta mujer en ninguna sala de interrogatorios, te lo aseguro. Me voy a encargar de que, dentro de quince minutos, para cuando llegues a la comisaría, tengas a Whitton esperándote para que le des explicaciones, y mientras tanto yo le quitaré las esposas a Sneak y dejaré que se vaya.

—¿Sneak? —Tasik se mofó, metió a la detenida en la parte de atrás del coche y cerró la puerta de golpe—. Como quieras, Sanchez. ¿Vas a pelear por este montón de mierda? Anda, sube.

Jessica corrió hasta la puerta del copiloto y entró en el coche de un salto.

BLAIR

Ada cogió una Coca-Cola de las neveras de la pared y me hizo un gesto con la mano para que la acompañara.

—Venga, cierra este circo —me dijo—. Fred, por la puerta de atrás.

—No puedo cerrar la tienda. —Puse cara de susto cuando vi que cogía mis llaves del mostrador y me las tiraba con fuerza—. Aún me quedan tres horas del turno.

—Olvídate del puto turno, Vecina —soltó mientras se ponía en marcha—. Sabemos dónde está Dayly, así que vamos a ir a por ella.

Una vez en el aparcamiento, hice ademán para subir delante porque di por hecho que Ada querría ir hablando conmigo de lo que había descubierto, pero Mike se interpuso con su enorme cuerpo lleno de músculos y me hizo un gesto con la cabeza para que me metiera detrás.

—Tú con Fred —me dijo.

Me senté en la parte de atrás, molesta, intentando no mirar a Fred, que iba sentado rígido, como si fuera un muñeco articulado en la parte de atrás de un jeep de plástico. Llevaba sus enormes manos tatuadas en los muslos, planas, tensas. Por lo que alcanzaba a ver, Mike iba sentado exactamente igual en el asiento del copiloto y me miraba de vez en cuando por el espejo retrovisor exterior de su puerta. Empecé a sentirme un poco indispuesta porque tenía la sensación de que, en caso de que me hubiera negado a cerrar el Pump'n'Jump o a entrar en el coche con Ada y sus secuaces, me habrían obligado a hacerlo. Cada vez que nos deteníamos en un semáforo, me imaginaba intentando abrir la puerta y dándome cuenta de que estaba cerrada con el pestillo de seguridad. O sintiendo el brazo de Fred cerrarse alrededor de mi cintura y tirando de mí de nuevo hacia el interior del vehículo. No dejaba de oír las palabras de Sneak en mi cabeza: «He entrado en un coche con Ada Maverick y he salido con vida».

Me mordí las uñas mientras la ciudad iba convirtiéndose en una larga, oscura y rápida autopista. Ada encendió un cigarrillo y me quedé observando el vivo color rojo del extremo, que se movía a un lado y al otro por encima del volante. Por el parabrisas aparecían carteles iluminados que cada vez pasaban a mayor velocidad,

zumbando mientras los dejábamos atrás. Había recorrido tantas veces la carretera de San Chinto a lo largo de esos días que, cuando la cogía, me sentía como si fuera de camino a casa. Ada encendió la radio justo cuando pasábamos por el cartel del parque nacional Joshua Tree. Sonó un programa de variedades.

«... Al parecer, George, los llaman "fiestas enjambre"».

«¿"Fiestas enjambre"?».

«Sí. Son similares a aquellas quedadas entre desconocidos para bailar una coreografía que se hicieron tan populares a mediados de la primera década del siglo XXI, solo que, en este caso, la gente, también desconocidos en su gran mayoría, se junta para celebrar algo».

«Vale, así que lo que tenemos aquí, Erica, es una fiesta enjambre en su máximo apogeo en una residencia de Woodland Hills. Los de noticias dicen que por Esperance Drive han bajado más de un millar de personas y que una de las casas de la calle parece ser el epicentro de la fiesta en cuestión. Los vecinos se están quejando por los ruidos, porque hay motocicletas tanto en la vivienda como en la calle y porque se está llevando a cabo una especie de... carrera de coches justo delante. Nos informan de que han roto la mayoría de los cristales de la casa y de que hay pertenencias por el jardín. Al parecer, han quemado parte del garaje. Aún no tenemos noticias de que hayan arrestado a nadie. Esto, desde luego, no se parece a ninguna fiesta en la que yo haya estado, Erica. Eso te lo aseguro».

«No es la fiesta lo que importa, George, sino la asistencia. El objetivo es reunir a tantas personas como sea posible para, más tarde, compartir la cifra en las redes sociales. Los daños, el tumulto, es como un registro de logros. Esto no lo organiza uno en su propia casa, eso está claro».

Unas grandes montañas negras aparecieron por encima de la tierra desnuda. Me quedé mirando cómo el paisaje se convertía en campo y me fijé en que la temperatura había ido bajando a medida que nos alejábamos de la ciudad. Pensé en la sonrisa de Ada en el Pump'n'Jump, en lo rara que me había parecido, en que era una sonrisa que transmitía gran satisfacción.

La voz de Jessica Sanchez sonó en mi cabeza: «Esa mujer huele el dinero, que es por lo que se ha metido en esto».

—Tenemos que hablar —dije en un momento dado.

—¿De qué? —me preguntó ella.

—Del plan. —Fred me miraba, pero, allí, a oscuras, me resultaba imposible descifrar su expresión—. La prioridad es dar con Dayly,

asegurarse de que está bien.

—Por supuesto.

—No sabemos en dónde nos estamos metiendo. Si el fontanero, el tal Ramirez; Lemon y Dayly han organizado lo que creemos que han organizado. Es posible que Dayly ya ni siquiera esté allí. Cuando yo la vi estaba huyendo. Tenía miedo. Algo había salido mal y...

—Tengo un plan, Vecina, así que no te preocupes por nada.

Me retorcí los dedos. Fred había movido una mano del muslo al bolsillo de la chaqueta. Pensé en el móvil que llevaba en la mochila, que había dejado a mis pies.

—Mi plan consiste en dar con Dayly —insistí—. Y si está pasando alguna otra cosa... Es que no quiero hacer daño a nadie ni que lo suframos tampoco nosotros. O que nos metamos en algo que..., eh...

Mis palabras se fueron apagando. Fred me observaba desde la otra punta del asiento. Ada me miraba por el espejo retrovisor. Mike lo hacía por el espejo retrovisor de su puerta. Tuve una visión, apenas un destello, un gato en un coche lleno de dóberman. Respiré entre dientes e intenté concentrarme en la carretera.

JESSICA

Jessica iba sentada en silencio en el asiento del copiloto del coche de policía, escuchando la respiración de Tasik a su lado, negándose a mirarlo para que no creyera que estaba asustada. Aunque lo estaba. La tensión que había en el vehículo le recordaba a la noche de Linscott Place, cuando había sido incapaz de poner en práctica todo lo que había aprendido en la Academia de Policía, todo lo que le habían explicado desde que se había unido al cuerpo: tu compañero siempre te apoyará, siempre responderá a tus gritos de auxilio, siempre sabrás cómo resolver una situación, qué es lo más adecuado en todo momento, y en muy pocas ocasiones te encontrarás con algo tan raro como para que no puedas darle alguna respuesta de algún tipo. Sin embargo, esa noche había tenido que lidiar con un caníbal y su compañero la había abandonado. Su mundo se había quedado patas arriba, las reglas se habían roto en pedazos y la confianza había desaparecido. Y en el coche volvía a estar en aquella situación. Debería haber apoyado a la persona que llevaba a su lado, pero, en realidad, no dejaba de mirar a Sneak por el espejo retrovisor. A su vez, daba la sensación de que la prostituta drogadicta, regordeta y pisoteada por todos se encontraba la mar de cómoda en la parte de atrás de un coche de policía. Su rostro estaba calmado, como si estuviera desafiando su situación. Era como si supiera lo que iba a suceder a continuación.

En Wilshire, Tasik cruzó la intersección y dejó atrás el Jamba Juice, que estaba lleno de gente, en vez de girar a la derecha, en dirección a la comisaría de policía oeste. Jessica sintió que una gélida descarga de energía le recorría las venas. Tasik la miró y Jessica lo tuvo claro.

—Fuiste tú, ¿verdad? —le dijo Sneak sin aspavientos, dando voz a los pensamientos de Jessica.

Tasik la miró por el espejo retrovisor. Se dirigían al norte, hacia las montañas. Carteles de Glendale. Encendió la radio.

«... Teniendo dificultades para contener la situación debido a los pocos recursos policiales y a la gran cantidad de gente que baja por Esperance Drive. La policía nos ha informado de que por lo menos hay

dos coches en llamas en la calle y de que el dueño de la residencia en cuestión es un detective del Departamento de Policía de Los Ángeles que no se encuentra en casa en estos momentos. Los helicópteros de la policía...».

Apagó la radio.

—Vale, voy a picar —dijo a continuación el detective—. ¿Qué es lo que crees que sabes?

—Sé que la has matado —respondió Sneak.

Jessica vio que la mujer se retorcía ligeramente contra el asiento. Era evidente que estaba pasándose las esposas por debajo del culo, estirando las articulaciones de los hombros al límite para que la cadena resbalase por la parte trasera de los muslos hasta las rodillas. Lo había visto hacer miles de veces y era muy probable que Tasik también se hubiera dado cuenta.

—Así que la he matado, ¿eh?

—Apestas a poli corrupto —le soltó Sneak—. He conocido a muchos policías. Algunos de ellos son buenas personas. Otros no son más que pusilánimes con placa de los que abusaban en el instituto y que, ahora, pretenden vengarse. Y, de vez en cuando, hay un verdadero depredador como tú.

—A ver, no te quites méritos —le dijo Tasik—, que huelo en ti la sangre del cazador. Eres una carroñera, una mentirosa, una tramposa y una ladrona. Ahora bien, a la hora de la verdad, tienes garras y colmillos. Eso es lo que yo veo en ti. Y lo vi también en tu hija.

Jessica echó mano al arma, pero no la sacó. Era incapaz de creer lo que estaba escuchando. Tenía que esperar. Tenía que estar segura. Tenía que ver un signo de peligro físico. Tasik estaba demasiado cómodo. Iba recostado en el asiento, había bajado la ventanilla y llevaba el codo por fuera. Jessica notaba cómo la carretera de montaña iba ascendiendo. Estaba claro que Tasik la conocía bien, porque cogía las curvas como si nada. De vez en cuando, los faros del coche captaban ojos luminiscentes entre los arbustos o brillando en las paredes de roca. Tasik estaba muy relajado. El señor Coyote volvía a casa, a su madriguera en la cadena montañosa, donde los venenosos arbustos de gobernadora protegían su hogar secreto y lo mantenían a salvo.

—Pasó exactamente lo que le conté a Sanchez. —Tasik hizo un gesto hacia la detective—. Encontré a Dayly por casualidad en un coche lleno de esos memos de los Crips. Ella no había estado llevando tu vida, Emily; eso era evidente. Seguía estando fresca, aunque estaba

colocada con crack del barato. Se cagó de miedo cuando me vio aparecer. La pobre no tenía ni idea de que los otros llevaran una bolsa con armas. La separé de los demás y le pregunté qué coño estaba haciendo. De verdad, iba a darle una oportunidad. Puede que cargara un poco las tintas, ya sabes, que mintiera ligeramente respecto a su situación. Le dije que se enfrentaba a la cárcel, que lo tuviera claro. Le expliqué el tipo de armas que llevaban los otros en el maletero, le expliqué que estaban clasificadas como armas terroristas y que eso se pagaba con treinta años de prisión, como poco. La muchacha no paraba de llorar. Estaba acojonada. Era como un cachorro que no deja de temblar.

Sneak, con las esposas aún puestas, se agarraba a la malla que separaba los asientos delanteros de los traseros.

—No sé —continuó diciendo Tasik entre risas—, me habría conformado con que me hiciera una mamada. La cuestión es que, de repente, empezó a hablar de todo ese rollo del dinero escondido, de un ladrón de bancos que hay en el corredor de la muerte y de su madre la drogata. Al principio no la seguía. Me parecía que todo era una fantasía. Estaba boquiabierto, ¿entiendes? Hasta que no se calmó un poco no empezó a ordenar la información. Decía que sabía dónde había escondidos millones de dólares. Si la ayudaba a que no la acusaran por lo de las armas, me dejaría entrar en eso que tenía en marcha, en la búsqueda esa de un dinero oculto. No la creí, pero la dejé que se marchase de todas formas, ya sabes, para ver adónde me llevaba. Por si acaso de verdad estaba metida en algo. Merecía la pena apostar por ella. Ahora bien, como no fuera más que una trola, la mamada me la iba a hacer sí o sí.

—¿Tenía razón Dayly? —preguntó Sneak—. ¿Estaba allí el dinero?

—Eso espero, sí —Tasik sonrió—, pero no hay manera de saberlo. ¿Y sabéis por qué? Porque el tal Fishwick dice que enterró la pasta a finales de los ochenta. Por aquel entonces, el sitio era solo un campo con una valla. Ahora tiene, es típico, no os lo vais a creer, una puta comisaría de policía encima. La única manera de saber si está mintiendo o no es excavar debajo de la poli.

—¿Y te pidió ayuda? —preguntó Jessica.

—Por suerte para mí, Dayly ya lo tenía todo planeado. Había conseguido que un policía joven de la comisaría la ayudara para que nadie de allí se diera cuenta de que estaban haciendo un túnel debajo del edificio. Luego, reclutaron a un fontanero que había estado en la cárcel acusado de butrones en joyerías y casinos, un tipo que sabe

hacer túneles y colarse debajo de un edificio sin ruido alguno. Cuando me contaba todo aquello pensaba: «¡Venga ya, pero si la muchacha esta apenas tiene edad para trabajar!». Y cuando investigué al poli, lo mismo: un bebé. Pero así son las cosas, ¿sabéis? Eso es lo que intentaba decirte, Sanchez. Esta gente nace así. Tienen mentalidad de criminal, instinto de carroñeros. Lo llevan dentro. —Se dio unos golpecitos en la sien.

—Entonces, ¿los otros dos no saben que existes? —le preguntó Sneak.

—No. Como fue ella la que la había cagado, se suponía que mi parte salía de lo suyo. Dayly me dijo que lo único que tenía que hacer era esperar a que llegara el día de cobro, cuando los otros dos dieran con el sitio en el que se supone que está el dinero, que, si todo sigue según lo planeado, podría ser esta misma noche.

—¿Y qué salió mal? Por lo que cuentas, parece que todo iba como la seda.

—Pues que la avariciosa de tu hija se coló, eso es lo que salió mal.

BLAIR

Todo estaba azul. La blanca luna dejaba caer sobre la camioneta de Ramirez una azulosa luz pálida, fría. Las montañas oscuras, azulinas, se elevaban por encima de nosotros y alcanzaban el cielo, de color azul medianoche. Ada apagó el motor. Había aparcado justo enfrente del número 17 de Redduck Avenue, por detrás de la camioneta, a poco más de un par de metros del camino de entrada. No era una mujer que aparcara donde no fueran a verla, que se escabullera por el jardín trasero, que trepara vallas y se agachase por debajo de las ventanas. Fred atornilló un silenciador al cañón de su pistola. Oí que el metal chirriaba contra el metal, único sonido en aquel silencio que nos rodeaba.

Ada y Mike salieron. Hice ademán de coger la mochila.

—Déjala —me dijo Fred mientras se deslizaba hacia mí por el asiento.

Abrí la puerta y salimos. El aire era frío. Pensé en echar a correr, pero, entonces, Fred me puso la mano en el hombro y ahí siguió durante todo el camino de entrada, hasta que llegamos a la puerta principal. Ada y Mike también llevaban las armas desenfundadas, cerca del pecho, apuntando hacia arriba. Yo me mantuve a un lado, con Fred, mientras Ada, muy despacio, giraba el pomo. La puerta se separó de la jamba con un crujido húmedo, pegajoso. Ada y Mike desaparecieron en el interior y Fred me empujó adentro.

—Oye —me volví ligeramente—, yo no quiero formar parte de esto.

—El momento de tomar esa decisión pasó hace mucho tiempo.

—Deja que me vaya.

—Calla.

Un pasillo estrecho. En la oscuridad, notaba cosas que me acariciaban los brazos. Eran las suaves páginas de revistas y periódicos apilados hasta el techo. Había luz en una de las habitaciones de atrás, una luz que iluminaba una selva de objetos acumulados por doquier, un sotobosque de botes de pintura, piezas de bicicletas, tubos de goma, animales de peluche. Había un laberinto de palanganas de plástico llenas de fiambreras, de cubiertos, de marcos, de ropa, de

latas de comida. Un montón de alfombras enrolladas se apoyaban contra las paredes, y otras, dando forma a un toldo, se encontraban sobre escobas y fregonas, escaleras, cometas y relojes de todas las formas y tamaños habidos y por haber, unos colgados y otros no, unos en marcha y otros no. Cuando pasamos junto a la cocina, llena de escombros hasta la altura de la rodilla, olí a carne podrida y a leche agria. Me pareció ver tres neveras y una mesa bocabajo. Mientras nos internábamos por un segundo pasillo, chocó contra mi pómulo una mosca o una polilla, borracha, no cabe duda, de tanto despojo o exhausta, quizá, de intentar dar con una salida a través de las ventanas bloqueadas.

La habitación iluminada estaba llena de un mar de libros, ropa, zapatos a decenas y maquetas estropeadas que me hicieron pensar en fotografías que había visto de los campos de concentración. En una cama mugrienta, roñosa, que había en una esquina yacía un anciano, enterrado bajo un montón de mantas, por lo que casi resultaba invisible. Empujé a Ada y a Mike para pasar y me apresuré a llegar hasta él.

—¡Ay, Dios! —El olor del pelo del hombre era tan fuerte, tan repugnante, que me echó para atrás—. Señor, ¿está usted bien? Ay, Dios. Ay, Dios.

Le quité la cinta adhesiva con la que le habían tapado la boca. El hombre tenía los ojos grandes y húmedos.

—Ayúdeme —dijo con voz rasposa. No tenía dientes—. Ayúdeme. A... ayúdeme.

—Tranquilo, que ya estamos aquí. Voy a levantarlo...

—Vuelve a ponerle la cinta —me ordenó Ada, que me tiró del brazo y me obligó a que la mirara— y déjalo en paz.

—No puedo dejarlo así —le imploré—. Está muy deshidratado. Mira el blanco de sus ojos. Fíjate en el color de su piel. Podría sufrir un paro cardiaco en cualquier momento.

—He dicho que le pongas la cinta. —Los ojos de Ada ardían a la luz de la lámpara que había en el suelo, junto a la cama; dos llamas doradas y distantes—. Seguirá aquí cuando volvamos. Como la líe ahora, nos descubrirán.

—Son... son dos hombres —resolló el anciano. Las mantas subían y bajaban con cada una de sus dificultosas respiraciones— y u... una mujer. V... vinieron y... Llevo aquí a... atrapado... n.... no sé ni cuántos días...

—La mujer, ¿es joven y rubia, con el pelo rizado? —le pregunté.

El hombre asintió.

—¿Dónde está? ¿Está viva?

—D... dejó de venir.

Fred apareció en la puerta y le murmuró a Ada:

—El túnel está en la cocina. No parece que haya nadie.

Me volví y vi que Mike apuntaba al anciano a la cara. Le di un golpe en la mano sin pensar, víctima de un impulso eléctrico inducido por el terror que acababa de golpear mi corazón como un puñetazo. El hombretón me cogió por el pelo y sentí el filo del duro cañón cuadrado de la pistola en la garganta.

—Eso ha sido una estupidez —dijo Ada mientras se aproximaba. Su rostro no mostraba expresión alguna, como si fuera una máscara de cera. Solo sus ojos, atentos, y observando a los míos de cerca, curiosos, decían algo—. No está bien golpear el arma de una persona.

—Es que iba a...

—Claro. —Asintió—. Iba a matar al anciano. ¿Es que no te has enterado todavía, Blair? No estamos aquí por Dayly. No estamos aquí para rescatar a viejos chochos de sus camastros de mierda. Estamos aquí por el dinero.

El arma de Mike me estaba aplastando la tráquea. Me resultaba imposible tragar. Miré a Ada y dije como pude, con dolor:

—Jessica me lo advirtió.

—Pues deberías haberle hecho caso. —Ada me dio unos golpecitos en la nariz con el cañón de su pistola—. Confías demasiado en las personas. Eres lista, sí. Eres capaz, no cabe duda. Ahora bien, confías demasiado en las personas. Y, por el amor de Dios, lo que te gustan las historias lacrimógenas. Nunca he conocido a nadie que le gusten más que a ti.

—Déjame con el anciano. Haced lo que hayáis venido a hacer, pero yo me quedo aquí. No haremos ruido.

—Eres tan tonta como Dayly, intentando salvar a esos animales asquerosos y moribundos. —Ada tiró una Barbie desnuda de una estantería abarrotada de cosas y al juguete le siguió una cascada de basura compuesta por revistas, vasos de papel, juguetes de madera—. Este hombre es un cerdo.

—Por favor, suéltame.

—No sé si te voy a necesitar ahí abajo —me dijo mientras hacía un gesto con la cabeza hacia la cocina—, así que, por ahora, vas a venir conmigo. No obstante, como favor personal, porque eres buena persona, voy a dejar con vida al viejo. ¿Qué te parece? ¿Ves?, yo

también puedo ser buena. Mike.

Mike me quitó la pistola de la garganta y me empujó a un lado. Luego, cogió un rollo de cinta adhesiva que había a los pies de la cama, sobre la alfombra polvorienta, y agarró al anciano por el blanco, lacio y grasiento pelo, lo levantó y le puso la cinta adhesiva alrededor de la cabeza como si se tratara de una tubería con un escape. Me quedé mirando cómo Mike dejaba caer la cabeza del pobre hombre en la almohada y se sacudía las manos.

Ada me empujó hacia la cocina. Oculto por una pila de escombros, en el suelo de linóleo, había un agujero de metro veinte de ancho que daba a una negrura tan pura e impenetrable como la de la tinta. Fred bajó por él por delante de mí y oí que iba acomodando los pies a los peldaños de una escalera.

—Baja —me ordenó Ada al tiempo que me empujaba con el cañón de la pistola.

JESSICA

—Lo vi venir de lejos —comentó Tasik. Circulaban despacio por la carretera, en lo más alto de la montaña, buscando algo—. Si hay una cosa que un mentiroso habitual como tú sabe bien, es que, cuando das con una historia, has de ceñirte a ella. Y la historia de Dayly empezó a hacer aguas. De repente, ya no sabía decirme cuánto dinero había enterrado debajo de la comisaría. No sabía si eran diez millones, quince. En ese caso, ¿qué es lo que sabes? Empezó a sugerir que igual solo había dos. No respondía al móvil. No quería que yo hablase con el viejo, con Fishwick. Y también quería hablar con Lemon y con Ramirez, convertirme en un socio de pleno derecho en esta historia, pero no dejaba de decirme que como se enteraran de que yo estaba al tanto, se pondrían como locos. Solo tenía su palabra de que todo aquello era real, pero empezaba a quedarme claro que me estaba mintiendo. Me decía que estaba sola en su apartamento, pero yo la estaba vigilando y la veía con el poli, con Lemon. Dejé de confiar en ella, que fue cuando me di cuenta de que nos la iba a pegar a unos y a otros.

—¿Cómo? —preguntó Sneak.

—El dinero. —Tasik asintió—. Iba a aprovecharse de Lemon y de Ramirez para sacar la pasta del agujero. Iba a tenerme orbitando por ahí, como un idiota, esperando mi parte, manteniéndola a salvo de la cárcel, esperando a que compartiera el botín conmigo cuando lo sacaran de ahí abajo. Pero la zorrita tenía pensado escapar con todo. Era evidente. Es lo que yo habría hecho.

Dio la sensación de que Tasik había encontrado lo que buscaba cuando se metió por un cortafuegos sin señalizar. Jessica sujetó el arma con más fuerza. Sabía que, antes o después, iba a tener que hacerse con el control, que iba a tener que desarmar a Tasik y esposarlo, pero ansiaba oír el resto de la historia, descubrir qué le había pasado a Dayly, y eso la tenía presa en el asiento. Sabía que, como se moviera, como sacara a Tasik de aquel ensimismamiento, era posible que jamás consiguiera una confesión. Al detective le gustaba oírse y quería que supieran lo inteligente que era, pero todo eso podía irse al traste en un instante. En parte, Jessica quería creer que aquella

era la rendición del policía, que no las había llevado hasta allí, por montañas a oscuras, para matarlas. Era incapaz de creer que un policía pudiera hacer algo así. No quería aceptarlo, porque aquello sería la gota que colmase el vaso. Aquello no solo le demostraría de una vez para siempre que no era parte de la familia, sino que no conocía a sus miembros. Que no los conocía lo más mínimo.

Los faros iluminaron una barrera blanca. Tasik la empujó con cuidado con el parachoques.

—Qué chica tan avariciosa —dijo, prácticamente para sí mismo.

Jessica se quedó mirando la ancha carretera de tierra que tenían por delante, con el polvo girando alrededor de los haces de luz y los bichos del desierto arremolinándose, volando, de color dorado, junto a los faros. Se preguntó si Dayly habría estado viva cuando Tasik la había llevado allí; si habría ido sentada a oscuras, como su madre, consciente de que aquella era la última carretera que iba a recorrer, una carretera que llevaba a su destino final.

—Me encaré con ella en su apartamento. Ya me había cansado. Me vino con que les había surgido un imprevisto. Según ella, había una roca del tamaño de un Volkswagen Escarabajo en medio del túnel e iban a tener que hacerla pedazos. Me aseguró que me avisaría cuando la hubieran dejado atrás, pero que no sabía cuánto iba a retrasarles aquello. Le dije que no me viniera con chorradas. Era evidente que estaba haciendo tiempo para escapar. Pensé en que sabría dar con los otros dos, en que podría pincharles el móvil y descubrir cuándo iba a ser el día de cobro, así que ya no necesitaba a Dayly. La cosa es que se enfrentó a mí y consiguió huir del apartamento. Sé, llevo toda mi carrera persiguiendo a chicas como ella, que lo mejor que puedes hacer en estos casos es dejar que crean que están a salvo, dejar que se calmen. Así que cogí su móvil y su portátil y la seguí, pero de lejos. Fue a una gasolinera y la atracó, y robó un coche, con el que se dirigió al oeste, muy probablemente para reunirse con Lemon y con Ramirez. Fue entonces cuando le di caza. La perseguí por las montañas, por aquí, y la saqué de la carretera.

Jessica observó los ojos de Tasik mientras este apagaba el motor. Un coyote aulló no muy lejos, en la oscuridad. Era un sonido agudo, ansioso.

—La mataste —dijo Jessica. Sentía los ojos muy abiertos en la oscuridad. Incrédula, pero tensa, preparada—. Incendiaste el coche con el portátil y el móvil dentro, y la trajiste aquí y la mataste. —La detective miró por la ventanilla del conductor.

Tasik no dijo nada, pero observaba a Jessica con dureza, retador, en la oscuridad, con ambas manos en el volante. Por un momento, la detective imaginó dos vaqueros desenfundando a toda velocidad en calles polvorientas llenas de plantas rodantes empujadas por el viento, una imagen cómica impuesta por su cerebro para amortiguar el terror que sentía su corazón. Desenfundó. Por sus venas corrió un calor sofocante al ver que Tasik no sacaba su arma.

—No te muevas, joder —le dijo ella. Jessica estaba retorcida en el asiento, en una posición incómoda, con la pistola cerca del pecho, con los codos extendidos en aquel espacio tan reducido. Tasik empezaba a esbozar una sonrisa. El entrenamiento y la experiencia de Jessica a lo largo de las dos décadas que llevaba en la policía no la habían preparado para desarmar a un hombre sentado en el mismo coche que ella; nunca había sido tan estúpida como para meterse en una situación como aquella—. Mantén las manos a la vista.

Tenía dos opciones: pedirle a Tasik que sacara su arma o agacharse ella misma a cogerla. Ninguna de las dos era buena. Estaba atrapada y era consciente de ello. Los segundos iban pasando y sabía que era tiempo que le daba a él para que pusiera en práctica su plan, así que era mejor que fuera ella quien pasara a la acción. Adelantó la mano que tenía libre y cogió la pistola, la sacó de la pistolera que el hombre llevaba en la cadera y se echó para atrás. Se relajó. Era lo que él estaba esperando, esa fracción de segundo en la que los músculos de ella se calmaran. El puñetazo llegó de abajo arriba, desde fuera del campo de visión de la detective, y le alcanzó en la mandíbula con tal fuerza que la cabeza salió disparada contra la ventanilla.

Oscuridad. Solo unos segundos. Jessica recuperó el oído antes de que fuera capaz de controlar su cuerpo. Rebotó de lado en el asiento. El cerebro no les daba órdenes ni a los brazos ni a las piernas. Se sentía débil, indefensa, mientras Tasik la desarmaba.

—Sal —le dijo a Sneak el detective.

—No vas a matarme —le soltó esta desde el asiento de atrás—, y tampoco vas a matar a una compañera. En el Pump'n'Jump había otras cuatro personas que asegurarán que Sanchez y yo subimos a tu coche. Además, en la gasolinera hay cámaras de seguridad.

—No negaré que te arresté, ni que Jessica viniera conmigo. Llevo mucho tiempo jugando a esto, Emily, y lo sabes. Lo único que tengo que decirles es que te pasaste las esposas a la parte de delante y que esperaste hasta que estuvimos en una tranquila calle de Koreatown para fingir que te daba un ataque en el asiento de atrás. Sanchez y yo

paramos para ayudarte y la atacaste a ella. Cogiste su pistola y la mataste. A continuación, me obligaste a que la metiera en el coche y a que la trajera hasta aquí, a las montañas, donde me confesaste que habías matado a Dayly. Luego, me dijiste que nos ibas a tirar a Jessica y a mí en el mismo agujero que a ella.

Jessica intentaba relajar la respiración y no moverse. Sabía que tenía que recuperar el control de su cuerpo por completo antes de enfrentarse a Tasik. No podía gruñir, no podía hacer esfuerzos; mientras él pensara que estaba inconsciente, quizá retrasara el acabar con ella. Oyó que Sneak preguntaba:

—¿Está aquí? ¿La tiraste por aquí?

Silencio. Jessica no necesitaba oír la respuesta.

—Les diré que tuve suerte de poder reducirte, que luchaste como gato panza arriba.

Jessica notó sangre en la boca, por el brazo, caer en el asiento. Abrió los ojos apenas un resquicio. Se preguntó si Tasik llevaría un arma de repuesto en la guantera, a menos de medio metro de ella. La mayoría de los policías que conocía la llevaban.

—Sabes que Ada y Blair ya habrán salido a por el dinero. —La voz de Sneak era más grave. Estaba perdiendo la esperanza—. Te has dado cuenta de lo que estábamos haciendo cuando has llegado, ¿no? Seguro que tienes noticias de que hemos estado haciendo preguntas. Y nos has visto en la gasolinera con los mapas. Sabes que Ada y Blair van directas para allí, a San Chinto. Llegarán antes que tú y te quitarán la pasta, mientras que tú pierdes el tiempo aquí, con nosotras. Deja que me vaya. Deja que salga y que busque a mi niña. Ve a por el dinero y huye.

—Tengo tiempo. He estado leyendo los mensajes de texto de Ramirez. Cree que le faltan otras tres horas para llegar hasta la pasta. En el mejor de los casos, los unos se matan a los otros y yo llego y no tengo más que llevarme el dinero, calentito encima de un montón de cadáveres. Lemon y Ramirez no esperan a Maverick, a sus matones y a Harbour, pero a mí no me esperan ninguno de todos ellos.

—¿Y si Ramirez se equivoca? ¿Y si dan con el dinero antes y para cuando aparezcas no hay nadie?

—Da igual. Sé muy bien dónde estará mañana todo el mundo. Lemon y Ramirez se subirán a una avioneta que han contratado en un aeródromo que hay cerca de aquí para que los lleve a México. Maverick estará en su club. Ella no se va a ir, teniendo en cuenta la de negocios que tiene en la zona. Y Harbour estará en su apartamento.

Tiene un hijo, así que esa tampoco va a ir a ninguna parte. Ya he estado allí y sé que es peleona, así que esta vez no la cagaré.

—Así que fuiste tú el que entró —dijo Sneak.

—Intentaba asustarla. Asustaros. No me salió bien. Te agradecería que no me dieras tanta guerra como ella. Aunque, si esto tiene que parecer creíble, vamos a tener que jugar un poquito primero.

Tasik abrió su puerta, salió del coche y abrió la puerta de atrás. Jessica oyó gritar a Sneak cuando el hombre la agarró.

—Venga, basta de cháchara. Vamos al lío.

BLAIR

Me volví torpemente y empecé a bajar la escalera. Mientras lo hacía, vi que entre el barullo de objetos que había alrededor del agujero se encontraba un tenedor para barbacoas con el asa de madera. Hice como que me tropezaba, eché mano al montón de cosas como si pretendiera agarrarme y me llevé el tenedor y algunos otros objetos conmigo al agujero.

—Vecina, ten cuidado.

—Perdón.

A oscuras, abajo del todo, vi que Fred tenía una linterna con el foco aplastado contra la palma para que emitiera una luz suave. Hice como que me miraba el tobillo para ver si me había hecho daño al resbalar y metí el mango del tenedor en el zapato y me bajé los vaqueros. Mike y Ada llegaron y se quedaron callados en la oscuridad. El aire era fétido y tenía un sabor metálico, la inconfundible peste a desechos humanos y a agua estancada. Podía oír la respiración de personas a mi alrededor. Eran respiraciones someras, rápidas, medidas: la respiración de gente que ya había hecho eso otras veces, gente que se había sentado en su coche frente a un banco con un pasamontañas puesto, esperando a que abriera. Gente que había esperado entre los arbustos, cerca de pisos francos de traficantes de droga. Ladrones. Cazadores.

A algún consenso llegaron en silencio y me agarraron y me guiaron por un lúgubre túnel de tierra sujeto con madera sin tratar. Ada iba detrás de mí; Fred, delante, y Mike nos seguía a todos. El túnel de tierra terminaba en una pared curva de cemento medio rota. La superé y, nada más hacerlo, me empujaron hacia la derecha para que siguiera el camino. No veía apenas un paso por delante de mí, pero una especie de conciencia primitiva me decía que íbamos por un túnel estrecho con una superficie horizontal a la derecha pensada para recorrer el pasadizo. Con el brazo rozaba tuberías y rugosidades, y, en un momento dado, me dio por experimentar y levanté la mano. Toqué el techo, que era de cemento, pero también noté tubos de metal, barras y más tuberías.

—Sigue caminando —me ordenó Ada al tiempo que me clavaba el

cañón de la pistola en las costillas.

Allí, a oscuras, avanzábamos muy despacio. De vez en cuando, Fred quitaba la palma del haz de la linterna e iluminaba los siguientes metros de alcantarilla. Aquel silencio me resultaba insoportable.

—En este asunto, nadie ha sido quien dice ser en esto —comenté calmada.

—¿Qué? —me preguntó Ada.

—Tú misma. Pensaba que nos estabas ayudando de corazón para que encontráramos a una chica desaparecida. Creía que estabas saldando tu deuda conmigo.

—No es culpa mía que seas idiota.

—Y Dayly. Ya has visto al anciano de ahí arriba. Ese pobre hombre ha sufrido muchísimo. ¿Cuánto tiempo llevará así? ¿Semanas? Dayly ha sido parte de esto. Pensaba que ella sería diferente, pero Dayly, Lemon y Ramirez le han hecho eso para llegar hasta aquí.

—Vamos, que la muchacha es un pedazo de mierda, como su madre. Si quieres que te diga la verdad, Blair, estás mucho más sorprendida de lo que deberías. No sé por qué sigues teniendo fe en las personas. Has estado en la cárcel mucho más tiempo que yo, deberías haber aprendido que, en su fuero interno, todo el mundo intenta sacar tajada.

Fred se detuvo de repente. Ada me empujó contra la pared. Una pausa y, entonces, por delante de nosotros, nos llegaron las ondas de una voz:

—¿Dayly? —preguntó.

Reconocí la voz. Era la del agente Lemon.

Fred clavó una rodilla en tierra, dejó caer la linterna a su lado y empezó a disparar en la dirección de la voz.

JESSICA

La pálida luna permanecía baja. Jessica la observó a través del parabrisas mientras se sentaba bien, abría la guantera y buscaba el arma de repuesto de Tasik. Nada. Papeles sueltos y el manual de uso del vehículo. Hizo bailar sus manos por todo el coche en busca de su propia arma. Nada. Atisbó a Tasik fuera, luchando con Sneak, golpeándola con sus grandes puños. El detective llevaba un arma en la pistolera, pero la otra no se veía por ningún lado. Jessica no se arriesgó a abrir su puerta, sino que se deslizó por el asiento del conductor hasta la carretera de tierra, pero aún se sentía atontada por el golpe que le había propinado Tasik y, mientras se ponía de pie, se tambaleó y se torció el tobillo con una piedra. Tasik la oyó y se volvió.

El hombre dejó a Sneak, se lanzó a por Jessica y la estrelló contra el lateral del coche. La detective cayó al suelo con las piernas abiertas, recibiendo puñetazos una y otra vez, pero se revolvió por debajo de su colega y dio golpes hacia arriba y pegó patadas hasta que le acertó en la rodilla y lo mandó de lado. En ese momento, apareció Sneak y empezó a zurrar a Tasik en la cabeza, de arriba abajo, mientras él intentaba alcanzarla en las costillas.

Jessica se puso medio en cuclillas junto al coche, preparada para levantarse y pelear. A Tasik se le había caído una pistola de los vaqueros, pero estaba tan oscuro que apenas se veía nada. Además, iba a ser imposible dispararle, porque Sneak y él estaban enganchados. Era evidente que Sneak era una gran luchadora carcelaria; la mujer no paraba de arañarle la cara al detective. Jessica volvió a meterse en el coche, lo arrancó y dio marcha atrás. Entonces, esperó, agarrando el volante con fuerza, hasta que sucedió lo inevitable: Tasik pudo con Sneak. El hombre la tumbó de un fortísimo derechazo en la sien y la mujer rodó sobre sí misma, sujetándose con fuerza a la tierra mientras su mundo giraba. Jessica pisó el acelerador con todas sus fuerzas.

Un crujido húmedo. Así es como lo recordaría más tarde la detective. El sonido que haría un saco lleno de huesos y agua si lo dejases caer desde una gran altura. Jessica detuvo el coche apenas a un par de metros de donde había estado Tasik y el vehículo quedó

envuelto por una polvareda. El policía había salido disparado unos seis metros y yacía en el suelo. No le había dado fuerte, pero el golpe había sido muy efectivo, en el momento adecuado. Jessica bajó del coche, fue hasta donde estaba Sneak y la ayudó a ponerse de pie. La mujer empezó a vagar, atontada, en dirección a Tasik y sin apenas mirar a Jessica. La detective también se acercó al oficial.

—Tasik —Jessica hablaba entre dientes, como si gruñera—, estás arrestado.

La detective se agachó sobre su colega, que gruñía y tosía, que se retorcía en el suelo, ambos iluminados por los faros del coche, y le dio la vuelta para que se recuperase. Seguro que tenía las costillas rotas. El policía perdía la consciencia y la recuperaba cada dos por tres. En cualquier caso, sobreviviría. Jessica se sintió tan aliviada cuando le puso las esposas que no oyó el ruido de la puerta del vehículo al cerrarse. Fue el bocinazo lo que la sobresaltó y la devolvió a la realidad. Sneak estaba sentada al volante. Jessica dio por hecho que lo que pretendía la mujer era aproximar el automóvil para ayudarla a meter a Tasik en los asientos de atrás. Sin embargo, se quedó mirando, estupefacta, cómo Sneak daba marcha atrás unos diez metros y volvía a tocar el claxon.

La luz de los faros cegaba a Jessica.

—Sneak.

Sneak revolucionó el motor y tocó la bocina una vez más.

—Sneak. —Jessica levantó una mano con los dedos bien abiertos, implorándole—: ¡No lo hagas! ¡No lo hagas! ¡No!

El coche cobró vida. Jessica se tiró al suelo para apartarse y oyó el sonido duro y húmedo una vez más cuando el coche pasó por encima de Tasik. La detective se llevó las manos a la cabeza y se quedó mirando, sin poder hacer nada, cómo Sneak daba marcha atrás y volvía a pasar por encima de su colega. Después de esta acción, Jessica consiguió enderezar su rígido cuerpo y ponerse de pie. Haciendo lo imposible por no mirar el desaguisado que había en el suelo, la detective se tambaleó, impactada, hacia la puerta del conductor.

Sneak bajó la ventanilla despacio y se quedó mirando a Jessica con el rabillo del ojo. Sacó la mano por la ventanilla. Tenía el móvil de la detective. Tiró el móvil al suelo y subió la ventanilla.

—Sneak, no te atrevas —le advirtió la policía—. ¡No me dejes a...!

Jessica se quedó mirando cómo el coche daba tres cuartos de vuelta con violencia y cómo las rojas luces de freno quedaban

envueltas por ardientes nubes de polvo a medida que Sneak se alejaba cada vez a mayor velocidad.

Luego, miró a Tasik. El cuerpo del policía estaba retorcido en la carretera de tierra, no muy lejos de ella. La detective recogió su móvil y miró la pantalla. No tenía cobertura.

—Me cago en mi vida.

BLAIR

Ada me hizo a un lado y dio unos pasos hacia delante disparando. Sus balas y las de Fred impactaban en las paredes del túnel y levantaban chispas blancas. Me di la vuelta para salir corriendo, pero Mike me sujetó por el brazo. Fui a coger el tenedor de barbacoa, pero perdí el equilibrio y el hombretón acabó arrastrándome hacia el tiroteo.

—¡Venga, zorra! No te detengas.

Escuché un sonido estridente junto al oído, como el restallido de un látigo. Me di cuenta, con horrible claridad, de que una bala acababa de pasarme rozando la cabeza. El agente Lemon estaba devolviendo el fuego. El túnel giraba ligeramente, un poco, no llegaba a un recodo, que era lo que había impedido que Lemon viera la lucecita de nuestra linterna antes de oírnos. Me quedé escuchando los disparos, que, lentamente, cesaron.

Esperamos, nos reagrupamos. Me pitaban los oídos. Fred encendió la linterna unos instantes para iluminar el túnel que quedaba por delante de nosotros. No había nadie. Lemon había estado solo y había llegado hasta allí por la misma escalera por la que habíamos bajado nosotros. Entonces lo vi tirado en el suelo, de costado, a pocos metros. Corrí hasta donde estaba y me agaché a su lado. Le puse las manos en el pecho. Aunque no veía bien, noté sangre saliendo tan deprisa, sentí tanta humedad, tanto calor, que me resultó evidente que había sufrido una herida mortal. Enseguida se me empaparon de sangre las manos y mis zapatos empezaron a chapotear porque el suelo se estaba embarrando. El policía tosió sangre. Pensé en el joven agradable que me había ayudado después de mi accidente de tráfico fingido y olvidé lo cruel que ese mismo hombre, al parecer, había sido con el anciano de arriba, con el dueño de la casa.

—Tranquilo, que no pasa nada —le mentí al moribundo—. Tranquilo.

—¿Dayly? —exhaló Lemon. Miró las caras que había por encima de mí—. ¿Está...?

—No está con nosotros —le dije—. Pensábamos que estaría contigo. —Su respiración cada vez era más somera. Era evidente que le quedaba poco tiempo de vida—. ¿Sabes dónde está? ¿Está a salvo?

El joven murió en mis manos. El de la muerte era un sonido que reconocería incluso a oscuras.

Un zumbido inconstante y distante se fue abriendo paso por el caos en el que estaba sumido mi pensamiento.

—¿Qué es eso? —pregunté

No me respondieron. Me apartaron de Lemon. Caminamos. Al cabo de un rato, el zumbido se convirtió en un chirrido. Un martillo neumático. A unos cien metros empecé a ver una luz. Me di cuenta de que provenía de un agujero que había en el túnel. Fred se detuvo junto al agujero y guardó la linterna. Con mucha precaución, se asomó para comprobar lo que había al otro lado.

En ese momento, el chirrido era ensordecedor. Levantó un dedo en la tenue luz. «Un tipo».

Nos hizo un gesto para que avanzáramos. «Ahora».

Mike me cogió del brazo. Seguí a Ada y a Fred al segundo túnel de tierra. Por delante de nosotros se hallaba Ramirez, con sus anchos hombros, con las piernas abiertas, al final del túnel, acometiendo una piedra del tamaño de un balón de baloncesto que había en el suelo. Llevaba cascos. Justo cuando empezamos a acercarnos, Ramirez dejó el martillo neumático y se agachó para coger la piedra partida. El sonido de la máquina aún retumbaba a nuestro alrededor cuando Fred y Ada lo encañonaron.

—¡Cuidado! —grité

Ramirez se volvió y la bala que debía haberlo matado se estrelló contra la pared de tierra que tenía delante. Con agilidad, el butronero sacó una pistola de la cintura del pantalón y nos disparó. No había dónde ponerse a cubierto. Mike y yo nos tiramos juntos al suelo. Él se apoyó en mí y disparó por encima de mi cabeza. Yo rodé para apartarme de él y saqué el tenedor de barbacoa y lo apuñalé en el pecho tan fuerte como pude.

Sentí que me tocaba el gordo. El tenedor pinchó la tela y se hundió en el pectoral derecho, pero solo unos tres centímetros. La sorpresa que lo embargó y el dolor repentino que hizo que dejara caer la pistola me llevaron a pensar que con aquello sería suficiente. Me di la vuelta y me puse de pie con dificultad, me tropecé, me apoyé donde pude y salí corriendo por donde había venido.

Me pegué al túnel cuando las balas empezaron a rebotar en la pared de cemento de la alcantarilla, justo por delante de mí. No le disparaban a Ramirez. Me disparaban a mí.

Me quedé de piedra, con el tenedor de barbacoa aún en la mano.

Me volví hacia ellos.

Ramirez estaba en el suelo, agarrándose las tripas. Fred arrastró al tipo hacia un lado del túnel y lo dejó junto a un montón de escombros. Ada, con el negro ojo de su arma apuntándome a la cara, me hizo señas para que me acercase. Resollando por el cansancio y el miedo, por el terror, regresé con mis enemigos. No me atrevía a mirar a Mike a los ojos. El gigante se frotaba los dos agujeros de la tela como quien se sacude una mancha de ceniza.

Ada cogió una pala de la colección de herramientas que había en el suelo y me la tiró a los pies.

—Cava —me ordenó.

JESSICA

Le dolían las rodillas. Con todo ese equipo que los policías tenían que ponerse, incluidos cinturones y chalecos antibalas muy pesados, la labor policial era horrible para las rodillas, para las caderas y para los hombros. Jessica creía que se había rascado una rodilla con una piedra cuando se había apartado para que no se la llevase por delante el coche que había matado a Al Tasik. Tenía sangre en las espinillas, en los codos, en las manos, en la ropa sucia. Sabía que si paraba un coche en la montaña antes de que estuviera dentro del radio de alcance de una antena de móviles, tendría que dar explicaciones.

Dobló una curva y la montaña se abrió ante ella. Los Ángeles, una ciudad compuesta por una dispersión de luces doradas, resplandecía mucho más abajo.

Estaba mucho más arriba de lo que había creído en un primer momento. Por debajo de ella, la carretera serpenteaba entre los cañones, vacía. Suspiró y siguió caminando.

BLAIR

La tierra era dura. Roca pálida y quebradiza, el esporádico alivio de una zona de arena que caía a nuestros pies. Estaba trabajando hombro con hombro con Fred, y Mike iba recogiendo lo que se acumulaba a nuestros pies, para no tener que esforzarse tanto a causa de la herida que yo le había hecho. Fred y yo acabamos deshaciéndonos de la piedra del tamaño de un balón de baloncesto. Nuestras manos se tocaron mientras la levantábamos, símbolo de la absurda intimidad que compartían enemigos que se veían obligados a trabajar juntos.

De vez en cuando me volvía y miraba a Ada, que apuntaba a Ramirez. El hombre resollaba y se sujetaba las tripas, empapado en sudor, con el cuerpo retorcido en una posición de lo más incómoda contra el lateral del túnel.

—Por ahí —le estaba diciendo Ada mientras señalaba la pared que Fred y yo estábamos excavando—. Poco más de medio metro. ¿Es eso? Espero que no me estés tocando los huevos, Ramirez.

—No puede estar lejos —respondió el butronero entre jadeos.

Me miró. Estaba claro que me reconocía de cuando nos habíamos encontrado en el exterior de la casa. Quería decirle que no había sido yo la que le había provocado aquel mal, que yo no era la responsable de lo que le hubiera pasado a Dayly, que yo era tan esclava como él de la gente que nos rodeaba. La cuestión es que no parecía que hubiera tiempo para hacerlo.

—Deja que se vaya —le dije a Ada, que me miró—. Si no tarda en recibir atención médica, sobrevivirá.

Ada levantó el arma y disparó a Ramirez en la cabeza sin dejar de mirarme. Me volví hacia la pared que tenía delante y empecé a cavar como una loca, deleitándome en picar, en levantar, en girar y en tirar la tierra con la sana intención de evadirme de aquella mirada. Pasó una hora. Puede que más. Eran los momentos finales de mi vida. En esa ocasión no podía distraerme llamando por teléfono. Tampoco estaba Alejandro. Iba a morir allí, bajo tierra, aunque no sabía a qué profundidad, justo debajo de una comisaría de policía. Sasha tendría que explicarle todo eso a Jamie. Pero si ella casi ni sabía lo que había pasado con Adrian Orlov hacía una década. Me sentía perdida, no

tenía ni idea de cómo lidiar con aquello. En medio de tanta oscuridad me sobrevino un pensamiento muy raro: que Jessica Sanchez era la mejor oportunidad que tenía para que Jamie se enterara de que nunca había sido mi intención verme envuelta en aquella situación en la que iban a encontrar mi cadáver. Jessica, la policía que me había arrestado hacía tanto tiempo, sabía que mi única intención había sido la de ayudar a mi amiga, la de dar con Dayly y salvarla. Aunque Jamie jamás sabría que había intentado salvar a Lemon, a Ramirez, y que antes de entrar en el túnel había querido ayudar al anciano que había en la casa, un pobre hombre al que, probablemente, Ada, Mike y Fred mataran cuando se marcharan de allí. Mi única esperanza era que Jessica le contara a mi hijo que yo era una buena persona Casi me echo a reír. Horas antes había estado en Mulholland Drive con Alejandro, haciendo lo imposible por tirar mi vida por la borda, y ahora lo único que quería era tener la más mínima oportunidad de volver a ella.

Con la punta de la pala topé con algo que parecía piedra, pero Fred reaccionó de inmediato: me quitó la herramienta y me apartó de un empujón. Acto seguido, golpeó el punto en el que yo había dado y cayó arena. Oí lo mismo que él: un vacío.

Me quedé junto a Mike y a Ada mientras Fred cavaba. La tierra que había alrededor de las maletas estaba suelta, removida décadas antes por las manos de John Fishwick. Mike tiró de una maleta enorme envuelta en un forro de plástico que no era muy diferente del que Sasha utilizaba para proteger los libros del colegio de Jamie. La primera maleta estaba cubierta por un forro descolorido, blanco en su día, con un estampado de tucanes que habían envejecido y palidecido. La segunda maleta se hallaba envuelta en un forro con tigres amarillos. El estampado del forro de la tercera, la que se hallaba más abajo, no se veía nada bien.

Nadie hablaba. Mike se adelantó, sacó una navaja del cinturón y abrió la primera maleta. Me quedé mirando cómo rajaba el envoltorio de tucanes y la abría.

Fajos de billetes de cien. Arrugados, amarillentos, usados, atados con bandas elásticas y apilados en orden. La maleta estaba tan llena de dinero que algunos fajos se habían caído al suelo al abrirla.

Nos quedamos mirando el dinero.

—¿Cuánto creéis que hay? —preguntó Ada.

Mike ladeó la cabeza. Contó los fajos que había arriba del todo, se agachó, los presionó e intentó calibrar cuánta resistencia ejercían

contra su mano.

—Por lo menos siete. Tres maletas. Veintiún millones en total. Puede que más.

Miré a Ada. Me sonreía y no dejó de hacerlo ni cuando me disparó a la pierna.

Sentí un dolor tan ardiente, repentino y sorprendente que no pude darle voz. Caí al suelo y me agarré la pierna, noté la sangre salir y empapar mis vaqueros, empecé a tener náuseas. Me preparé para la oscuridad, pero no llegó. Levanté la mirada y me di cuenta de que Ada me había dado la espalda. La mujer estaba mirando hacia el agujero por el que habíamos entrado, a Sneak, que estaba ensangrentada y sucia y que sujetaba una Glock de la policía con la que apuntaba a Ada a la cara.

En un primer momento, Ada se quedó sorprendida, pero se recuperó muy rápido, como una serpiente que se revuelve, que se convierte en líquido, que se retuerce sobre sí misma, que se prepara para un nuevo ataque.

—No iba a matarla —afirmó con una voz calmada.

Sneak amartilló el arma.

—En serio. —Ada se rio—. A ver, ¿por qué iba a dispararle en la pierna si no?

—Fuera. —Les ordenó Sneak—. Todos. Fuera.

Mike, Fred y Ada cogieron una maleta cada uno y salieron. Cuando Ada pasó por mi lado, me di cuenta de que la tercera maleta estaba envuelta con un forro de cuervos que tenían las alas extendidas y el pico abierto.

A los segundos de que el grupo se hubiera marchado y de que el sonido de sus pisadas hubiera desaparecido por el túnel, Sneak se agachó para ayudarme a levantarme. Estaba cubierta de sangre. Pensé en el hombre que me había atacado en mi apartamento aquella noche, en la sensación que me habían provocado sus manos. Aquellas manos grandes y callosas ya me habían agarrado en la comisaría oeste del Departamento de Policía de Los Ángeles y me habían empujado contra una pared. Vi el trabajo de aquellas manos en mi amiga. Me pareció estúpido no haberme dado cuenta antes.

—Tasik —le dije. Fue lo único que conseguí articular.

—Sí —respondió, asintiendo con la cabeza.

—¿Está viva Jessica?

—Sí, pero Dayly no.

Llegué al túnel cojeando, con su ayuda.

—Lo siento. —Le apreté el hombro mientras nos internábamos en la oscuridad que nos aguardaba.

No dijo nada. Seguimos caminando despacio pero sin pausa.

Ada y los suyos debían de haber tenido problemas para subir las maletas por las escaleras porque, cuando Sneak y yo llegamos a la calle, empezaban a cargarlas en el Mercedes. Bajo la luz de las farolas vi que Fred tiraba dos de las maletas, la de los tucanes y la de los cuervos, al interior del maletero y que estas lo llenaban por completo. Mike metió la maleta de los tigres en los asientos de atrás y los dos matones se sentaron junto a ella. Ada nos miró mientras abría la puerta del conductor. Por unos instantes pensé que iba a despedirse, pero no lo hizo. Me di cuenta de lo idiota que había sido al pensarlo. No éramos amigas. Nunca lo habíamos sido.

Veintiún millones de dólares. Pensé en John Fishwick, en su celda, en el beso que le había dado a Dayly para pasarle la nota secreta. Todo había sido para nada, tanto los esfuerzos de él como los de ella. Dayly estaba muerta y el dinero de John había caído en manos de una de las peores personas que había conocido. Ada subió al coche y arrancó. Mientras se alejaban, me pregunté qué pensaría John de ella, de lo que tenía planeado hacer con su dinero.

Una beneficiaria que él no había elegido.

—Solo las de pájaros —musité a medida que las palabras se me presentaban en la cabeza.

—¿Cómo dices?

—La beneficiaria elegida. —Inconscientemente, me llevé las manos a la cabeza y me puse a gritar—: ¡Solo las de pájaros! ¡Solo las de pájaros!

De repente, el Mercedes explotó envuelto en una bola de fuego roja y amarilla. El vehículo se detuvo. Las ventanas habían estallado, las puertas estaban abiertas de par en par, el techo estaba combado y arrancado ligeramente de los pilares traseros, como la tapa de una lata de atún.

Salí corriendo como pude hacia allí. Sneak vino conmigo. Ambas olvidamos nuestras heridas, impulsadas por la adrenalina y el miedo. La parte de atrás del coche era un caos de sangre y cuerpos desmembrados. Fred y Mike estaban tirados en los asientos, rodeados por la carrocería en llamas. Ada salía como podía de la parte delantera justo cuando llegué a su lado. La cogí por las piernas y la arrastré para alejarla del vehículo.

La mujer conservaba todas las extremidades. Las conté en silencio,

como me había acostumbrado a hacer cada vez que a mi mesa de operaciones llegaba un niño recién salido de un accidente de tráfico o de una casa en llamas. Dos brazos. Dos piernas. Diez dedos en las manos. Diez dedos en los pies. Ada respiró profundamente, pero con mucha dificultad y explotó en toses. La llevé hasta la hierba humedecida de una casa cercana y sofoqué las pequeñas llamas que lamían su ropa.

«Solo las de pájaros».

Aquella era la manera que había elegido John Fishwick de decidir quién sería su beneficiario. Se lo había explicado a Dayly. Solo a Dayly. Tenía que abrir las maletas que tuvieran pájaros, no las que tuvieran tigres o cualquier otro animal. Supuse que dentro de la maleta de los tigres había una granada de mano, puede que dos, pero no tenía ni idea. Sujeté a Ada mientras la mujer se esforzaba por respirar, con los pulmones llenos de humo y suciedad. En un momento dado, se volvió y me miró.

—No iba a matarte. —La frase sonó como un silbido—. Soy demasiado buena.

—Calla —le dije.

En un momento dado, el sonido del maletero de un coche al abrirse llamó mi atención. Fue entonces cuando me di cuenta de que la gente empezaba a salir de las casas que se hallaban a nuestro alrededor. Y cuando vi a Sneak al otro lado de la calle, cargando la maleta de los tucanes en el maletero del coche de Al Tasik, donde ya descansaba la maleta de los cuervos. El codiciado contenido había sobrevivido a la explosión. Miré el Mercedes de Ada y vi que estaba abierto y vacío.

No podía hacer nada para detener a mi amiga. Estaba agotada, herida, y Ada yacía sobre mi regazo, perdiendo y recuperando la consciencia con facilidad. Igual que había hecho Ada, Sneak me miró mientras cerraba de golpe el maletero donde había guardado las maletas llenas de dinero y se dirigía a la puerta del conductor. A diferencia de Ada, sin embargo, ella sí que se despidió. Y también gesticuló con la boca las palabras «Muchas gracias».

Me quedé mirando cómo se marchaba mientras empezaban a oírse sirenas a lo lejos.

JESSICA

Eran las cinco de la mañana para cuando Jessica abrió la puerta de la casa de Bluestone Lane. Algo la había llevado allí en vez de a su apartamento, a pesar de que lo que más anhelaba en el mundo era darse una ducha, su cama y la fría caricia de su almohada en la mejilla. Puede que se debiera a lo que había decidido que iba a hacer con la casa mientras descendía por la montaña después de presenciar la muerte de Al Tasik. La detective había caminado hasta que le habían dolido los pies, hasta que los zapatos le habían hecho ampollas, pero su móvil no había recibido señal alguna hasta que no había llegado a la silenciosa ciudad de Glendora. Desde allí había llamado a su comisaría y había pedido que despertaran a Whitton y que le dijeran que la llamara. El capitán no se había pasado por el escenario del crimen, por la montaña, cuando Jessica había regresado con los equipos de búsqueda para enseñarles dónde estaba el cadáver de Tasik y cuál era la zona en la que el policía había dicho que había tirado el cadáver de Dayly. Cuando Whitton la llamó, Jessica respondió a la primera, en el porche de la mansión de Brentwood, caminando poco a poco por entre la tempranera bruma de la piscina.

—¿Dónde estás?

—Acabo de volver. Me han dicho que me vaya. No querían que contaminara el escenario. Estoy en la casa de Brentwood.

—Bueno, pues ven aquí a la voz de ya. Quiero que me expliques punto por punto lo que ha sucedido en la puta montaña.

—No —respondió la detective mientras se quitaba los zapatos y los calcetines ensangrentados—. Ahora no. Estoy comprobando que todo está bien en la casa y después me iré a la mía a dormir. Por la tarde, en algún momento, me pasaré por la comisaría y llevaré un montoncito de declaraciones juradas para los de Asuntos Internos: una por el tiroteo de Linscott Place, una por mi arresto en casa de Goren Donnovich, una para explicar mi posición acerca de la casa de Brentwood y otra por lo que pasó anoche en la montaña.

—De paso, puedes escribir otra con lo que le has hecho a la puta casa de Wallert. Todavía tengo allí tres equipos antidisturbios limpiando. ¿Sabes lo que le hacen a la propiedad de una persona dos

mil chavales desatados? Me ha llegado que no han quedado intactos ni los putos vasos. Han quemado el garaje hasta los cimientos.

—No sé de qué me estás hablando. —Jessica se bajó los sucísimos pantalones vaqueros y metió los doloridos pies en el agua fresca—. Mañana nos vemos.

La detective colgó y abrió la aplicación de noticias. La fiesta enjambre que había tenido lugar en casa de Wallert era la noticia principal. Había un vídeo corto de los antidisturbios entrando a saco en la casa mientras los bomberos intentaban sofocar las llamas del garaje. Jóvenes corriendo por doquier, esquivando las hebras de humo de las granadas antidisturbios, que ascendían en espiral. Jessica miró las fotografías del interior de la vivienda, las pintadas de las paredes y los muebles destrozados, una instantánea artística de un vaso de cóctel de plástico con la forma de una mujer desnuda tirado en el suelo de la cocina, que estaba que daba asco. Beansie, un joven al que había arrestado un año antes por organizar una fiesta similar en un campo de golf, se había superado en esa ocasión. El artículo decía que en la casa había llegado a haber cinco mil personas.

De pronto, a Jessica le pareció que pensar en Wallert invocaba el fantasma de su compañero, porque olió a bourbon, a sudor, aquel olor apestoso de su boca. Entonces, de pronto, sintió la mano del hombre en la nuca y se dio cuenta de que su presencia era real. Wallert tiró de ella hacia arriba con la pistola en la otra mano y Jessica casi se cae a la piscina.

—Has ido a joder a la persona equivocada —le ladró su compañero.

El puño de aquella bestia la alcanzó como un martillo y se estrelló en el sitio exacto, contra la sien y contra la mejilla al mismo tiempo. Jessica empezó a verlo todo negro y rogó que aquella oscuridad no la envolviera por completo. De repente, tenía el borde de la piscina en la boca y notaba su sabor a cloro. A Wallert lo tenía encima, en la espalda, golpeándola desde arriba. Jessica consiguió darse la vuelta y desarmarlo de un manotazo justo cuando el hombre intentaba apuntarle a la cara. La pistola traqueteó con fuerza por el borde. Jessica oía sus propios gritos desesperados, pero era incapaz de controlarlos. Daba lo mismo. Lo único que importaba en aquel momento era enfrentarse a su enemigo. Se dobló, lo cogió por los hombros, rodó con él, le pegó unos cuantos golpes. Wallert, sin embargo, estaba poseído por una furia tan sombría que parecía que gozara de una fuerza sobrenatural. Jessica nunca había sentido nada

igual. En cuestión de segundos, volvía a tenerla atrapada y le había puesto sus enormes manos alrededor del cuello.

En ese instante aterradoramente calmo que hay entre perder la capacidad de respirar y desmayarse, Jessica vio a Jamie a tres metros, por detrás de Wallert. Se dio cuenta de que el niño estaba gritando, implorando, pero no lo oía. Jessica sentía la cara y el cuello muy calientes por la sangre que había atrapada en ellos y sus piernas empezaban a ser presa de espasmos. Jamie apuntaba a Wallert a la nuca con la pistola y Jessica vio a la madre del chico en él. Vio a Blair Harbour junto a Kristi Zea y Adrian Orlov en la casa de estos dos hacía once años, implorando, pidiéndole a él que parara, intentando salvar una vida.

Jessica sintió que la embargaba una gran tristeza. No tanto por su vida, por mucho que se le estuviera escapando en pedazos, en grandes pedazos, como el hielo fundiéndose en el mar, sino por el niño. En cualquier caso, sabía que no tenía alternativa. Era o Wallert o ella.

Jessica se quedó mirando cómo el niño se resistía, desesperado..., cómo cogía la pistola por el cañón y golpeaba con la culata a Wallert en la cabeza.

Le atinó justo en el sitio adecuado. La culata se estrelló contra el grueso cráneo del detective lo suficientemente fuerte para sorprenderlo, para romper la cadena de dedos que tenía alrededor del cuello de Jessica. La detective rodó, cogió la pistola en cuanto cayó de las manos del niño y golpeó a Wallert con todas sus fuerzas en la sien con ella.

El policía cayó junto a Jessica y la detective tosió y se apoyó en el suelo con ambas manos mientras su cerebro intentaba dar respuesta a la repentina corriente de oxígeno. Jamie seguía allí, con los brazos a los lados, lloriqueando sin control. Jessica pensó en lo pequeño que parecía en aquel momento. Pensó en cómo el terror le había arrebatado toda la fuerza, la potencia y el valor que había visto en su rostro hacía solo unos instantes. Luego, rodó sobre Wallert, tiró de sus brazos hacia atrás y lo esposó.

Cuando terminó, le pidió al niño que se acercase y este así lo hizo. Lo abrazó junto a la piscina mientras él lloraba con la cabeza hundida en su pecho.

—Buen trabajo, chaval. —Le dio unas palmaditas de ánimo en la espalda—. Buen trabajo.

BLAIR

Debía de llevar unos cinco minutos en la tienda antes de que me diera cuenta de que estaba allí. Así de callada estaba. Así de paciente estaba siendo. El hombre al que estaba atendiendo, y que me la tapaba por completo, debía de medir cerca de los dos metros. Era un gigante amable que contaba en monedas de cuarto de dólar lo que tenía que pagar por la gasolina y por un sándwich, monedas que iba amontonando sobre el mostrador, junto a mi crucigrama.

«Ser digno de: merecer».

Ordené el bol de albaricoques que había junto a la caja registradora mientras esperaba a que el hombre acabara y consulté el reloj de la pared para calcular cuánto faltaba para que terminara mi turno. Era domingo. Me tocaba visitar a Jamie. Había aceptado el turno anterior con la esperanza de llevarlo al muelle a comer, pero al ritmo al que iba aquel cliente, empezaba a perder las esperanzas.

Cuando el gigante se marchó, vi a Jessica Sanchez de pie en medio de la tienda, leyendo una revista del revistero. Aún estaba amoratada y magullada del calvario por el que había pasado la semana anterior, cuando mi hijo la había salvado del ataque de un colega en la casa de Brentwood.

Mientras yo permanecía escondida en mi apartamento unos días, recuperándome del disparo, Sasha me había contado lo de la agresión que había sufrido la detective. Había estado días asustándome en cuanto oía cerrarse la puerta de un coche o estremeciéndome cuando sonaba el teléfono. Había sido fácil convencerme a mí misma de que la policía conocía mi participación en los acontecimientos de San Chinto a pesar de que había hecho cuanto había podido por desaparecer del escenario del crimen sin dejar rastro. Después de que Sneak hubiera huido, había abandonado a Ada en el césped, allí hasta donde la había arrastrado, porque sabía que iba a sobrevivir, y había vuelto a la casa del anciano con síndrome de Diógenes. Lo había soltado, le había dado agua y lo había llevado como había podido hasta el jardín delantero, donde los servicios de emergencias que respondían a las llamadas por la explosión del coche lo atenderían. Después de todo eso, había corrido cuanto había podido. Me sentía

como quien se fuga de la cárcel mientras empieza a despuntar el alba. Corrí tanto como me lo permitía la pierna y no me detuve hasta dos barrios más allá, momento en que me pareció seguro parar un taxi. Había ido a mi apartamento y me había curado la herida yo misma. Me había quedado allí durante días, sin salir, mirando por entre las cortinas, esperando a que me arrestaran en cuanto un testigo me identificara, encontraran mis huellas dactilares en la pala del túnel o Jessica Sanchez me conectara con los asesinatos y con el golpe.

Pero nadie había venido a arrestarme y, ahora, allí estaba la detective.

Vio que me había quedado libre, dejó la revista en su sitio y se acercó al mostrador. Miré hacia el aparcamiento, temerosa de oír la llegada de coches patrulla con las sirenas sonando. No fue el caso.

—Creía que no volvería a verte —le dije. Intenté ordenar mis pensamientos—. ¿Para... para qué has venido?

—Tan solo me he pasado a saludarte —se apoyó en el mostrador— y para saber si tenías noticias de Sneak.

—No. —Era la verdad—. Nada. Si tuviera que suponer dónde anda, te diría que en Jamaica. En Happy Valley tuvimos un cocinero jamaicano una temporada y a Sneak le encantaba aquella comida. He oído que el coche de Tasik lo encontraron en el aeropuerto, así que... —Me encogí de hombros.

—Seguro que vuelve para el funeral de Dayly, ¿no crees?

—Ni idea.

El cadáver de Dayly lo habían encontrado tirado en un terraplén de las montañas de Glendora, junto a un cortafuegos, en la misma carretera en la que Al Tasik había perdido la vida intentando arrebatársela a Sneak y a Jessica. Los informativos de Los Ángeles habían estado unos días que no daban abasto relatando las historias del policía muerto, hablando de cuál era su conexión con el cadáver de la montaña y haciendo suposiciones acerca de si estaría lo uno y lo otro relacionado con los cadáveres del túnel de San Chinto y con los del coche de Ada. Imaginaba que Jessica habría hecho lo imposible y más por no implicar al policía en el caso.

—Pero ¿sabes qué? —me dirigí a ella—. Que si la veo, ya sea porque regresa para el funeral de su hija o porque es una drogadicta y una ladrona y ese tipo de personas son animales de costumbres, tampoco te lo diré. No te ofendas.

—No me ofendo. No pretendo detener a Sneak.

—Ah, ¿no? Por lo que me contaste por teléfono, Sneak asesinó a

Tasik delante de tus narices. Lo atropelló varias veces.

—Sí, eso es lo que te conté, pero lo hice apenas veinticuatro horas después de que sucediera. Todavía estaba impactada. Traumatizada. —Se encogió de hombros—. No tengo claros mis recuerdos de lo que pudo suceder aquella noche —dijo sin mirarme a los ojos—. Lo único que sé es que Sneak y yo nos defendimos. Puede que la mujer se valiera del coche para incapacitar a Tasik y, entonces, lo atropellase varias veces por accidente. No era su coche. Era imposible que tuviera claro cómo funcionaba. Además, yo no iba con ella en el vehículo, así que no creo que pueda asegurar cuáles eran sus intenciones.

—Vale. —Esbocé una sonrisa de medio lado—. ¿Y qué me dices del robo de los millones escondidos por John Fishwick en el sistema de alcantarillado?

—¿Y de qué voy a acusarla? Ni siquiera puedo demostrar que el dinero del túnel exista. Y tampoco sé si Sneak anduvo por allí. Lo único que dicen los testigos es que en el escenario del crimen de San Chinto había una rubia magullada que se llevó dos maletas en el maletero de un coche. La maleta del coche de Ada estaba llena de papelitos y de explosivos. Además, esté donde esté Sneak, cabe la posibilidad de que se encuentre en la ruina más absoluta.

Me mordí la lengua un momento, pero tuve que soltarlo.

—Catorce millones creo que había.

Jessica se echó a reír.

—Espero que no se lo gaste todo de un plumazo.

—¿Y Ada? —le pregunté—. ¿Vas a ir a por ella?

—No te voy a mentir, a Ada me gustaría verla entre rejas una vez más. Es una persona peligrosa. Sin embargo, por lo que he oído, cualquiera que coja ese caso tiene la batalla perdida. Ya ha salido bajo fianza y, cómo no, tiene el abogado más caro que hay. Al parecer, les está echando la culpa de todo a sus secuaces. Que si la obligaron a ir allí, que si mataron a Lemon y a Ramirez mientras la presionaban a mirar la escena...

—Qué escurridiza.

—La que más.

Me dio la sensación de que Jessica analizaba mi rostro, como si quisiera decir algo más, como si quisiera prometerme, quizá, que a por mí tampoco iba a ir. Aunque eso parecía evidente: no había coches patrulla en el aparcamiento, no llevaba esposas en el cinturón. Tamborileé sobre las páginas del crucigrama.

—¿Qué tal tu cara? —le pregunté en un momento dado.

—Está bien. —Se tocó los puntos de la mejilla con cuidado—. De hecho, está mejor que bien. Cuando se está tan cerca de la muerte, salir del lance solo con un puñetazo en la cara y la garganta magullada es como una victoria. Mira, la verdad es que he venido para ver si tienes un momento para hablar de la recompensa que quiero darle a tu hijo por su esfuerzo. Me salvó la vida y se lo merece.

—Pues... —sonreí—, no sé, supongo que respaldo la idea. ¿En qué estabas pensando? Le gustan los juegos de Nintendo.

—Estaba pensando, más bien, en devolverle a su madre.

Sentí un pinchazo de dolor en el pecho. Me quedé mirando a Jessica a los ojos mientras la detective me contaba la conversación que había mantenido con Kristi Zea, lo del arbusto que había frente a la ventana del lavadero de Orlov, lo del análisis forense de la mordedura del sándwich de queso y lo del hermano de Adrian y la cocaína que se encontraba en el dormitorio la noche del asesinato. Yo escuchaba en silencio, con las manos en el mostrador, casi incapaz de respirar. Cuando acabó de hablar, Jessica se secó una lágrima con discreción.

—Lo que te pasó fue culpa mía y quiero enmendarme —dijo.

Me dio la oportunidad de replicarla, pero yo no era capaz de decir nada. No me salían las palabras. Continuó ella:

—Voy a aceptar la herencia de la casa de Brentwood, la que está en Bluestone Lane. Eso me excluirá de la policía de por vida, pero tengo la sensación de que, de todas maneras, volver iba a ser difícil. —Soltó una carcajada teñida de tristeza—. Últimamente he sido una chica mala. Muy mala. La cosa es que nuestra relación, la del cuerpo y la mía, está completamente acabada.

—Vale —es lo único que conseguí articular.

—Quiero que vayas a vivir allí. Siempre que puedas permitirte pagar un dólar mensual, que es lo que te voy a cobrar de alquiler. Estarás cerca de Jamie.

—Jessica... —Me temblaban las manos. Empecé a llorar. Me sequé las lágrimas como pude—. ¿P... por qué ibas a...?

—Voy a hacer lo imposible para conseguir tu exoneración. —La detective no dejaba de mirar la puerta, como si estuviera pensando a través de ella—. Va a ser un proceso largo. Habrá una revisión oficial. Un abogado llevará gratis el caso civil. Testificaré a tu favor y también lo hará uno de mis colegas, el que me ha estado ayudando. Es un tipo genial. Es científico. Creo que tenemos una buena posibilidad. Más que buena, de hecho. Luego, cuando se revoque tu condena, estarás en

una posición mucho mejor para negociar la ampliación de la custodia de Jamie.

—Pero eso acabará contigo. Acabará con tu reputación.

Se volvió hacia mí y sonrió.

—¿Mi reputación? Ay, cariño, esa lleva mucho tiempo muerta y enterrada. Hasta crecen malas hierbas ya en su tumba.

Rodeé el mostrador, cogí a Jessica de la mano y la atraje hacia mí. El abrazo, acompañado por la emoción, por la sorpresa, surgió de forma natural, pero enseguida evolucionó a algo más. Sentí que una especie de violencia se apoderaba de mí. Sentí un dolor en los huesos. Recordé cómo había entregado a mi bebé, todas y cada una de las noches frías y duras que había dormido tras los muros de la prisión. La imagen de Sasha viniendo a visitarme, sentada al otro lado del cristal de seguridad, me llegó como un destello. Me vi encorvada en mi camastro, mirando con suma atención las fotografías de mi hijo. Agarré con fuerza a Jessica mientras la furia y la gratitud se enfrentaban la una a la otra en mi interior. Sin que supiera la profundidad de la confusión que sentía, sin que tuviera, posiblemente, la capacidad para ser consciente de ella, Jessica se rio, incómoda. Era una mujer que estaba rota por dentro, una mujer a la que no le gustaba que la abrazasen. En cuanto la solté, se apartó de mí y se sacudió, como si hubiera venido a la gasolinera para decir lo que tenía que decir y, ahora, no supiera qué hacer. Fue hasta la puerta y se quedó allí. Nos miramos. Nos mirábamos a través de una línea imposible, ambas a punto de empezar una vida nueva.

—Entonces, si no vas a seguir siendo poli, ¿qué coño vas a hacer?

—He pensado en establecerme por mi cuenta. Me lo sugirió un amigo. Algo pequeño. Así podré elegir los casos, centrarme en mis propios intereses. —Dio unos golpecitos con la mano al expositor de burritos, pensativa—. Puede que te llame, si no te importa. Voy a necesitar ayuda.

—Ya sabes dónde encontrarme.

Me sonrió y le devolví la sonrisa, aunque aún no sabía qué era lo que vencería en mi corazón, si la ira que sentía hacia aquella mujer o el aprecio que había ido surgiendo. Lo único que sabía era que, a partir de ese momento, estaba atada a ella, a la mujer que me había maldecido, a la que me había salvado. La llave para recuperar a mi hijo y la que me lo había arrebatado en su día. Jessica Sanchez era, al mismo tiempo, mi más viejo enemigo y mi más nueva amiga. Sentí cierto confort en mi interior, allí, de pie. Puede que fuera perdón. Ada

habría dicho que se debía a mi sentimentalismo.

El timbre de la puerta sonó cuando la detective salió a la luz del sol.

AGRADECIMIENTOS

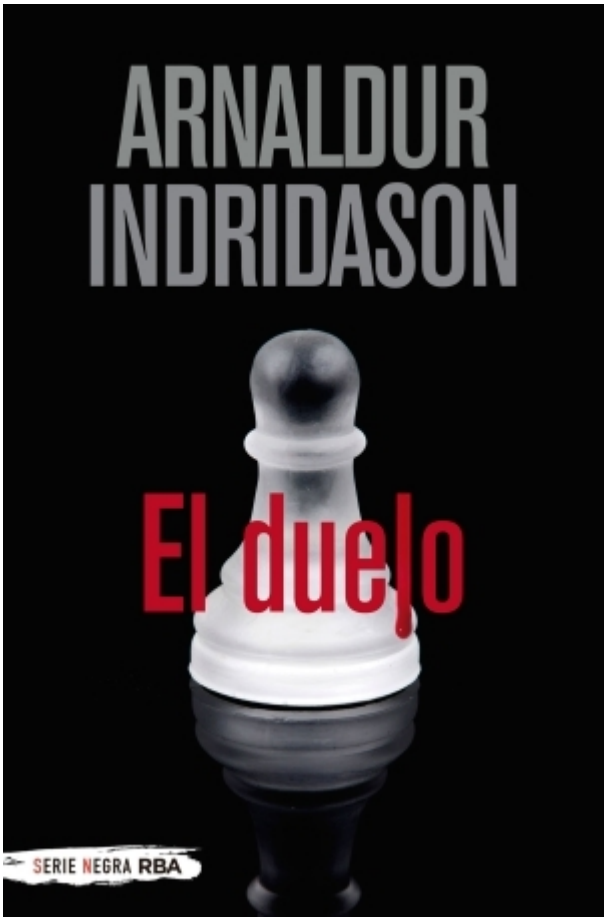
Estoy en deuda con todos los que me han ayudado durante la escritura de esta novela, incluido mi maravilloso marido, Tim; mis padres, Ocean y Richard; mi familia política, Lyn y Dick; y mis amigos y demás familia. Gaby Naher y Bev Cousins me ayudaron durante mi clásica crisis de mitad de la novela, como hacen siempre; y Kristin Sevick y Lisa Gallagher me ofrecieron comentarios muy valiosos durante los primeros borradores. Kathryn Knight, mi editora principal, es irreemplazable, aunque estoy representada en todo el mundo por maravillosos equipos de editores. Además, sin los estudios universitarios que he mencionado en anteriores páginas de agradecimientos mi carrera no estaría donde está hoy en día.

La doctora Liz Morton, del Hospital Veterinario de Drummoyne, fue muy amable al responder algunas preguntas poco convencionales sobre cómo cuidar roedores; y dos de mis mejores lectores, Alex Maguire y Marcel Thompson, me ayudaron con la investigación.

En esta novela hay un crimen inspirado en un episodio del pódcast *Sword and Scale*, de Mike Boudet. Mike me ayudó en mi investigación de los botes de helado.

Un asesino en serie que está en el corredor de la muerte de San Quintín —y cuyo nombre no voy a revelar— me proporcionó cierta información sobre cómo es la vida allí y sobre la forma de pensar de un asesino.

Esta ha sido una de las novelas más difíciles que he escrito jamás. El primer borrador estuvo listo mientras estaba embarazada de mi preciosa, inteligente y divertida hija, Violet. Los siguientes borradores me fueron saliendo mientras la tenía en brazos, mientras la acunaba y mientras cuidaba de ella. Violet, en tu corta vida me has enseñado ya preciosas lecciones acerca del valor, de la perseverancia, de la paciencia y del amor, y no sabes lo agradecida que te estoy por ello.


ARNALDUR
INDRIDASON
El duelo
SERIE NEGRA RBA

El duelo

Indridason,Arnaldur
9788491878360
352 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En 1972, se celebra en Reikiavik el mayor duelo de la historia del ajedrez. El mundo entero espera con impaciencia el enfrentamiento entre el estadounidense Bobby Fischer y el soviético Boris Spassky. Con la capital islandesa convertida en un nuevo escenario de la Guerra Fría, nadie parece reparar en el asesinato de un joven en un cine de barrio. En el cuerpo de policía, tan solo Marion Briem intuye la verdadera importancia que esconde el crimen.

UN DESAFÍO QUE PASARÁ A LA HISTORIA

Cómpralo y empieza a leer

HANS OLAV
LAHLUM
SATÉLITES
SERIE NEGRA RBA

Satélites

Lahlum, Hans Olav
9788411320108
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Mayo de 1969. Durante la cena que celebra una vez al mes, el magnate inmobiliario Magdalon Schjelderup cae fulminado. Alguien ha echado algo en su plato y lo ha asesinado. Como el personal de servicio libraba ese día, su verdugo solo puede ser uno de los diez comensales que le acompañaban. Todos ellos orbitaban alrededor del poderoso multimillonario, y todos tenían alguna razón para querer acabar con él.

Se trata de un caso laberíntico para el cual el inspector Kristiansen no encuentra una solución. Por suerte, cuenta con la atípica ayuda de una joven que apenas sale de casa pero tiene una asombrosa facilidad para resolver enigmas.

UN BANQUETE Y UN ASESINATO. EL CULPABLE SE SENTABA A LA MESA. TODOS SON SOSPECHOSOS.

Cómpralo y empieza a leer

SORPRENDENTE Y SENSACIONAL, ESTE LIBRO CAMBIARÁ TU VIDA

La semana laboral de 4 horas

No hace falta trabajar más

Nº1
NEW YORK TIMES
BESTSELLER
INTERNACIONAL

★ ★ ★ Edición AMPLIADA Y ACTUALIZADA ★ ★ ★

TIMOTHY FERRISS

RBA

La semana laboral de 4 horas

Ferriss, Timothy
9788416267217
464 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Olvídate del trasnochado concepto de jubilación y deja de aplazar tu vida: no hace falta esperar, existen demasiadas razones para no hacerlo. Si tu sueño es dejar de depender de un sueldo, viajar por el mundo a todo tren, ingresar más de 10.000 euros al mes o, simplemente, vivir más y trabajar menos, este libro es la brújula que necesitas.

Cómpralo y empieza a leer

PHILIP
KERR
Una investigación de
BERNIE GUNTHER
Violetas de Marzo
SERIE NEGRA RBA

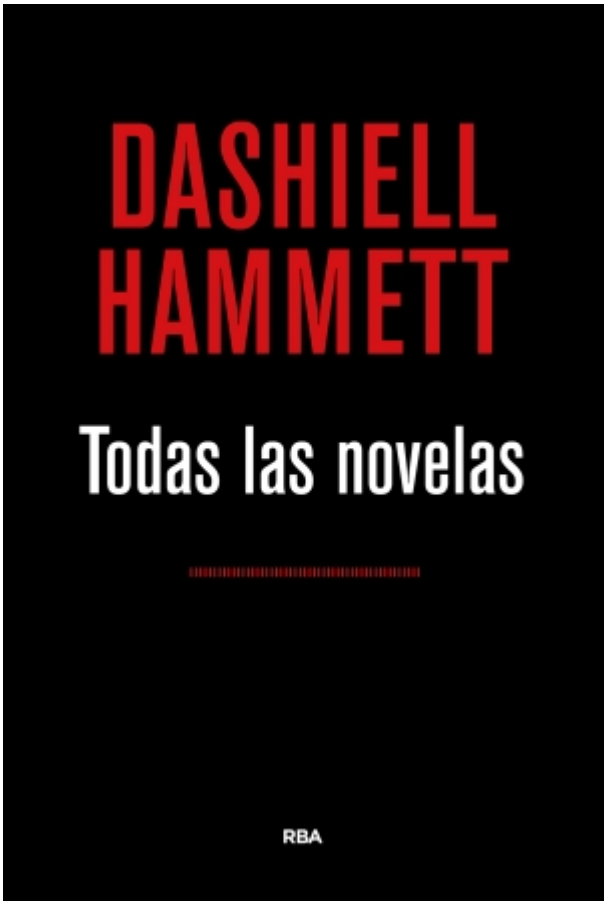
Violetas de Marzo

Kerr, Philip
9788491875079
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Bernie Gunther era un policía en Berlín que, tras la llegada de Hitler al poder, se vio obligado a abandonar el cuerpo para no sentirse cómplice de un gobierno que detesta. Ahora, en 1936, se gana la vida como detective privado resolviendo casos como el que le acaba de llegar. Un poderoso magnate quiere que encuentre un valioso collar de diamantes que ya ha causado la muerte de su hija y su yerno. Aunque el móvil inicial aparentemente es el robo, Gunther descubre que los brutales asesinatos esconden algo más y que el rastro conduce a algunos nombres importantes de la Alemania nazi.

Cómpralo y empieza a leer


DASHIELL
HAMMETT
Todas las novelas
RBA

Todas las novelas

Hammett, Dashiell
9788490568477
960 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cinco novelas. Dashiell Hammett escribió solo cinco novelas, pero con ellas marcó el rumbo que debía seguir todo el género negro a partir deentonces. Supo crear personajes carismáticos y memorables; imaginó historias oscuras dominadas por la falsedad, la corrupción y el vicio; y recreó atmósferas violentas y recargadas que aún hoy resultan impactantes.Desde la legendaria El halcón maltés, protagonizada por Sam Spade, hasta la sofisticada El hombre delgado, pasando por las imprescindibles obras narradas por el impenetrable agente de la Continental (Cosecha roja, La maldición de los Dain) y La llave de cristal, todas las novelas de Dashiell Hammett suponen una cita ineludible para cualquier amante del género. Como dijo de él Raymond Chandler: "todo lo que hizo lo hizo de un modo soberbio".

Cómpralo y empieza a leer